


Verónica Martínez Amat

# EL PASO DE LOS ESPAÑOLES

## Verónica Martínez Amat


G. V. Marqués del Turia, 38 - 8
46005 VALENCIA
**ISBN:** 978-84-15453-13-0
**Impreso en España por:** Diazotec, S.A.
**Primera edición:** noviembre 2011

www.obrapropia.com

A las personas más importantes de mi vida: mis padres, mi hermano y mi José, con todo mi amor. AGRADECIMIENTOS

Mi afecto personal y mi reconocimiento a todas las personas que han contribuido para que esta novela sea una realidad.

A Vicente Vercher de Obrapropia por su orientación e impulso en la tarea editorial.

A Fermín Heredero Salinero, gran poeta de generosa sensibilidad y mejor amigo, por sus indicaciones correctoras en la mejora del texto original.

A Verónica e Iván de Addis, por su certero diseño en la portada, fusión de estética y ajustada identidad.

Y a cuantos me han animado y aconsejado en el incierto itinerario de otorgarle vida propia a esta obra que ahora nace, porque ellos y ellas me han trasmitido afecto y reflexivo sosiego.

PRÓLOGO

*Tierras Altas de Escocia. En la actualidad.*

—Tus compatriotas lucharon ahí – Sonia, que hasta hacía pocos momentos había estado inmersa en la lectura de un libro, dio un respingo al escuchar la voz gutural que acababa de hablarle.

Hacía días que se encontraba en Escocia viajando por el país como una turista más, en un autobús atestado de familias españolas que, constantemente, sacaban sus cámaras fotográficas y le gritaban a sus hijos, mientras señalaban un bonito paisaje al que inmortalizar, con sus flashes, para la posteridad. Por fin, hoy, se le había concedido un respiro a la locura que suponía soportar un viaje organizado que, si bien conseguía que vieras muchos lugares, te hacía acabar al borde del infarto a causa de lo rápido que era todo y lo pendiente que había que estar del reloj.

Tras haber acabado en junio la carrera universitaria de Filología Inglesa, con unos ahorrillos que tenía guardados para los apuros, había decidido visitar un país donde poder practicar el idioma y Escocia, le llamó la atención desde el primer momento en que la chica de la agencia de viajes le había puesto el folleto, con preciosas vistas de lagos y castillos, ante sus ojos. Sin pensarlo dos veces, pagó la reserva y se compró una guía del país con la que ponerse al tanto del lugar que visitaría y, días más tarde, emocionada, se embarcó en el vuelo que partía hacia su destino. Pero la agonía de no tener tiempo para ver con detenimiento cada monumento o valle que visitaban, le estaba haciendo perder la ilusión.

Por fin, a Dios gracias, esa mañana se les había concedido el día libre y, ni corta ni perezosa, Sonia compró unos sándwiches y una botella de vino, se colgó la mochila al hombro, y alquiló una bicicleta para disfrutar sola del maravilloso día soleado que se presentaba ante su vista. Tras una hora pedaleando, con las montañas Five Sisters de Kintail de fondo, había elegido una suave colina para extender la manta de cuadros escoceses que había comprado hacía unos días y, sacando el vino y la comida, se sentó a leer un buen libro hasta que aquella voz le asustó.

Sonia miró hacia el hombre que se había interpuesto entre ella y el sol.

—¿Perdón? –dijo entrecerrando los ojos.

—Digo, que tus compatriotas lucharon ahí –su brazo señalaba una cañada rodeada de colinas y un riachuelo frente a ella.

Observó el lugar indicado y volvió a mirar hacia el hombre que había interrumpido tan placentero día quien, a pesar de que rondaría los sesenta, parecía tener una gran firmeza en su nervudo cuerpo. Iba vestido con ropas oscuras que parecían las típicas de un pastor de ovejas, animales innumerables en aquellas tierras, y, a un costado, portaba una especie de zurrón de cuero gastado. Su pelo, blanco pero abundante, surgía bajo una boina escocesa tocada con una ramita de alguna planta que estaba enganchada a un lado. Sus ojos, pardos con tintes verdes, la escudriñaban insistentemente.

—Eres española, ¿verdad? – le preguntó en un castellano forzado al tiempo que señalaba el libro que, hasta hacía poco, Sonia leía.

—Conoces mi idioma –afirmó ella sonriéndole.

—Sí, un poco. Mi familia tiene antepasados que vinieron de tu país y es tradición que aprendamos el idioma desde que somos niños–luego, se quitó la boina y la estrujó entre sus grandes manos–. Pero, permita que me presente. Me llamo Ian Cameron.

Sonia le estrechó la mano diciéndole, a su vez, su nombre completo.

—¿Qué es eso que me ha dicho sobre mis compatriotas?–le

preguntó intrigada.
—¿De verdad no conoces la historia de este lugar?
—No –contestó escuetamente Sonia.
Ian Cameron la miró y luego fijó la vista en la posición del sol.
—Creo que tendré tiempo – masculló–. Y si me invitas a tomar una copa de ese vino que estás tomando, te contaré la historia tal y cómo a mí me la han contado.
Dicho esto, se sentó sobre la manta, agarró la botella de vino con una mano y se la llevó a la boca tomándose un buen trago. Tras limpiarse con la manga de su camisa, estiró su brazo y le señaló un punto frente a ellos.
—¿Ves ese estrecho corredor que asciende entre las colinas? – lo señaló hasta que Sonia asintió–. Por aquí lo llaman *Bealach-naSpainnteach*.
—¿Qué significa? –preguntó interesada.

—Es gaélico. Se traduce como *El Paso de los Españoles*.
Y, acto seguido, comenzó a desgranar la historia mientras Sonia, con los ojos cerrados, se dejaba llevar a una época antigua arrullada por la voz gutural de aquel pastor escocés.

## I

*Madrid. España. Principios de 1719*.
—Conozco al hombre ade cuado, majestad –y con estas palabras, el cardenal Giulio Alberoni, tras realizar una profunda reverencia, salió de la cámara privada del Rey en el palacio del Buen Retiro donde, unos instantes atrás, acababa de mantener una reunión de carácter secreto, con el mismísimo Felipe V y James Butler, el duque de Ormonde.
Una vez fuera de la cámara, mientras recorría los pasillos que le conducían a la salida del palacio, Alberoni, con la satisfacción pintada en el rostro, cavilaba sobre los frutos de la reunión mantenida. Felipe, por fin, había aceptado su plan de un ataque contra su enemigo más inmediato: Inglaterra.
Durante los días previos, disuadido por el propio Ormonde de enfrentarse a los ingleses en un ataque directo, entre ambos habían elaborado un plan que, a pesar de su sencillez, podía resultar factible para sus aspiraciones. El duque, ferviente católico y enemigo declarado del país que regentaba Jorge I, se reunió con los seguidores jacobitas[1] en Francia y, desde ahí, cruzó disfrazado a España para reunirse con el cardenal. Gran Bretaña se encontraba, en esos momentos, inmersa en una lucha civil debido a la pretensión al trono de Jacobo III Estuardo, por un lado, y por las constantes revueltas de los clanes escoceses en el norte, por otro, que también simpatizaban con la causa del rey escocés destronado. Aprovechando esto, España

podía dar un golpe definitivo a su enemigo, uniendo sus fuerzas a las de los jacobitas.

Cuando todos los detalles estuvieron ultimados, Alberoni había puesto en antecedentes al rey de España. Al principio, Felipe había sido reacio a tomar parte en una actuación de tal envergadura pero el cardenal, aprovechando el odio que sabía que el rey sentía por los ingleses tras la pérdida de territorios por el Tratado de Utrecht, lo animó a vengarse de sus más acérrimos enemigos en la lucha por la expansión por el Mediterráneo. Tras la guerra de sucesión que enfrentó a Felipe con el archiduque Carlos, el Tratado obligaba a España a ceder el poder sobre muchos territorios que antes le pertenecían, como el Ducado de Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña e, incluso, Menorca y Gibraltar. El poderío sobre estas tierras pasó en esos momentos a manos de Inglaterra.

[1] Jacobitas: movimiento político que intentaba conseguir la restauración, en los tronos de Inglaterra y Escocia, de los miembros de la Casa Estuardo.

El rey Borbón nunca estuvo conforme con el Tratado, ya en 1717 había intentado una nueva expansión por el Mediterráneo llevando sus tropas hasta Cerdeña y, un año más tarde, hizo lo mismo en Sicilia. Allí, la flota inglesa les propinó un duro golpe y España declaró la guerra. Alberoni, entonces, sabiendo que el poderío inglés por mar era superior al de ellos, pensó que lo mejor era llevar la guerra hasta suelo británico. Con sus dotes de orador nato, consiguió, al final, convencer a su majestad de la viabilidad del plan que había trazado con Ormonde y concertó la reunión de la que acababa de salir.

Tras varias horas discutiendo los detalles que harían que España recuperara su hegemonía perdida, James Butler abandonó el conciliábulo alegando su deseo de comenzar cuanto antes con los preparativos de la empresa que iban a acometer. Con una reverencia cortés, se despidió del rey y su consejero dejando, a ambos hombres, sumidos en sus propias reflexiones.

Felipe, acomodado lánguidamente en un sillón frente a la chimenea, tomaba sorbos de su copa de vino mientras perdía la mirada en los leños lamidos por el fuego. Mientras, el cardenal aguardaba pacientemente las instrucciones del Borbón jugueteando nervioso con los dedos en los mapas que descansaban sobre una fina mesa de madera tallada.

La voz cavernosa del rey rompió el silencio de la estancia.

Esperamos, por vuestro bien, que todo salga según lo previsto.

El cardenal tragó saliva. Sabía que Felipe no estaba muy contento últimamente con él por sus actuaciones políticas en todo el asunto de Inglaterra pero, esta vez, podía ver la victoria de su plan como si ya hubiera sucedido.

No tenéis de que preocuparos, majestad, el plan no tiene fisura

alguna–le respondió convencido de su sagacidad.

El rey volvió a quedarse en silencio durante unos minutos. Mientras, el cardenal aprovechaba esos momentos para limpiar de pelusillas su vestimenta roja a la espera de que Felipe terminara con la reunión.

—¿Estáis seguro, eminencia, de que podemos confiar en que los jacobitas se unirán a nuestra causa?–le preguntó.

—No lo dudéis, majestad. Ellos están más deseosos que nosotros de vencer a Jorge I y recuperar el trono para el Estuardo.

—Pero, ¿realmente podemos confiar en que sus acciones acaben concordando con las nuestras?

—Pondría la mano en el fuego –dijo Alberoni.

—Cuidado, eminencia, os podríais quemar–respondió cáustico el rey.

—Estoy convencido –aseguró el cardenal–, pero, por el bien de nuestros intereses, me encargaré de que estemos informados en todo momento de lo que ocurre.

Alberoni había aprendido durante los largos años inmerso en la política del gobierno, que había que contar con todos los recursos necesarios para estar preparado ante cualquier contingencia que pudiera surgir. Y, ahora, no iba a ser menos.

—¿Cómo? –preguntó Felipe volviendo la cabeza hacia él. —Conozco al hombre adecuado, majestad.

## II

*Fortaleza de Eilean Donan. Escocia. Mediados de abril de 1719.*

Amanecía. Contemplando la superficie del lago veteado de gris con las primeras luces del alba Alejandro se sentía una minúscula mota de polvo ante un mundo infinito. Apoyado en una de las almenas del castillo en el que se encontraba, dejaba que la brisa fresca despejara su aturdida cabeza tras varias noches durmiendo poco y mal. Frente a él, una pequeña montaña no más grande que una colina surgía de entre la niebla que la rodeaba, niebla que parecía surgir de las mismísimas entrañas de la tierra cubriendo, con sus rizos de humo blanco, la densa foresta que enmarcaba un paisaje singular de viejas leyendas de hadas y elfos.

Por primera vez en su vida se sentía libre al contemplar aquella agreste región de Escocia. Maravillosa e indómita, de lagos que reflejaban el cielo y de colinas de un verde intenso salpicadas aquí y allá por el lila del brezo que despedía un aroma intenso a naturaleza viva, era tierra de guerreros, que resurgía de sus cenizas una y otra vez, para deleitar el alma de aquellos que, tras la batalla, volvían a sus amados hogares con la satisfacción de contemplar su país tal y como lo dejaron al marchar.

Alejandro estiró los brazos por encima de su cabeza en un intento de desperezar sus entumecidos músculos tras varias jornadas de intenso ejercicio. La inactividad que desde hacía días les acompañaba le tensaba los nervios por lo que todas las mañanas se unía al grupo de highlanders[2] que acampaban en los alrededores del castillo a practicar unos lances de espada. El primer día que los había visto luchar entre sí, admiró el férreo control y la fe que depositaban en esas enormes espadas de doble filo que llevaban, las claymores, casi del tamaño de sus propios cuerpos, y que hacían girar por encima de sus propias cabezas para seguidamente asestar un golpe, más que brutal, al adversario. Él, como soldado que había sido, acabó fascinado ante el poder de esos hombres rudos y salvajes con faldas por cuyas venas corría la sangre de los antiguos guerreros celtas, a los que el honor y el amor por su raza y costumbres, los llevaba a ser los más temidos luchadores a los ojos de los ingleses. Nunca se echaban atrás ni se acobardaban aun cuando la muerte les pisara los talones; a pesar de que habían intentado ser dominados bajo el yugo imperialista inglés a lo largo de los últimos siglos, habían sobrevivido a sus ataques y siempre defendido sus formas de vida y tradiciones.

[2] Highlanders: así se llama a los habitantes de las Tierras Altas de Escocia. Son de origen celta y conservan su antigua lengua e indumentaria.

Alejandro aún se hacía un lío para identificar a cada clan por los dibujos y colores de la tela de tartan[3] de sus plaids[4]. Su honor y su identidad se representaban en esas telas que enrollaban en su cintura para luego rodear uno de los hombros y bajar por el pecho, siempre del lado del corazón, de nuevo a la cintura, sujetándolos con un broche con la leyenda de cada clan grabada en su interior. Los MacDonald, los Cameron, los MacGregor, los MacKenzie, los MacRae, cada uno portaba orgulloso sus propios colores y distintivos y eran leales a ellos y, en resumidas cuentas, a su clan hasta la muerte.

Y Dios librara a Alejandro de equivocarse al nombrar a alguno de ellos como le había ocurrido a uno de los jóvenes del batallón de Marina Española, con quienes había viajado hasta Escocia. El chico se hallaba jugando a las cartas al anochecer con algunos de sus compañeros en el campamento exterior al castillo cuando se le había ocurrido invitar a jugar a dos highlanders que pasaron por su lado. La mala fortuna o quizás el vino que había ingerido le hicieron confundir en su brumosa mente los colores de un clan por otro y, al segundo de llamarlos, se encontró tirado en el suelo con dos dientes menos en su haber y un ojo del color de las berenjenas.

La rivalidad entre clanes en Escocia era el pan de cada día. Viejas rencillas de generaciones anteriores, cualquier nimio desprecio, ofensa o robo de ganado de un clan a otro, seguían aún latentes en los corazones aun cuando el motivo fuera ya difuso por el paso del tiempo.

Perdido en sus pensamientos mientras contemplaba el primer rayo de sol que surgía entre las volutas de niebla, algo le llamó la atención a su

[3] Tartán: tela escocesa de lana con dibujos de cuadros o listas cruzadas de diferentes colores. Cada tipo de tartán, se asocia a un clan escocés.

[4] Plaids: larga tira de tela de tartán que los highlanders utilizaban como vestimenta, enrollándola alrededor del cuerpo y sujetándola al hombro con un broche.

izquierda. Por el rabillo del ojo captó un reflejo rojizo que aparecía y desaparecía entre la bruma y la densa arboleda del bosque más allá del campamento. Lo siguió con la mirada y, aunque nunca había sido un hombre supersticioso, las leyendas de las banshees[5] que había escuchado le vinieron a la memoria erizándole los pelos de la nuca.

Un poco más abajo, al principio del bosque, otros tres reflejos llamaron su atención. Entre la sombras, distinguió varias figuras humanas que parecían correr en paralelo pero acercándose al punto en el que convergía el movimiento más pausado de una silueta que desprendía destellos de un rojo brillante.

Alejandro Andía Brighton era un hombre curioso y, como tal, encaminó sus pasos hacia el punto donde había visto por última vez a la banshee misteriosa.

Vigilaba entre la maleza atento a cualquier mínimo sonido que alcanzara a escuchar entre la bruma. Gruñía, helado hasta los huesos por el rocío de la mañana y mentalmente blasfemaba contra aquel frío norteño ya que no iba bien abrigado para la ocasión. Las prisas por descubrir aquello que había atisbado entre los árboles le hicieron olvidar el abrigo que tan necesario era en aquellos parajes. Sólo pantalón, camisa y botas como único atuendo. Llevaba el pelo oscuro recogido con una cinta en la nuca; y sus ojos marrones, de mirada profunda, no perdían detalle del más nimio movimiento que surgiera en aquel paraje desvaído por la niebla matinal. Una cosa le reconfortaba: colgada del cinturón, a la altura de sus caderas, su gran compañera de viaje le acompañaba. Una espada de buen acero toledano que le regaló el Cardenal Alberoni tras su vuelta de una misión en Italia.

Su estómago rugió de hambre. En esos momentos echaba de menos la ración de las malditas gachas de avena que todos los días les servían como rancho. Insulsas, insípidas, las había aborrecido casi al instante en que las había probado, pero en esos momentos le venía a la cabeza un gran cuenco lleno de ellas en sus manos mientras se calentaba junto al fuego de una hoguera.

[5] Banshees: del gaélico irlandés “bean sidhe” o “hada de los túmulos”. En la mitología de Irlanda y de las Tierras Altas escocesas, eran las hadas que anunciaban la llegada de una muerte.

Aguzó el oído.

Un leve rumor de movimiento encaminó sus sigilosos pasos hacia

la derecha. Tras años de experiencia en numerosas batallas o misiones encomendadas con el más estricto secreto, detectaba sin ser detectado, se convertía en mera sombra haciéndose uno con el paisaje y, a pesar de su altura, que rozaba el metro noventa, se movía con una agilidad felina en el juego de supervivencia en el que se había convertido su vida, curtida a golpe de espada.

Comenzó a oír voces tras una tupida maleza unos metros más adelante de donde se encontraba. Con cuidado, se metió entre los abrojos, desde los que tuvo una perspectiva más que favorable de lo que acaecía a tan tempranas horas de la mañana.

Tres individuos, de pelaje incierto, rodeaban, dos por la derecha y uno por la izquierda, a una muchacha que debatía frente a sí un pequeño sgian dhu[6] como único método de defensa. Los hombres, que más bien parecían animales acechando a una presa, se reían mientras giraban alrededor de ella cual gatos divirtiéndose antes de devorar a un ratón. A pesar de que los rufianes manejaban cuchillos más temibles, la muchacha los mantenía a raya atrasando y adelantando la mano que sostenía el sgian dhu. Alejandro se asombró de la capacidad de la joven para defenderse y, pese a que tenía que estar muerta de miedo, en ningún caso mostraba signos de flaqueza o desesperación. Sus ojos despedían chispas mientras su pelo flotaba tras ella como una hoguera incandescente.

—Vamos chiquilla, deja ese cuchillito a un lado y tú y yo pasaremos un rato muy agradable juntos –el individuo sonrió socarronamente mostrando una hilera de dientes podridos que hacían juego con el resto de su persona, mientras sus compañeros se relamían en espera de lo que podía suceder.

[6] Sgian Dhu: pequeño cuchillo ceremonial típico de los highlanders, que se llevaba prendido al calcetín, atado alrededor de la pierna o dentro de la bota.

Con un acuerdo tácito, el hombre que había hablado dio unos pasos hacia ella abriendo los brazos en un ademán que quería ser tranquilizador. Los otros dos quedaron un poco más retrasados en los flancos de la muchacha, con los pies bien asentados en la tierra, uno delante del otro, por si tenían que intervenir.

En ese momento, la joven pareció que se rendía, pero cuando el tipo del centro se acercó más a ella, su cuchillo hendió el aire a la velocidad del rayo marcando con una fina línea de sangre la cara de aquel desalmado.

—¡Maldita puta! – se llevó los dedos a la cara–. La muy zorra me ha marcado.

Sus compañeros se reían a mandíbula batiente oyendo a su cabecilla blasfemar.

—Vaya, Dhougall , estás perdiendo facultades–se mofó uno de ellos–. Una simple muchacha que no levanta más que unos palmos del suelo rajando tu preciosa cara. ¿Qué dirán las mozas de la taberna

viendo a su héroe claudicar por culpa de una pequeña ratita silvestre?–el retintín que dejaba entrever sus palabras enfadó más al tal Doughall.

—¡Cállate, maldito bastardo! Como salga una sola palabra de tus labios te cortaré esa sucia lengua que tienes. Y tú, muchacha, vas a pagar lo que has hecho.

Alejandro vio como aquel maloliente sujeto se abalanzaba sobre ella, hundiéndola bajo su cuerpo cuando tocaron el suelo mientras la inmovilizaba bajo él. La muchacha se debatía lanzando patadas y retorciendo su cuerpo para librarse de esa pesada carga, pero poco a poco iba perdiendo fuelle.

Alejandro podía oír su respiración agitada cuando, asqueado por lo que acababa de presenciar, decidió, pese a su innato instinto de supervivencia, ayudar a la joven. No soportaba la idea de que pudieran dañar a una señorita en su presencia, estuviera o no en su país, o tuviera o no una orden que cumplir; simplemente le ponía enfermo el abuso de unas personas que, en determinadas situaciones pudieran cebarse en los más débiles y pagar sus fustraciones maltratándolos. Después de que sus padres murieran, siendo él aún un mozalbete, el destino le había llevado a vivir en el hospicio de un monasterio donde había recibido más palos que caricias y ello, le había marcado el alma profundamente.

Cuando la mano del agresor se levantó en el aire en ademán de abofetear a su presa, la sangre hirvió en las venas de Alejandro y, de un salto, salió de su escondite.

—Yo que tú no haría eso.

Catriona se debatía entre las nauseas que le producía el hombre que estaba encima de ella y la nebulosa de un desmayo inminente. El hedor que desprendía su atacante se pegaba a su garganta haciéndole malgastar fuerzas inútiles tratando de quitárselo de encima. Había sido una tonta cuando, minutos antes, se había sentido acechada entre la espesura mientras recogía hierbas. No viendo nada a su alrededor que pudiera suponerle un peligro, había achacado sus temores a las leyendas de los espíritus del bosque que había mamado desde pequeña de las ancianas de su clan en Lochaber[7]. Siempre que iba a buscar hierbas al bosque, sentía un respeto temeroso hacia aquellas criaturas invisibles que moraban en las profundidades de la foresta, e intentaba no perturbar su paz más allá de lo imprescindible. Pero hoy no eran hadas ni elfos quienes la habían vigilado, y estaba metida en un grave aprieto del que no sabía cómo salir.

Trató de calmar su desacompasado corazón mientras pensaba en una manera de librarse del sujeto que la retenía. Por instinto, sus piernas se elevaron intentando golpear la parte baja del vientre de su agresor, pero él estaba alerta y esquivó por poco un golpe bien

dirigido. Cuando vio que su mano se levantaba para golpearla, cerró los ojos y apretó la mandíbula rezando para que el golpe que esperaba no la llevara hasta el desmayo.

El golpe no llegó. Desde su estado de terror, escuchó una voz grave que decía unas palabras con un fuerte acento extranjero y notó como el cuerpo que sudaba encima de ella se ponía tenso en respuesta. No entendió sus palabras pero sí que se había salvado de milagro de un buen morado.

Cuando sintió que su atacante la soltaba, tuvo ganas de llorar. Las lágrimas se agolparon haciendo de muralla a tras sus párpados cerrados que seguían

la luz exterior. Se obligó a respirar profundamente varias veces para limpiar sus pulmones con el aire puro del bosque y serenarse, antes de volver a abrir los ojos.

[7] Lochaber: Región del área Oeste de las Tierras Altas de Escocia.

Una vez pudo enfocar su vista hacia un punto en concreto, su mirada se topó con unos ojos marrones que la miraban con preocupación. Tras lo que le pareció una eternidad perdida dentro de la mirada de aquel hombre, él desvió la vista, clavándola directamente en sus agresores que, poco a poco, se habían separado de su cuerpo para rodear al desconocido que les había aguado la fiesta.

—Aquí no se te ha perdido nada, extranjero –dijo el tal Doughall. —Sí, más te vale volver por donde has venido y olvidarte de nosotros.

Los tres hombres apuntaban ahora con sus largos cuchillos hacia aquel que los había interrumpido y, mientras Doughall lo encaraba de frente, los otros dos daban pequeños pasos laterales para ampliar el perímetro de acción.

Catriona apreció que el nuevo desconocido mantenía un aire sereno ante la latente amenaza que se cernía sobre él. Alto, moreno, mantenía una pose relajada como si nada de todo aquello fuera con él. Pero, aunque pareciera que su actitud era de total indiferencia, dos cosas delataban su verdadero estado de ánimo: un inapreciable tic en la mandíbula, signo de la verdadera tensión de su cuerpo, y la mano que descansaba junto a la empuñadura de su espada.

Ese hombre es peligroso, fue lo que pensó Catriona mientras no perdía detalle de la reacción de los otros tres que, si bien seguían apuntando con sus cuchillos hacia el desconocido, habían dejado de acercarse, quizás porque habían intuido lo mismo que ella o porque los tenía descolocados con su actitud de indiferencia que mantenía.
Por fin, aquel hombre habló.

— ¡Dejad en paz a la muchacha y largaos!–su acento bronco golpeó los oídos de Catriona.
Los tres individuos se dirijieron miradas de incertidumbre. Doughall fue el primero en reaccionar.

—¿Acaso quieres morir hoy, extranjero?

El hombre moreno levantó una ceja y centró toda su atención en la amenaza velada de aquel individuo.

—¿Es que no me has entendido? Lo que quiero es que dejéis tranquila a la muchacha y desaparezcáis de mi vista.

—¿Vas a pagarme?

—¿Por qué?

—Por desaparecer.

—No entiendo.

—Pues es muy fácil, extranjero. Si quieres que olvide mi recompensa, y es una recompensa que hace mucho tiempo que no pruebo, vas a tener que desembolsar algunas monedas que me compensen por tan suculenta pérdida–dicho lo cual echó una mirada lasciva al cuerpo de Catriona, quien se estremeció de asco ante tal atención.

—No pienso pagarte por algo a lo que no tienes derecho.

—¿Habéis oído, muchachos? Este fanfarrón no sabe con quién se las está viendo. Escúchame atentamente, estas montañas son mías y aquí nadie me dice a lo que tengo o no derecho; y menos un asqueroso extranjero al que nada se le ha perdido en estas tierras.

Doughall parecía enfadarse por momentos, su cara sucia dejaba traslucir bajo la capa de mugre que la cubría, manchas rojas causadas por la ira que iba acumulando.

—Te lo vuelvo a repetir, extranjero. Lár-ga-te. —No.

Catriona supo en que preciso momento iban a atacar al hombre moreno. Con aquel último “no”, Doughall había pegado un respingo y su cara se había convertido en una máscara roja de tanto que debía hervirle la sangre. Si no hubiera estado tan paralizada observando la escena, se habría santiguado ante esa manifestación de odio puro que parecía exudar por cada poro de su maloliente piel. Sólo faltaba que aquel tipo exhalara azufre por todos sus orificios para coincidir con la imagen que ella tenía en la mente sobre los demonios del averno.

Todo ocurrió muy rápido. Antes de que le diera tiempo ni siquiera a parpadear (y menos a santiguarse), los esbirros de Doughall se lanzaron por los lados del hombre con sus largos cuchillos en ristre apuntando hacia el estómago. Pero el hombre moreno ya tenía la espada fuera de su vaina y, mientras paraba el golpe de uno de ellos, lanzó una patada que derribó al otro hasta dar con sus posaderas en el suelo.

Entonces Doughall atacó.

Su furia se hizo sentir en cada embestida. Más corpulento que los demás, parecía que pronto iba a doblegar a su enemigo; pero éste paraba cada estocada con un giro de muñeca mientras sus pies parecían danzar en un baile que sólo él mismo conocía. Y dando un giro a su cuerpo que parecía imposible para un hombre de su altura,

hizo que Doughall diera con sus huesos en la tierra mientras, de un certero tajo, rebanaba la mano que sostenía el cuchillo de uno de sus esbirros.

La crudeza de aquella imagen, asqueó a Catriona que giró la cabeza por un momento para apaciguar las arcadas que sentía desde el fondo del estómago.

De nuevo volvió la vista hacia la pelea cuando escuchó que alguien soltaba un exabrupto en una lengua desconocida.

Doughall había conseguido herir al extranjero. Una fina línea roja atravesaba un costado de su cuello y manchaba su camisa blanca de pequeñas gotas de sangre. Catriona pensó que ese era el fin y se levantó presta a correr para salvar su vida.

Se dio cuenta entonces que la lucha ya era sólo cosa de dos. Los dos otros dos maleantes habían desaparecido, dejando una estela roja, hacia el interior del bosque, quizás en busca de un refugio donde lamer sus heridas. Doughall y el hombre moreno, seguían danzando en aquel ritual de destrucción cuyo final llegó de repente cuando, en su última embestida, Doughall dejó al descubierto la parte derecha de su pecho. El extranjero, rápido como una estrella fugaz, cambió su espada de mano y, de un golpe certero, atravesó el pecho de su contrincante con un grito de triunfo que surgió de sus labios.

Catriona vio como, tras caer Doughall al suelo, el hombre se arrodilló junto al ya difunto y, murmurando algo, limpió su espada en las telas de su ropa. Por un momento, agachó la cabeza como si estuviera rezando y ella sólo pudo ver su pelo negro desgreñado tapándole todo el rostro. Pero cuando levantó la cabeza y se encontró con sus ojos, lo que vio la hizo estremecerse de puro terror. Los ojos de aquel hombre se habían oscurecido hasta convertirse en dos rendijas negras que la miraban sin realmente verla. Parecía un ser perdido en el infierno, un alma errante capaz de sólo matar con un simple gesto. Y tuvo miedo, pero era incapaz de moverse y dejar de mirarlo.

Sólo cuando aquel hombre rompió el contacto visual al incorporarse, Catriona consiguió reaccionar, levantándose los pliegues de la falda y corriendo como nunca lo había hecho en su vida. III

Alejandro seguía la estela roja del pelo de la joven por el bosque preguntándose qué demonios había pasado para que huyera de esa forma. Tenía que reconocer que era rápida. Aparecía y desaparecía entre los arbustos que, prácticamente, ocultaban su figura y parecía no desfallecer.

Cansado tras la pelea, no estaba de muy buen humor en ese momento, y correr tras aquella muchacha estaba terminando de colmarle la paciencia. Acostumbrado como estaba a planear estrategias en situaciones difíciles para salir airoso, decidió coger la ruta que parecía más probable para bajar al campamento. Tarde o

temprano ella tenía que bajar si quería salir del bosque y volver con su gente.

Minutos más tarde, agazapado en un saliente rocoso, oyó su respiración desacompasada mientras pasaba como una exhalación por el lugar donde se ocultaba.

La agarró del brazo al vuelo haciendo que sus cuerpos chocaran y rodaran por la húmeda tierra en un revoltillo de ropas y extremidades que desencadenó una lluvia de hojas secas que se adhirieron a cada parte de sus cuerpos. La muchacha, asustada por el impacto, se quedó paralizada unos instantes por el impacto de la caída; su pecho subía y bajaba de forma vertiginosa haciendo que el corazón bombeara más rápido de lo normal mientras trataba de atisbar, tras su enmarañada melena, aquello que la había derribado.

Alejandro se tomó un respiro mientras trataba de arrodillarse junto al cuerpo de la chica, pero el momento de tregua había pasado y, ella, levantando una de sus piernas, le asestó una fuerte patada en el pecho que, por un momento, lo dejó sin respiración y se revolvió como gato panza arriba para volver a huir.

Maldiciendo por lo bajo y ya sin resuello, Alejandro logró cogerla de la falda cuando se estaba levantando y volver a hacerla caer.

¡Maldita sea, muchacha! –rugió, mientras trataba de sujetarla–. No quiero hacerte daño.

Ella dejó de debatirse y clavó sus ojos en los de Alejandro como si intentara calibrar la certeza de sus palabras. Muy despacio, él la soltó y dejó las palmas de las manos abiertas a sus costados en señal de paz sin dejar de mirarla ni un instante. Sus ojos verdes lo estudiaron durante unos segundos con la indecisión pintada en el rostro, casi se podía sentir la lucha que libraba interiormente sobre la conveniencia de creerle o no.

Alejandro se levantó y, tras sacudir sus ropas en un intento de desembarazarse de todas las hojas que se le habían quedado pegadas, alargó la mano hacia ella para ayudarla a levantarse en un ademán suave que trató que pareciera caballeroso para no volverla a asustar. Después de un pequeño titubeo, le asió la mano y, con toda la delicadeza que le fue posible, Alejandro la izó hasta que sus cuerpos quedaron uno frente al otro. Sin soltarle la mano, se inclinó hacia ella hasta que sus labios prácticamente la rozaron en una leve reverencia.

Alejandro Andía Brighton, enviado del Rey de España, para servirla a usted –la muchacha tembló ante aquel saludo y trató de soltarse, pero él la tenía fuertemente agarrada por temor a que se le volviera a escapar–. ¿Os encontráis bien?

Ella seguía muda. Alejandro comenzó a preguntarse si ella le entendía realmente. Quizás era una de esos habitantes de esa tierra

que sólo sabían hablar en el idioma de sus antepasados celtas. El gaélicoescocés era muy común en las Tierras Altas de Escocia y existía un buen puñado de gente que nunca se había molestado en aprender otro. En el campamento lo había oído hablar entre los highlanders y también entre los campesinos que vivían en el cercano pueblo de Dornie y, aunque intentó prestarle oídos para aprender alguna noción de él, ya que siempre se le habían dado muy bien los idiomas y, de hecho, podía expresarse en varios gracias a sus múltiples viajes, no lograba encontrarle sentido a esa lengua ruda y gutural.
Miró a la muchacha.

—¿ Puedes entender lo que te digo?–y se señaló la boca en un intento de hacerse entender con gestos. Ella bajó su mirada de sus ojos a su boca y, rápidamente, de nuevo a sus ojos. A Alejandro le pareció que dos leves manchas de color rosado aparecían en sus, hasta ahora, pálidas mejillas, aunque desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Tenía que reconocer que era una bella muchacha. Con esos ojos verdes, la tez blanca y ese cabello rojo como el fuego, hacía un bonito conjunto al que admirar.

Ella pareció notar su intenso escrutinio porque trató de alejarse dando unos pasos atrás, al tiempo que pegaba un fuerte tirón para desasirse de su mano.

Alejandro no lo permitió y, agarrándola por los hombros la atrajo hacia sí, quedando sus cuerpos tan juntos que ni el canto de su espada hubiera pasado entre ellos. La cabeza de la chica le llegaba justo por debajo de la barbilla por lo que tuvo que inclinarse para poder mirarla a los ojos. Cuando sus miradas se cruzaron, un leve temblor recorrió el cuerpo de ella y tensó los músculos de Alejandro. Dios, iba a besarla–pensó mientras acercaba su rostro hacia ella.

—¡Quítale tus sucias manos de encima, bastardo!

Alejandro dio un respingo y dándose la vuelta, no sin antes asegurarse de que la muchacha quedaba a salvo tras él, encaró a quien le había hablado mientras su mano buscaba la empuñadura de la espada.

Dos tipos o más bien dos gigantes con faldas se hallaban a escasos diez metros de ellos. Eran dos moles de músculos, con brazos como troncos de árbol, cuellos de doble grosor y miradas asesinas que no le quitaban ojo tras una maraña de pelo rojo oscuro que les caía más allá de sus hombros. El que había hablado era el más temible. Una larga cicatriz surcaba su rostro desde debajo del ojo hasta esconderse tras una tupida barba del mismo color que su cabello. Sostenía en sus manos una larga claymore que despedía reflejos centelleantes al entrar en contacto con el sol y mantenía las piernas abiertas, bien asentadas en la tierra, mientras resoplaba como un toro enfurecido. Y eso era lo que parecía, un toro a punto de embestir. Alejandro no se consideraba

un hombre pequeño, pero aquel individuo le sacaba casi un palmo y parecía capaz de luchar contra un oso con sus propias manos. El otro hombre, que parecía permanecer en segundo plano, no era menos imponente, pero sí parecía más joven e inquieto que el primero. Ambos vestían el mismo plaid de colores por lo que dedujo que se trataba de miembros del clan Cameron de Lochaber, asentados también en el campamento junto a la fortaleza de Eilean Donan y que eran uno de los clanes más acérrimos en cuanto a conseguir que un rey escocés volviera a ocupar el trono de su país.

Pero, aunque eran aliados en la empresa que había llevado a Alejandro a aquellas tierras, en esos momentos las circunstancias nada tenían que ver con la lucha contra su enemigo común: Inglaterra. Tras evaluar la situación y viendo la actitud de ese hombre, Alejandro rodeó con sus dedos la empuñadura de su espada dispuesto a lo que tuviera que venir.

—Antes de que logres sacarla, amigo, tu cab eza estará rodando por el suelo –el gigante, en un sutil movimiento, había levantado su claymore y le apuntaba con ella.

Viendo que en esa ocasión sería mejor una actitud más diplomática, Alejandro separó unos centímetros su mano de la espada.

—No creo que eso sea necesario. Sólo estaba tratando de mantener a salvo a la muchacha.

—¿A salvo de quién, amigo? Yo no veo a nadie por aquí salvo a ti y, por lo que he podido ver, si no hubiera llegado a tiempo, el único peligro para ella era tu actitud.

—Te equivocas, yo no le haría daño a una mujer.

—Eso no lo sé, extranjero, pero por si acaso déjala marchar ahora mismo.

—Ella es libre de irse cuando quiera. Sólo pretendía cerciorarme de que no se hubiera dañado durante la pelea.

—¿Pelea? –el gigante achicó los ojos y miró a su alrededor–. ¿Qué clase de pelea?

—La que se produjo a escasos metros monte arriba cuando unos malnacidos intentaron agredir a esta señorita.

El gigante titubeó. Se podía sentir cómo su cerebro trataba de procesar la información que acababa de referir.

Entonces dijo unas palabras en gaélico y una voz menuda salió de detrás de Alejandro contestando a lo que aquel hombre le decía. Se produjo una corta conversación de la que se podía deducir que la muchacha conocía a aquel hombre.

Poco a poco, sintió cómo la joven se separaba de su espalda con movimientos lentos y encaminaba sus pasos para reunirse con el gigante, quien no perdía de vista ni uno de sus movimientos. Alejandro la dejó hacer y no movió ni un músculo. Cuando ella llegó

hasta los dos highlanders, se produjo otra corta conversación en su idioma que parecía una discusión. En un momento dado, el gigante ladró unas palabras al otro hombre y, éste, desapareció entre la espesura monte arriba.

Pasaron unos minutos de tenso silencio hasta que el otro hombre volvió a aparecer asintiendo con la cabeza hacia el primero. La muchacha entonces sonrió y, poniéndose de puntillas besó la mejilla del gigantón y se escabulló entre los árboles de vuelta al campamento. Entonces, ambos hombres lo miraron.

—Bien, extranjero. Parece que no nos has mentido. Mi hermano ha encontrado el cadáver de un proscrito no muy lejos de aquí –su cuerpo ya no mostraba la tensión de antes–. Como hombre de honor que soy, te doy las gracias por mantener a salvo a mi familia.

—No hay de qué.

—¿Cuál es tu nombre, extranjero?

—Alejandro Andía Brighton, enviado del Rey de España junto al regimiento de infantería de Marina Española.

—¿Brighton?¿Eres inglés? –su actitud corporal había vuelto a cambiar. Entrecerró los ojos y, volviendo la cabeza, escupió contra el suelo como intentando borrar la palabra "inglés" de su boca.

—Mi madre era inglesa –Alejandro también se puso a la defensiva y alzó la cabeza con orgullo. Jamás permitiría que nadie empañara ni el recuerdo, ni la adoración que él había sentido y sentía por su madre.

—Eres medio *sassenach*[8]–no fue una pregunta, sino más bien una constatación de un hecho.

—Soy español –terció Alejandro.

El gigante notó el tono de Alejandro y evaluó la situación.

—Bueno español, una cosa no quita la otra. Te reitero mi agradecimiento por mantener a salvo a mi familia. Pero sigo preguntándome que hubiera pasado si no hubiera llegado a tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Me preguntaba, español, por tus intenciones hacia la muchacha.

Alejandro se removió inquieto. Esas últimas palabras habían sido dichas en un tono de puro hielo y no presagiaban nada bueno. Era un maldito idiota. Casi había besado a la muchacha sin saber si estaba casada o comprometida. Quizás era la esposa de aquel gigante. Las palabras "gracias por mantener a salvo a mi familia" le rondaban la mente una y otra vez. Si esa mujer era su esposa, se tendría merecido lo que le pasara. Siempre había dicho que uno, si quería sobrevivir, tenía que pensar con la cabeza y dejar de lado los sentimientos más mundanos. La vida le había llevado a esa conclusión y siempre seguía sus principios a rajatabla. Pero, por un maldito segundo, había perdido de vista esos principios y, ahora, se encontraba en una situación peliaguda de la que no sabía cómo salir.

[8] Sassenach: palabra utilizada despectivamente por los escoceses, para referirse a los ingleses.

—No sé de qué me hablas, mis intenciones eran las de cerciorarme de que no se hubiera dañado, como ya te he dicho.

—Sabes, español –el hombre se apartó el pelo de la cara y lo miró a los ojos–, te he visto algunas mañanas practicando con tu espada en la zona de entrenamiento del campamento.

—Sí, ¿y qué?

—No eres nada malo en la lucha, sabes moverte bien a pesar de esa ridícula espada de juguete que llevas.

Alejandro no se ofendió con el comentario. Desde que había llegado, los comentarios comparando las claymores de los escoceses con los floretes españoles, se repetían hasta la saciedad y habían dejado de importarle.

—¿A dónde quieres llegar?

—Bueno, no me gusta que me mientan y tú, español, acabas de hacerlo –lo fulminó con la mirada–. ¿Dime, que tiene que hacer un hombre que se precie cuando el honor de una mujer de su familia se halla en juego? No hace falta que me contestes –dijo el gigante levantando las manos–, creo que será igual la respuesta aquí o en tu país. Mañana al alba te espero en el campo de entrenamiento y allí

discutiremos nuestros puntos de vista sobre lo que aquí ha ocurrido. —¡Sea!–Alejandro aceptó, resignado ante lo inevitable–. ¡Allí estaré! —Eso espero, español. Porque no habría sitio donde esconderse si

traicionas a Angus Cameron.

—He dicho que allí estaré y nunca me echo atrás cuando doy mi palabra–dijo Alejandro desafiante.

Ambos hombres se miraron dispuestos a comenzar lo que habían acordado para el día siguiente. Luego, Angus Cameron sonrió en un rictus de burla.

—Creo que irás, español. Y yo me divertiré –dicho lo cual hizo un gesto a su hermano y abandonó el lugar por donde había venido. IV

Catriona esperaba en el linde del bosque paseando arriba y abajo entre un grupo de rocas. Hacía rato que había dejado la compañía de los hombres y esperaba, impaciente, a que volvieran. Con el corazón en un puño, cavilaba sobre los posibles desenlaces de aquel encuentro que, por si fuera poco, eran entera y completamente por su culpa. El remordimiento que sentía no era nada comparado con el que podría llegar a experimentar si el encontronazo acababa en sangre. Conocía a Angus y sabía que su ira podía llegar a ser temible cuando se tomaba en serio alguna afrenta y, por la expresión de su rostro que le había visto al partir, estaba de todo menos contento. Y, aunque el extranjero, tal y como ella había visto, sabía defenderse muy bien con la espada y su cuerpo parecía fuerte, no creía que fuera rival para

Angus Cameron.

El remordimiento volvió a enroscarse en la boca de su estómago. No quería que, por ser una niña malcriada que no pensaba jamás en las consecuencias cuando actuaba, o eso al menos decía su abuela, que el extranjero acabara herido o muerto, ya que le había salvado de caer en las garras de esos sucios energúmenos que querían violarla y, luego quizás, matarla.

Un ruido entre los árboles interrumpió sus pensamientos. Angus y Liam Cameron se acercaban hacia ella con semblantes serios y ceños fruncidos. No se amilanó. Los conocía muy bien y sabía que jamás le harían daño hiciera lo que hiciera.

—¿Dónde está el extranjero, Angus?

Ninguno de los dos hombres le contestó. Simplemente se quedaron mirándola echando chispas por los ojos. Pero Catriona no estaba dispuesta a callarse.

—¿Qué le habéis hecho?

—Nada que a ti te importe, mujer.

—¿Liam? –el más joven apartó la mirada. Estaba claro que había

recibido instrucciones de su hermano pues Catriona siempre lograba sonsacarle a Liam las cosas que Angus no quería que supiera. Liam Cameron sentía una debilidad muy especial por ella y siempre intentaba contentarla cuando estaba triste o consolarla cuando recibía alguna reprimenda por ser tan cabeza loca. Pero esta vez parecía que estaba tan enfadado como Angus y que no lograría sacarle nada en claro.

—¿Y bien? – golpeó con impaciencia el pie en el suelo.

—¿Y bien? –rugió Angus–. ¡Aún tienes la desfachatez de enfadarte cuando deberías de estar arrodillada pidiendo perdón a Dios por los problemas en los que nos metes y dándole gracias por haber salido bien librada de esta! Eres una imprudente, Catriona, y vas a hacer que el pelo se me vuelva blanco por todas las preocupaciones que me causas. Cada vez que te pierdo de vista un solo segundo encuentro que te has metido en algún problema y, hasta hoy, no han sido más que chiquilladas, pero esta mañana podías haber acabado muerta, ¿lo entiendes? ¿Entiendes por un momento por lo que nos haces pasar?– Angus se pasó la mano por el cabello y cerró los ojos como si tratara de serenar su ánimo–. ¿Podrías decirme que hacías sola recorriendo el bosque cuando te di instrucciones claras de que no te alejaras del

campamento a no ser que te acompañáramos uno de nosotros?

—Tenía que recoger hierbas para mis ungüentos y no podía esperar a que uno de vosotros, osos gruñones, se dignara a madrugar por un día.

—Tus hierbas no tienen piernas para salir caminando y no creo que, por esperar un rato, vayan a desaparecer.

—¡Qué sabrás tú! –dijo Catriona indignada–. Alguna de ellas hay que

recogerlas al alba, tal y como me enseñó la abuela, para que no pierdan sus propiedades curativas y, vosotros, panda de vagos, no podéis entenderlo y menos acompañarme si os dedicáis todas las noches a beber uisge beatha[9] con cualquier incauto que os quiera acompañar.

—No me hagas enfadar más, mujer. Tus razones no me valen cuando tu vida está en peligro.

Mientras, con los brazos en jarras, Catriona discutía con su protector, por el rabillo del ojo vio una figura que emergía del bosque un centenar de metros a la derecha de donde se encontraban. No sabía que había tenido un nudo en el estómago hasta que vio al extranjero, sano y salvo, salir de la espesura. Sus piernas, tensas hasta ese momento, se relajaron y comenzaron a temblarle del alivio que sintió al verlo vivo y andando por su propio pie.

[9]Uisge beatha: traducida como “agua de vida”, es el licor antecesor del whisky.

—Parece que hayas visto un fantasma, chiquilla – dijo Angus. —Oh, es sólo que…. –de repente la lengua se le quedó trabada y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras luchaba por retenerlas–, me ha salvado la vida.

—Y por eso yo he perdonado la suya.

Catriona, presa ya de un incontrolable temblor, se echó en brazos de un estupefacto Angus mientras le daba las gracias una y otra vez. Tras estrecharla en un abrazo de oso, la separó de su cuerpo y le levantó el mentón para que lo mirara a los ojos.

—Sabe s que te queremos, Cat, pero ¿podrías hacer el favor de obedecerme de ahora en adelante y evitarme estos sustos?–Catriona asintió limpiándose el rastro de lágrimas de su rostro, feliz porque todo hubiera terminado tan bien.

Alejandro maldecía entre dientes mientras se acercaba al campamento a paso ligero. Hacía un momento que el sol se había ocultado y una fría llovizna estaba empapándole hasta los huesos. Lo peor de ese país era el clima. Uno podía experimentar todas las estaciones del año en tan sólo un día; pasar del sol más radiante a la tormenta más negra en menos de media hora para luego, volver a ver salir al astro rey limpiando los restos de una tupida neblina.

Pero no sólo por eso maldecía. No hacía mucho que había llegado a Escocia y los problemas ya llamaban a su puerta. Acababa de dar su palabra para batirse en duelo al día siguiente y, encima, con un hombre que se asemejaba más a una montaña que a un ser humano.

Suspiró. No era la primera vez que se batía en duelo ya que, aunque en España estaban perseguidos por la Ley, era una práctica más que común para arreglar las pequeñas o grandes diferencias que surgían entre caballeros. La primera vez, él aún era un estúpido

jovenzuelo imberbe a quien la pasión por una determinada dama le había puesto en un aprieto frente a su malcarado amante; sólo gracias a la destreza con su espada había podido salvar el pellejo hasta que fueron interrumpidos por un grupo de guardias que casualmente pasaban cerca del lugar del combate. Mientras su contrincante era apresado, él volaba por las callejuelas de Madrid en busca de un refugio seguro hasta que la tormenta pasara. Después, la dama en cuestión, lo rechazó para casarse con un joven de alta cuna en un matrimonio que le reportaría grandes beneficios. Dolido en su orgullo, se había prometido asimismo que no volvería a batirse a no ser que la causa fuera lo suficientemente grave para ello y que jamás daría su lealtad a nadie que no la mereciera.

Las dos veces siguientes fueron, más bien, cuestión de honor y, aunque salió victorioso, evitó dar muerte a sus adversarios por el estado de embriaguez en el que se encontraban.

Fue la última vez, sin embargo, la que acabaría con sus huesos en prisión al ser detenido en plena refriega con uno de los hijos de un noble de la Corte. Aquel incidente había sido un error; orquestado por los enemigos más acérrimos de su mentor quien, en aquel entonces, aún no ostentaba la toga cardenalicia, le habían tendido una trampa para que fuera incapaz de rechazar el batirse en duelo mientras, a sus espaldas, informaban a la guardia de la hora y lugar del duelo. Envidiosos de los pasos cada vez más cercanos del abate Alberoni a la cámara privada del Rey, no había dudado en manchar su nombre por medio de aquel joven en la sombra de quien se decía que era la mano ejecutora de Alberoni en sus tejemanejes políticos y palaciegos. Sus enemigos lo estudiaron muy bien, quizás durante meses, hasta encontrar el punto más débil en la dura coraza que había creado en torno a su persona: su padre. Antes de morir, el padre de Alejandro había sido conocido y respetado en todos los círculos mercantiles de la capital del reino, e incluso en el Palacio Real por sus innovadoras ideas a la hora de introducir en el país mejoras en todo lo relacionado con la fabricación y venta de productos de lujo a los que tan aficionados se estaban volviendo todos los cortesanos: ricas telas que hacían las delicias de las damas, grandiosos tapices, porcelana fina y un sinfín de objetos de ornamentación que los más ricos apreciaban tener. Siendo chiquillo aún, recordaba lo ufano que se mostraba su padre cuando, de vuelta de uno de sus viajes, le mostraba las nuevas maravillas tecnológicas que había descubierto en países como Inglaterra, Flandes, Alemania o Italia, y que darían, según sus palabras, “un vuelco a la industria del país”. Alejandro admiraba maravillado todos aquellos inventos y creaciones que su padre le iba mostrando intentando retener los matices del negocio que algún día le sería legado. Mientras su padre le mostraba todos aquellos tesoros, le

hablaba de sus viajes y las peripecias y lugares fantásticos que había visitado. Alejandro, con los ojos como platos por lo que escuchaba, le seguía atentamente en su imaginación por todo el recorrido que, con meras palabras, su padre le mostraba. Finalmente, cuando ya la narración tocaba a su fin, lo sentaba en sus rodillas y acariciándole el cabello le decía:

—Pero , ¿sabes cuál es el mayor tesoro que he encontrado en mis viajes?

Alejandro, aunque conocía la respuesta por las muchas veces que la había escuchado, se mantenía callado y miraba muy serio a su progenitor.

—Tu maravillosa madre, que fue la que me tr ajo el regalo más hermoso del mundo.

—¿Qué regalo, padre?

—Tú, hijo. Tú.

Y sonreía alzando a Alejandro y estrechándolo contra sí.

Después de su muerte, habían surgido rumores malintencionados por todos los corrillos de la Corte y que, con el paso del tiempo, habían ido haciéndose más crueles conforme iban creciendo. Se tachó a su padre de espía contra la corona, quien con el pretexto de sus viajes, se dedicaba a pasar información privada de su majestad a sus más enconados enemigos: Inglaterra y Austria. Su compromiso con una dama inglesa de noble cuna, se decía que había sido en agradecimiento a una de las informaciones favorables que suministró a los gobernantes británicos. También se especulaba sobre su posible acercamiento al archiduque Carlos, en plena guerra de Sucesión, cuando éste se encontraba en Barcelona, a la espera del momento propicio para atacar Madrid y hacerse con el trono de Felipe de Borbón. Y hasta se llegó a comentar que la muerte de su padre no fue sino una manera de quitar de en medio a una persona que, con sus intrigas políticas, podía hundir a su país en la miseria.

Alejandro aún era muy pequeño cuando todo esto aconteció y no supo nada hasta años después cuando, en una visita a la mujer que lo había cuidado mientras sus padres viajaban, su aya Marcelina, quien ya se encontraba a las puertas de la muerte, le relató todo aquello llorando a lágrima viva.

Fue quizás en aquel entonces, cuando el corazón de Alejandro se cerró herméticamente y contempló el mundo de otra manera. Y la mera mención de cualquier cosa relacionada con sus padres, le hacía hervir de furia sin pensar en las consecuencias de sus actos.

Y así acabó en la cárcel, encerrado por su propia rabia y estupidez. La refriega había comenzado en una de las tabernas de la zona más peligrosa de Madrid. Los jóvenes nobles, aunque jamás lo reconocerían, gustaban de acudir a los barrios bajos a solazarse con la

bebida, la música y las rameras; mientras en su vida diaria su noble tacha no dejaba de maravillar a propios y ajenos por su inmaculada e impoluta condición en sus actos y palabras, las noches madrileñas eran harto diferentes y la verdadera cara salía a la luz.

Alejandro, aunque no muy dado a estos lugares, de vez en cuando se permitía una rápida visita a cantinas donde los nombres no solían importar mientras se tuviera la bolsa llena, para mitigar su dolor interior con una buena borrachera. Solo, como siempre había estado, buscaba un rincón apartado y comenzaba su lento rumiar de dolores y jarrillas de vino amargo hasta altas horas de la madrugada. Siempre solía pasar desapercibido en estos lances embozándose en ropajes oscuros y aprovechaba las sombras de aquellos antros para guarecerse de miradas indiscretas. Y hasta aquella fatídica noche había tenido buena fortuna en ello. Pero la suerte siempre se acaba y quiso Dios que coincidiera con don Diego, hijo mayor de uno de los nobles que se arrimaban a la Corte con la intención de medrar en sus intereses y que no era un secreto que tenían especial inquina por el acercamiento del abate Alberoni al Rey de España. Y, aunque Alejandro, prácticamente, no se dejaba ver por la Corte, sí había coincidido con Diego en la academia de esgrima a la que su mentor le había obligado a asistir para hacer de él, según palabras del propio Alberoni, "todo un caballero". Desde el momento en que rozaron sus espadas de prácticas en la academia, habían saltado chispas y no sólo del acero, pues la arrogancia del noble chocaba con la capacidad innata de Alejandro para el manejo de la espada.

En cuanto Diego cruzó la mirada con su odiado compañero de esgrima en esa sucia taberna, urdió una trama junto con su camarilla de acérrimos seguidores para molestar a Alejandro y, mientras lo instigaba con aquellas mentiras sobre sus padres, ya planeaba la traición para entregarlo a manos de la justicia. Si Alejandro no hubiera estado tan embotado por el alcohol, se habría dado cuenta de los tejemanejes que se fraguaban a su espalda; pero le pudo el orgullo y el honor del nombre de su familia y, ciego de rabia, lo retó a duelo esa misma noche. Su siguiente fallo, fue dejar a su oponente elegir la hora y el lugar, y presentarse sin ni siquiera llevar un padrino. Tras los primeros lances de espada, se vio apresado por la guardia mientras el noble huía de la contienda sin que nadie le detuviera. Todo había sido orquestado, y la guardia debidamente pagada, para que las puertas de prisión se abrieran por primera vez para él.

Ante aquella situación, Alberoni no tuvo más remedio que mover todos los hilos de los que disponía para intentar revocar la sentencia que se le impondría a su protegido y, pese a sus numerosos aliados, sólo pudo conseguir que la pena se transmutara en la incorporación a filas de Alejandro, que por entonces contaba con diecisiete años, en el

asedio que las tropas del rey Felipe -últimos coletazos de la guerra de sucesión española-, comandadas por el Mariscal Berwick, tenían puesto a la ciudad de Barcelona por sus exigencias de que les fueran devueltos los fueros que su majestad había suprimido.

Una voz que lo llamaba, sacó a Alejandro de los recuerdos sombríos que acudían a su mente al visualizar las escenas de muerte y dolor que había presenciado en las batallas en las que había tenido que luchar, ya no por su propio país, sino por salvar su propio pellejo y en las que la dama de la guadaña había pasado a escasos centímetros de su cuello en más de una ocasión.

—¡Don Alejandro! – el joven Juanillo, Juan Montes, soldado novato de la infantería de Marina, con quien había trabado amistad durante la travesía hacia Escocia gracias a que lo había rescatado de una novatada de sus propios compañeros, quienes pensaron que era una buena idea darle un remojón en el Atlántico durante una de sus cogorzas vespertinas y que, fue gracias a la rapidez de reflejos de Alejandro, que no acabó en las frías aguas por los pelos, cuando ya su cuerpo salía despedido por encima de la baranda de estribor. Agradecido, Juanillo, desde entonces, se había convertido en el fiel escudero que nunca quiso, y le seguía allí donde fuera ayudándole en sus quehaceres diarios pese a los ruegos de Alejandro de que depusiera su actitud de agradecimiento, quizás también porque había encontrado en Alejandro el respeto que no lograba conseguir de sus compañeros o superiores a quienes, su lentitud de pensamientos, les parecía motivo suficiente para la burla, la pena o el escarnio. Juanillo podía ser un poco lento a la hora de comprender las cosas pero lo compensaba con su imbatible espíritu de trabajo y esfuerzo y con su capacidad para detectar en todo momento los deseos e incertidumbres que sumían a Alejandro en estados melancólicos de los que sólo él sabía, con sus palabras o silencios, ayudarlo a salir. Desde su llegada, el cuatro de Abril, a Stornoway, capital de la Isla de Lewis al oeste de Escocia, hasta su paso, días después, a la península y su consiguiente asentamiento en los alrededores del castillo Eilean Donan, su amistad había seguido creciendo en detrimento de aquellos que buscaban el pasar un buen rato a costa del joven Juan, quienes, por todos los rumores que circularon sobre Alejandro y su oscura alma, habían dejado de incordiarlo por temor a sufrir la ira de aquel de quien se decía que era la mano ejecutora de algunas muertes sonadas en España contrarias al ministerio de Alberoni y que, aquellos a los que daba muerte, sólo conseguían ver su sombra segundos antes de morir. A pesar de que Alejandro conocía de la existencia de esos rumores, ni los alimentaba ni los desmentía, pues prefería ser temido antes que terminar ensartado en una espada en cualquier callejón oscuro.

—Juan, no sé las veces que te voy a tener que decir que no utilices el

título de deferencia conmigo. Con un simple "Alex" bastaría.

Juanillo pareció no escuchar lo que se le estaba diciendo y con grandes aspavientos de sus huesudos brazos se plantó delante de Alejandro.

—Hace rato que le esperan en el salón del castillo y el coronel Bolaño parecía echar chispas al ver que no lo encontraba allí. Parece ser que se ha propuesto una reunión de emergencia para acordar…. –Juanillo se fijó entonces en el aspecto desastrado que lucía su amigo. Sus ojos repararon en el pelo alborotado y lleno de hojas secas de Alejandro y en sus ropas manchadas de barros, hasta las pequeñas gotas de sangre que manchaban su camisa blanca a causa del corte en el cuello fruto del encuentro desafortunado de momentos antes en el bosque–. ¡Pero sí estáis herido, pardiez!–y alargó la mano hacia su cuello.

Alejandro se lo quitó de encima de un manotazo y se pasó la manga de la camisa por el cuello. Rápidamente, la fina tela blanca se tiñó de carmesí.

—Tiene un aspecto horrible. Debería dejarme que se la tratara antes de que se infecte y aparezcan las fiebres.

—No es nada, Juan.

—Dígame quien ha sido el bastardo que le ha hecho eso. ¿Ha sido uno de esos brutos nativos? Deberían de enseñarles modales antes de soltarlos al mundo con una falda como toda vestimenta…

—Juan…¡JUAN! – Alejandro suspiró irritado–, deja de divagar y cuéntame que es eso de una reunión.

—Ah sí, perdone. Resulta que los dos nobles escoceses por fin se han puesto de acuerdo en algo y han convocado una reunión para tratar los pasos a seguir de ahora en adelante.

—¿De veras? –Alejandro, incrédulo, no veía claro que el 10º conde mariscal George Keith y el conde de Tullibardine, William Murray, pudieran alguna vez mirar por encima de sus ombligos y hacerse cargo de la situación en la que se encontraban.

—Parece que han llegado noticias desde España

—¿Buenas o malas, Juan?

—Malas, creo; al menos por las expresiones de sus caras al recibirlas. Aunque no sabría decirle muy bien el contenido de las mismas, ya que han convocado al resto de comandantes y se han encerrado en el salón del castillo.

—Gracias, Juan. Debería acercarme inmediatamente a ver qué ocurre, antes de que a Bolaño se le pare el corazón ante la idea de hacer el ridículo más espantoso con sus escasos conocimientos del idioma.

—¿Señor?

—Dime.

—Debería de cambiarse la camisa antes de ir. No creo que al coronel le haga mucha gracia que aparezca con tal facha, ¿quiere que le acerque una mientras va hacia allí?

—Sí. Gracias, Juan.

El joven se cuadró y saludo a Alejandro con un taconazo al más puro estilo militar y salió disparado hacia el campamento. Pero antes de que se hubiera alejado mucho la potente voz de Alejandro le conminó a detenerse un momento.

—¿Juanillo? –lo miró mientras se pasaba la mano por el pelo para hacer desaparecer los restos de suciedad que llevaba–, ¿qué harías si te pidiera que fueras mi padrino?

—¿Su padrino, señor? –Juanillo se le quedó mirando embobado mientras procesaba muy despacio lo que le estaban diciendo. Cuando pareció que comprendía el término, sus ojos se agrandaron en un gesto de la más pura sorpresa–. ¿Va a batirse en duelo?

Alejandro asintió.

—Es una larga historia y ahora no tenemos tiem po. Desde luego, no estás obligado. Si rechazas mi propuesta no me sentiré ofendido ni lo tendré en cuenta.

—¿Cuándo?

—Mañana al amanecer, en el campo de entrenamiento.

—Será un honor para mí, señor –y estiró su pequeño cuerpo hasta parecer más alto de lo que era como símbolo de orgullo.

Alejandro, agradecido, le dedicó una sonrisa de despedida y se dirigió con paso firme a la bella fortaleza del clan Mackenzie enclavada en el punto donde se unían los dos brazos del loch[10] Alsh: loch Long y loch Duich.

[10] Loch: en gaélico, lago o gran extensión de agua.

V

A la fortaleza de Eilean Donan se accedía cruzando un estrecho puente que comunicaba la isla donde se asienta la fortaleza y la orilla del loch Duich. Lugar que, años atrás, había sido utilizado por los vikingos para avituallarse en su paso de vuelta a sus tierras. Cruzando un gran portón, se accedía a un patio desde el cual, subiendo unas escaleras de piedra, se llegaba a las estancias principales.

Alejandro penetró entre sus muros y guió sus pasos hacia el salón donde tenía lugar la reunión. Sin apenas hacerse notar, ocupó su lugar junto al coronel Nicolás Bolaño, quien le dirigió una de sus famosas miradas asesinas durante unos segundos, para luego volver a posar su vista en el grupo de hombres allí reunidos. Aparte de George Keith y William Murray, se encontraban aquellos lairds[11] que apoyaban la causa de la Corona española con tal de ver derrotados a los ingleses para, así, poder recuperar el trono escocés para los Estuardo: William

Mackenzie, 5º earl de Seaforth y laird del clan Mackenzie; John Cameron de Lochiel, laird del clan Cameron; Ranald MacDonald de Clanranald; miembros de otros clanes, como los MacRae o los MacGregor; y varios funcionarios irlandeses afines a la causa.

Jacobo III Estuardo, se hallaba exiliado en Francia. Su padre, Jacobo II, convencido seguidor de la Iglesia Católica, fracasó en su intento de restablecer el catolicismo en Inglaterra. Los líderes parlamentarios de la época pidieron ayuda a Guillermo de Orange, casado con María, la hija de Jacobo II, quien era protestante, para que reclamara el trono y defendiera la hegemonía protestante en Inglaterra, por lo que, tras la invasión, Jacobo tuvo que huir a Francia. Al morir Guillermo en 1702, el trono inglés lo ocupó la última reina de la dinastía Estuardo, Ana I, protestante también y segunda hija de Jacobo II. A la muerte de ésta y, cumpliendo la Ley de Establecimiento que promulgaba que los futuros monarcas de Inglaterra debían ser protestantes, el trono pasó a sus descendientes protestantes más directos, encontrados en la casa de Hannover en Alemania. En 1714, el príncipe de Hannover fue coronado como Jorge I. Por aquel entonces, Jacobo III, tras la muerte de su padre, trató de recuperar el trono para los Estuardo con el apoyo de franceses y españoles, quienes reconocieron su aspiración a reinar en Inglaterra y Escocia, y desembarcó en Escocia en 1715 con apoyo de sus partidarios más leales, los llamados jacobitas, quienes lucharon para que éste volviera a ser rey en lo que se llamó “la Rebelión de 1715”. Pero fueron derrotados y Jacobo III tuvo que volver de nuevo a Francia para evitar ser apresado.

11 Lairds: comunmente, se aplicaba a los jefes de los clanes de las Tierras Altas de Escocia y era un título hereditario.

Los ánimos de aquellos hombres parecían caldear el ambiente más de lo razonablemente usual de ese tipo de reuniones. La tensión que rodeaba el grupo, se hacía patente en cada palabra que era pronunciada o en cada gesto que se hacía.

—¿Qué está ocurriendo?

—Llegas tarde Andía, como siempre –el coronel Bolaño escupió estas palabras de entre sus dientes sin dignarse a mirarlo ni un momento–. Se confirman las malas nuevas que trajo el hermano del conde mariscal a Stornoway. La misión de Ormonde ha sido cancelada.

Estamos solos.

Alejandro sopesó las consecuencias de lo que acababa de escuchar y, aunque ya se lo temía, pues hacía días que se barajaba dicha posibilidad, no pensó demasiado en la situación tan desafortunada con la que les dejaba dicha información.

En un principio, el plan de Alberoni parecía brillante. Durante meses, junto con el duque de Ormonde, habían discutido cada detalle hasta alcanzar la perfección para poder, de esta forma, presentárselo a

Felipe V y que éste diera su aprobación. El plan, era perfecto en su sencillez: en primer lugar, dos fragatas, con unos trescientos soldados españoles de Infantería del Regimiento de la Corona y unos dos mil mosquetes que servirían para armar a los rebeldes, desembarcaría en Escocia a fin de levantar a los clanes y a todo aquel que apoyara la causa jacobita, al mismo tiempo que distraía al ejército inglés en el Norte. Días después, desde Cádiz, saldría la flota comandada por James Butler, duque de Ormonde, con el grueso de las tropas que tenía como punto de destino Gales o Cornualles, para comenzar desde allí la invasión.

Pero todo se torció.

La flota de Ormonde, había salido desde Cádiz el veintinueve de

marzo compuesta de veintinueve navíos, cinco mil soldados y tres mil mosquetes, para recalar en la Coruña antes de proseguir viaje. Días antes, las dos fragatas dirigidas por George Keith con los hombres del coronel Bolaño y el propio Alejandro, habían salido de San Sebastián para acabar viaje en la isla de Lewis el cuatro de abril y esperar noticias de Ormonde.

Pero, como ya ocurrió con la Armada Invencible de Felipe II, se interpuso el mar. Un gran temporal alcanzó en Finisterre a la flota y Ormonde tuvo que regresar a España con la mitad de barcos dispersos y la otra mitad dañados.

En cuanto se supo la noticia, el hermano del conde mariscal, James Keith, partió desde el río Sena hasta Stornoway para dar noticia del incidente ocurrido.

Y, aunque habían esperado alguna semana con la esperanza de que la flota se rehiciera y volviera a emprender viaje, se confirmaba ahora que la misión había sido definitivamente cancelada.

Alejandro prestó atención a los hombres que allí discutían. De repente, Keith y Tullibardine, se habían levantado de sus sillas y, rojos de ira, se señalaban con dedos acusadores por encima de la mesa.

—Estos dos nunca se pondrán de acuerdo – le susurró Bolaño. —Ni lo harán –contestó Alejandro–. No creo que el conde mariscal sea capaz de perdonar a Tullibardine que se hiciera con el mando de las tropas a sus espaldas antes, incluso, de que hubiera puesto un pie

en Escocia. Fue un golpe bajo.

—En verdad que lo fue. Fui testigo de su cólera cuando su hermano le informó de que Tullibardine había intrigado para hacer suyo el plan de

Keith y comandar así las fuerzas de invasión. Los gritos debieron acobardar hasta a las mismísimos peces del mar.

—Aún así, logró conservar el mando de las fragatas.

—Pobre recompensa para todo lo que había hecho.

—De todas formas, pienso que, tanto en aquellos momentos, como

ahora, estamos perdiendo un tiempo precioso en discusiones en vez de actuar de una vez por todas. Quizás, si se hubiera atacado Inverness en
su momento, podríamos tener una posición más desahogada y pensar en un plan de acción que nos permita salir de ésta.

Alejandro había estado de acuerdo con el conde mariscal George Keith en que un ataque a la capital de las Tierras Altas, Inverness, en los primeros días de su llegada, podría haber decantado la balanza a su favor ya que los líderes de los clanes se hubieran visto más abocados a apoyarlos con una victoria en su haber. Pero Tullibardine se había acobardado ante las malas noticias de España y los había hecho acampar en Lewis y perder unos días preciosos en espera, quizás, a que la flota de Ormonde reanudara su viaje tras el desastre. En ese tiempo, la guarnición inglesa de Inverness se había doblado y muchos leales jacobitas habían perdido parte de su empuje, volviéndose prudentes y rechazando de plano el dar su apoyo a la causa a menos que las noticias de Ormonde fueran de nuevo favorables. Alejandro no los culpaba por ello. Entendía que, tras la derrota de 1715 y lo que supuso para los clanes, una nueva derrota les infligiría un daño del que tardarían en recuperarse.

Cuando por fin dejaron la isla de Lewis para cruzar hacia las Tierras Altas escocesas, con un temporal que casi los hace zozobrar, Inverness se hallaba preparada para evitar un ataque, por lo que no les quedó más remedio que adentrarse en la región y establecer su nueva base en la fortaleza en la que ahora se hallaban.

Desde entonces, las discusiones entre los dos dirigentes se habían recrudecido hasta el punto de que habían separado sus campamentos a más de una milla de distancia para evitar verse el máximo tiempo posible.

□Vuestra pasividad, señor, nos hace vernos en esta situación desesperada–Keith, cara a cara con Tullibardine, le escupía estas palabras–. Si por vos hubiera sido, nos habríamos quedado en Lewis con el rabo entre las piernas hasta el día del juicio final.

□¿Os atrevéis a llamarme cobarde en presencia de mis hombres, mariscal?–un murmullo se extendió por toda la sala calentando aún más los ánimos de los presentes.

□No haría yo tal cosa estando en mi sano juicio, señor. Pero si su excelencia se hubiera dignado, simplemente, a ver las ventajas de atacar Inverness en el momento adecuado, la balanza estaría inclinada ahora a nuestro favor y el apoyo de los clanes se habría duplicado.

□Seguís, como siempre, anclado en el pasado. Sin la confirmación de que la flota de Ormonde había podido continuar viaje, era imposible pensar en un ataque. Hubiera sido un suicidio.

□No estoy de acuerdo. Perdimos un tiempo precioso en

divagaciones que, bien empleado, podía habernos llevado a una victoria segura–y volviéndose a levantar de su asiento en un brusco ademán, tiró una copa de vino especiado que rodó por toda la mesa salpicando a los más cercanos al conde mariscal–. ¡Es ahora cuando la soga se aprieta alrededor de nuestro cuello!

—¡Sois un viejo loco y pagado de sí mismo que no piensa en las consecuencias para sus hombres! –Tullibardine, imitando a su oponente y para no ser menos, también se había levantado de un bote de su asiento volcando la silla a su paso.

—¡Es en mis hombres, en mi tierra y en mi Rey en lo que siempre pienso antes de dar un paso! Si lo que estáis insinuando es que no tengo honor, más vale que reflexionéis sobre ello o mi acero reflexionará por vos.

Alejandro asistía impertérrito al desafío que los ojos de los dos hombres intercambiaron entre sí y, harto ya de la repetición de la misma escena una y otra vez, decidió poner el mismo fin a esa absurda situación y enterarse, por fin, del contenido de las nuevas que habían llegado desde España.

—Señores, por favor – dio un paso hacia el centro de la sala, esquivando la mano del coronel Bolaño que intentaba persuadirlo de no meterse entre aquellos dos poderosos hombres que parecían dispuestos a matarse entre sí–, discutir sobre tiempos pasados no lleva a buen puerto y pienso que toda la inteligencia que, a buen seguro, dos hombres como ustedes poseen, debería encaminarse conjuntamente a la valoración de las nuevas que llegan desde España.

Ambos, se habían vuelto a mirarlo, perplejos ante la osadía que representaba el interrumpirlos en plena discusión, por lo que las iras de los dos nobles, encontraron un nuevo foco al que dirigirse.

—¿Quién osa interrumpirnos de ese modo? – Tullibardine había sido el primero en reaccionar.

—Discúlpenme, pues no me he presentado –a lo que siguió una reverencia aprendida de sus esporádicas visitas a la Corte–, me llamo Alejandro Andía, enviado por su majestad el Rey de España como consejero en asuntos militares, agradecido de estar a su entera disposición.

La deferencia que mostró, pareció apaciguar un poco a los dos hombres.

—Te reconozco – dijo George Keith quien, mientras hablaba, volvió a ocupar su asiento–, venías en la fragata que nos trajo desde tu país.

—Así es, señor.

—Y dime, Alejandro, ¿Qué clase de asesoramiento nos darías en este asunto?

—Mis disculpas señores, pero aún no conozco que clase de nuevas han recibido sus excelencias.

¡Oh! ¡Qué fallo el mío!–Tullibardine se golpeó la frente con grandes aspavientos remarcando así el sarcasmo que se intuía en sus palabras. Algunos hombres a su alrededor se sonrieron intentando evitar que Alejandro se percatara de ello–. Perdónenos señor. Vamos Keith, dale las nuevas al muchacho para que podamos continuar.

Alejandro se paró cuando su mano ya volaba hacia su espada. Desde luego, Tullibardine era capaz de sacar de quicio a cualquiera, pero que lo llamara “muchacho” y con ese tono de voz, enfurecía a Alejandro hasta extremos que, si simplemente ese necio supiera en que lodazales se metía, jamás se hubiera atrevido a provocarlo de esa manera.

Keith, sin embargo, lo observaba con detenimiento y no parecía seguir las chanzas del otro.

¡Basta! –exhortó Keith–. Estamos todos en el mismo barco y creo que cada uno de los presentes debería conocer el motivo de esta reunión.

Ambos nobles, volvieron a sostenerse las miradas por unos segundos; la del conde mariscal, fría como el hielo, la del conde de Tullibardine, roja por el odio que destilaba.

Alejandro pensó, muy a su pesar, que volverían a enzarzarse de nuevo en otra acalorada discusión y, harto ya de perder el tiempo, estaba dispuesto a abandonar la sala dejando a esos hombres para que se mataran entre sí. Pero, tras unos breves segundos, Tullibardine volvió la cabeza hacia él y reclamó, en privilegio tácito, el narrarle el correo que Ormonde había enviado.

El duque de Ormonde nos informa de que la invasión desde España

ha sido cancelada –dijo mientras se arreglaba la peluca que, con los aspavientos de antes, se había torcido un poco–, y nos exhorta a que sigamos con nuestra misión inicial mientras él trata de suministrarnos armas tan pronto como sea posible.

Debemos intentar que más clanes se una n a nosotros–suspiró Keith– y hacer lo que sea necesario para su reclutamiento. Aunque la misión es harto difícil. Tras el fracaso de 1715, los hombres no quieren arriesgarse a perder todo lo que poseen en una empresa avocada, desde el principio, a la mala fortuna. Ya hemos visto cómo muchos clanes del Norte se resisten a tomar parte de algo que no les garantiza, ni un ápice, el poder saborear la victoria final y, los entiendo, porque el miedo a perder sus hogares es más fuerte que otra cosa.

Y ya que no vamos a recabar el suficiente apoyo, soy de la opinión de que ustedes vuelvan a su país. Pero aquí, al señor conde mariscal, al que le cedí a regañadientes el mando de las fragatas, hace unos días se le ocurrió la genial idea de mandarlas de vuelta a España–Tullibardine, de nuevo, parecía cercano a la ira– y ahora no

nos queda más remedio que buscar nuevas alternativas para salir del barrizal en el que nos hemos metido nosotros solitos.

—Pienso que fue una buena idea mandarlas de vuelta. Mi deber era prever las consecuencias de un ataque inglés en estas aguas y preservar la integridad de ambas embarcaciones.

—Y también dejar a estos hombres aislados en nuestras tierras.

—Jamás pasó por mi cabeza dicho pensamiento y no voy a consentir que me acuses de falta de integridad con aquellos que nos han ayudado.

Alejandro, viendo que de nuevo el ambiente amenazaba tormenta, llamó la atención de los presentes con la pregunta de la que todos querían conocer la respuesta.

—Ya que es inviable nuestra vuelta a España, ¿Cuál, se supone, que es el plan a seguir?

—En estos momentos y dada la situación, sólo dos alternativas se nos presentan como viables–dijo el conde de Tullibardine lanzando una mirada a todos los presentes y reconociendo que valoraba todas las opiniones que hasta el momento habían aportado–, una es replantearnos el intentar conquistar la plaza de Inverness, a pesar de las noticias que tenemos de que la guarnición inglesa allí se ha duplicado y que supondría, en nuestro detrimento, que se desvelaran nuestras intenciones para con la casa Estuardo. La segunda alternativa pienso que es más prudente, aunque no exenta de riesgo, y es la de dirigirnos al Sur e intentar recabar más apoyo de los highlanders que allí residan, ya que nuestro éxito depende de ellos en mayor o menor medida.

—Creo que los ingleses, a estas alturas, ya deben de conocer nuestras intenciones, señor, dado el gran número de espías que recorren nuestras tierras –sentenció Keith–. Sin embargo, concuerdo con lo que ha dicho y pienso que un poco de prudencia no nos vendría mal en estos momentos.

Aún pasó una larga hora hasta que acabaron de discutirse y ultimarse los detalles entre todos los miembros que estaban presentes en la reunión. Con todo y al final, la decisión de marchar hacia el Sur en busca de apoyo recabó la aceptación de la inmensa mayoría de los que allí se hallaban por lo que, en unos pocos días, abandonarían Eilean Donan en busca de pastos mejores.

Alejandro esperó a que el coronel Bolaño decidiera retirarse para regresar de vuelta al campamento junto a él. Caminaron, ambos, en silencio, sumidos en sus dudas acerca del nuevo giro de los acontecimientos como si de dos grandes camaradas se tratara. Nada más lejos de la realidad. Alejandro notaba la animadversión que el coronel sentía hacia él; no en vano se había opuesto hasta la saciedad

a que Alejandro los acompañara en esa misión dirimiendo argumentos de su no pertenencia a las tropas, su pasado incierto y su presente más bien oscuro. De hecho, la palabra “mercenario” había salido de entre sus labios en diversas ocasiones como remarcando su pertenencia al mejor postor, por lo que su grado de fiabilidad era cuestionable. Sin embargo, nada pudo hacer, porque las órdenes de que Alejandro lo acompañara en calidad de asesor y, al mismo tiempo, como traductor, venían de muy arriba, de las puertas más cercanas al Rey de España.

—Veo que para vos la palabra “sutil” carece de significado – le reprendió Bolaño.

—¿A qué os referís, Nicolás?

—¡Por Dios! ¿Es que no sabes permanecer en el lugar que te corresponde?–el enfado comenzaba a hacer mella en el ánimo del coronel después de todas las tensiones habidas durante la jornada–; y haced la merced de dirigiros a mí con más respeto.

—Sólo he expresado en voz alta lo que muchos de los presentes en la reunión deseaban saber, Nicolás, y el respeto por un hombre no viene en un título o rango, sino en que sus hechos sean merecedores de tal –Alejandro detuvo sus pasos y miró a Bolaño fijamente–. Creo que sois un buen hombre, Nicolás, pero os empeñáis en encorsetaros en vuestro cargo para daros distinción cuando el verdadero respeto ya lo tenéis ganado entre vuestros hombres por vuestro patriotismo, arrojo y lealtad por ellos; y, aunque no lo creáis, también tenéis el mío.

—Vanas palabras de un hombre del que no se sabe hacia donde dirige su lealtad.

—Mi lealtad es algo que a vos no os incumbe, señor, pero sabed una cosa y no olvidadla: cuando alguien la merece, soy fiel hasta la muerte.

—¿Y quién merece ahora vuestra lealtad?–le preguntó el coronel con sorna–, ¿el Rey?, ¿Esta causa? ¿O quizás las faldas rojas de un cardenal conocido por todos por sus ansias de poder?

—No voy a permitir que se hable mal del cardenal Alberoni en mi presencia–la voz de Alejandro se había vuelto fría como el hielo.

—Ya veo que es cierto lo que se dice. Sois su sombra, su perro guardián. Y esto me lleva a cuestionarme qué es lo que realmente estáis haciendo aquí; por qué uno de los hombres más poderosos del reino envía a su esbirro a estas tierras remotas en calidad de supuesto consejero y, dicho sea de paso, sin que responda ante ninguna de las autoridades aquí presentes. ¿Cuál es la respuesta a esto?

—Veis conspiraciones donde no las hay. Mi presencia en este lance es la de aconsejar, en vista de una posible batalla, la mejor manera de vencer al enemigo. Mis años de lucha en el extranjero me han dado ese derecho y, por lo que respecta a las autoridades, sabed que soy un pájaro libre y hace muchos años que mi vida y mis decisiones son

mías y de nadie más –respondió Alejandro, cansado ya del interrogatorio al que se estaba viendo sometido–. ¡Y dejadme en paz de una vez! No preocuparos tanto por mi presencia y sí por el ánimo de vuestros hombres que se encuentra algo decaído.

□No os engañéis, Andía, es por mis hombres lo que me lleva a cuestionar vuestra presencia aquí –le espetó Bolaño–. No creáis, ni tan sólo un momento, que todo lo que hago no es para mantenerlos a ellos relativamente seguros. No me interesan vuestras correrías por estos lares mientras mis hombres no participen de ellas; pero una cosa sí que os advierto, si vos hacéis algo que nos afecte, no dudaré en hacer que caiga sobre vuestros hombros todo el peso de la Ley.

□Me doy por enterado, coronel –y, dándose media vuelta, se alejó de su particular inquisidor para disipar su mal humor en los adarves de la fortaleza, donde el viento que soplaba, despejaría su cabeza.

El coronel Bolaño lo miró largo rato mientras se alejaba. No podía fiarse de ese hombre ni de su oscuro corazón. En España, circulaban cientos de rumores sobre él y sobre su vinculación a ciertos asuntos que habían acabado en sangre pero, sobre todo, se decía que la ascensión meteórica del cardenal Alberoni hasta las mismísimas puertas de palacio, no se debía a la fama del cardenal de hombre sencillo, amable y encantador, sino a la pericia de ese hombre en recabar todo tipo de información de los más poderosos nobles del reino para ayudar al religioso en su ascensión. Los secretos más oscuros que conformaban la Corte, eran utilizados como medidas de presión, sobornos y amenazas por aquel italiano ávido de poder. Los rumores de que la red de espías que manejaba Alberoni era superior, en mucho, a aquella que le dio fama a la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la primera esposa de Felipe V, María Luisa Gabriela de Saboya, era un dato a temer de los manejos del cardenal.

Y de tal palo, tal astilla. En los corrillos de rumores que circulaban por todo Madrid, se había especulado más de una vez que el padre de Alejandro, Ignacio Andía, bajo la fachada de comerciante de géneros de lujo, hacía de espía de la princesa en sus viajes y, la razón por la que él y su esposa murieron, se hallaba en el conocimiento de un secreto que podía hacer tambalear a los grandes de la nación.

Nicolás, gracias a su amistad con uno de esos grandes, conocía más de lo que hubiera querido sobre el carácter de ese supuesto secreto que Ignacio Andía supo esconder tan bien. De hecho, aún años después de su muerte, se seguía especulando sobre el supuesto paradero de esa información pues se decía que aquel que la tuviera, se convertiría en una persona más poderosa que el propio rey.

Hoy en día, era el hijo, Alejandro, el que supuestamente realizaba estas labores de espionaje para el cardenal. Aunque, por lo que parecía, no con la misma sutileza que el padre, del que nada se

conoció hasta su muerte gracias a la inmaculada vida de comerciante respetado que se labró.

Los pensamientos del coronel vagaron por unos segundos por todo aquello que sabía del tema en cuestión y, finalmente, negando la posibilidad de una idea que había hecho mella por unos instantes en su cabeza, reemprendió su camino hacia el campamento para tomar una frugal comida con sus hombres.

## VI

Catriona se desperezó entre las mantas del catre que ocupaba dentro de la tienda habilitada para las mujeres Cameron en el campamento. Tardó un rato en abrir los ojos al nuevo día para que no acabara la magia que se enroscaba en su cerebro tras un sueño inmensamente reparador y satisfactorio. Desde el fondo de su consciencia, destellaban aún algunos vestigios de lo que la había velado mientras dormía: unos ojos marrones de mirada profunda que la habían mecido con delicada ternura entre las brumas del sueño.

Pero la realidad comenzaba a difuminar las sensaciones que tenía en forma de los ruidos normales de un campamento que despertaba a la cotidianeidad de cada mañana.

Tras recomponer sus ropas, arrugadas por el sueño, salió de la tienda y dejó, lánguidamente, que la brisa fresca proveniente del lago terminara de despejarla antes de dirigirse a reavivar los rescoldos de la hoguera que habían de calentar el desayuno. Los hombres, no tardarían mucho en aparecer para reclamar, con rugidos hambrientos, las gachas de avena que los sostenían cada mañana.

Una vez avivadas las llamas y puesto el caldero sobre ellas, miró a su alrededor pues todavía ningún hombre había venido a reclamar su desayuno y se enfureció pensando que, de nuevo, se habían pasado toda la noche de juerga al ritmo de algún brebaje infecto y la resaca les impedía levantarse de sus malolientes jergones.

—¡Eh, Vera! – saludó a la esposa de uno de los amigos de Angus y Liam que pasaba por allí en ese momento, cargada con un cesto de ropa que, posiblemente, había lavado en el lago–. ¿Dónde están los hombres esta mañana?

—Och, Catriona, ¿es que no lo sabes? Todos se han levantado al alba para presenciar el espectáculo en la zona de entrenamiento.

—¿De qué me hablas? ¿Qué clase de espectáculo?

—Pues, no estoy segura, Cat. Pero mi marido estuvo fanfarroneando anoche sobre la lección que Angus iba a darle esta mañana a uno de esos españoles a todo aquel que quisiera escucharle–Vera miró al cielo con resignación–. La verdad es que me hartó tanta cháchara y dejé de escuchar lo que decía la cuarta vez que se lo contaba a alguien. Pero Catriona ya no oyó las últimas palabras de la esposa de David Cameron, pues corría, como alma que lleva el diablo, hacia el

lugar donde ya se percibía el chirriar de dos espadas que chocaban entre sí.

Esa mañana, Alejandro se había levantado, cuando el alba rompía por el horizonte, con una absurda sensación de melancolía que se había ido acrecentando al recordar los episodios que había vivido el día anterior y que tendrían su resolución en los próximos minutos. Nada le apetecía menos que batirse con aquel highlander; y no porque pensara que no era rival para él, sino porque parecía que la vida se había empeñado en ponerle trabas, a cada cual más difícil, para purgar algún pecado de su existencia. No tenía miedo de morir, pero sí de hacerlo sin haber llegado a experimentar lo que era estar libre de las cargas que pesaban sobre sus hombros; de morir sin volver a rozar un estado parecido a la felicidad que uno siente cuando es niño y que a él le arrebataron con la muerte de sus padres.

Intentó librarse de sus tribulaciones pues no eran buenas compañeras para el lance que se avecinaba y, con la espalda erguida, se dirigió al lugar de la cita, seguido por su fiel Juanillo que, desde que se habían encontrado, no había dicho esta boca es mía ni tan siquiera cuando, mirándolo fijamente, le dio un enérgico apretón en el hombro como para infundirle valor con su presencia.

El campo se hallaba ya sembrado por los colorines de aquellos llamativos plaids que se fundían en un fondo de destellos difuminados. Habían formado un círculo sobre la parte más llana de terreno con suficiente espacio para que los dos contendientes probaran sus fuerzas.

Cuando Alejandro irrumpió dentro del círculo con paso decidido, se hizo un silencio sepulcral sólo roto por el canto de las aves que entonaban su melodía de saludo a un nuevo día.

Angus Cameron lo esperaba en el centro de ese círculo junto al hombre que, el día anterior, lo acompañaba en el bosque, y parecía tener un humor relajado con las manos cogidas tras su espalda. El otro, no parecía tan tranquilo, pues estrujaba sin cesar la empuñadura de la espada que sostenía. Alejandro evaluó a su enemigo desde la distancia y no pudo menos que admirarse de la fiera estampa, aún relajado, que ofrecía aquel hombre; con sus casi dos metros de altura y su fortaleza, podría arredrar a cualquier enemigo durante la batalla con tan sólo una mirada o un movimiento de su musculoso brazo.
Pero Alejandro no se amedrentó y, con una última zancada, se plantó frente a su enemigo y lo miró directamente a los ojos.

—Vaya, español, pensaba que te habías acobardado –dijo el Cameron con un atisbo de provocación en sus palabras.
—Nunca doy mi palabra en vano, escocés –le respondió Alejandro, añadiéndole en la palabra “escocés” el mismo tono de provocación que su adversario.
Por un momento, Angus Cameron lo fulminó con la mirada hasta que

una sonrisa irónica apareció en sus labios.

—Espero que seáis tan rápido con la espada como con la lengua, si no quizás os la corte para quedármela de recuerdo cuando esto acabe.

—No es mi lengua la que pierde el tiempo en palabras fútiles cuando las que de verdad deberían estar hablando serían nuestras espadas.

—Ya veo que tenéis prisa en probar mi acero, español, y no voy a defraudaros –y dirigiéndose a su compañero le pidió la espada que sostenía–. Pero antes de empezar, quizás deberíais decirle a vuestro enclenque perro guardián que se separara un poco de vos no vaya a acabar recibiendo por error alguna estocada.

—Juan es mi padrino, como supongo que lo será el hombre que tenéis a vuestro lado y se retirará a su debido tiempo –respondió Alejandro.

—¿Padrino, decís? ¿Te has creído que esto es un duelo, español? –y prorrumpiendo en sonoras carcajadas se dirigió en gaélico a los hombres que formaban el círculo, quienes, a su vez, se rieron a mandíbula batiente ante un enojado Alejandro y un perplejo Juanillo.

—¿A que me habéis citado aquí, entonces, sino a batirnos en duelo?

—Och, español, mi única idea era cruzar con vos el acero para comprobar por mí mismo las destrezas que dicen que tenéis los que cada mañana os han visto entrenar en este mismo campo con vuestra espada–sonrió–, digamos que a los escoceses no nos gusta que nadie nos supere y nuestro orgullo se ve tentado por nuevos desafíos en los que probarnos. La razón de que os haya citado en este lugar, no es más que, digámoslo así, una competición para demostrar que los highlanders somos mejores luchando que vosotros. Nos jugaremos el orgullo de nuestras razas en unos lances de espada. ¿Qué te parece, español? ¿Jugamos?

—Basta de cháchara, pues. Juguemos –. Y Alejandro, picado en su orgullo como español, desenvainó su espada en un elegante movimiento.

Pero Angus no hizo ademán de querer empezar la lucha en ese instante.

—¿Vais a luchar con eso? – le preguntó el Cameron.

—Es mi espada, de buen acero toledano.

—Eso no es una espada; más bien parece un pincho.

—¿Qué es lo que os preocupa?

–¿Preocuparme?–Angus se rascó la tupida barba que rodeaba sus facciones –. Me preocupa romperla de una estocada con mi claymore y que la fiesta acabe antes de empezar. No podría llevar la cabeza bien alta ante mis hombres si yo luchara con una verdadera espada y vos con un pincho de asar carne. Sería una victoria demasiado fácil que no probaría en nada mi valía–y, volviéndose hacia su compañero, le espetó algunas palabras en gaélico que no

fueron muy bien acogidas por su interlocutor. Tras varias frases más y pese a que el otro parecía negarse a lo que Angus le pedía con enfáticos movimientos de cabeza, acabó cediendo a regañadientes–. Liam os prestará su claymore; pero tened cuidado de ella pues mi hermano la aprecia más que a su propia vida.

Dicho lo cual, Alejandro se encontró con una inmensa espada en las manos, mientras Juanillo se hacía cargo de la suya y abandonaba, junto con el hermano de Angus, el lugar de la contienda.

El encuentro comenzó sin casi darle tiempo a tomar la primera bocanada de aire. Su rival se lanzó contra él con un rugido bestial surgido de lo más hondo de la garganta que más parecía un sonido animal que humano. La rapidez con la que el ataque se produjo, dejó a Alejandro paralizado un instante ya que no esperaba que, debido a su masa corporal, el highlander fuera tan raudo. Lo único que pudo hacer, en este primer envite, fue levantar la espada con ambas manos para parar el golpe que se le venía encima. El choque de ambos aceros reverberó como un diapasón a lo largo de los brazos de Alejandro y le hizo chirriar los dientes por su brutalidad. Con un quiebro de muñecas, logró apartar el acero de su rival lo suficiente para recomponerse y calibrar, en unos segundos, el peso de la claymore con la postura de su cuerpo, para lanzar un ataque contra el gigante pelirrojo.

Tras varios minutos manejando aquella espada, a base de paradas, fintas y giros imposibles, Alejandro comenzó a notar que los brazos le temblaban de cansancio; el peso del arma le estaba desgastando las fuerzas más rápido de lo normal y el sudor comenzó a empaparle la camisa a pesar del fresco de la mañana. Fue entonces cuando recibió el primer golpe. Cameron, aprovechando el medio giro que Alejandro realizó para esquivar un ataque, puso la espada plana y le golpeó con ella la base de la espalda, lo que convirtió los, hasta ahora susurros de los espectadores, en gritos de ánimo para su preferido.

Pero Alejandro, enfadado, contraatacó como un rayo, pues, aunque el highlander era rápido a pesar de su tamaño, él lo era más y, con una puntería certera, le hizo un fino tajo a la altura del hombro izquierdo. De repente, el público enmudeció y Angus Cameron, separándose, se miraba perplejo el corte del que ya comenzaban a manar unas pequeñas gotas de sangre.

Tras ese momento de vacilación, la lucha volvió a comenzar pero, esta vez, mucho más violenta; se había terminado el tiempo de calibrar los puntos débiles del enemigo y había comenzado el combate de verdad, lo que les llevó, tras unos lances de espada más, a que nuevas heridas aparecieran en sus cuerpos.

Tan inmersos se hallaban ambos hombres en la contienda, que no vieron una menuda figura que corría hacia ellos hasta que casi la

tuvieron encima. Alejandro se disponía a golpear a su contrincante con la espada empuñada por encima de su cabeza, cuando un destello rojo se cruzó en su campo de visión haciéndole perder la concentración, lo que fue aprovechado por el otro para lanzarlo de una patada al suelo y acercar el acero a su cuerpo. Entonces, Alejandro cerró los ojos en espera de un golpe que no llegó. Cuando los abrió, encontró a un Angus Cameron que, brazos en jarras, resoplaba enfurecido ante la banshee pelirroja del bosque.

–¡Por Cristo, Catriona! –maldecía el highlander– ¡No ves que podíamos haberte matado, mujer!

La muchacha, lejos de amilanarse ante el aspecto de bestia enfurecida de su interlocutor, levantaba la barbilla en gesto de desafío y le señalaba con el dedo hasta casi golpearle el pecho.

–¡Angus Cameron! – le plantó cara–, deja de gritarme y dime qué demonios hacías intentando matar al hombre que me salvó ayer la vida.

–Yo no intento matar a nadie, hermana, o acaso ves que haya dejado de respirar, ¿eh?–le increpó.

–Entonces dime: ¿que lleva a dos hombres a luchar como animales dentro de un círculo formado por otros hombres que se divierten con ello y que, a mi parecer, son tan animales como los dos primeros?

–Estos no son asuntos que incumban a una mujer, así que haz el favor de volver a hacer las cosas que hacéis las mujeres y déjanos terminar lo que hemos empezado.

–¡Ni hablar! No pienso irme hasta que se arregle, de manera civilizada, lo que sea que esté pasando aquí o te lo advierto, Angus, dejaré de hacer para ti esas cosas que menosprecias de las mujeres y con las que, si no las tuvieras, no podrías vivir. No curaré tus heridas, ni lavaré o zurciré tu ropa y, cada mañana, tendrás que comer gachas congeladas directamente del suelo.

–Puedo vivir sin eso, mujer.

–¿De verdad? –se sonrió Catriona–. Bien; de acuerdo. A partir de hoy mismo no quiero veros ni a ti ni a Liam cerca de mi hoguera pues ni un trozo de pan os voy a dar aunque estéis muriendo de inanición.

Alejandro, que asistía mudo al diálogo que se desarrollaba en su presencia, no pudo menos que sonreírse cuando notó que el gigante highlander vacilaba ante la amenaza hecha por esa mujer menuda pero con un carácter de mil demonios.

–Vamos, Cat – el tono de Angus comenzó a ser zalamero–. ¿Dejarías que tus dos hermanos mayores se murieran de hambre por este malentendido? El español y yo sólo estábamos entrenando para mostrarnos mutuamente y al resto de los hombres, nuevas formas de luchar con la espada, ¿verdad?

Dicho lo cual, el highlander cogió a Alejandro por el hombro como

haría con un amigo mientras le dirigía una sonrisa beatífica a su hermana.

—¿Es eso verdad? – esta vez, la pregunta iba dirigida a Alejandro quien, al sentir un apretón fuerte en el hombro que casi le hace partirse en dos, sonrió lo mejor que pudo dadas las circunstancias y asintió con la cabeza hacia la muchacha. Ésta, pareció dudar unos segundos de la veracidad de las palabras de ambos hombres pero, finalmente, pareció aceptarlas con resignación–. De acuerdo entonces, pero haced el favor de parar pues estáis hechos un asco, como si acabarais de llegar de una verdadera batalla. Esas heridas hay que limpiarlas antes de que se infecten y, desde luego, un buen baño no os vendría mal a ninguno de los dos.

Tras estas palabras, como si de un general se tratara, Catriona abandonó el campo de entrenamiento dando órdenes a cada hombre que tuvo la ocasión de cruzarese en su camino, para que volvieran al campamento a hacer cosas más provechosas.

Alejandro la vio alejarse admirando el suave balanceo de su cuerpo mientras, en su interior, sentía una especie de alivio al conocer que era la hermana, y no la esposa, del highlander con el que había luchado, y se maravillaba al pensar cómo podían haber nacido de los mismos progenitores algo tan delicado y bonito y el gigante barbudo que se hallaba junto a él.

—Bueno español, ¿pensáis que habéis tenido suficiente por hoy?

—Por favor, llamadme Alejandro, o mejor Alex, si lo preferís –le dijo, y añadió en tono burlón–; y lo que pienso es que más os valdría que nos detengamos ahora pues me avergonzaría ver suplicando por un trozo de pan a un espadachín como vos.

—Och, Catriona jamás cumpliría su amenaza. Mi hermana ha sacado el genio de mi padre pero el corazón de mi madre, que Dios los tenga en su gloria, y ya sabes lo que dicen, perro que ladra no muerde– Entonces se volvió hacia Alejandro y dándole un apretón de manos, le dijo–. Puedes llamarme Angus, Alex, tu destreza con la espada es de fama merecida y preferiría teneros a mi lado que contra mí. Quizás otro día, si gustas, podríamos medir de nuevo nuestras fuerzas. Pero, esta vez, sin público ni interrupciones.

—Sí, quizás. Si el viento no cambia –Alejandro se quedó momentáneamente pensativo recordando las nuevas llegadas desde España.

—¿A qué te refieres? –le preguntó Angus

—Mmm, nada que deba preocuparte –dijo haciendo un ademán con la mano como quitándole importancia a su comentario–. Bien, creo que debería ir a limpiarme un poco y buscar algo de comer. El lance me ha dejado hambriento.

—Sí, lo mismo digo. Ya nos veremos por el campamento.

Ambos hombres se despidieron con un nuevo apretón de manos y regresaron junto a sus tiendas para refrescarse y recuperarse del cansancio y la tensión acumulada durante la mañana.

VII

—Señor, ahí fuera hay una muchacha que creo que quiere hablar con vos, pero no entiendo muy bien lo que dice–Juanillo acababa de irrumpir en su tienda mientras Alejandro trataba de limpiarse el sudor y el polvo que había acumulado en su pelea con Cameron.

—¿Una muchacha, dices?

—Sí. Una muchacha escocesa de pelo rojo.

—¿Es guapa esa muchacha?

–¿Guapa, señor?–Juanillo titubeó unos segundos y su tez adquirió el color de la grana – pues, no sabría deciros; creo que es la misma que interrumpió la pelea esta mañana. Y, además, viene acompañada por uno de esos montañeses con cara de pocos amigos.

—Está bien, Juan diles q ue esperen un momento. Yo mismo saldré en cuanto acabe de quitarme el polvo que llevo encima–y volvió a sus abluciones.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Ha sido una pelea magnífica.

—Gracias, Juan –y le quitó importancia con un gesto de la mano–. Ahora, vamos, amigo, diles que esperen unos minutos.

Alejandro terminó de limpiarse en un abrir y cerrar de ojos pues sentía curiosidad por la razón que había llevado hasta su puerta a la bonita hermana de Angus Cameron. El día estaba siendo de lo más interesante en cuanto a sorpresas se trataba. Y no todas las sorpresas estaban siendo malas.

Catriona vio salir al español de la tienda cuando ya la invadía la impaciencia. No sabía si aquel enclenque lacayo que tenía apostado en su puerta había entendido sus palabras o, por el contrario, las había entendido perfectamente y era su amo el que se hacía el remolón. Su humor, en esos momentos, no era el más adecuado para el cometido que venía a realizar, ya que la discusión con sus hermanos se había prolongado más de lo usual por su, de nuevo, imprudente comportamiento esa mañana.

Liam, quien se había empeñado en acompañarla a la tienda del español, se hallaba tras ella apoyado en un tronco de árbol marchito y observando toda la escena desde su posición indolente.

—He venido a curar sus heridas, señor…–decía Catriona a un Alejandro que la miraba con semblante serio y los brazos cruzados en el pecho.

—Llámame Alex. Agradezco tus desvelos pero creo que podré apañármelas yo mismo en ese menester.

—Lo siento, pero insisto.
—¿Por qué?
—¿Por qué? –Catriona se hallaba confusa por la pregunta– pues, porque soy la mejor curandera de mi clan y tus heridas necesitan atención antes de que se infecten –explicó atropelladamente.
—¿Y? –preguntó Alejandro levantando una ceja.
—Pues eso, que he venido a curar tus heridas –dijo con un hilo de voz mientras agachaba la cabeza ante la mirada escrutadora de su interlocutor.

Ambos se mantuvieron en silencio unos segundos, una obstinada, y el otro, expectante. Catriona fue la que al final, al borde de agotar su paciencia, habló primero.

—¡Esta bien! He venido porque mis hermanos creen que sería un justo castigo por ser la causante de todo lo que ha ocurrido –dijo, clavando una mirada desafiante en los ojos de él.

—¿Y tú qué piensa s?
—Pienso que los hombres siempre buscáis cualquier excusa para haceros los gallitos delante de otros hombres y que vuestra arrogancia os lleva a situaciones que luego somos las mujeres las que tenemos que arreglarlas, sin que os preocupen lo más mínimo nuestros sentimientos –Catriona soltó todo lo que le bullía por dentro sin pensar en sus palabras. Al darse cuenta de que acababa de dejar que una parte de sus sentimientos surgieran ante un desconocido, se sonrojó violentamente.
—Entonces, ¿no ves justo tu castigo?
—Och, pues claro que sí. Pero una cosa no quita la otra.
—Bien –Alejandro le hizo un gesto de despedida con la mano–, puedes irte y decirle a tu hermano que tú has cumplido y que he sido yo el que he declinado tu oferta.

—Ni hablar, español . Catriona Cameron ha dado su palabra de que iba a sanar tus heridas y lo haré aunque tenga que decirle a mi hermano Liam que te ate al árbol en el que está apoyado para poder hacerlo – una chispa de desafío cruzó por sus ojos verdes mientras alzaba la barbilla en señal de obstinación–. ¿O es que acaso tienes dudas, señor, de mi pericia en tal menester?

Alejandro se sonrió por dentro y, aunque su estado de ánimo no llegó a su rostro, sí que le chispearon los ojos de puro placer. Aquella mujer le tentaba más allá de lo razonablemente prudente dada la situación. Y ya no era solamente su físico, pues deseaba fervientemente acariciar esa melena roja que enmarcaba su dulce cara de alabastro, sino la obstinación, el orgullo y el coraje que transmitía en cada palabra que pronunciaba y en cada gesto que hacía. Hasta su porte, aunque fuera vestida con ropas de campesina, la realzaba a un rango más elevado que muchas otras damas de la Corte que él había

conocido en el pasado.
Alejandro no pudo menos que claudicar.

—D e acuerdo, señorita –concedió–, no me gustaría tener que vérmelas con otro hermano Cameron hasta, por lo menos, haberme recuperado un poco y comido algo decente.

Catriona observaba al hombre que tenía que curar por el rabillo del ojo mientras sacaba unas hierbas de la pequeña talega que se había llevado consigo. Hacía unos momentos, le había pedido que se quitara la camisa pues oscuras manchas de sangre comenzaban a colorear la fina lana del tejido por varios lugares. Al descubrirse, Catriona observó dos heridas sin importancia en la clavícula izquierda y el antebrazo derecho, y una que necesitaría varios puntos a mitad de uno de sus hombros; además, un gran moratón en la base de la espalda en el que se fijo al darse el hombre la vuelta para ir a sentarse en un tronco que hacía las veces de silla. Pero no sólo en eso se fijó.

Tragó saliva. Aquel hombre parecía hecho de acero. En cada movimiento que hacía, sus músculos, bien definidos sobre su silueta estilizada, resaltaban en su piel del color del bronce bruñido y ofrecían un aspecto imponente y avasallador, debido, probablemente, a algún tipo de trabajo físico.

No se dio cuenta de que estaba mirándolo abiertamente hasta que alzó los ojos y lo vio observándola. Su cara, por segunda vez ese día, se volvió del color de sus cabellos y la apartó con un movimiento tan brusco que, debido a que estaba en cuclillas, casi la hizo perder el equilibrio y acabar con las posaderas en el suelo.
Una voz salió de detrás de ella.

—¿Te encuentras bien?

Unas fuertes manos la sujetaban para evitar la caída. Catriona se dio la vuelta y se encontró de frente con un amplio pecho surcado de un fino vello oscuro y rematado por una fina cadena dorada de la que pendía un colgante en forma de flor; estaba tan cerca que casi podía rozarlo con la punta de su pequeña nariz. Por unos instantes, dejó de tener pensamientos coherentes, embriagada como se hallaba, por el aroma, a tierra y sándalo, que desprendía aquel cuerpo, y sólo consiguió musitar unas palabras al tiempo que giraba de nuevo su cabeza.

—¿Qué has dicho? – le preguntó Alejandro.

—Digo que necesitaría un poco de agua para hervir algunas de mis hierbas –le contestó sin volver la vista hacia él pues aún la estaba sujetando.

Por fin, el hombre se levantó para volver a su sitio mientras le ladraba unas palabras en español al soldado enclenque que se habían encontrado antes en la puerta de la tienda.

□Tienes un sirviente muy solícito – constató, mientras, y tras haber tomado unas cuantas bocanadas de aire, se acercaba hasta donde él estaba.

□No es mi sirviente. Es mi amigo – fue su escueta contestación. □No me malinterpretes –le dijo, en tanto que enhebraba la aguja que le iba a servir para coserle la herida del hombro–. El chico parece un

buen muchacho; es sólo que….

□Que no parece verdaderamente un soldado –Alejandro terminó la frase por ella.

□Sí.

□Lo sé. Su padre fue militar en su juventud y parece ser que guarda muy buenos recuerdos de esa etapa de su vida; tanto es así, que no deseaba otra vida para su hijo que no fuera la de soldado de su majestad. Pero o era muy obstinado o estaba ciego, pues Juan no está hecho para esta clase de vida –mientras hablaba, Catriona le había clavado la aguja en el hombro y notó cómo su mandíbula se contraía, aunque ningún sonido de dolor salió de sus labios–. En cuanto tengamos la oportunidad de volver a España trataré de cambiar su situación.

□¿Cómo?

□El muchacho es muy bueno con las manos. Cualquier maestro artesano podría contratarlo sin temor de quedar defraudado.

□¿Y su padre?

□Lo tendrá que comprender –fue la escueta respuesta que puso punto final a la conversación pues, en esos momentos, el joven volvía con una olla llena de agua.

Una vez acabó de coserle la herida, Catriona vertió una selección de hierbas en el caldero de agua puesto al fuego bajo la atenta mirada de un Juanillo que no perdía detalle de la operación. Era una pena, pensó, que unos padres no se dieran cuenta de las verdaderas preferencias de sus hijos o que quisieran imponerles sus deseos o frustraciones como si fueran propias de ellos. Se alegraba de que los suyos no hubieran sido igual. Antes de morir, su madre, había hecho prometer a su marido que jamás decidiría sobre la vida de sus hijos tal y como a ella le había ocurrido con los suyos. Su madre había quedado viuda muy joven de un marido impuesto por sus padres que no la había hecho feliz. Sola y con dos hijos, Angus y Liam, decidió que no volvería a atarse, así pasara hambre, si no fuera con alguien de su elección. La fortuna hizo que el padre de Catriona se cruzara en su camino, y acabara enamorándose perdidamente de él. Pero siempre tuvo presente su infelicidad anterior y, por ello, no quiso que a sus tres hijos les ocurriera lo mismo por lo que, a pesar de las amenazas que a veces le hacían sus hermanos de buscarle un marido que cargara con ella, sobre todo cuando tenían que sacarla de algún lío, Catriona

sabía que todo eran meras palabras y que tenía total libertad de elegir con quién compartiría el resto de su vida.

Alejandro observaba a la mujer que, con dedos delicados y cálidos, a pesar del frío que hacía, extendía una especie de ungüento, que había preparado, sobre sus heridas. El roce de aquellas pequeñas manos le estaba causando más dolor que cuando la aguja había traspasado su piel al coserle la herida. Intentaba relajarse pero, su cuerpo, se mantenía en tensión a causa de tener que evitar que se le notara el placer que estaba sintiendo por esos gráciles roces que provocaba que toda una miríada de sensaciones hormigueantes, le recorrieran de pies a cabeza.

Para evitar pensar en sueños imposibles, miró hacia donde se encontraba Liam. El highlander, seguía con la misma actitud indolente apoyado en el tronco del árbol, aunque sus ojos no perdían detalle de cada movimiento que su hermana realizaba.

—Tu hermano no es muy hablador ¿verdad? – preguntó a la muchacha. —¿Por qué lo dices?

—Bueno, desde que os conozco no lo he oído decir ni una palabra y viendo lo parlanchines que sois Angus y tú –le guiñó un ojo–, parece que no seáis de la misma familia.

Pero Catriona pareció no apreciar la broma; al contrario, su semblante se puso pálido y le pareció que los ojos se le llenaban de lágrimas. Alejandro, confundido, decidió retractarse de sus palabras.

—Perdona. No quería que te sintieras ofendida – le dijo alzándole con una mano la barbilla para que viera la sinceridad de su arrepentimiento. La muchacha le sostuvo la mirada unos segundos y volvió a bajar la cabeza.

—No, no es eso – respondió–, no me siento ofendida. A veces me han dicho que mi lengua es más rápida que mi cerebro y, por eso, me meto en tanto líos –sonrió, aunque la sonrisa no llegó hasta sus ojos–, es sólo que…

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

—No, tranquilo, es sólo que me cuesta un poco –respondió, más recuperado ya su semblante–. Liam vino al mundo con un defecto de audición que fue agravándose en sus primeros años de vida. Mis padres hicieron todo lo que estuvo en sus manos para tratar de curarlo, pero fue dejando de escuchar los sonidos poco a poco, hasta que dejó

de oírlos completamente.

—Lo siento.

—No lo sientas. Mi hermano es sordo –concluyó–, pero su sordera lo

ha convertido, a pesar de ello, en un buen amigo al que confiar tus anhelos. Además, él tiene la capacidad de leer los movimientos que hacen nuestros labios cuando forman las palabras. Y hemos ideado

una forma de comunicación por medio de señas que, incluso, puede llegar a ser divertido, ya que nadie nos entiende mientras hablamos –dicho lo cual, hizo un movimiento hacia Liam con las manos al que éste respondió de idéntico modo.

–¿Qué le has dicho? –preguntó Alejandro intrigado.

–Pues que ya hemos terminado y es hora de marcharse – y, levantándose, recogió todas sus cosas en un santiamén.

–Bueno, español, espero que tus heridas sanen pronto.

–Gracias –y cogiéndole la mano la acercó hasta su boca en una estudiada reverencia– tiene unas manos mágicas, señorita, y si hubiera cualquier cosa que este humilde servidor pudiera hacer por usted para agradecerle su amable trato, no dude en decírmelo y la complaceré en la medida de mis posibilidades.

–Ha sido un placer, señor –y haciendo una burlona reverencia, se alejó riéndose junto con su hermano hacia el campamento donde se hallaban sus compatriotas.

## VIII

*El crepúsculo extiende sus oscuros filamentos hacia una tierra seca y polvorienta creando, a su paso, grotescas figuras en los bordes del camino por donde, en esos momentos, pasa un carruaje tirado por dos caballos zainos, cuyos cascos, retumban de forma acompasada formando ecos de solitaria intensidad. El cochero, embozado dentro de una amplia capa para evitar el relente de la noche, echa, de vez en cuando, vistazos temerosos a su alrededor pues la sensación de que son vigilados se hace más fuerte a medida que la oscuridad le gana la batalla a la luz. Tras cada arbusto de forma fantasmagórica, le parece ver siluetas escondidas, acechantes a su estela, que esperan su distracción para abalanzarse sobre él.*

Se persigna varias veces. Pero la sensación sigue ahí.

Dentro del carro, un hombre y una mujer dormitan abrazados tapados con una fina manta de viaje, ajenos a los miedos de su cochero, con la dicha de dos esposos amantes que, tras una larga jornada, saben que la seguridad les espera a cada uno en los brazos del otro.

Pero, de pronto, un bandazo inesperado del carruaje los despierta de su letargo y un pesado silencio envuelve con fríos dedos sus corazones. Nada oyen y nada ven, pues las cortinas del carruaje han sellado cualquier intento de que la luz penetre en su interior, encerrándolos en ese exiguo espacio como preservándolos del mundo exterior.

La portezuela se abre. Pero lo que se ve más allá de ella es tan negro como la noche en que se encuentran; no hay luna ni estrellas que contemplar. Ella se acurruca todo lo que puede en los brazos de él, como queriendo fundir sus cuerpos en un solo ser, y él, intenta apretarla contra su pecho para infundirle un valor que, verdaderamente, no acaba de sentir.

Una sombra se mueve y hace más oscuro aún, si cabe, el hueco de la puerta. Ella grita y el sonido rompe el eterno fluir de la noche junto a dos fogonazos que iluminan, por unos instantes, las dos figuras abrazadas de cuyos pechos manan capullos rosados de sangre.

Alejandro se despertó de golpe con la mano en la espada que siempre descansaba junto a él. Retazos de la pesadilla confundían su mente con imágenes de pólvora y sangre, a pesar de tener ya los ojos abiertos por la sensación de peligro que notaba que se cernía sobre él. Algo le rozó el brazo y su espada voló hasta posarse en el cuello desnudo de un hombre que lo miraba de pie junto a su cama. La maniobra asustó al hombre haciéndole retroceder, pero Alejandro no iba a dejar escapar a su presa tan fácilmente y siguió los movimientos del individuo con su cuerpo para evitar que el contacto con su acero se perdiera.

Por favor, no… no me matéis – balbuceó el hombre fijando la vista en la punta de la temible espada que rozaba su cuello

¿Quién sois y qué queréis?

Eh… Perdonadme, señor. Me llamo Grey, señor. Me envía el conde mariscal George Keith–le respondió tragando saliva por enésima vez–. Su excelencia me ha ordenado que os llevara ante su presencia esta misma noche para tratar unos asuntos con usted.

¿Qué clase de asuntos llevan a un hombre a ser reclamado a estas horas de la noche?

Mi conocimiento de la cuestión es nulo, señor; sólo soy un simple mensajero.

Alejandro lo miró fijamente a los ojos. El hombre tenía las pupilas dilatadas a causa del miedo, lo que también se reflejaba en el temblor que sacudía sus miembros y su voz al hablar, pero parecía decir la verdad, por lo que Alejandro bajó su espada. Acompañado del sonido de un suspiro de alivio que surgió de los labios del mensajero al tiempo que llevaba su mano al lugar de su cuello donde había descansado la espada, Alejandro abandonó la tienda y se dirigió, entre las brumas de la noche, hacia la fortaleza.

Hacía mucho tiempo que las pesadillas no poblaban sus sueños tan vívidamente. La que había tenido esa noche en concreto, yacía ya olvidada en algún oscuro rincón de su mente en permanente letargo hasta que, aquella noche, había vuelto a surgir. De niño, tras la muerte de sus padres, fue la nota recurrente que marcó los últimos retazos de su infancia, sumergiéndose en la tristeza por el día y en el terror más absoluto por la noche.

Para preservar su inocencia, poco se le había contado del asesinato de sus progenitores, pero, aún así, cada vez que se acostaba y cerraba los ojos, la imaginación se desbordaba en sus pesadillas creando grotescas escenas en las que siempre intervenían los mismos

elementos: un camino oscuro, un carruaje que lo atravesaba y dos personas, a las que nunca pudo ponerles cara, que perecían en su interior.

Y ahora habían vuelto.

Una punzada de dolor atravesó el pecho de Alejandro al recordar fugazmente el hermoso rostro de su madre que ya creía tener olvidado por el pasar de los años. A veces, en su vida en Madrid, le parecía haber atisbado entre la gente una sonrisa, una forma de mover las manos o un sonido alegre que le recordaban a ella; pero, su rostro, se había ido desdibujando igual que un lienzo pintado al que las inclemencias del tiempo azotan, y creía que no volvería a recuperar su imagen. Ahora, en esa noche estrellada de un cielo totalmente limpio de nubes, se había producido ese pequeño milagro y Alejandro, a pesar del punzante dolor que sentía en el corazón, dio gracias por ello, acariciando con sus dedos encallecidos, el colgante que ella le había regalado en su infancia.

Alejandro fue conducido a unos pequeños aposentos austeramente amueblados en el ala izquierda de la fortaleza. Una cama de fina madera oscura a cuyos pies se podía ver un viejo baúl, una estrecha chimenea en la que aún se podían apreciar unos rescoldos humeantes y un escritorio atestado de papeles ante el que se hallaba sentado el conde mariscal.

Alejandro carraspeó para hacer notar su presencia al hombre que en esos momentos parecía enfrascado en la redacción de una misiva.

—Pase y siéntese –con un brusco gesto de la mano le indicó una silla junto al escritorio.

Alejandro se acomodó en la silla indicada y aguardó a que aquel hombre terminara las operaciones de secar y lacrar la carta que tenía entre las manos.

Una vez terminado el proceso, lentamente volvió su cabeza hacia él y lo escudriñó con unos pequeños ojos azules de puro hielo durante unos segundos. Por fin, habló.

—Se preguntará por qué le he hecho venir aquí a estas horas de la noche.

Alejandro no respondió. —Como podrá observar, mi trabajo no sólo es discutir con mi viejo amigo el conde de Tullibardine–hizo una pausa sonriéndose–, mi trabajo requiere que tenga puestos todos mis sentidos en él para que ningún error pueda empañar los resultados de esta empresa que hemos decidido acometer por voluntad propia como hijos de Escocia que somos, pues me debo a ella, a mis hombres y a mi Rey. Y, aunque la mala fortuna haya hecho que los planes cambien, la dirección de mis desvelos sigue siendo la misma y no cejaré en ello ni así muera en el intento –su mirada, que hasta entonces había estado dirigida a los rescoldos del fuego, volvió a posarse en Alejandro–. Es

por esta razón por la que cualquier cosa que ponga o pueda poner en peligro la misión, deberá ser esclarecida inmediatamente o no me consideraría
un hombre de honor.

Alejandro escuchaba con aire solemne las palabras del conde mariscal sintiendo que estaba ante un hombre del que jamás se podría dudar de su lealtad.

—Pues bien, señor Andía, una parte de mi trabaj o es controlar el correo que sale o entra a este lugar, y cerciorarme de que no exista ningún resquicio por el que se pueda fugar cualquier tipo de información referente a nuestra situación, ¿me comprende?

Alejandro asintió. La base de una buena estrategia en un conflicto era evitar la red de espías y las fugas de información al bando contrario que siempre existían cuando la lealtad de algunos hombres se podía comprar con dinero.

—Ayer noche, mis hombres interceptaron un correo que, al amparo de la oscuridad, intentaba llegar hasta donde usted se encontraba–la mirada de aquel hombre se volvió más intensa y Alejandro trató de que ningún músculo facial denotara la tensión que esas palabras le habían producido–, y eso me ha llevado a cuestionarme muy seriamente su papel en todo este embrollo. No me malinterprete, señor, pero tiene que reconocer que su adhesión a este conflicto parece, ciertamente, sospechosa. Quizás me esté equivocando pero no me quedaré tranquilo hasta que las dudas que ahora me corroen, queden definitivamente esclarecidas así tengamos que permanecer aquí toda la noche.

—Adelante. Nada tengo que ocultar –respondió Alejandro. —De acuerdo, pues. Empezaré exponiendo lo que mi humilde cerebro

me ha llevado a plantearme desde que apareció dicho correo –volvió a hacer una pausa mientras dirigía de nuevo su vista hacia la chimenea como tratando de poner en orden sus pensamientos–. En primer lugar, me preguntaba en calidad de qué había venido usted con las tropas españolas, a lo que ayer, durante la reunión, respondió. Pero esto me lleva a preguntarme por qué el ejército confiaría el papel de consejero en asuntos militares a una persona ajena a ellos. Deben de tener algunos oficiales dentro de sus propias filas que respondan bien ante este cometido. ¿Por qué, entonces, lo eligieron a usted?

—Digamos, que, además de hablar su idioma, tengo experiencia sobrada en ese campo, señor. Hace algunos años, fui parte del ejército de su majestad.

—Pero ahora no lo es – constató George Keith.

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente porque me di cuenta de que la vida castrense no era una forma de vivir que me atrajera especialmente.

—Aunque ahora esté junto a ellos.

—Sí.

—No acabo de entenderlo. Explíquese.

—De acuerdo, digamos que mis superiores y yo no acabábamos de encontrar juntos el entendimiento mutuo –explicó Alejandro. —Es decir, que lo que me quiere hacer entender es que tiene problemas con la autoridad, ¿es eso?

—Se podría decir así.

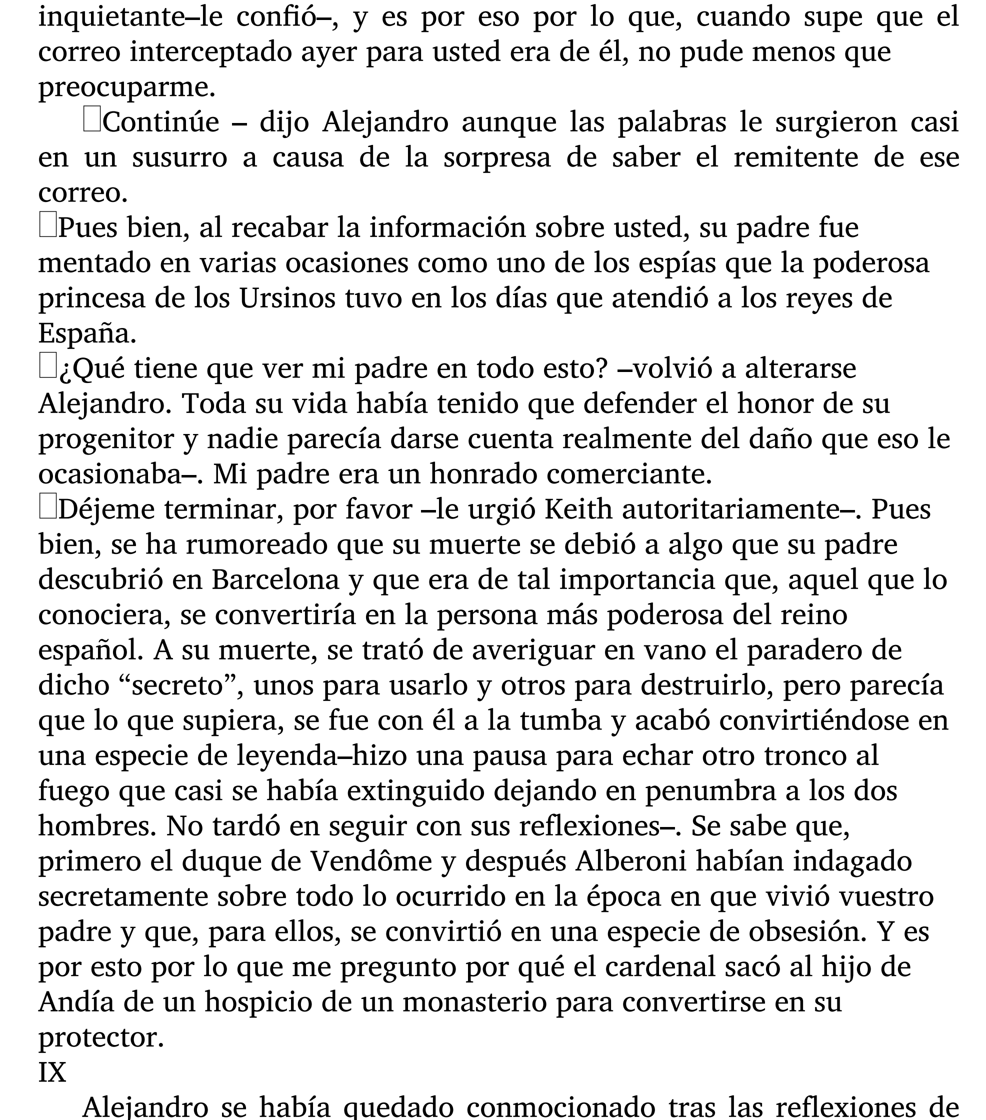
—¿Entonces ahora?

—No es lo mismo. Digamos que soy un pájaro libre.

—Un pájaro libre, ya … , pero realiza el mismo trabajo.
—Sí.
—Y para la misma gente.
—A veces.
—¿Qué quiere decir “a veces”? –dijo el conde mariscal levantando la voz–. ¿Se vendería al bando contrario?
—¡Jamás me he vendido a nadie, señor! Hago lo que mi conciencia me dicta que debo hacer–Alejandro, enfadado, se levantó de un salto de la silla–. Usted no es quien para dudar de mi integridad ni de mi lealtad. No me conoce, señor, y me ofende su insinuación. George Keith se quedó callado largo rato rumiando para sí las palabras de Alejandro. Su forma de vivir en España no era entendida por todo el mundo pero él se sentía feliz de no tener que dar explicaciones de cada paso que daba o cada decisión que tomaba y si, por ello, le llamaban mercenario, que así fuera. Él sabía la verdad y con eso bastaba. Jamás se había vendido al mejor postor ni había roto sus lealtades ya que el honor, al igual que esos orgullosos escoceses,
lo era todo para él.
—De acuerdo, señor Andía, siéntese, creo que este punto ya lo hemos aclarado –le dijo el conde mariscal– y, aunque pueda que no comparta su forma de ver la vida, opino que las circunstancias, a veces, nos llevan por caminos diferentes a los que habíamos planeado y no por ello, estoy poniendo en duda su integridad. Sólo quiero tratar de comprender el misterio que le envuelve a usted.
Alejandro, sorprendido por la calmada reacción del mariscal ante sus palabras, se sentó de nuevo tratando de disipar su enfado.

—Vayamos, pues, al segundo punto – Alejandro asintió–. Antes de realizar esta entrevista, he tratado de recabar toda la información posible sobre usted y, desde luego señor, los comentarios de todo tipo que han llegado a mis oídos merecen el calificativo de fantásticos. Cada persona con la que he hablado, me ha contado una historia diferente y dudo mucho, señor, que en su corta vida pueda haber hecho todo lo que se le atribuye. Pero una cosa tengo que reconocer, la oscuridad que envuelve su vida, me preocupa; es decir, me preocupa más bien su relación con cierto personaje de la vida pública española.

—¿A quién se refiere?
—Vayamos por partes, si no le importa –Keith se arrellanó en su silla buscando una postura más cómoda–. Cuando estuve en España, entre otras muchas personas, conocí a cierto cardenal de gran influencia en los asuntos de Estado y, sinceramente, también consideré oportuno indagar un poco en sus asuntos para ver con qué clase de persona iba a trabajar para llevar esta misión a buen puerto. Tras separar el polvo de la paja, la visión que se me quedó de tal personaje es más que


inquietante–le confió–, y es por eso por lo que, cuando supe que el correo interceptado ayer para usted era de él, no pude menos que preocuparme.

–Continúe – dijo Alejandro aunque las palabras le surgieron casi en un susurro a causa de la sorpresa de saber el remitente de ese correo.

–Pues bien, al recabar la información sobre usted, su padre fue mentado en varias ocasiones como uno de los espías que la poderosa princesa de los Ursinos tuvo en los días que atendió a los reyes de España.

–¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? –volvió a alterarse Alejandro. Toda su vida había tenido que defender el honor de su progenitor y nadie parecía darse cuenta realmente del daño que eso le ocasionaba–. Mi padre era un honrado comerciante.

–Déjeme terminar, por favor –le urgió Keith autoritariamente–. Pues bien, se ha rumoreado que su muerte se debió a algo que su padre descubrió en Barcelona y que era de tal importancia que, aquel que lo conociera, se convertiría en la persona más poderosa del reino español. A su muerte, se trató de averiguar en vano el paradero de dicho "secreto", unos para usarlo y otros para destruirlo, pero parecía que lo que supiera, se fue con él a la tumba y acabó convirtiéndose en una especie de leyenda–hizo una pausa para echar otro tronco al fuego que casi se había extinguido dejando en penumbra a los dos hombres. No tardó en seguir con sus reflexiones–. Se sabe que, primero el duque de Vendôme y después Alberoni habían indagado secretamente sobre todo lo ocurrido en la época en que vivió vuestro padre y que, para ellos, se convirtió en una especie de obsesión. Y es por esto por lo que me pregunto por qué el cardenal sacó al hijo de Andía de un hospicio de un monasterio para convertirse en su protector.

IX

Alejandro se había quedado conmocionado tras las reflexiones de un George Keith que había tenido la decencia de dejarle unos minutos a solas en la habitación con la excusa de ir a buscar algo para beber. Tanto tiempo haciendo oídos sordos a los rumores sobre su padre que circulaban por toda España y, ahora, el destino le golpeaba como una maza en el estómago. Por primera vez, Alejandro se preguntó que habría de cierto en todo ello y sí, realmente, su progenitor había llevado una doble vida. Él no se sentía dispuesto a que nadie manchara el buen nombre de sus fallecidos padres, pero tal aluvión de información, le estaba dejando con la mente hecha un lío y comenzaba a dudar de todo y de todos.

Por otra parte, estaba Alberoni, quien se había hecho cargo de él desde su juventud, y al que ahora se tachaba de oportunista

interesado. ¿Sería verdad lo que insinuaba Keith de que, el cardenal, al tanto de ese “secreto”, lo había acogido por puro interés? ¿Creería Alberoni que él sabía algo sobre las supuestas pesquisas de su progenitor?

Alejandro se cogió con ambas manos la cabeza, que amenazaba con explotarle de tan rápido como funcionaba su cerebro. No podía creer que el hombre al que había considerado, no sólo su protector, sino su amigo, hubiera mantenido esta farsa oculta durante tantos años. Desde luego, sabía que el cardenal no era ningún santo. Ningún político que se preciara podía alcanzar los escalafones más altos sólo a base de buenas obras y palabras. Y el cardenal Giulio Alberoni era, ante todo, un político muy hábil. De hecho, Alejandro había sido testigo, unas veces, y parte de ellas, otras, de maniobras encaminadas a conseguir diversos fines y, de algunas de ellas, no se sentía particularmente orgulloso. Pero él siempre había sido leal al hombre que le había dado su libertad y consideraba que, ayudándolo, pagaba en parte todos los desvelos de los que había sido objeto por parte de su amigo. En años previos, cada vez que luchaba en alguna batalla junto a sus compatriotas, su deber había sido escribir al cardenal narrándole, con todo lujo de detalles, lo acaecido durante la contienda. De esta manera, Alberoni, se paseaba por los salones de la nobleza haciendo gala de unos conocimientos detallados que le hacían parecer un hombre versado sobre todo tipo de asuntos, ante los ojos admirados de los nobles castellanos. Alejandro, no veía mal alguno en esta acción que realizaba, y, así, devolvía los favores que el cardenal siempre le había dispensado.

Por eso, se negaba a creer que la única meta del cardenal al mantenerlo a su lado, había sido la de controlarlo para asegurarse de que si el hijo de Ignacio Andía sabía algo, él sería el primero en enterarse.

George Keith volvió con una jarra de vino que sirvió en sendas copas. Alejandro apuró la suya de un trago y volvió a sumirse en sus reflexiones durante unos minutos. No sacando nada en claro, acabó dándose por vencido.

—Y, dígame, lord mariscal, ¿qué decía el correo del card enal? —Eso es algo que tendréis que averiguar vos mismo –y le tendió una misiva lacrada en la que se podía apreciar el sello privado del cardenal y, como Alejandro pudo comprobar con sorpresa, éste se encontraba

intacto.

—No lo habéis abierto –era más una afirmación que una pregunta.
—No –sonrió Keith taimadamente–, esperaba que vos me dijérais lo

que ponía por propia voluntad. Abrir el correo ajeno no entra en lo que yo considero que debe ser un hombre de honor y, aunque a veces

las circunstancias mandan, prefería que fuérais vos el que me pusiera al corriente de su contenido.

Alejandro rompió el sello lacrado de la misiva y, acercándose a la luz que proporcionaba la chimenea, leyó las escuetas líneas trazadas en su interior. Tras releerlas en varias ocasiones, levantó la vista hacia el rostro del conde mariscal, que aguardaba con paciencia a que Alejandro asimilara el contenido.

—Me pide que vuelva –y le tendió la misiva para que la leyera por sí mismo.

George Keith leyó con detenimiento las dos escuetas líneas que componían el texto y, perplejo, levantó una ceja como símbolo de interrogación.

—Pero no dice el por qué de esa p etición –concluyó. Tras lo cual, con una inclinación de cabeza hacia un todavía perplejo conde mariscal, abandonó la habitación en busca de un lugar solitario donde poner orden a la maraña de datos que poblaban su cabeza.

Alejandro paseaba por el lindero del bosque; sus piés hollaban la húmeda tierra una y otra vez mientras su mente trabajaba sin descanso sobre la extraña misiva que había recibido del cardenal. No lograba entender la urgencia que había observado encerrada entre aquellas líneas y, en su frustración, golpeaba de cuando en cuando las pequeñas piedras sueltas que encontraba a su paso.

Pronto amanecería. Por el horizonte ya comenzaba a verse una claridad que tintaba el paisaje de un color especial, brillante, como el metal lustrado de una coraza antigua.

De repente, algo en movimiento alcanzó su línea de visión más allá de las primeras filas de árboles; una figura envuelta en sombras caminaba furtivamente entre ellos sin reparar en que era observada por un Alejandro estático.

No me lo puedo creer, pensó. Y, cuando aquella hada del bosque se ocultó entre la bruma, una fuerza irresistible le urgió seguir sus pasos, así se metiera en las mismísimas fauces de un peligro mortal.

Catriona había elegido esa noche porque el cielo se hallaba despejado de toda nube y la luna iluminaba la tierra como un faro en una tormenta marítima. Era la noche perfecta para recoger esas hierbas que no podían esperar a la luz del día pues, de no hacerlo así, perderían parte de su poder curativo.

Caminaba rauda escudriñando el suelo para no perder la oportunidad de hallar alguna otra cosa que le hiciera falta y volver lo más pronto posible al campamento, no fuera que notaran su ausencia. Angus, le había prohibido terminantemente, tras la experiencia de hacía unos días, que volviera sola al bosque, pero su hermano no entendía el delicado mundo de la recolección de aquellas hierbas que eran imprescindibles para preparar sus tisanas y ungüentos. Y, aunque

recordaba aún con aprensión a aquellos tres tipos que la habían acosado, no podía permitirse el lujo de que el miedo atenazara sus entrañas de por vida. Ella era una mujer independiente y no le gustaba dejar escapar las oportunidades que se le presentaban por una cuestión de pura casualidad. No siempre iba a haber tipejos malolientes esperándola tras cada arbusto.

Junto a un tronco grueso de un árbol, se agachó para recoger unas minúsculas florecillas que crecían a su sombra y que había atisbado por el rabillo del ojo por el brillo que despedían al filtrarse los rayos de luna a través del denso follaje.

De pronto, las flores dejaron de brillar pues algo interrumpía el paso de esa luz tan necesaria.

Catriona levantó la vista y el calor abandonó su cuerpo. Una gran figura oscura se cernía sobre ella robándole, poco a poco, el espacio vital en el que se encontraba.

Cuando la parálisis dejó paso a que su sangre bombeara de pura adrenalina, su primer movimiento fue buscar en un lado de sus botas, el pequeño cuchillo que siempre la acompañaba. Pero, anticipándose a sus movimientos, la figura le apartó la mano de un brusco golpe y, cogiéndola con fuerza, la levantó acorralándola contra el tronco del árbol a cuyos pies se hallaba.

□Eres una imprudente, muchacha – una voz bronca le hablaba a escasos centímetros de su cara–. ¿Es que no tuviste bastantes emociones hace dos días que has venido buscando más?

Catriona, tras superar el pánico inicial de verse atrapada, reconoció la voz de acento extranjero que le hablaba.

□¿Español?

□Sí, soy yo – y se separó un poco de ella para que la luz de la luna le iluminara el rostro.

□¿Qué estás haciendo aquí?

□Eso mismo debería preguntarte yo –le dijo mientras seguía sujetándola por los hombros manteniéndola, así, apretada contra la rugosa superficie del árbol e impidiéndole escapar.

Y eso era lo que Catriona quería: escapar. La mirada penetrante de ese hombre estaba causándole tal turbación que, el pánico, había hecho presa en ella. Todas las fibras de su ser le decían que ese hombre constituía un peligro para ella pero, aún así, era incapaz de apartar la vista de esos ojos profundos que parecían querer llegar hasta su alma, y más allá.

Comenzó a temblar. Pero no era el miedo lo que causaba su reacción, sino algo más profundo, que se removía dentro de ella no permitiéndole llenar de aire sus necesitados pulmones. Una sensación primitiva, más vieja que el mundo, invadía todos sus sentidos y

parecía que su capacidad de razonar se evaporaba por momentos a causa de aquella mirada.

Como pudo balbuceó una respuesta que sonó incoherente hasta para sus oídos.

–¡Por Dios, mujer, no entiendo lo que dices! –gritó Alejandro furioso.

Catriona se dio cuenta entonces que había hablado en la lengua de sus antepasados y rápidamente lo corrigió.

–Digo que cierto tipo de hierbas sólo deben ser recogidas por la noche–y como queriendo dar una explicación razonada a su respuesta, añadió–, las necesito por si entráramos en batalla y tuviera que cuidar de los heridos.

–Y claro, son más importantes esas hierbas que tu bonito cuello ¿verdad?

–No sería una digna nieta de mi abuela si no me procurara de todo aquello necesario para salvar la vida de los hombres que luchan por una Escocia libre del yugo inglés.

–Y eso te honra, pero no veo necesario que tengas que pasearte sola por el bosque en noche cerrada cuando por la mañana sería más fácil realizar esa tarea.

–No lo entiendes. Ciertas hierbas solamente tienen el efecto deseado si son recolectadas por la noche.

–Supersticiones –declaró tajante Alejandro.

–No lo son –y alzando el mentón en señal de orgullo–; así es como me enseñó mi abuela y así es como lo haré. De todas maneras, ¿qué te importa a ti, español?

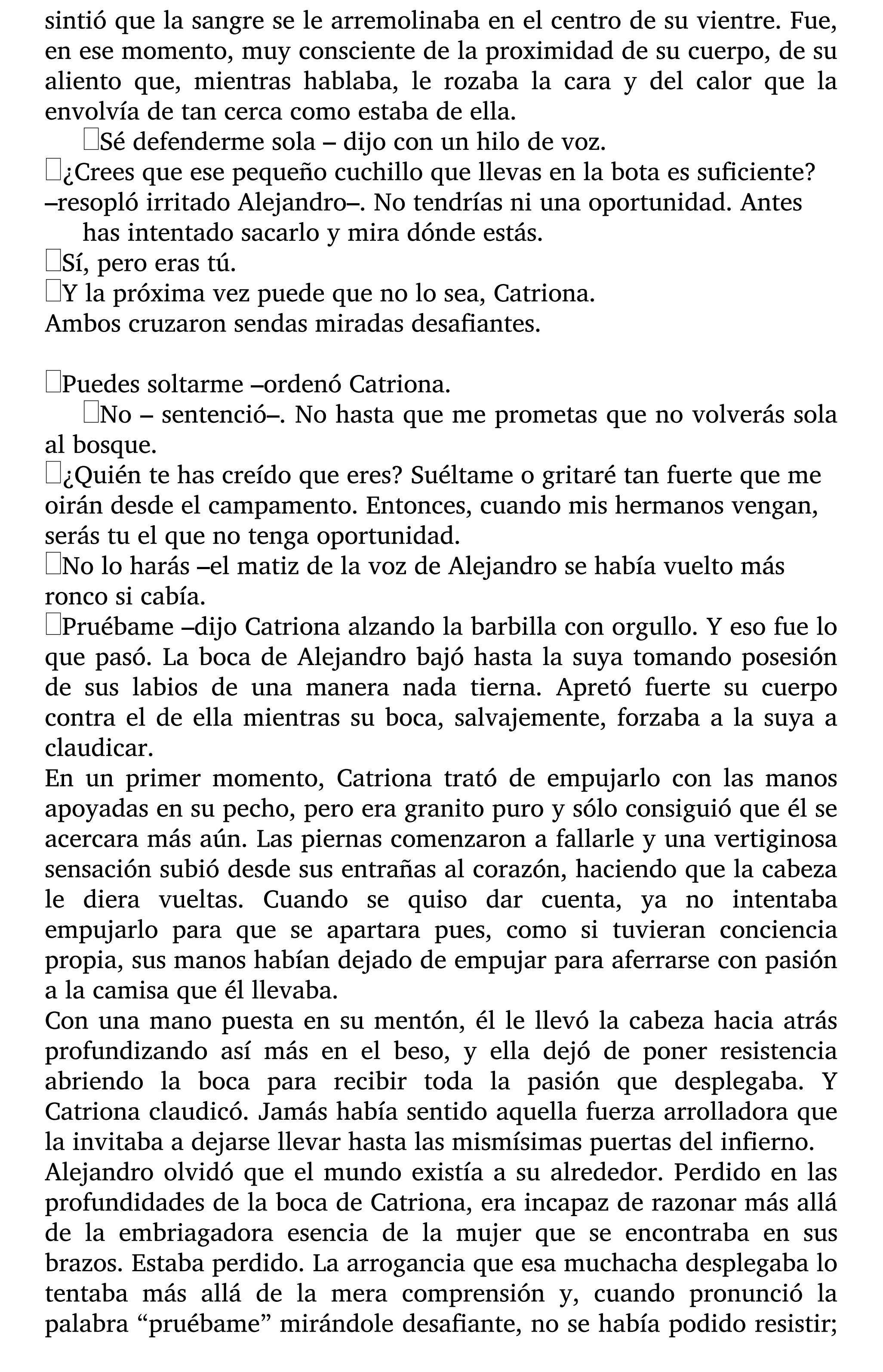
–Me importa –fue todo lo que dijo tras lanzarle una dura mirada. A Catriona le dio la sensación de que se había sentido ofendido por algo pero, rápidamente, quitó esos pensamientos de su cabeza.

–Pues no debería, español. No eres uno de mis hermanos para tener que preocuparte por mí.

Si antes había sentido que aquel hombre se había sentido ofendido, ahora, la mueca de rabia que transformaba su cara, hizo palpable que había tenido razón.

–¡No me llames español! Tengo un nombre aunque te empeñes en ignorarlo –la agitó por los hombros afirmándola aún más contra el tronco del árbol–. Eres una necia, Catriona Cameron, paseas tu orgullo por el bosque como si de una bandera se tratara y como si eso te fuera a proteger de los peligros que acechan. Pero date cuenta de una cosa, mujer, un día de estos puede que ni yo ni tus hermanos estemos ahí para evitarlo. Y, entonces, ¿qué crees que pasará?

Tal vez fuera por la rabia que impregnaba su voz, pero conforme hablaba, había acercado su rostro al de ella de tal forma que Catriona



sintió que la sangre se le arremolinaba en el centro de su vientre. Fue, en ese momento, muy consciente de la proximidad de su cuerpo, de su aliento que, mientras hablaba, le rozaba la cara y del calor que la envolvía de tan cerca como estaba de ella.

–Sé defenderme sola – dijo con un hilo de voz.

–¿Crees que ese pequeño cuchillo que llevas en la bota es suficiente? –resopló irritado Alejandro–. No tendrías ni una oportunidad. Antes has intentado sacarlo y mira dónde estás.

–Sí, pero eras tú.

–Y la próxima vez puede que no lo sea, Catriona.

Ambos cruzaron sendas miradas desafiantes.

–Puedes soltarme –ordenó Catriona.

–No – sentenció–. No hasta que me prometas que no volverás sola al bosque.

–¿Quién te has creído que eres? Suéltame o gritaré tan fuerte que me oirán desde el campamento. Entonces, cuando mis hermanos vengan, serás tu el que no tenga oportunidad.

–No lo harás –el matiz de la voz de Alejandro se había vuelto más ronco si cabía.

–Pruébame –dijo Catriona alzando la barbilla con orgullo. Y eso fue lo que pasó. La boca de Alejandro bajó hasta la suya tomando posesión de sus labios de una manera nada tierna. Apretó fuerte su cuerpo contra el de ella mientras su boca, salvajemente, forzaba a la suya a claudicar.

En un primer momento, Catriona trató de empujarlo con las manos apoyadas en su pecho, pero era granito puro y sólo consiguió que él se acercara más aún. Las piernas comenzaron a fallarle y una vertiginosa sensación subió desde sus entrañas al corazón, haciendo que la cabeza le diera vueltas. Cuando se quiso dar cuenta, ya no intentaba empujarlo para que se apartara pues, como si tuvieran conciencia propia, sus manos habían dejado de empujar para aferrarse con pasión a la camisa que él llevaba.

Con una mano puesta en su mentón, él le llevó la cabeza hacia atrás profundizando así más en el beso, y ella dejó de poner resistencia abriendo la boca para recibir toda la pasión que desplegaba. Y Catriona claudicó. Jamás había sentido aquella fuerza arrolladora que la invitaba a dejarse llevar hasta las mismísimas puertas del infierno.

Alejandro olvidó que el mundo existía a su alrededor. Perdido en las profundidades de la boca de Catriona, era incapaz de razonar más allá de la embriagadora esencia de la mujer que se encontraba en sus brazos. Estaba perdido. La arrogancia que esa muchacha desplegaba lo tentaba más allá de la mera comprensión y, cuando pronunció la palabra “pruébame” mirándole desafiante, no se había podido resistir;

y aunque bien sabía que ella se refería a otra cosa, cuando aquel maldito pensamiento cruzó por su cabeza, se había dejado llevar y al diablo las consecuencias.

Al notar vencida la resistencia de ella, Alejandro la atrajo hacia sí sintiendo que el cuerpo de ella encajaba a la perfección en el suyo y profundizó en el beso. La respuesta de ella, sincera y letal, hizo que un gruñido animal de posesión se escapara de su garganta, y fue muy consciente de las redondeadas formas de la menuda figura que estaba sosteniendo. Sin dejar de besarla, bajó su mano hacia la tela de su corpiño y acarició el borde de su pecho. A través de la fina tela, notó como el corazón de ella golpeaba rítmicamente contra su mano mientras sus pequeñas uñas se hincaban más fuerte en la lana de su camisa. La entrega de la muchacha lo dejó aturdido y la realidad se abrió paso entre las brumas de su mente golpeándole sin previo aviso.

Alejandro, con un suspiro, la separó de su cuerpo y, apoyando la cabeza en su frente, trató de calmar su desacompasada respiración. No podía dejar que aquello pasara. Su vida ya era bastante complicada tal y como estaba. Se maldijo a sí mismo por cegarse ante las emociones que ella le causaba mientras la arrastraba hacia una relación imposible. La muchacha era inocente y, por más que él la deseara, la situación en la que se encontraban era, desde todos los puntos de vista, precaria, y mancillar su honor sería un acto muy ruin e inconsciente por su parte.

Notó que ella volvía a la realidad cuando se tensó bajo sus brazos. Él, para no asustarla, se separó unos centímetros de su cuerpo sintiendo, de repente, un vacío en su interior.

Yo… lo siento –farfulló a modo de disculpa–, esto no tenía que haber pasado.

La muchacha lo miraba con los ojos muy abiertos, aturdida aún por lo que había ocurrido. Estaba bellísima con la luz de la luna acariciando su piel de alabastro y un intenso rubor aflorando de sus mejillas y deseó volver a besarla.

Alejandro volvió a maldecirse interiormente y, cogiéndola bruscamente de la mano, tiró de ella para llevarla de vuelta al campamento.

Catriona no podía pensar más allá del hombre que tiraba de ella arrastrándola fuera del bosque. A pesar de que trataba de no tropezarse mirando dónde ponía los pies, sus ojos, se dirigían una y otra vez, hacia donde él estaba. Aún notaba en los labios un insistente cosquilleo que la hacía ruborizarse al pensar las libertades que había dejado que se tomara ese hombre con ella. Pero sus besos habían hecho que se olvidara incluso de sí misma. Este pensamiento le creaba extrañas corrientes en el estómago acompañadas de un súbito vértigo que hacía que la mente se le aturdiera. Y, aunque debería de estar

furiosa con él por lo que había ocurrido, no lograba encontrar en su corazón las fuerzas para hacerlo.

Cuando se separó de ella, Catriona había estado a punto de gruñir de frustración, pues jamás en su vida había sentido nada parecido a las sensaciones que le producía ese hombre; el calor que irradiaba a través de su ropa y sus manos, la había sumido en un denso frenesí convirtiéndole la sangre en fuego líquido que la quemaba por dentro. Al separar el cuerpo del suyo, la magia se rompió y un frío glacial la hizo estremecerse de los pies a la cabeza, haciéndose presente, por fin, la realidad de la situación.

Aún así, dejó que él la arrastrara por el bosque sin pronunciar palabra, pues su lengua seguía trabada en un cúmulo de sensaciones nuevas para ella.

Casi chocó contra él al detenerse bruscamente.

Se encontraban a escasos metros del campamento Cameron y el alba rozaba ya el horizonte más allá del lago.

Él se volvió y sus miradas se engarzaron por unos segundos con el reflejo de nuevas promesas. Pero ese instante pasó y, tras acercar la mano de ella a su boca en un gesto tierno de despedida, se alejó de su lado sin volver la vista atrás.

Catriona lo miró marcharse presa de un repentino frío que la hizo frotarse los brazos con vigor. Y cuando dejó de ver su silueta, con un suspiro, encaminó sus pasos hacia su tienda antes de que alguien notara su ausencia.

X

*Madrid. España. Mediados de abril de 1719.*

El cardenal Giulio Alberoni paseaba de un lado a otro de sus aposentos como un león enjaulado. A pesar de encontrarse solo en la habitación, hablaba en voz alta como si alguien estuviera escuchándole y, de vez en cuando, golpeaba con el puño cerrado el pesado escritorio de roble en el que habitualmente trabajaba.

Fuera, sus criados intentaban aparentar una calma que no sentían mientras se dedicaban a las tareas asignadas, pero, en sus ojos, se podía ver el miedo que sentían ante el súbito arrebato de locura de su señor.

Tras unos minutos agónicos, volvieron a respirar tranquilamente ante el nuevo silencio que se había cernido dentro de la estancia y si algo sabían, es que no les hacía falta conocer lo que había ocurrido allí dentro.

El cardenal, mientras, agotadas ya todas sus energías, se había derrumbado en un amplio sillón junto a la chimenea y, desmadejado, pensaba en las consecuencias que tarde o temprano llamarían a su puerta para acabar de hundirlo.

No sólo su plan de conquista de Inglaterra había fracasado y estaba

a un paso de perder el favor del Rey; lo que llevaba tantos años buscando se le escapaba de las manos por culpa de la tozudez de aquel miserable. El papel arrugado que tenía en las manos, le quemaba como hierro ardiente:

“ *Imposible mi vuelta en estos momentos. El honor me impide abandonar a estos hombres en tierras tan remotas. Espero que su ilustrísima entienda mi posición ante esta empresa*”

Y lo firmaba Alejandro Andía.

Maldito fuera, pensó Alberoni. Cuando tras tantos años y desvelos, por fin encontraba un resquicio a la esperanza, ésta se le escapaba como humo de entre los dedos.

Su hombre en la sombra se lo había confirmado: el cochero vivía y, tras largo tiempo ausente de España, había vuelto al país.

Jamás se había hallado tan cerca de conocer el contenido del documento secreto que Ignacio Andía tenía en su poder antes de morir. Un documento que, de ser encontrado, elevaría a aquel que lo poseyera a cumbres insospechadas de poder y de dinero.

Cuando comenzó su carrera política como secretario del duque de Vendôme, enviado del rey de Francia Luis XIV para fortalecer los intereses de Felipe V en la Guerra de Sucesión al mando de un cuerpo del ejército, muchas puertas se abrieron para él, pero, la más importante, fue su pronta amistad con Ana María de Trémoïlle, princesa de los Ursinos, al hacer de enlace entre ella y Vendôme.

Fue a raíz de esta amistad que la princesa les pusiera al tanto de un secreto que haría tambalearse a toda la nobleza española. Uno de sus espías, el respetable comerciante Ignacio Andía, en sus constantes viajes a Barcelona por negocios, a pesar de estar la ciudad tomada por el archiduque Carlos, pretendiente al trono español, y sus tropas, había averiguado el nombre de aquellos nobles en Madrid que conspiraban contra Felipe V, dando su apoyo al archiduque.

Andía, se había negado a entregar esa lista de nombres a la princesa y había guardado el secreto bajo siete llaves, temeroso de la repercusión que tendría si llegaba a conocerse. Si una sola persona tuviera en su mano esa lista, podría llegar a convertirse en la persona más poderosa del reino, pues cualquiera de los hombres que en ella aparecieran, pagaría lo que hiciera falta por hacerla desaparecer. Tierras, dinero, cargos, etcétera; en definitiva, cualquier cosa que un hombre ambicioso pudiera soñar.

Conocedor de todo esto, Andía había llegado a la conclusión que lo mejor era no desvelar el secreto y, ese hecho, acabó pasándole factura. Los rumores se extendieron y fue perseguido tanto por aquellos que la querían utilizar como por los que la querían ver destruida. Su muerte en una emboscada cuando regresaba a Madrid junto con su mujer de un viaje de negocios, igual que la posterior destrucción de todos

aquellos bienes que poseía, fue la consecuencia inevitable de este hecho.
Aún así, había quienes seguían pensando que la lista no estaba definitivamente desaparecida, entre ellos el propio Alberoni que, junto con Vendôme, decidió seguir buscando hasta las últimas consecuencias. Tras meses de pagar informaciones, contratar espías y demás, seguían sin tener nada a lo que aferrarse. El cochero que llevaba a los Andía esa noche había desaparecido y se decía que había abandonado el país por miedo a perder su propia vida. Vendôme, a través de sus contactos por toda Europa, trató de encontrar alguna pista de su paradero, pero fue en vano. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Por lo que, desesperados ya por la ambición y la codicia, se cogieron al único clavo ardiendo que les quedaba: un niño de catorce años.

Alejandro, el hijo de Andía, se había quedado sin nada de la noche a la mañana. Sin familia, sin hogar, sin bienes, sin dinero. Su aya, que por aquel entonces aún vivía en Madrid, lo acogió durante un tiempo pero, las presiones que recibió de su propio marido, que vio en Alejandro una boca más que alimentar, y la idea de trasladarse a Toledo a buscar mejores formas de ganarse la vida, hizo que, definitivamente, tuviera que dejar a Alejandro en el hospicio de un monasterio durante dos años.
Y de allí fue de donde Alberoni lo rescató.

Y ahora el muy desagradecido no le hacía la merced de volver a España por su estúpido idealismo sobre el honor, pensó rabioso Alberoni.
La idea de que Alejandro hubiera estado escondiendo todos estos años el paradero del famoso documento llevaba al cardenal al borde del colapso nervioso. Siempre había pensado que el niño tendría la clave pero, tras largos años de intentar ganar su confianza, había creído, definitivamente, que Andía se había llevado el secreto a la tumba. Hoy, las sospechas cobraban fuerza de nuevo y, en espera de confirmación, había intentado que volviera de Escocia para disponer de él a su antojo, tal y como llevaba años haciendo basándose en el profundo agradecimiento que Alejandro sentía hacia aquel que lo había salvado de una vida de reclusión. A raíz del incidente duelístico que dio con los huesos de Alejandro en la cárcel, Alberoni tuvo que usar de todas sus influencias para que no lo acusaran y consiguió, no tras muchos esfuerzos, pactar un trato que llevaría a su pupilo a incorporarse a filas en el asedio de Barcelona. Alejandro pagaría su salida de prisión con unos meses de servicio a su país en el ejército. Pronto, el cardenal se vanaglorió de lo acertado del acuerdo pues, su pupilo, le escribía constantemente para narrarle con detalle lo acaecido en la contienda. Haciendo gala de la perspicacia por la que

era conocido, el cardenal utilizó dicha información para hacerse notar en las reuniones cortesanas, lo que significó, a la larga, que el propio rey se dignara a consultarle las decisiones que tomaba en torno a los conflictos con otros países que minaban su moral. Viendo un filón en esto, cuando Alejandro terminó de pagar su deuda con honores por su eficacia en el campo de batalla, Alberoni decidió que su pupilo sería sus ojos y oídos en futuras contiendas, creando, exclusivamente para él, un puesto como consejero militar y traductor, para lo que obligó a Alejandro a estudiar varios idiomas europeos.
Y, hasta ahora, había cumplido con creces sus expectativas.
De pronto, la puerta oculta en los aposentos de Alberoni se abrió. Una figura embozada en una oscura capa apareció de entre las sombras del túnel que conectaba su casa con un callejón inmundo a pocas manzanas de allí.
El cardenal se envaró en el sillón mirando a su esbirro en la sombra. Alto y enjuto, de melena leonina, ese hombre siempre le inspiraba temor pues su falta de escrúpulos había sido patente desde la primera vez que lo contrató para eliminar una posible molestia en su ascensión al poder. Nadie sabía de su existencia, y él se había asegurado de que así fuera para evitar posibles escándalos o condenas, pero los rumores en toda la villa aseguraban una mano detrás de muchas de las intrigas del cardenal y, para lograr mantener oculta aquella mano, había dejado creer que era la del propio Alejandro, a quien veían junto a él en sus muchas visitas por las calles de Madrid. Así, se aseguraba que si alguna vez Alejandro fuera interrogado, nada podría desvelar de sus planes y estrategias por el control total de lo que ocurría en los pasillos que daban a las estancias reales.
—¿Y bien? –preguntó Alberoni a su secuaz.
Éste, que se había desembarazado de la capa y lucía su siniestra figura toda vestida de negro junto al fuego, tras haberse servido una copa de su mejor licor, se apoyó indolentemente en la repisa de la chimenea y lo miró.
—El viejo ha vuelto para morir entre sus seres queridos – contestó–, se halla postrado en la cama por una enfermedad que ya lo lleva aquejando bastante tiempo y, su hija, se ha visto obligada a recogerlo en sus últimos coletazos de vida.
—Ya sa bía yo que tarde o temprano daría sus frutos vigilar la casa de su familiar más cercano. Si volvía a España, sería, lógicamente, el primer lugar al que acudiría.
—En efecto, su ilustrísima. Muy sabio por su parte –contestó zalamero el esbirro.
Alberoni levantó una ceja disgustado. Le ponía la piel de gallina aquel hombre de porte felino, con sus ojos negros como la brea y su boca siempre en un rictus de sonrisa cruel. Y más cuando escondía sus

intenciones o pensamientos con amabilidades o zalamerías, pues su alma era tan negra como sus ropajes.

—Contadme – le urgió el cardenal con un ademán.

—Anoche conseguí acceder a sus aposentos.

—¿Cómo?

—Supe, ya tardíamente, que la familia había pedido un sacerdote para que el viejo expiara sus culpas antes de morir. Así que pensé en la iglesia más cercana a la casa y me escondí en las cercanías para, poco después, ver confirmadas mis sospechas. Un viejo cura salió de ella a poco tardar, dirigiéndose en la dirección que yo esperaba y, cuando las sombras de la noche se volvieron más cerradas, suplanté su cargo.

—¿Me estáis diciendo que robaste sus ropas a un cura y os hicisteis pasar por él en la sagrada obligación de la extremaunción?

—Sí, ¿no os parece divertido? –se sonrió el mercenario.

—Sois perverso –acotó Alberoni–. Pero, continuad.

—En cuanto nos dejaron a solas en el cuarto, el viejo comenzó a hablar de varios pecadillos veniales que había cometido, a los que, por supuesto, les di mi más absoluta absolución –su sonrisa cruel se hizo más amplia –, y, luego, su mirada cambió y se llenó de terror al comenzar a referirme algo que ocurrió una noche, en un solitario camino que une Barcelona y Madrid, en un carruaje que él conducía.

Alberoni, mientras escuchaba, clavaba las uñas en los reposabrazos del sillón, tenso como la cuerda de un ahorcado.

—Pues bien –continuó el mercenario–, parece ser que le pagaron para que en un punto del camino detuviera el carruaje y se alejara unos metros. Según él, aceptó para sacar a la familia de apuros económicos, aunque yo más bien pienso que algún vicio debía tener para aceptar dicho trato.

—Id al meollo. No me interesa lo que vos penséis –dijo groseramente el cardenal.

—Hizo lo que le dijeron. Paró el carruaje y se alejó unos metros; y luego, no recuerda nada más.

—¿Cómo? –se levantó sobresaltado Alberoni pensando que sus esperanzas se esfumaban cual humo de la chimenea.

—Tranquilizaos, cardenal, que la historia aún no ha acabado –le pinchó su esbirro, regocijado por la reacción de su contratante.

—¡Por Cristo! ¡Continúa! –blasfemó.

—Por dónde iba… Ah, sí –recordó–, al pobre hombre le dieron un golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento unos minutos. Cuando despertó, todo había ocurrido ya. El comerciante y su mujer se hallaban dentro del carruaje, con la portezuela abierta, y con sendos tiros en el abdomen. Horrorizado, se acercó y accedió al interior para ver si

podía hacer algo por los dos infelices; presa del más absoluto remordimiento, acercó su oído al corazón de la dama, pero ésta se hallaba muerta. Cuando quiso hacer lo mismo con el caballero, una mano le atenazó la muñeca y lo hizo dar un grito de terror. Al recomponerse, vio que Andía tenía los ojos abiertos y lo miraba; pero que su mirada parecía traspasarlo y perderse en la lejanía. Asustado, trató de zafarse desesperadamente hasta que unas palabras, o más bien susurros, salieron de los labios del comerciante–el mercenario hizo una pausa y Alberoni, presa de la expectación, notaba que su corazón se aceleraba atronando en sus oídos–.

Parece ser que en su delirio de muerte, Andía confundió al cochero con su hijo. Sus palabras fueron “Alex, mi querido Alex, protege los nombres”, y, después, el hombre expiró.

Alberoni se quedó en silencio unos minutos asimilando la información que acababa de recibir. Todos estos años, malgastados siguiendo vanas pistas, cuando lo único que tenía que hacer era alargar el brazo, coger a Alejandro del cuello y preguntárselo directamente. El secreto se hallaba ante sus propias narices y no había sabido verlo.

Se maldijo asimismo y a la mala fortuna. Maldijo al cochero, maldijo a Andía pero, sobre todo, maldijo a su hijo. El muy patán había sabido sacar partido de la situación y se había reído de él cada vez que se daba la vuelta.

Y ahora, se hallaba a miles de kilómetros de distancia, fuera de su alcance.

Respiró hondo varias veces para calmarse y no dejar ver su frustración ante el hombre que se hallaba frente a él, pues dejar ver las debilidades de uno se pagaba muy caro.

—Gracias. Tu información ha sido muy valiosa, como de costumbre – él también sabía ser zalamero cuando quería.

—A los pies de su ilustrísima – se inclinó el esbirro mientras sopesaba con fruición la bolsa de monedas que el cardenal le había lanzado.

—Antes de marcharte, dime una cosa. ¿Qué ha sido del cochero?

—Digamos que –su sonrisa se curvó sobre sus dientes en un gesto absolutamente depredador–, le facilité su entrada en el cielo… o en el infierno, ¿qué más da?

Dicho lo cual desapareció por la puerta oculta, con un breve destello del pomo dorado de su espada que daba un toque de color a

su negra sombra.

## XI

*Fortaleza de Eilean Donan. Escocia. Finales de abril de 1719.*

Las órdenes acababan de llegar. Al día siguiente, el contingente de tropas partiría hacia el Sur, hacia la base de Crow of Kintail que los jacobitas tenían tierra adentro, para tratar de convencer a algunos clanes a fin de que se unieran a la causa. Necesitaban esos apoyos pues la situación se volvía más peliaguda cada día que pasaba y los ingleses, no tardarían en llamar a sus puertas.

Alejandro paseaba entre los campamentos de hombres que bullían de actividad esa tarde a causa de la tan esperada noticia de que por fin iban a moverse. Los highlanders, sobre todo, estaban eufóricos por ello ya que, la inactividad que habían sufrido hasta entonces, no iba con su carácter de guerreros natos.

También él había agradecido el cambio en la rutina que se había colado en sus vidas. Concentrarse en lo que estaba por venir le permitía no pensar en todas aquellas cosas que últimamente habían acaparado su atención. Su decisión de no volver a España, quisiera o no, le corroía por dentro. Por un lado, la fidelidad que le tenía al cardenal después de tantos años junto a él, seguía latente en su interior, pues no era capaz de olvidar, por mucho que le hablaran en su contra, de que Alberoni había sido su tabla de salvación cuando lo rescató de una vida que odiaba entre los muros de un monasterio y, más tarde, cuando, tras aquel fatídico duelo, había negociado su salida de la cárcel a cambio de servir en el ejército. Alejandro no había nacido para estar encerrado entre cuatro paredes. Su espíritu languidecía como si de una planta a la que nunca alcanzaba el sol se tratara. Tras la muerte de sus padres, el hospicio de un monasterio cercano a Madrid lo había acogido como a muchos otros niños huérfanos, desarrapados o abandonados a sus puertas, pero la realidad de aquel lugar lo había golpeado con dureza dejándole marcada en el alma una herida que nunca cicatrizaría. Las noches sin dormir por el frío o el hambre, las constantes horas de oración por sus almas pecadoras, los trabajos en las huertas y en los campos de sol a sol como pago de las míseras gachas con las que les recompensaban al final del día y, por último, las palizas con largas tiras de cuero endurecido cuando se les pillaba en alguna falta, ya fuera por dormirse durante las oraciones, por esconder alguna fruta de las que, en pleno invierno y con dedos entumecidos, recogían de los campos para saciar un hambre que nunca se iba o por tratar de saltar los muros para evadirse de ese forzoso encierro. Tantas veces soñó con escapar que, el día que le dijeron que habían sido requeridos sus servicios en casa del aquel entonces, abate Alberoni, lloró como jamás había llorado.

Por ello, no podía olvidar el agradecimiento por el hombre que le había dado la libertad.

Pero, por otro lado, la duda se enroscaba cual nido de serpientes en sus sesos desde su conversación con el conde mariscal. ¿Por qué, precisamente él, había sido el elegido entre tantos niños del monasterio? Y, sobre todo, ¿por qué el cardenal jamás le había hablado de su padre si, como se suponía, sabía tanto del tema?

Su decisión de no volver a Madrid se debía en parte a estas dudas que le asaltaban. Aunque también se debía al hecho de que para él mismo sería, en estos momentos, una deshonra, el abandonar a todas aquellas gentes que estaban poniendo en peligro sus propias vidas en algo en lo que creían, por una misión que tenía visos de acabar en tragedia. España podía perder una batalla más, pero aquellas gentes, se estaban jugando su supervivencia para que nadie pudiera venir a decirles como tenían que vivir, vestir, hablar o rezar.

Pero, lo que más inquietaba a Alejandro, era que cada vez que pensaba en ello, su mente dibujaba trazos de una melena roja que parecía habérsele metido bajo la piel.

—¡Eh, español! – una voz a su derecha le hizo volverse. Sentados en torno a una hoguera, varios highlanders parecían celebrar la noticia del inminente movimiento de tropas y, entre ellos, Angus Cameron que le hacía señas para que se acercara.

—Tómate un tr ago con nosotros –en unos pocos segundos, Alejandro se encontró sentado entre aquellos rudos montañeses con un cuenco lleno hasta el borde de un líquido ambarino de penetrante olor.

—¡Slàinte![12]–rugieron todos al unísono y apuraron de un trago el contenido de sus cuencos de madera.

[12]Slàinte: en gaélico, "salud" (en un brindis).

Alejandro, para no ser menos, también brindó a su salud y tragó un buen sorbo de aquel brebaje. Al instante, algo parecido a un fuego abrasador, le recorrió la garganta hasta posarse en su estómago como una gran bola de lava ardiente. Tras la impresión de los momentos iniciales, comenzó a toser para aligerar el ardor que aquella bebida le producía. Angus le golpeó varias veces en la espalda con su gran manaza mientras el resto de hombres se reía a mandíbula batiente de su reacción. Aquello debía ser el famoso uisge beatha de los escoceses; un licor que ellos mismos destilaban y que les servía para ganar alguna moneda pasándolo de contrabando al continente.

—Ninguna bebida hay como la nuestra, español – dijo Angus mientras volvía a llenarle el cuenco–, calienta el espíritu y hace arder los corazones, cosa muy necesaria en los tiempos que corren.

—Veo que la noticia de la inminente marcha te agrada.

—Cómo no. Tantos días de abulia me hacían temer que los ingleses no se tuvieran que tomar la molestia de matarnos. El aburrimiento se hubiera encargado de ello –un coro de risas acompañó sus palabras. —¿Crees que al final entraremos en combate?

—Eso espero, español. Llevo cuatro largos años esperando volver a verme las caras con esos cobardes *sassenachs* que se adjudicaron la victoria en Sheriffmuir cuando, lo único que yo vi, fue sus culos alejándose del campo de batalla.

Alejandro había oído hablar de la batalla de Sheriffmuir cuando estuvieron asentados en la Isla de Lewis. Hasta ahora, esa fue la última vez que Jacobo Francisco Eduardo Estuardo, también llamado “el pretendiente”, había intentado recuperar el trono escocés para los Estuardo. La batalla se libró en noviembre de 1715. A pesar de tener ventaja numérica, John Erskine, sexto conde de Mar, comandante al mando del bando jacobita, decidió no arriesgarse y dejó que los hombres que luchaban por la corona inglesa, entre ellos fuerzas del clan Campbell lideradas por el duque de Argyll y que habían vuelto la espalda a sus compatriotas para abrazar la causa inglesa, se retiraran a lamer sus heridas. La batalla no fue concluyente, pero uno y otro bando se adjudicaban la victoria.

—¿Estuviste allí? –le preguntó Alejandro interesado.

—Todos estuvimos – y con un brazo abarcó a los hombres que rodeaban la hoguera.

—Según he oído, se desaprovechó la ventaja que poseíais en la contienda.

—¡El maldito conde de Mar! –bufó Angus–. Jamás tendría que haber liderado él nuestras tropas.

—Su falta de coraje arruinó lo que podría haber sido una gran victoria –intervino otro highlander de mediana edad al que le habían presentado como David Cameron.

—Tantas muertes para que luego ese bobo petimetre dejara que el enemigo se retirara y volviera a reunir sus fuerzas. La moral de los hombres cayó en picado y ya no fuimos capaces de levantar cabeza– se lamentó Angus–. El pretendiente tuvo que volver a Francia a los pocos días de haber pisado suelo escocés.

—Al menos él pudo volver pero ¿qué hay de los que murieron ese día?–David Cameron fruncía los labios con la mirada perdida en las llamas de la hoguera.

—Brindemos por esos valientes, Dave –dijo con voz solemne Angus– y que su historia permanezca en nuestros corazones más allá de la muerte.

Todos levantaron sus cuencos de nuevo y brindaron en silencio perdidos en sus recuerdos.

—¿Qué pasa aquí? – una alegre voz interrumpió aquel triste

momento–. ¿A que vienen esas caras tan largas? ¿Acaso los Cameron han perdido el valor y temen la inminente partida?

¡Rob Roy MacGregor! Dichosos los ojos que te v en. Creímos que llegarías tarde otra vez– se mofó Angus Cameron.

Sabes bien que lamento no haber ensartado con mi espada a algún casaca roja[13] en Sheriffmuir. Pero esta vez, el tiempo me ha acompañado y no pienso volver a perderme la diversión –dijo el Macgregor al tiempo que estrechaba las manos de los presentes. Cuando llegó a la altura de Alejandro, aquel hombre de pelo rojo oscuro encrespado, se quedó observándolo indeciso.

[13] Casaca roja: sobrenombre dado a los soldados ingleses debido a que su uniforme, tanto ceremonial como de batalla, se caracterizaba por llevar una casaca de color rojo.

¿Quién es este, Angus?

Ah, Rob Roy, te presento a Alejandro. Un español medio *sassenach* que maneja la espada como si fuera un maldito escocés –rió Cameron.

Uhm. He oído hablar de ti – y le tendió la mano –. No todos los días puedo saludar a alguien que ha sobrevivido al acero mordiente de la claymore de Angus.

Y, volviéndose hacia el Cameron, le dijo con sorna:

Te estás haciendo viejo, Angus. Es eso o que tu brazo se ha hecho más blando al cambiar la espada por el vaso de uisge beatha.

Todos los presentes celebraron la broma y le lanzaron más pullas a Angus mientras, se volvían a llenar los improvisados vasos una y otra vez.

Alejandro, comenzaba ya a notar los efectos de aquella fuerte bebida. Tenía la cabeza envuelta en un dulce embotamiento que le hacía sentirse eufórico y locuaz.

Más tarde, mientras Angus, el MacGregor y otros hombres se fueron por más licor, sentado junto a Liam, escuchó la dura historia de Rob Roy de boca de David Cameron. Aquel hombre era toda una leyenda en su patria. Dedicado al negocio del ganado, había ideado una forma de aumentar su caudal comerciando con las vacas. Para ello, se vio en la necesidad de pedir mil libras en préstamo a James Graham, primer duque de Montrose, con la garantía de unos acres de tierra que poseía y que valían mucho más que el dinero prestado. El dinero fue confiado a su capitán, quien desapareció esa misma noche y ya nada se supo más de él, por lo que le fue imposible comprar el ganado y devolver el préstamo. Rob Roy aseguraba que todo había sido una artimaña de Montrose para apoderarse de sus tierras. Tenía total confianza en su capitán, al que conocía desde la infancia, y sabía que jamás se escaparía con el dinero ni lo traicionaría. Guerreó con Montrose durante años y, por esta razón, él y su familia fueron proscritos; su

casa fue incendiada y su mujer violada y golpeada.
Aún hoy, el conflicto seguía entre ambos hombres, aunque desde hacía unos años, a MacGregor lo ayudaba el enemigo más acérrimo de Montrose, el Campbell conde de Bredalbane, quien le había dado unas tierras en Glen Dochart para que se instalara con su familia. Alejandro admiraba la fuerza de aquel hombre quien, a pesar de tenerlo todo en contra, seguía luchando por aquello que creía que era lo correcto.
Cuando acabó la historia, los tres hombres se quedaron en silencio sumidos en sus propios pensamientos. Alejandro se sentía cada vez más a gusto con esos montañeses libres de todo artificio afectado, propio de los círculos cortesanos en los que antes se había movido; sin tener gran poder ni riquezas, cogían de la vida todo aquello que merecía la pena y disfrutaban de las pequeñas cosas que el destino les deparaba sin lamentarse de cosas pasadas. Y cuando la fortuna les era adversa, seguían adelante encarando con su fuerza, su valor y su honor, los más tristes acontecimientos. Sus luchas las libraban con el corazón y sus riquezas no eran otras que los suelos de aquella tierra que los había visto nacer.
Una risa cristalina le sacó de repente de su embotamiento.
Un grupo de mujeres, entre las que se encontraba Catriona, volvía del lago de lavar los plaids de los hombres.
Alejandro, se quedó embelesado admirando el suave contoneo de caderas de aquella ninfa de los bosques que había venido a perturbar su tranquilidad y sosiego. Su cuerpo se tensó al instante pensando en la dulce boca que había tenido unas noches antes bajo sus labios y su menudo cuerpo que tan bien se había amoldado al suyo. Un reflejo de chispas verdes lo enloqueció cuando ella miró en su dirección y a punto estuvo de levantarse a buscar aquello que su espíritu reclamaba como suyo. Pero unos movimientos bruscos entorpecieron su campo de visión y la tentación pasó.
Liam Cameron, con sus manos, llamaba su atención con ademanes enfadados mientras lo fulminaba con la mirada. Alejandro, no sabiendo muy bien que era lo que le ocurría a aquel hombre, miró a su alrededor en busca de una solución al enigma.

—Alejandro, muchacho, Liam está tratando de decirte algo – le dijo David Cameron que tenía la cabeza apoyada en el tronco serrado de un árbol y la boina clavada hasta casi las cejas.

—No lo entiendo, ¿qué dice?

—Dice que ella no es para ti. Si Angus se enterara de cómo la miras no dudaría en matarte–David hizo una pausa y luego suspiró–, y él tampoco.

Alejandro no trató de defenderse. Simplemente, miró a Liam Cameron a los ojos y asintió con la cabeza.

Una hora más tarde, con el atardecer perfilando el final de un largo día, Alejandro se hallaba a pocos metros de la orilla del lago, sentado y con la espalda apoyada contra unas frías rocas, en espera de que se despejara su cabeza de los mareantes efluvios del alcohol que había consumido esa tarde. Acostumbrado al vino y la cerveza, la bebida de los escoceses la había embotado la mente más de lo que era prudente. Mañana a primera ahora partían y no quería comenzar la jornada con una terrible resaca que le hiciera maldecir a cada paso.

La refrescante brisa de lago, que traía un aroma a lluvia, tierra mojada y brezo, le estaba sentando maravillosamente bien, al igual que el silencio, tan difícil de encontrar en un campamento lleno de hombres, que lo imbuía en una especie de duermevela que lindaba lo real con lo irreal de sus pensamientos.

De repente, una figura atravesó sus párpados semicerrados con una luz singular. Suspiró.

□Ya veo que tu espíritu furtivo sigue haciendo de las suyas –susurró.

Catriona, que escudriñaba el suelo insistentemente, dio un respingo.

□¡Oh! Me has asustado – dijo llevándose una mano a su corazón acelerado, aunque pronto el susto se transformó en suspicacia–. ¿Qué diablos haces aquí? ¿Me estabas espiando?

□Para ser tan pequeña, tienes una lengua muy mordaz – sonrió Alejandro, recostándose de nuevo contra las rocas y cruzando los brazos sobre su pecho.

□¿Y bien?

□Y bien ¿qué?

□¿Que qué es lo que estás haciendo aquí?

Alejandro observó tras sus párpados entreabiertos a la menuda muchacha que aguardaba su respuesta golpeando furiosamente con el pie en el suelo. Con los brazos en jarras y la melena rizada revoloteando junto a su rostro, hacían una deliciosa imagen a la que contemplar. □¿Es que un hombre no puede buscar un sitio solitario donde

reflexionar sin que nadie venga a perturbar su paz?

□Oh, perdón señor –dijo con sarcasmo–, por nada del mundo osaría yo molestar los pensamientos de tan ilustre persona.

□¿Acaso te burlas de mí?

□¿Yo? Jamás haría eso –dijo poniendo cara de inocente mientras sus ojos chispeaban con malicia–. Es sólo que no sabía que ahora llamaban reflexionar a dormir la borrachera tirado en el suelo.

□Para tu información, yo no estoy borracho; y haz el favor de dejarme en paz, me estás cargando la cabeza.

□Lo único que embota tu cabeza son los vapores de ese inmundo

licor que prepara mi hermano –dijo arrugando la nariz–, y no creas que me vas a engañar, lo huelo desde aquí.

□Si tuvieras la sesera igual de eficaz que el olfato, sabrías que, en este momento, tus burlas me están exasperando y eso, señorita, no es bueno para nadie.

Alejandro esperó a que ella asimilara la amenaza implícita que encerraban sus palabras. Su control, que ya pendía de un fino hilo desde que la había visto aparecer, estaba a punto de desmoronarse y, el alcohol que había consumido, no ayudaba en nada a mantenerlo estable.

Pero ella tuvo que hablar.

□No me dan miedo las palabras de un sucio borracho.

Alejandro oyó en su cabeza cómo el hilo se rompía con un fuerte chasquido. Con un grave sonido gutural que salió de su garganta se levantó de un salto y se dirigió hacia ella. La muchacha, sólo tuvo tiempo de arremangarse la falda y darse la vuelta para intentar huir pero, antes de que diera un paso en dirección contraria, él la tenía fuertemente agarrada por los hombros.

La apretó más contra su cuerpo.

□No digas que no te lo he advertido – susurró Alejandro mientras el aroma de su pelo, a lavanda y brezo, lo envolvía con promesas sensuales.

□Por favor –dijo ella temblorosa–, no me hagas daño.

A Alejandro se le despejó la cabeza de golpe. Catriona temblaba entre sus brazos como un inocente cervatillo a punto de ser sacrificado. ¿Qué diablos le estaba pasando? No era propio de él perder el control de esa manera y asustar a una muchacha, terca y arrogante sí, pero inocente en el fondo.

Se apartó un poco de ella, sin soltarla, y suspiró.

□Date la vuelta , Catriona.

□No.

□Por favor, date la vuelta –y forzó un poco con sus manos que la muchacha girara en su dirección.

Ella, muy despacio, giró su cuerpo hasta enfrontarse con él. Su rostro, se hallaba invisible tras unos rizos locos que se lo cubrían. Tiernamente, Alejandro se los fue apartando hasta dejar al descubierto unos ojos, verdes con motitas doradas por la luz del atardecer, que brillaban por las lágrimas.

□Escúchame, bella; yo nunca te haría daño. Preferiría morir antes que tocar un solo pelo de tu cabeza ¿entiendes?

Catriona escrutó sus ojos durante unos segundos para asegurarse de la verdad en ellos. Alejandro se dejó observar sin mover ni un solo músculo. Al fin, satisfecha con lo que estaba viendo, asintió con la

cabeza.

Despacio, él la soltó y cerró los ojos para dejarle libre una vía de escapatoria y mostrar así sus buenas intenciones. Cuando los abrió, ella seguía allí. Mirándolo.

Sin saber muy bien qué decir, se pasó la mano por el pelo mientras trataba de encontrar una excusa para su comportamiento.

La voz de Catriona, un tímido maullido, serenó sus nervios a flor de piel.

□Sólo vine a buscar una cinta que perdí mientras hacía la colada. Era una cinta muy bonita del color del cielo que me regalaron por mi cumpleaños mis hermanos –con sus palabras, ella rellenaba el vacío hueco que se había instalado entre ellos–. Era una cinta muy bonita– repitió pesarosa–, me hubiera gustado conservarla.

Parecía a punto de llorar otra vez. Entre la bruma que se había instalado de nuevo en su cerebro, Alejandro vislumbró una fina cinta azul de seda que había recogido junto a las rocas en las que antes se había recostado y que, movido por un incierto impulso, enrolló alrededor de su muñeca.

Levantando el brazo, se la mostró.

□¿Es esta la cinta, muchacha?

Catriona abrió mucho los ojos.

□Oh, sí. ¿Dónde la has encontrado?

□Allí –señaló Alejandro, mientras intentaba soltar el nudo que había hecho– junto a las rocas.

El nudo se le resistía. Cuanto más tiraba de él, más parecía apretarse.

□Ay, muchacha, parece que el maldito no quiere deshacerse. Lo siento, pero vas a tener que soltármelo tú.

Unos finos dedos se posaron en su muñeca paralizando su pelea con el nudo.

□Quédatela – le dijo rozando con sus dedos los suyos–. Te sienta bien.

□Pero, es tu regalo –contestó un Alejandro atónito.

□Da igual; quizás no era para mí.

□Bueno pues… Gracias –le dijo azorado y con el corazón palpitándole a un ritmo desenfrenado–. Es un precioso presente.

Catriona le sonrió y a Alejandro, esa sonrisa, le golpeó en el centro del pecho dejándole casi sin respiración. Como pudo, le devolvió la

sonrisa.

—Ahora deberías volver al campamento. Mañana nos espera un día de duro viaje–le dijo.

—¿Mañana? –preguntó Catriona–. Ah, pensaba que lo sabías. Yo no voy; mis hermanos han decidido que era más seguro para mí que me quedara aquí, en el pueblo de Dornie, junto a la mujer de David Cameron. Sabes, ella no se encuentra muy bien, está a punto de dar a luz y unas buenas personas han accedido a que nos quedemos unos días en su morada. Por lo menos, hasta que lleguen unos familiares suyos que nos acompañarán de vuelta a Lochaber.

—Ya veo –dijo Alejandro tratando de ocultar lo mucho que le decepcionaba la noticia–, una buena decisión. Sin duda, quedarse aquí será más seguro para vosotras que andar tras los pasos de un ejército.

—Sí, puede ser. Aunque me hubiera gustado ir. Vera Cameron sólo sabe hablar de su futuro bebé y me acaba aburriendo sobremanera.

—Es normal. Según dicen, traer un niño al mundo es el regalo más maravilloso que se le pueda pedir a la vida.

—¿Te gustan los niños?

—Sí –reflexionó Alejandro–, creo que sí. O por lo menos, en un futuro, me gustaría que un hijo o dos me hicieran la vida imposible con sus travesuras. Y a ti, ¿no te gustaría tener algún bebé con una buena mata de pelo rojo como su madre?

—Sí …, bueno, en un futuro –le contestó ruborizándose ante la idea. Alejandro sonrió ante la visión de unas mejillas coloreadas que la muchacha trataba de ocultar y por la estupidez de sus propios pensamientos.

—Bueno –dijo, mientras, como solía hacer, le cogía la mano para llevársela a los labios en un gesto de despedida–, tengo que tratar de dormir unas horas antes de la marcha. Espero que volvamos a vernos, muchacha. Si no fuera así, rezaré para que la vida te sea favorable.

Por unos instantes, retuvo su cálida mano entre las suyas como tratando de grabar la imagen de ella, allí junto al lago, en sus retinas. Muy despacio, se la soltó y mirándola por última vez a los ojos, le sonrió.

—Cuídate, Alex –la oyó decir mientras se marchaba.

Ya cerca de la puerta de su tienda, vio que Juanillo lo esperaba paseándose nervioso de un lado a otro. Cuando aquel se dio cuenta de su presencia cercana, comenzó a hacer ademanes insistentes para que se uniera a él. Resignado ante lo que parecía una conspiración para no dejarle descansar, llegó junto al joven y se cruzó de brazos.

—¿A qué se deben esos nervios, Juan?

—Tengo que hablar con usted, señor. Hace horas que le estoy buscando y me preocupaba su ausencia.

—Pues ya estoy aquí – contestó Alejandro exasperado por el ir y venir de su compañero– y ¡tranquilízate, por Cristo!, que parece que tengas chinches en el cuerpo.

—No puedo, señor – se quejó Juanillo–, estoy desesperado por mi mala suerte.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Es que acaso no lo sabe?

—No, Juan –dijo irritado Alejandro–. Si no me lo cuentas ¿cómo iba yo a saber nada?

Juanillo se quedó mirándolo con la boca abierta valorando sus palabras. A Alejandro, un dolor de cabeza martilleante le estaba agotando la paciencia.

—¡Juan!

—Perdone, señor. Pensaba que usted lo sabía. Me obligan a quedarme aquí, en la fortaleza–dijo compungido– y no podré acompañarle como era mi deber.

—¿Quién te obliga?

—Mi capitán. Esta tarde nos ha ordenado a unos cuantos que permanezcamos aquí para velar por las armas y municiones que se guardan en ella.

—Alguien tiene que hacerlo, Juanillo.

—Pero yo quería ir con usted –respondió tozudo como un niño pequeño–. ¿No podría usted hablar con el capitán y hacerle cambiar de opinión?

—Lo siento. Sabes que no está en mi mano cuestionar las órdenes de tus superiores. De todas formas… –A Alejandro una idea acababa de cruzársele por la mente– iba a pedirte yo que te quedaras aquí.

—Pero, ¿por qué? –balbuceó con una mirada dolida que hizo que Alejandro tuviera una chispa de arrepentimiento.

—Pues, porque te necesitaba para que me hicieras un favor; un favor más importante que pasarte los días caminando en espera de que los clanes del sur quieran unirse a nosotros.

El joven, volvió a quedársele mirando con la boca abierta hasta que las palabras de Alejandro hicieron mella en sus sesos.

—Ya sabe que por usted haría lo que fuera – dijo hinchando el pecho de orgullo.

—Gracias, Juan.

—Y bien, ¿Cuál es ese favor?

—Acerquémonos al fuego a beber algo caliente y te lo cuento.

Y Alejandro se pasó la siguiente hora explicándole lo que necesitaba de él.

XII

Por fin algo que hacer, pensó Catriona mientras, con paso ligero,

dejaba atrás el pueblo de Dornie para dirigirse a la fortaleza. Contaba los días que hacía que se habían levantado los campamentos y suspiraba. Hoy era domingo, diez de mayo. Hacía cerca de dos semanas que se encontraba presa de una rutina agobiante en la que las horas, se estancaban como un charco de agua congelada, frío e inmutable, sin lugar por donde escapar. Se pasaba el día cuidando de una desdichada Vera Cameron, cuyo vientre había crecido de forma considerable en los últimos días produciéndole molestias graves que la mantenían postrada en la cama, y cuyo temperamento se encontraba ahora en una fase en la que todo le molestaba. Si no fuera por la promesa que le hizo a David de que iba a cuidar de ella, hace tiempo que le hubiera dicho las cuatro palabras que tanto merecía. Todas las buenas palabras que le dirigía para hacerla sentirse mejor, caían en saco roto y Catriona ya se estaba cansando de tanta frase hiriente y de tanto grito lastimero. Sabía que no tenía que culparla pues los cambios de humor eran frecuentes en los embarazos, pero es que había momentos en que tenía los nervios tan crispados que tenía que respirar hondo varias veces y morderse la lengua para no decir algo de lo que más tarde se arrepentiría, y deseando, al mismo tiempo, que vinieran pronto los familiares de David para sacarla de esa enervante rutina.

Esa mañana, un mensaje desde la fortaleza había llegado a la casa donde se alojaban, rogándole que acudiera sin demora. Uno de los irlandeses que se habían quedado en la vigilancia del castillo, había sufrido la noche pasada un cólico que lo mantenía postrado con altas fiebres. No estando el médico de campaña, habían recurrido a ella ante la impotencia del resto de sus compañeros que trataban de aliviarle el sufrimiento con paños de agua helada del lago. Aunque fuera cambiar un enfermo por otro, Catriona se alegró de dejar un rato de lado su rutina con Vera y marchar a ayudar en la fortaleza.

Tras dejar el pueblo atrás caminando a buen ritmo, aspiró la brisa fresca que secaba el sudor que perlaba sus sienes y cerró los ojos unos instantes para sentir los rayos de sol en su rostro. Casi consiguió sentirse feliz. El magnífico aroma a brezo que ese día despedía la tierra, era como un bálsamo para su espíritu y hacía que se sintiera una más con la madre naturaleza, olvidando, por un momento, la precaria situación en la que se encontraban sus compatriotas.

Notó la presencia antes de verla.

Catriona giró la cabeza y se encontró con los ojos lastimeros de aquel “perrillo faldero” que la seguía desde hacía días. Cada vez que salía de la casa, él se las arreglaba para seguir sus pasos a una distancia prudente. El joven Juan se había convertido en un compañero silencioso de sus aburridos días y, aunque al principio se molestó, ahora agradecía que estuviera allí, sobre todo cuando tenía que

acarrear leña para la chimenea del cuarto de Vera o cuando traía baldes de agua del lago para lavar y él, muy caballerosamente, le echaba una mano.

Apenas hablaban y, cuando lo hacían, era casi todo mediante palabras sueltas y señas, ya que ni él conocía su idioma ni ella el de él. Lo saludó con un alegre movimiento de mano y continuó su camino.

Según palabras de Vera, debería de sentirse halagada de que alguien se hubiera tomado el interés de velar por su seguridad aunque fuera un joven soldado español, pero ella intuía, o quizás deseaba, que la presencia de Juan en su vida se debiera, más bien, a otro hombre cuya mirada la perseguía en sueños; un hombre brusco, arrogante, pero muy apuesto que, cuando estaba cerca de ella, hacía que su estómago se contrajera de expectación.

Con un movimiento de sus rizos, desechó ese pensamiento que la turbaba. No podía dirigir sus pensamientos a alguien al que, quizás, no volviera a ver más en su vida. Pero era inevitable, pues la mente, aquella compañera odiosa, se empeñaba en rememorar una y otra vez el beso que le había dado.

Llegó a la fortaleza y, tras cruzar el portón explicando brevemente a los guardias que la custodiaban su presencia allí, se dirigió a asistir al enfermo.

El irlandés se hallaba en un estado muy lastimoso. Catriona le puso la mano en la frente y notó que tenía una fiebre muy alta por lo que, asistida por Juanillo, se dedicó primero a refrescar el cuerpo ardiente que sollozaba quedamente. Tras varios intentos infructuosos, consiguió hacerle tragar unas hierbas cocidas que esperaba que bajaran su temperatura y se sentó en una silla junto a su lecho aguardando señales de mejoría. Posiblemente, el hombre había digerido un alimento en mal estado o bebido agua insalubre, cosa que ocurría frecuentemente en lugares de confinamiento donde la higiene dejaba mucho que desear.

Unas horas después, el enfermo pareció recuperarse y Catriona, agotada y dolorida por el tiempo que había pasado en la estrecha silla, abandonó la estancia no sin antes advertirle sobre las condiciones de higiene de la comida y el agua.

Juan la esperaba en el patio de la fortaleza para acompañarla a casa cuando unos gritos desde el adarve la sumieron en un profundo terror. Los ingleses habían llegado.

El capitán Charles Boyle, comandante del ejército de marina real de su majestad Jorge I, miraba desde la cubierta de la fragata Worcester hacia la fortaleza de Eilean Donan. Las expectativas se habían cumplido; la fortaleza era el punto donde se encontraban las fuerzas hispano-jacobitas dispuestas a que los Estuardo volvieran al trono de Escocia.

Sin moverse de su lugar de contemplación, dio unas escuetas órdenes para que tanto el Worcester, como el Flamborough y el Enterprise, las otras dos fragatas que los flanqueaban, levaran anclas y se acercaran más al castillo.

Una hora después, las anclas volvieron a caer y aseguraron la nave a una distancia prudencial de la costa.

Soplaba un viento racheado que salpicaba de agua la cubierta de la fragata, pero el capitán parecía no inmutarse de la fuerza de los elementos. Su vista estaba fija en el bote que había enviado para parlamentar con los insurrectos de la fortaleza. La pequeña lancha, con una decena de hombres, portaba la bandera de tregua que, como en una danza salvaje junto al viento, mostraba las intenciones pacíficas de sus portadores.

Pero, cuando ya cerca de la costa, el oficial encargado de parlamentar trataba de desembarcar, unos tiros de mosquete le dieron la bienvenida desde lo alto de una torre, lo que produjo que la lancha y el oficial parlamentario, viraran a toda prisa para adentrarse en el lago y buscar la protección de las fragatas.

Disgustado, el capitán Boyle ordenó abrir fuego. Los cañones del Worcester y del Enterprise comenzaron a rugir minutos después pulverizando, desde el primer momento, los viejos muros de la fortaleza encarados hacia el lago. El humo y las salpicaduras del agua de lago al caer grandes bloques de piedra en ella, se mezclaban en una algarabía de ruidos ensordecedores y violentos matices de colores, en esa orgía de destrucción. El inmenso poder de los cañones destruía sin tregua una fortaleza que llevaba siglos en pie y por cuyas estancias había paseado la más viva historia de Escocia.

Cerca de una hora después y a una nueva orden del capitán, los cañones dejaron bramar su canto de destrucción y un silencio, más profundo que cualquier abismo, se asentó entre aquellos que luchaban. El capitán Charles Boyle sonrió orgulloso. Los rebeldes nada tenían que hacer contra la fuerza armada de las fragatas que comandaba.

Y echando un último vistazo al castillo medio derruido, se encaminó hacia su camarote a anotar las incidencias de la jornada en el cuaderno de navegación.

Cuando Catriona había escuchado que los ingleses se hallaban anclados en el lago, subió velozmente al adarve para ver con sus propios ojos al ejército enemigo. Juan subió tras de ella casi pisándole los talones resollando, al tiempo que murmuraba palabras incomprensibles para ella.

Una vez arriba, ambos se quedaron petrificados. Tres fragatas inglesas de bella manufactura, rompían el horizonte en una estampa irreal que parecía sacada de una pintura enmarcada. Imponentes, con

los cañones de bronce pulido reluciendo, hacían contraste con las oscuras aguas del lago mientras se mecían violentamente al compás del viento fuerte que soplaba.

Catriona observó, desde su posición, la lancha con la bandera de tregua que se iba acercando muy lentamente hacia los pies de la fortaleza. Muda de terror, contemplaba las casacas rojas de los hombres que iban a bordo y rezaba para que lo que tuviera que venir fuera lo más pacífico posible. Pensó en los cuarenta y ocho hombres que guardaban la fortaleza y se estremeció. Muy pocos hombres para tamaño despliegue de fuerza que tenía ante sus narices; muy pocos hombres para que la victoria fuera una opción: un capitán, un teniente y un sargento españoles, acompañados de treinta y nueve infantes de marina, un escocés y un irlandés enfermo. Demasiado pocos.

Tragó saliva ruidosamente.

Un oficial de la lancha se disponía a desembarcar para, seguramente, parlamentar sobre una posible rendición.

Desde el lugar que se encontraba, escuchó a tres soldados españoles susurrar en su lengua, parecía que estaban discutiendo y no conseguían ponerse de acuerdo. De repente, uno de ellos, levantando el mosquete por encima del muro, comenzó a disparar hacia los ingleses, lo que pronto ocasionó que más disparos surgieran desde la fortaleza y el enviado ingles tuviera que virar el bote para salvar la vida.

Catriona gritó. Y su grito se perdió entre las detonaciones de los mosquetes, ahogándolo en una marea de confusión y olor a pólvora quemada.

La suerte estaba echada.

Catriona se arrodilló en el suelo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y maldecía la arrogancia de los hombres por dejar pasar la oportunidad de salvar sus vidas. Sus pensamientos vertiginosos iban y venían errantes martilleando en su cabeza al ritmo de las detonaciones de los soldados que se encontraban junto a ella.

Sintió que una mano la levantaba bruscamente del suelo. Tras el velo de las lágrimas, el rostro del joven Juan se veía crispado y su boca se movía formando palabras que Catriona no lograba entender pues su sonido le llegaba como ecos lejanos. La mano que la cogía tiró de ella haciéndola dar unos pasos hacia las escaleras de piedra que bajaban del adarve.

Se dejó arrastrar hasta la protección que les proporcionaba los muros más gruesos de la fortaleza y, tropezando, bajó los escalones con la guía cuidadosa de un Juanillo que, a pesar de lo que estaba ocurriendo, parecía más entero que ella.

De pronto, por encima de los ensordecedores disparos, un zumbido fue

ganando intensidad. Los mosquetes se silenciaron como por ensalmo y hubo un breve suspiro en el que el tiempo pareció dejar de correr; todo el mundo frenó sus movimientos. Catriona miró hacia el cielo tratando de identificar la fuente de aquel zumbido que, por momentos, aumentaba de fuerza dentro de sus oídos, mientras su acompañante paralizado, le apretaba fuertemente el punto del brazo donde la tenía agarrada haciéndole verdadero daño.

Un breve silencio y el caos estalló. Una bala de cañón acababa de impactar contra los muros exteriores de la fortaleza haciendo que un centenar de cascotes de piedra volaran por todo el patio de la fortaleza.

Dios bendito, pensó Catriona, nos están bombardeando. Más impactos golpeaban con dureza las murallas que protegían sus vidas y un humo acre los envolvía haciéndoles imposible respirar.

La mano que la sostenía volvió a tirar de ella bruscamente buscando un sitio seguro por donde abandonar aquel lugar pasto de las fauces hambrientas de los cañones.

Mientras sorteaban obstáculos, Catriona contemplaba horrorizada los cuerpos de aquellos hombres que se habían despeñado desde las torres despedazados por los impactos de la artillería pesada. Las lágrimas fluían por sus ojos sin descanso ante el horrendo panorama que estaba presenciando. Sólo quería acurrucarse en un rincón y cerrar los ojos a tanto odio y destrucción; pero el hombre que la precedía, con sus fuertes tirones, la urgía a no rendirse y continuar en busca de la salvación.

Cuando ya se vislumbraba la salida, un estrépito por encima de su cabeza la dejó paralizada y, al compás de su respiración, vio cómo el muro superior se hundía hacia ella como una gran nube oscura preñada de tormenta. Sus piernas se negaron a moverse y la languidez se apoderó de todo su ser. Iba a morir y nada podría evitarlo.

Un fuerte empujón la hizo rodar por el suelo mientras, a pocos metros de ella, el muro se derrumbaba justo en el punto donde hacía poco se encontraba. Una espesa niebla formada de humo y polvo la envolvió ahogándola y cegándola, y, por unos largos segundos, el mundo que ella conocía dejó de existir.

Dolorida por el fuerte golpe que se había dado en la cadera al rodar por el suelo, trató de incorporarse para seguir su periplo hacia la libertad. En vano, intentó buscar la mano que la asía hacía unos instantes pero el polvo le impedía ver más allá de su nariz. Cuando por fin recuperó la visibilidad, contempló, presa de un mudo horror, el cuerpo del joven Juan apresado debajo de las grandes piedras que habían caído desde la torre. Sólo tenía visible la cabeza y uno de sus brazos, el resto permanecía oculto por esa montaña de escombros humeantes. Como pudo, se arrastró hacia él gritando su nombre, pero

la figura del joven no se movía.

Arañó la tierra y centímetro a centímetro logró alcanzarlo. Una vez a su lado, le giró la cabeza ensangrentada y, tras la mugre que le cubría el rostro, lo vio esbozar una sonrisa que le llegó al corazón. Juanillo se moría, pero parecía contento de verla a ella sana y salva. Catriona le cogió la mano olvidando la destrucción de su alrededor y la cubrió de besos como agradecimiento a aquel que le había salvado la vida al empujarla cuando la pared de piedra se le había venido encima.

Estuvo a su lado hasta que el último aliento surgió de sus labios. Luego, tras acariciarle el pelo y rezar una plegaria por su alma inmortal, se dispuso a levantarse para tratar de escapar de ese infierno humeante. Pero no llegó muy lejos. Un fuerte impacto en la sien la sumió, de repente, en un abismo negro que se fue cerrando sobre ella privándole de toda conciencia.

## XIII

Cabalgaban bajo una intensa llovizna que calaba a los hombres irremediablemente. Ellos aguantaban estoicamente bajo mantos, capas y tartanes, la pertinaz agua que venía de un cielo color plomizo que ya había amanecido así.

Alejandro, incómodo, se revolvía en la silla de montar, mientras trataba de acomodar su cuerpo a la bestia que lo llevaba y, cuyos cascos, se hundían en el espeso fango de los caminos agrestes por los que circulaban.

Tantos días de viaje y sólo unos cien hombres se habían unido a la causa. Por ahora, la zona sur no estaba resultando muy favorable a ese escaso grupo de soldados, entre los que él se encontraba, venidos de tierras lejanas con muchas promesas y pocos resultados. Aún así, el plan seguía adelante.

Alejandro se retiró con un gesto brusco el pelo mojado que se le pegaba a la cara y echó de menos el cálido clima de su país, donde el sol acariciaba con sus radiantes rayos la mayor parte del año haciendo que la vida fuera mucho más confortable.

El hombre que cabalgaba a su derecha blasfemó entre dientes, arrebujándose más aún en la capa azul que lo cubría. Estos días pasados, entre ambos hombres, se había instalado una suerte de silencio de camaradería que los acompañaba desde primeras horas de la mañana y que, tras lo tensa que había sido su relación anteriormente, era bienvenido por las dos partes. Pero Alejandro estaba inquieto por todas las diatribas a las que hacía días que daba vueltas en la cabeza y decidió que era hora de romper ese silencio.

El coronel Nicolás Bolaño volvió a blasfemar.

¿Decíais algo, Nicolás? –preguntó Alejandro.

—Es este maldito tiempo – dijo señalando el cielo con un amplio ademán–, que hace que mis huesos se resientan.
—Sí, es un verdadero martirio. En días como estos España se me presenta en la mente como un paraíso terrenal.
—¿Echáis de menos nuestro país?
—¿Vos no? –contestó Alejandro con otra pregunta.
—Ya que lo preguntáis, sí, echo de menos notar el sol en el rostro cuando vamos de maniobras y las noches cálidas de los veranos cuando, tras una dura jornada, te invitan a beber algo bajo el refrescante ramaje de un jardín plantado de flores aromáticas. Aquí, los días que el sol se digna a salir, tenemos que dar gracias al Altísimo y rezar para que su visión no sea tan breve como acostumbra.

Alejandro lo contempló evaluando su estado de ánimo. Necesitaba que el coronel estuviera abierto a su necesidad de confiar, por primera vez, en alguien ajeno a su vida hasta aquel momento.
No podía perder nada intentándolo.

—Hace unos días, llegó un correo en el que se me pedía que volviera a España–soltó a bocajarro.

El coronel Bolaño, atónito, lo miró largamente.
—¿Cómo decís?
—Más que pedir, me urgía a que regresara lo más brevemente posible.
—¿De quién? –preguntó Nicolás sabiendo la respuesta de antemano.
—¿De quién creéis vos?
—Alberoni –dijo su nombre entre dientes, casi como si lo escupiera.

Alejandro asintió. Un silencio espeso se cernió entre ambos. La noticia no era del agrado de Bolaño a quien, desde la posición cercana de Alejandro, casi se le podían escuchar los mecanismos que engranaban los pensamientos que la idea de la misiva le producía en el cerebro.

—Y decidme, ¿por qué no habéis vuelto? – preguntó mirándole directamente a los ojos.
—Digamos que suelo terminar todo lo que empiezo –contestó Alejandro.
—Un gesto que os honra –hizo una pausa–. Aunque, posiblemente, Alberoni no os perdonará por ello; no es de los que le gusta que las cosas no salgan como sus designios requieren.
—¿A vos no os agrada el cardenal, verdad?–le preguntó.
—Digamos que hace un tiempo oí unas palabras sobre él que se me quedaron grabadas del ilustre Melchor de Macanaz[14]; decían más o menos así: "Se ha introducido con el Duque un licenciado a quien llaman Giulio Alberoni. Vivo y de buen ingenio, atrevido, adulador, ambicioso, avaro; un italiano que es todo menos lo que parece." Y

creo, que al señor que pronunció estas palabras, no le faltaba razón. Si sólo fueran ciertas la mitad de las cosas que en España se dicen de él, sería suficiente para rogar a Dios que nunca le ponga en mi mismo camino.

—Pero vos no lo conocéis –constató Alejandro.

—No. Pero tenemos conocidos en común que me han referido ciertos hechos sobre su ilustrísima no exentos de faltas gravísimas.

—Me gustaría conocer esos hechos.

—¿Estáis seguro? –el coronel lo miró con aire circunspecto–. Sabed que el nombre de vuestro padre se mentó en varias ocasiones relacionándolo con intrigas y traiciones. No sería yo un hombre de honor si no os lo advirtiera.

—Aún así, quiero escuchar lo que sepáis.

—Sea, pues –y con gran precisión de palabras, el coronel Nicolás Bolaño fue poniendo a disposición de Alejandro todo aquello que sabía, mientras cabalgaban bajo la intensa lluvia de los cielos cambiantes de Escocia.

[14] Melchor Rafael de Macanaz: político y jurista español (1670-1760) que fue fiscal general del Consejo de Castilla. Se distinguió como político regalista, partidario de una mayor

La larga conversación con el coronel, había dejado a Alejandro sumido en una honda tristeza que le apretaba el corazón y hacía que sus entrañas se retorcieran en continuos vaivenes de dolor a causa de la duda que había germinado en ellas. ¿Había desperdiciado su vida al servicio de un individuo sin escrúpulos ni honor? ¿Había sido tan estúpido para no darse cuenta de lo que pasaba ante sus narices? Alejandro lo negaba, pero la evidencia seguía ahí por medio de palabras pronunciadas por un hombre al que respetaba y que nada tenía que ganar con sus confidencias. Desde que se embarcó en esa aventura, las sorpresas se iban sucediendo y él, como mero espectador de una comedia, o más bien una tragedia, no podía hacer nada para contrarrestar los golpes que sucesivamente le iban cayendo.

Una algarabía de voces que llegaban desde el principio de la fila de hombres llamó su atención. En la lejanía, una figura difusa, borrosa por el furioso galopar de un caballo se acercaba a ellos levantando, a su paso, terrones de tierra mojada.

intervención del Gobierno en la Iglesia y de la reducción de las competencias de la Inquisición.

Desde su posición a la vanguardia de los hombres, George Keith dio el alto y, con una breve escolta, se adelantó varios pasos para esperar la llegada del solitario jinete hasta su posición.

Alejandro observó, desde su puesto algo más atrasado, cómo el conde mariscal departía con el recién llegado y por las expresiones de alarma de sus rostros, supo que algo grave había ocurrido más al norte.

Se acercó para enterarse de lo sucedido pero, antes de que llegara

a las posiciones de vanguardia, la noticia ya había corrido como la pólvora desde las primeras filas y le alcanzó a mitad de camino, golpeándole en el pecho, dejándole sin respiración.

Eilean Donan había sido atacado y tomado por los ingleses. No esperó para escuchar nada más. Con un fuerte rugido, surgido desde las mismas entrañas, espoleó a su caballo y abandonó la fila de hombres, olvidando sus deberes y obligaciones para con ellos, obviando los gritos que lo llamaban, y olvidando que se encontraba en tierra extraña y partía solo hacia un terreno desconocido. Una sola cosa permanecía en sus pensamientos: que ella estuviera sana y salva.

XIV

Cuando había despertado, las primeras luces del alba ya se filtraban a través de las brechas que el impacto de los cañones abriera en la fortaleza. Aturdida, recorrió sus ojos por aquel espectáculo desolador que tenía ante sí y las lágrimas volvieron a acudir ante el recuerdo de lo ocurrido la jornada anterior: el miedo, los gritos de los hombres heridos, los impactos ensordecedores y, sobre todo, la muerte de Juanillo, sepultado bajo todos aquellos escombros.

Alguien la había trasladado al ala del castillo que aún se tenía en pie, en una improvisada enfermería donde otros cuerpos, aparte del de ella, se debatían por sus heridas.

Un dolor sordo en el lado derecho de su cabeza había hecho que su mano volara hacia allí; una costra de sangre seca muy cerca de la sien le apelmazaba el cabello. Con manos expertas, había evaluado su herida, posiblemente producida por el impacto de algún cascote de piedra de los muros de la fortaleza, para determinar su gravedad. Había sangrado de un pequeño corte pero era, por lo visto, la fuerza del golpe, la que la dejó sin sentido.

Después, los sonidos estrangulados de los hombres heridos en la sala habían hecho que dejara su autocompasión a un lado y dedicara sus esfuerzos y desvelos para aliviarles en todo lo posible dado el escaso material del que disponía.

Había pasado las horas tan absorta en lavar, desinfectar y coser heridas que ni un pensamiento hacia la terrible situación en la que se hallaba pasó por su cabeza, hasta que nuevos gritos perturbaron sus quehaceres sumiéndola de nuevo en el terror.

Los rebeldes, para evitar que el enemigo se apropiara de sus haberes, habían quemado la casa donde guardaban la mayor parte de los barriles de pólvora y munición de mosquetes. En represalia, de nuevo los cañones de las fragatas inglesas apuntaban hacia la fortaleza.

A Catriona no le había dado tiempo a escapar. Tras media hora de intensos bombardeos que vivió acurrucada junto a los heridos, una parte de las fuerzas inglesas habían desembarcado, tomando, a los

pocos que siguieron en pie, como prisioneros de guerra.

Sólo ella y cinco soldados españoles lograron sobrevivir y habían sido conducidos, maniatados, a orillas del lago en espera de las nuevas órdenes desde las fragatas.

Ahora, mientras anochecía, Catriona se encontraba sentada en el suelo, con las manos atadas en la espalda y rodeada de aquellos malditos *sassenachs* que no dejaban de dirigirle miradas burlonas. Una tenue fogata improvisada muy cerca de ella, iluminaba en un juego de luces y sombras los rostros de los hombres apresados que se encontraban a cierta distancia de ella y que, con rostros cenicientos, evitaban mirar en su dirección. No habían sido maltratados; de hecho, los tenientes encargados de tomar el castillo los habían tratado con mucha consideración. Sin embargo, a ella la habían lanzado sin ningún miramiento al otro lado de la hoguera, donde cayó desmadejada como un saco roto, mientras su captores se reían sardónicamente. Al caer, rodó sobre sí misma y trató de escapar, pero un joven soldado inglés, cogiéndola del pelo, la volvió a hacer caer y sin dejar de maldecirla, le ató también los pies.

La situación no podía ser más negra para ella.

Una hora más tarde, a pesar de lo incómodo de su postura, los ojos se le cerraban de puro cansancio. Hacía unos minutos que se habían llevado a los prisioneros españoles a bordo de un bote, dejándola sola allí a cargo de dos soldados ingleses, los cuales hacían la ronda de vigilancia paseando arriba y abajo entre las sombras. Catriona no sabía qué planeaban hacer con ella pero, si la consideraban una rebelde, podía acabar con sus huesos en la cárcel o, peor aún, colgada de la rama de un árbol. Aún así, y a pesar del miedo que sentía, el sueño se iba apoderando de su cuerpo haciéndola caer en un intermitente duermevela del que parecía no poder escapar.

De pronto, un sonido ahogado a su espalda, la despertó. Alerta, volvió la cabeza y trató de identificar entre la oscuridad de la noche lo que había producido tal sonido, pero la niebla lo cubría todo con su manto de seda impidiéndole ver más allá de unos pocos metros. Decidió que su imaginación le estaba jugando malas pasadas y volvió a centrar su atención en las ascuas humeantes de la hoguera. Uno de los soldados ingleses, sentado al otro lado del fuego, se concentraba en limpiar el cañón de su pistola con un viejo trapo. De repente, un sonido sibilante surcó la noche y el soldado, tras abrir los ojos en un gesto de terror, cayó hacia adelante emitiendo sonidos gorjeantes. Catriona, paralizada por la impresión, observó el puñal clavado en el cuello del soldado del que manaba la sangre a borbotones y su boca se abrió en un intento de descargar los gritos que ya resonaban en su cabeza.

No le dio tiempo. Una gran mano atrapó su boca, acallando el grito

que empezaba a surgir, mientras su cuerpo era levantado del suelo y llevado en volandas lejos de las imágenes de muerte que acababa de presenciar.

Tras unos minutos de puro terror, el individuo que cargaba con ella, al amparo del bosque, la bajó hasta el suelo y Catriona sintió a sus espaldas como algo frío y metálico le rozaba el cuerpo. Aterrada, pensó que ese era el fin y cerró con fuerza los párpados. De pronto, se encontró con que sus manos eran liberadas y la cuerda que las retenía caía a sus pies.

Abrió los ojos.

Frente a ella se hallaba un Alejandro que resollaba por el esfuerzo de hacía unos minutos. Su cabello, oscurecido por la lluvia, le caía alborotado más allá de los hombros en un nudo de rizos enmarañados; su rostro, velado por la sombras del bosque, sin afeitar, presentaba diversas salpicaduras de barro y sudor que le corrían más abajo del cuello, manchándole su blanca camisa; y en su mirada, ahora negra como la noche, se podía atisbar una chispa de temor.

Catriona sólo pudo hacer una cosa. Con un sollozo entrecortado se lanzó a sus brazos que la acogieron febrilmente.

—¡Alex! ¡Oh, Alex! Pensé que nunca volvería a verte – sus pequeñas manos se agarraban a sus hombros en un intento de retenerlo y nunca dejarlo marchar. Jamás se había sentido tan feliz de ver a alguien.

Alejandro apretó contra sí el menudo cuerpo que se había lanzado en sus brazos. El corazón, aún le retumbaba en el pecho por el miedo que había pasado durante toda la jornada mientras cabalgaba, frenéticamente, deseando no llegar tarde, y ante las imágenes que pasaban por su mente de muerte y destrucción. Cuando, desde lejos, divisó los restos humeantes de la fortaleza, elevó una plegaria al cielo y siguió cabalgando, como alma que lleva el diablo, hacia el pueblo de Dornie que descansaba tras un día de horror. Una pequeña fogata había llamado su atención junto al lago y, tras vislumbrar el reflejo de una melena roja, había desmontado del agotado caballo y se había acercado sigilosamente con la única idea de salvar a la mujer que amaba. Cuando vio su carita marcada con profundas ojeras y sus manos atadas a la espalda, tuvo que serenarse respirando hondo varias veces, para no irrumpir en el improvisado campamento espada en mano y gritando como un condenado salvaje para dar muerte a los que allí la retenían. Instantes después y con dos muertes más en su conciencia, la sacaba de ese lugar y se prometía asimismo que nunca se volvería a apartar de su lado.

No había sido hasta el momento en que la vio allí, maniatada, cuando se dio cuenta de que lo que sentía por ella no se podía comparar a nada de lo que hubiera sentido en toda su vida. La necesidad de protegerla, de cuidarla, se hizo patente en su corazón y

dejó de luchar contra sus propios sentimientos tantas veces reprimidos.

Ahora, con ella en sus brazos y su pequeño corazón golpeando en sus costillas, Alejandro se dejó llevar y bajando la cabeza hacia ella, se apoderó de sus labios gimiendo ante la intensa sensación de posesión que lo embargó. Sus bocas, se unieron en un frenesí con sabor a lluvia, lágrimas y tierra mojada que hizo que olvidara su precaria situación. Con su lengua, se adentró en las profundidades de la boca de ella, reclamando para sí los pequeños gimoteos que Catriona emitía mientras le besaba y que hacía que todo su ser se tensara de anhelo al pensar en contemplarla bajo su cuerpo, con ojos oscurecidos por la pasión, mientras ambos alcanzaban juntos la cúspide del amor.

Jamás había anhelado algo de esa manera, tan intensamente que le dolía y le hacía desear que ese momento nunca terminara.

Pero la realidad se impuso.

Apartó su boca de la de ella aunque la retuvo unos instantes más en sus brazos, estrechándola y saboreando esos dulces momentos.

□Tenemos que irnos de aquí –le susurró con la boca apretada en sus cabellos de fuego.

Catriona, aturdida, lo miró con los ojos bien abiertos y un delicioso mohín en sus labios hinchados que le hizo sonreír.

□No tardarán en darse cuenta de que has escap ado y debemos poner tierra de por medio antes de que eso ocurra–le explicó mientras le acariciaba la mejilla.

Ella se mordió el labio inferior y le dirigió una mirad apesadumbrada.

□Alex … tengo que contarte algo –le dijo.

□Ahora no, bella. Tenemos que huir –le instó cogiéndola del brazo. Pero Catriona se resistía a que no la escuchara.

□Por favor, Alex. Se trata de Juan.

Alejandro observó sus ojos en los que las lágrimas volvían a acudir y, lo que vio en ellos, lo sumió en una repentina desesperación.

Un sonido gutural, de rabia apenas contenida, brotó de su garganta y, llevándose las manos al rostro, cayó de rodillas fulminado por el intenso dolor que le provocaba la verdad desvelada en los ojos de su amada.

Ella se arrodilló junto a él, rodeándole con sus brazos, sollozando contra su pecho mientras le narraba la triste muerte del que había sido el único amigo que jamás había tenido. Sus lágrimas, de odio hacia sí mismo por el egoísmo de sus actos, se mezclaron con las de ella, resbalando por sus ropas hasta el suelo. Si sólo hubiera intercedido para que Juanillo los acompañara hacia el sur, podía haber evitado su

muerte.

No te tortures, Alex – Catriona, sintiendo el dolor y los negros pensamientos de Alejandro, mientras le besaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas–. Él me salvó la vida. Si no hubiera estado a mi lado, sería ahora mi muerte la que llorarías. Ha sido un héroe; y jamás olvidaremos lo que ha hecho por mí, por nosotros.

¿Dónde está? – preguntó Alejandro entrecortadamente por el intenso dolor que sentía.

Posiblemente en el mismo lugar en el que falleció. No he visto que hayan sacado los cuerpos de la fortaleza–le contestó Catriona.

Dime exactamente cuál fue el lugar en el que ocurrió.

Catriona lo miró largamente y profundas arrugas de preocupación recorrieron su rostro al darse cuenta de las intenciones de Alejandro.

No querrás volver ahí ¿verdad?

Tengo que hacerlo. Se lo debo –fueron las escuetas palabras de

Alejandro –. Pero primero te alejaré de aquí y te pondré a salvo.

¡No te atrevas a dejarme, Alejandro Andía! –le chilló furiosa Catriona–. ¡Otra vez no!

Escúchame bella, es algo que debo hacer y no podría hacerlo si tengo que estar pendiente de que no te pase nada–Alejandro dulcificó la voz–. Por favor, Cat, deja que lo hagamos a mi manera. En pocos minutos estaré de nuevo a tu lado y no me marcharé más. ¿Me lo prometes? –preguntó Catriona aún dubitativa. Te doy mi palabra de honor –respondió Alejandro.

Catriona se dejó, entonces, conducir lejos del caos de las últimas horas hasta una gran formación de rocas que contenía pequeñas cuevas naturales y donde estaría resguardada de las inclemencias del tiempo hasta que Alejandro volviera.

Con un beso fugaz, le dejó allí bien arropada mientras le susurraba promesas de que pronto estaría a su lado.

Parecía que, de momento, los ingleses no habían advertido la fuga de Catriona con la consabida muerte de dos de sus compatriotas. Alejandro se movió deprisa entre las ruinas de lo que había sido aquella magnífica fortaleza, esquivando los muros deshechos a base de cañonazos. Se permitió encender una pequeña linterna de aceite que había sustraído del patio de una de las casas del pueblo de Dornie para poder ver mejor a su alrededor ya que la oscuridad de la noche y la bruma, le impedían llevar a cabo su cometido.

Lo encontró bajo un muro derruido. El cuerpo de Juanillo se hallaba atrapado por una inmensa cantidad de piedras desprendidas de ese muro. Con una silenciosa plegaria murmurada entre sus labios, fue quitando una a una aquellas inmensas moles que lo retenían. Lo

hizo metódicamente, sin reparar en el sudor que le corría por la frente ni en el dolor de sus agotados músculos. Cuando, por fin, lo liberó, se lo cargó al hombro y abandonó aquel lugar desolado por la mano destructiva del hombre, sin percatarse de que unos ojos lo observaban desde la distancia.

Algunos habitantes del pueblo de Dornie, tras las cortinas de las ventanas de sus casas, miraban hacia la siniestra figura que rondaba por las ruinas de la fortaleza y se persignaban ante la aparición de aquel alma errante que tendrían grabadas en sus retinas de por vida. Al día siguiente, el rumor de que el espíritu de un soldado español se había quedado atrapado entre los muros del castillo, se extendería y acabaría convirtiéndose en una de las muchas leyendas del país. XV

Mecida por la suave brisa del amanecer, Catriona contemplaba el montículo de tierra bajo el cual habían enterrado al joven Juanillo. Ella, con dos ramas de un árbol y un trozo de tela que rasgó de los bajos de su falda, había improvisado una cruz para que coronara la tumba de aquel que le había salvado la vida. Alejandro, taciturno, la dejó hacer mientras en su rostro se podían adivinar las crueles huellas del dolor y el cansancio en forma de minúsculas arrugas que surcaban su frente y la comisura de sus ojos.

Tras unos instantes recogidos en oración, Alejandro le tendió la mano y la acercó a la montura que los esperaba unos metros más allá, para después, tras haber montado, subirla delante de él y acunarla entre sus fuertes brazos.

Se alejaron en silencio para ir en busca de los hermanos de Catriona que seguirían en el sur con el grueso del ejército.

Catriona observó al hombre que con sus pies enterraba la improvisada hoguera que habían hecho unas horas antes para cocinar una liebre que él había cazado. Dolorida, se levantó para hacer frente a otra dura jornada montada a lomos del caballo de Alejandro mientras recorrían la salvaje tierra de aquellos bosques por los que hacía mucho tiempo que ningún ser humano hubiera pasado. Territorio de hadas y duendes, esos lugares ignotos resplandecían con un aura especial de siglos de mantenerse cerrados a su propio mundo de corrientes ancestrales que hacían que sus descuidadas formas latieran como un ente vivo.

Catriona sabía que se habían perdido varias veces en ese lugar y no se lo podía reprochar a Alejandro. Ella, había dormido casi todo el día anterior mientras él trataba de orientarse en una tierra que le era desconocida, sin dormir, sin comer, sin que una queja saliera de sus labios, hasta que cuando ya oscurecía, había buscado acomodo para ambos debajo de un frondoso árbol que los resguardaba de la lluvia pertinaz que no dejaba de caer, la había tapado con una manta robada en Dornie y se recostaba a su lado para dormir una cabezada de la que

tan necesitado estaba.

Él era un hombre muy fuerte; y la entrega de la que hacía gala para sacarlos adelante en medio de tantos problemas, hacía que se derritiera algo en el centro de su ser, derribando la coraza que ella se había autoimpuesto como medio de supervivencia en aquellas agrestes tierras llenas de muerte y dolor.

Lo contempló durante unos largos segundos y la preocupación hizo mella en ella. Parecía muy cansado y sus ropas, mojadas y manchadas de barro, no hacían que su aspecto mejorara. Sus movimientos, naturales y felinos antaño, ahora eran más pausados y rígidos, lo que la hacía prever que si aún no se había puesto enfermo, no tardaría mucho en hacerlo a pesar de su innata fortaleza. Ella sabía que andar con la ropa mojada durante tantos días, a merced de un tiempo que no dejaba de descargar su furia sobre sus cabezas, acabaría resintiendo los huesos tanto de él como de ella y podía llegar a afectar sus pulmones de por vida. De ahí a las fiebres, sólo había un paso.

Decidió entonces que buscarían un sitio resguardado para dormir esa noche en alguna de las granjas que posiblemente encontrarían en su camino hacia el sur.

Catriona se había empeñado en hacer un alto en la primera cabaña que encontraron y Alejandro, viendo su rostro desfallecido, no había podido negarse a pesar de que ya no estarían muy lejos del lugar donde las tropas se encontraban.

Ahora, tras haber llenado el estómago en la mísera pero acogedora cabaña de aquellas gentes que los habían recibido sin una mueca de disgusto, sino todo lo contrario, con amabilidad y cortesía, sentía que había sido una buena idea parar allí a descansar esa noche para reponer fuerzas.

Catriona se desenvolvía muy bien en esas situaciones. No sólo había conseguido una camisa para él y un vestido limpio para ella a cambio de unos cuantos remedios caseros, sino que parecía que se había adueñado del corazón de ambos ancianos en las pocas horas que llevaban allí, contagiando de alegría y diversión sus apagadas vidas solitarias tras una vida entera dedicada al cuidado de sus vacas. Durante la cena, los ojos de los ancianos habían brillado de regocijo ante el maravilloso desparpajo del que hacía gala esa mujer y, él, a pesar de no entender una palabra de lo que allí se hablaba, pues el gaélico era su lengua natural, había sonreído como un tonto ante la mera visión de ella riendo y hablando sin cesar.

Ahora, acostado en un improvisado colchón de heno del establo que la cabaña tenía adosado en un costado, se regocijaba rememorando la preocupación de Catriona cuando la anciana lo había enviado a dormir junto a las vacas mientras a ella le esperaba un desvencijado pero limpio catre junto a las ascuas calientes del hogar.

La anciana, posiblemente, había intuido que ellos no estaban casados y había abortado cualquier intento de que algo ocurriera bajo el techo de su morada y, aunque Catriona no se hubiera percatado de la situación, él había aceptado rápidamente para evitar cualquier tipo de controversia con aquellas personas que, con su hospitalidad, ya habían hecho más que suficiente.

Perdido en una miríada de ensoñaciones fue poco a poco perdiendo conciencia de su alrededor mientras el sueño lo envolvía en sus densas alas.

Un ruido junto a la puerta del establo lo espabiló del sopor en que había caído entre los vapores calientes del heno. Sin emitir sonido, sacó la daga que tenía escondida en la bota y se puso tras la puerta para sorprender antes de que fuera él el sorprendido. Con un tenue crujido, la puerta se abrió poco a poco hacia dentro, revelando una oscura silueta que trataba de entrar furtivamente. Cuando la puerta se cerró tras la figura, Alejandro se abalanzó sobre ella poniéndole la daga en el cuello.

Un grito ahogado hizo que reconociera la voz del intruso. Con un movimiento brusco, apartó el filo cortante de la garganta de la figura mientras la empujaba contra la puerta del establo sin darle tiempo a que escapara.

□¡Por Dios, Catriona, me has dado un susto de muerte! – gritó enfadado Alejandro mientras comprobaba, con la poca luz que la luna emitía filtrándose por los huecos de las tablas de madera que hacían de paredes del establo, que su daga no le hubiera cortado la piel del cuello–. Vas a hacer que el pelo se me vuelva blanco de tanta impresión. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí a estas horas de la noche invadiendo el lugar de descanso de un hombre?

□Yo… yo no podía dormir – balbuceó la muchacha.

Alejandro levantó una ceja furioso tras acabar de inspeccionar que no hubiera sufrido daños.

□¿Y por qué tu no puedas dormir yo tampoco debo hacerlo? – inquirió.

□No … no es eso Alex, es que he tenido una p esadilla horrible y me he asustado, y he pensado… –Catriona parecía no encontrar las palabras para seguir.

□¿Qué? ¿Qué has pensado? – la paciencia se le estaba agotando.

□Nada –rechazó con un gesto de su cabeza.

□¿Nada? –preguntó Alejandro–. ¿Y por nada has salido de un catre caliente, junto a un fuego acogedor, para venir a despertar a un hombre agotado tras dos días sin apenas dormir?

Catriona lo fulminó con la mirada.

□No hace falta que seas tan borde – le siseó entre dientes–, y no te

preocupes que ya me voy para que el señor pueda dormir a pierna suelta lo que le quede de noche.

Dicho lo cual giró indignada y se dispuso a abrir la puerta para abandonar el establo.

Pero Alejandro, cansado ya de tanto juego, la obligó a darse la vuelta cogiéndola por los hombros mientras se acercaba peligrosamente a ella.

—Dímelo, muchacha – le instó Alejandro.

—¿Qué te diga qué? –Catriona se tensó ante su proximidad. —Dime qué es lo que quieres de mí –su voz se había vuelto más
bronca que de costumbre y le erizaba el vello de la nuca.

Catriona abrió los ojos como platos sintiendo que el miedo le retorcía las entrañas, no porque temiera al hombre que la miraba enfadado a escasos centímetros de su cuerpo, sino por la peligrosa situación que ella misma había provocado. No entendía muy bien qué le había hecho ir en busca de Alex tras despertar de una pesadilla en la que lo perdía entre la bruma y ya no podía alcanzarlo, pero, en un primer momento, le había parecido una buena idea para tranquilizarse con la presencia de ese hombre que la hacía sentirse segura. Ahora ya no parecía tan buena idea viendo todo lo que había provocado.

Apartó la vista de su rostro buscando una salida.

—¡Mírame, Catriona! – le ordenó.

Ella así lo hizo, perdiéndose en la intensidad de aquellos ojos marrones.

—¿Qué es lo que quieres de mí? – volvió a preguntarle, esta vez más dulcemente, mientras con el dorso de los dedos le acariciaba la mejilla.

El calor que desprendía el cuerpo de Alejandro estaba haciendo que fuera consciente del lento hervir de la sangre que le corría por las venas y de lo cerca que se encontraban sus labios de los de ella.

—Quiero… –dijo con un sonido ahogado–, quiero que me beses.

Y Alejandro no se hizo de rogar. Sus labios aplastaron los de ella devorando con su ansia toda la cordura que le podía quedar en esa situación. Su lengua pronto estuvo rozando la de ella en una lucha sin cuartel mientras la cogía entre sus brazos para acercarla más a su cuerpo. Cuando ella se quiso dar cuenta, se encontraba tendida entre montones de heno y ese hombre, que la besaba como si nada en la vida importara más que marcarla como suya. Sus manos, tan rudas para algunas cosas, se deslizaban suavemente por el cuerpo de Catriona haciéndola gemir de placer y deseando que sus ropas se fundieran para que no se interpusiera nada entre ambos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, él se apartó un poco de ella para sacarse la camisa por la cabeza de un fuerte tirón mientras con la otra mano, desataba las cintas de su vestido. Catriona

contempló con ojos enfebrecidos los contornos de ese cuerpo esculpido en piedra y, con una audacia que no sabía que poseía, alargó la mano para acariciar el broncíneo pecho que se tendía sobre ella. Él dejó escapar un gemido y sus ojos se oscurecieron de deseo al bajar la cabeza hacia los pechos de Catriona, ahora expuestos a su hambrienta mirada, para comenzar a besarlos y hacerla gritar de placer.

Ella jamás podía haberse imaginado que fuera a sentir alguna vez lo que estaba sintiendo entre los brazos de ese hombre; el corazón le latía desbocado mientras enredaba sus dedos en los cabellos de él para acercarlo más a su cuerpo.

Pronto, todas las ropas desaparecieron y sus pieles, se fundieron en una sola haciendo que ambos estallaran en llamas de puro deseo. Alejandro volvió a besarla en la boca al tiempo que acomodaba su cuerpo entre las piernas de ella.

—¿Estás segura, bella? –le preguntó alzando su mirada para encontrar los ojos de ella. Catriona creyó morir por el amor que sentía por ese hombre que anteponía el bienestar de ella a sus deseos.

Asintió con la cabeza.

Con una fuerte embestida, Alejandro penetró en ella mientras con sus labios ahogaba el sonido de dolor que salió de su boca. Se quedó inmóvil unos instantes para concederle a Catriona un tiempo para acostumbrarse a su invasión. Cuando escuchó cómo los sonidos de dolor se convertían en gemidos de placer, comenzó a moverse dentro de ella suavemente al tiempo que volvía a besar cada centímetro de su cuerpo. Ella, desbordada por la pasión, clavaba las uñas en su espalda haciendo que el ritmo de sus embestidas aumentara y, poco a poco, la fue llevando hasta la cumbre del placer antes de alcanzar su satisfacción. Al escuchar que ella se desmadejaba diciendo su nombre una y otra vez, él se adentró profundamente y se dejó llevar hasta que todo se volvió borroso a su alrededor llegando al clímax con un fuerte rugido salido desde el centro de su ser.

Paulatinamente, volvió a la realidad abrazado aún al cuerpo de ella. Tras darle un largo beso, se tendió junto a ella y la atrajo hacia él acomodándola en el hueco entre su hombro y su pecho. Ella, ronroneo como un gatito y se dejó acariciar el cabello hasta que su respiración se hizo más pausada.

—Te amo, Alex –la oyó decir antes de que ambos se durmieran satisfechos por los momentos que habían compartido.

Alejandro notó que algo iba mal antes de abrir los ojos. Cuando se decidió a hacerlo, vio la punta de una espada a escasos centímetros de su garganta y quien la empuñaba no era otro que el hermano de Catriona, Liam. Alejandro abrió la boca para hablarle a aquel

highlander de mirada enfurecida, pero con un gesto, Liam lo mandó callar y le señaló la puerta. Luego, bajó la espada bruscamente y salió del establo tan silenciosamente como había llegado.

Alejandro miró a la mujer que aún dormía en sus brazos. Tiernamente, la acarició hasta que sus ojos se abrieron revelando una bonita mirada verde tras unas gruesas pestañas que le hicieron pensar en volver a empezar lo que dejaron la noche anterior. Pero no era el momento. —Buenos días, bella.

Catriona se desperezó junto a su cuerpo y susurró, a su vez, un buenos días muy sensual. Alejandro suspiró y le cogió con una mano de la barbilla para que lo mirara directamente a los ojos.

—Escúchame, Cat. ¿Confías en mí? – le preguntó.

—¿Qué?

—¿Que sí confías en mí? –repitió.

—Eh…, sí, claro, Alex –contestó–. Pero, ¿por qué me preguntas eso?

Alejandro volvió a suspirar. La prueba a la que iban a enfrentarse en breves momentos no sería plato de buen gusto para nadie.

—Me gustaría que supieras que, pase lo que pase, lo que compartimos anoche fue lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida.

Ella, asustada por lo serio que Alex se había puesto al decirle esas palabras, se incorporó y escrutó sus ojos como queriendo arrancar la verdad de ellos.

—¿Qué es lo que pasa Alex? Me estás asustando –le dijo. —Vístete, Catriona. Tus hermanos nos esperan fuera –y señaló la puerta de la construcción en la que se hallaban.

Catriona temblaba como una hoja mecida por el viento cuando, cogida de la mano de Alejandro, salieron al exterior del establo. Frenó en seco al ver a sus dos hermanos y a David Cameron subidos en los caballos a poca distancia de ellos y que, dada la expresión de sus rostros, se hallaban de todo menos contentos. Tragó saliva y miró a Angus y a Liam quienes, a su vez, los fulminaban con la mirada en una mezcla de enfado y decepción. Luego, horrorizada por su egoísmo, recordó, tras echarle un vistazo a la expresión de David, a una Vera embarazada de la que no se había acordado desde que abandonó Dornie. Rezó para que se encontrara bien y sus familiares hubieran ido a buscarla para llevarla a casa tal y como estaba previsto. Se anotó mentalmente pedirle disculpas a David cuando el chaparrón que le esperaba con sus hermanos hubiera pasado.

Apretó más fuerte la mano de Alejandro siendo correspondida por una ligera caricia de sus dedos que pretendían tranquilizarla.

Nadie dijo nada. Al rato, Liam, desde lo alto de su caballo, extendió una mano hacia ella y Catriona, ayudada por Alejandro, se vio montada tras el cuerpo de su hermano. Después, un Alex que parecía

impasible ante la situación, subió a lomos del caballo que Angus Cameron tenía cogido por la brida sin dirigirle la mirada.
Se alejaron de aquel lugar sumidos en un denso silencio sólo roto por los sonidos naturales de la vida que moraba en la tierra que hollaban a su paso.

## XVI

Unas horas después, hicieron un alto en un claro del bosque que estaban atravesando. En silencio perpetuo, todos descendieron de los caballos, siendo éstos recogidos por un David Cameron que, con rostro grave, los alejó para hacerlos pastar a un centenar de metros de donde se hallaban.

Alejandro, sabiendo que aquello significaba el preludio de la tormenta que se avecinaba, no movió ni un músculo mientras fijaba su vista en una Catriona pálida que, a escasos metros de él, observaba los rostros de sus hermanos.

Angus y Liam tampoco emitían ningún movimiento. Con los pies bien asentados en la tierra, ambos parecían dos toros enfurecidos a punto de embestir, una estampa que esos gigantescos highlanders recrudecían con sus ceños arrugados y sus bocas apretadas en una fina línea en tensión.

Angus pronunció unas palabras hacia su hermano y Liam se encaminó hacia Catriona. Ella, dándose cuenta de la situación, trató de acercarse más a Alejandro, pero su hermano ya la había alcanzado y tiraba de su brazo en dirección al bosque. Catriona comenzó a chillar golpeando repetidamente la espalda de Liam para que la soltara, pero éste, inmutable, acabó cargándosela en el hombro y, a pesar de que ella se retorcía y pataleaba con todas sus fuerzas, se la llevó en la dirección deseada.

Alejandro trató de acercarse para ayudarla pero Angus, en vista de lo previsible de sus movimientos, le cerró el paso mientras se despojaba una a una de las armas que llevaba, pasándoselas a un David que acababa de volver y que, tras recoger todo el acero, retrocedía unos pasos. Sabía que no había escapatoria así que decidió aceptar su destino. Con lentitud calculada, Alejandro se despojó también de sus armas para igualar las condiciones de su adversario y, cuando la última arma cayó con un ruido sordo al suelo, Angus, con un rugido propio de una animal, se lanzó hacia él agachando la cabeza y golpeándole con sus más de cien kilos de peso, por encima del estómago.

Alejandro, sin tiempo a esquivarlo, sintió como el aire escapaba de sus pulmones mientras sus costillas se resentían por el impacto. Dolorido, rodó por el suelo intentando esquivar a su contrincante pero éste, se le echó encima antes de que pudiera levantarse y, ambos hombres, se enzarzaron en una lluvia de golpes en la que los dos

recibían y daban por igual. Un mazazo de aquel puño de hierro en la boca hizo que los dientes de Alejandro temblaran. Rápidamente, el sabor a sangre le inundó los labios con su sabor acre y metálico y le hizo renegar. Sacando fuerzas de donde no tenía, juntó sus dos manos por encima de la cabeza desde la posición en la que se encontraba, tumbado boca arriba y con aquel montañés encima que no cesaba en su empeño de matarlo, y, tras tomar aire, golpeó como una maza la cabeza de su adversario. Aturdido por unos instantes, Angus bajó la guardia lo que permitió a Alejandro salir de debajo de su cuerpo y ponerse en pie. El otro se recobró en seguida y también se enderezó dispuesto a continuar donde lo había dejado.

□Puedes matarme, Cameron, pero eso no cambiará las cosas – dijo un resollante Alejandro.

□Sí, si consigo verte arrodillado suplicando por tu vida –sentenció Angus.

□Eso no pasará, por más que te empeñes –negó Alejandro sin quitar la vista de encima del hombre que lo fusilaba con los ojos como ascuas del infierno.

□¡Maldito cerdo! ¡Has mancillado a mi hermana! –rugió–. ¿Pretendes que me quede cruzado de brazos mientras abusas de nuestra confianza y robas lo que no te pertenece?

□Yo no he tomado nada que no me haya sido entregado libremente.

□Eres un bastardo, español. Te has aprovechado de su debilidad de mujer, de su inocencia y su buen corazón.

□Te equivocas –le contestó–. Ella ha sido tan consciente de lo que quería como yo y para nada es una mujer débil.

□¿Te das cuenta, por un momento, del daño irreparable que has causado? Debería de matarte ahora mismo por ello y olvidar que alguna vez has existido –con estas palabras, Angus pareció desinflarse. Su mirada, perdió parte de la ira que hasta ese instante había brillado en el fondo de sus ojos–, pero, ahora, sólo quiero que desaparezcas de nuestras vidas para siempre.

□Ni lo pienses –dijo Alejandro decidido–. No me iré sin ella.

Confundido, Angus le miró directamente a los ojos.

□¿Por qué? – le preguntó–. ¿Acaso quieres terminar de echarla a perder?

□Por que la amo –fue la sencilla respuesta de Alejandro.

La imprecación del Cameron retumbó por todo el bosque. Los pájaros que anidaban en sus inmediaciones ajenos a lo que bajo de ellos se desarrollaba, remontaron el vuelo asustados, hasta que el silencio volvió a reinar entre la espesa maleza que los rodeaba.

□¿Cómo podría creerte, español? Mi confianza en ti ha sufrido una dura prueba y no sé si se restablecerá algún día; así que dime, Alex, ¿por qué debería creer en tus palabras?

—Me creas o no, porque es lo que siento.

Las miradas de ambos hombres se encontraron por unos instantes. Alejandro deseaba que aquel highlander pelirrojo le creyera y que nada se interpusiera en la felicidad que había imaginado de una vida junto a su hermana. Le dolería tener que separar a Catriona de sus hermanos pero, si no quedaba más remedio, él tomaría la decisión que fuera necesaria para que esa mujer no se apartara jamás de su lado. Le caían bien los hermanos Cameron y no quería que Catriona sufriera, pero si ellos no lo aceptaban, Alejandro se encargaría de velar por la felicidad de ella sin que nada se interpusiera en su camino.

Angus volvió la cabeza hacia un David Cameron que asistía mudo al enfrentamiento de ambos hombres.

—Vigílalo, Dave – le dijo mientras con grandes zancadas se alejaba de ellos, dejando a Alejandro a merced de un hombre que le apuntaba con una pistola al estómago.

Catriona estaba desesperada. Había chillado, pataleado y maldecido ante un Liam que, impasible, no daba respuesta a ninguno de sus requerimientos; al final, agotada, había caído sollozando al suelo y no se había movido durante aquellos largos minutos de espera.

Unos ruidos de pisadas la sacaron de su aturdimiento. Angus, con el plaid desarreglado y el pelo sucio de tierra y hojarasca, se encaminaba hacia ellos con paso decidido.

Se levantó de un salto para encarar a su hermano mayor.

—¿Qué le has hecho, Angus Cameron? – le gritó señalando con su brazo el lugar donde antes los había dejado.

—Nada que no se mereciera –dijo mientras se sacudía las ropas evitando mirarla.

Catriona, enfurecida, lo fulminó con su mirada.

—¡Contéstame! ¿Qu é ha pasado?

—¿Qué te importa a ti, mujer? Eres la culpable de toda esta situación y da gracias que no te ponga sobre mis rodillas y te dé esos azotes que tanto mereces.

Ella abrió la boca con asombro.

—¡No te atreverás! Ya no soy una niña, Angus.

—Pues lo pareces –le dijo hastiado–. Jamás piensas en las consecuencias que tienen las decisiones que tomas y somos nosotros, Catriona, los que lidiamos con tus errores. ¡Ojalá nuestros padres no me hubieran hecho prometer que te dejaría tomar las decisiones libremente! Ten por seguro que no te escaparías de una buena tunda

de no ser por ellos y por respeto a su memoria.

—¡No metas a padre y madre en esto! –chilló–. Ellos querían lo mejor para mí, para nosotros, Angus, y ¿acaso crees que no valoro el interés que habéis mostrado para cuidarme todos estos años?–las lágrimas se

volvían a agolpar alrededor de sus aún humedecidas pestañas–. Sois mis hermanos, mi sangre, y yo os quiero con todo mi corazón, pero tenéis que dejar que sea yo la que arregle mis propios errores. No podéis estar toda la vida pendientes de mí.

Las lágrimas corrieron libremente por las mejillas de Catriona tras dejar que parte de su alma se abriera ante sus hermanos. Ellos, se habían quedado muy quietos y la contemplaban con infinita ternura. La decepción que anteriormente habían sentido, dejaba paso al cariño que ambos le profesaban.
Liam hizo unas señas a Angus y éste asintió.
—Cat, mírame – le dijo–, no podemos evitar ser protectores contigo pequeña. Siento si he sido un poco brusco pero no decía en serio lo de azotarte.
—Lo sé, Angus –suspiró sin levantar la vista.
Liam volvió a hacerle señas a su hermano.
—En cuanto al español… – Angus no encontraba las palabras adecuadas para preguntarle lo que deseaba saber. Liam, dándole una pequeña palmada en el hombro le instó a que continuara–. Nos preguntábamos… qué es lo que sientes por él.
Dicho lo cual elevó sus ojos al cielo en busca de paciencia para lo que estaba a punto de escuchar.
—Oh, Angus – sollozó Catriona.
—Contéstame, pequeña.
—Lo amo –pronunció esas dos palabras y fueron como una liberación para ella.

—Entonces, Cat –suspiró de mala gana–, ve a buscarlo.
Los dos hermanos la vieron alejarse corriendo entre los árboles y se sonrieron al verla tropezar en su agonía por llegar cuanto antes. Ambos, la querían profundamente y nada de lo que hiciera podía llegar a romper esos sentimientos. La prueba que acababan de pasar era una de las más duras para ellos pues, en esos instantes, su hermana pequeña, volaba hacia los brazos del hombre que, de ahora en adelante, los sustituiría en sus desvelos por ella.
Liam comunicó a su hermano lo que pensaba.
—Ya sé que es un buen hombre, Liam – corroboró Angus–. Diablos, si hasta dejó de lado sus deberes para ir a asegurarse de que estaba sana y salva cuando supo que los ingleses habían atacado Eilean Donan. Sus compatriotas no están nada contentos y amenazan con hacerle un consejo de guerra cuando vuelva. Habrá que apaciguarlos de alguna manera.
Liam asintió y, de nuevo, sus manos realizaron aquella danza hipnótica que le permitía hacerse entender.

—No sé lo que vamos a hacer, ya se nos ocurrirá algo. Pero, primero, esos dos van a tener que hacer algo con su situación.

Liam levantó una ceja en señal de interrogación.

□Ven hermano –le instó a que le acompañara–, vamos a hacer que pronuncien los votos.

Alejandro acogió con los brazos abiertos a la temblorosa mujer que se abalanzó sobre él a pesar del dolor que sintió en sus resentidas costillas por el impacto de su menudo cuerpo. Por el rabillo del ojo, vio cómo el hombre que lo vigilaba bajaba el arma y sonreía ante la escena que estaba presenciando. Catriona, mientras, pasaba sus manos por todo el cuerpo de él hasta ver con satisfacción que no tenía ningún hueso roto.

Tras acabar el exámen de su cuerpo, dirigió la vista hacia su rostro y unas pequeñas arrugas de preocupación surgieron en el rabillo de los ojos. Sin mediar palabra, arrancó un pedazo de tela de la manga de su camisa y limpió la sangre que manaba del labio partido de Alejandro y, después, con sus dedos, acarició la contusión que presentaba en el ojo izquierdo.

Alejandro la dejó hacer, contento de que esa bella mujer se preocupara por él, sensación desconocida hasta entonces en su vida. Esperó pacientemente hasta que ella terminara de mimarlo y luego, hizo lo que estaba deseando hacer todo el día. La besó fervientemente en los labios hasta que sus respiraciones se aceleraron.

Unos carraspeos los hicieron volver a la realidad.

Angus, flanqueado por su hermano y su amigo, los miraba muy serio a pocos metros de ellos mientras estrujaba lo que parecía un trozo de tela de tartán con los colores de los Cameron entre sus fuertes manos. Notó que Catriona se tensaba a su lado y siguió la dirección de sus ojos que no se apartaban de esa tira de tela gastada que su hermano empuñaba. Perplejo, Alejandro recorrió los rostros de todos los presentes y cada uno parecía mostrarle expresiones diferentes. En el de Liam había cariño mientras miraba a una pálida Catriona que se había quedado sin palabras; David, mantenía una sonrisa burlona en las comisuras de sus labios; y en el rostro de Angus, se apreciaba una recia determinación.

□Acabemos con esto –fue Angus el primero en romper el silencio–. Dave, por favor, explícale aquí al español que es lo que le va a pasar.

Alejandro se tensó porque creyó que pensaban castigarlo de alguna manera atándolo con aquel trozo de tela.

□Ven mucha cho –le dijo David mientras lo alejaba del resto del grupo con un brazo por encima de sus hombros. Su actitud parecía amistosa–. Relájate y disfruta los breves momentos que te queden como hombre libre.

□¿Qué vais a hacerme?

David se rió.

□Nada que vaya a dolerte, Alex o, al menos, eso espero –le refirió con gran regocijo–, aunque conociendo a Cat, quizás sí deberías preocuparte. Esa muchacha tiene un carácter de mil demonios y puede llegar a hacer que, dentro de un tiempo, desees una muerte rápida.

□No se de que me estás hablando –preguntó confuso Alejandro–. ¿Qué tiene que ver Catriona con todo esto?

□Och, muchacho, Cat tiene mucho que ver porque vas a casarte con ella aquí y ahora.

Alejandro asimiló las palabras de David, muy lentamente, mientras éste lo observaba con un irónico gesto en los labios que no le pegaba nada al hombre sensato y cabal que él había conocido. Tras procesar la información recibida, pensó que se estaban burlando de él para darle una lección por lo que había ocurrido; de hecho, sonrió Alejandro para sus adentros, no veía a ningún cura en las inmediaciones que pudiera oficiar la ceremonia y, aunque a él no le importaba casarse con aquella mujer pues su deseo era pasar el resto de la vida con ella, no iba a dejar que tres impresentables se rieran a su costa.

□Ah, de acuerdo. ¿Y quién va a hacer de cura? Porque, desde luego, a ninguno de vosotros le pega el papel de sacerdote en esta farsa–se burló Alejandro.

Entonces, David cambió el semblante y se puso serio.

□Esto no es nin guna broma, español. Vas a pronunciar tus votos aunque tenga que poner mi espada en la garganta para que lo hagas –le amenazó–. En este país, los votos de matrimonio, con la unión de las manos del hombre y la mujer, pronunciados ante Dios y algunos testigos, son totalmente legales[15]. ¿O es que quizás no vas a cumplir con honor tus obligaciones para con Catriona?

Alejandro gruñó entre dientes. Ese hombre hablaba totalmente en serio.

□Por supuesto que voy a hacerlo y no hace falta que me amenaces para ello. De buen grado me casaré ahora mismo si esa mujer me acepta –y señaló a Catriona quien, en esos momentos, se hallaba en plena discusión con sus hermanos.

□Era mi deber explicártelo, muchacho –volvió la sonrisa afable a sus labios–. Vamos, pues, no la hagas esperar.

Y le dio una fuerte palmada en la espalda que lo encaminó hacia su destino.

Catriona lo vio acercarse a ella con paso resuelto y corrió junto a él.

□No tienes por qué hacerlo si no quieres, Alex.

□Es mi obligación –sentenció Alejandro. Pero la mirada dolida que recibió de la muchacha le hizo darse cuenta de lo desacertado de sus palabras.

□No me casaré contigo sólo porque te sientas obligado a ello –dijo

con los ojos vidriosos por las lágrimas que estaba a punto de derramar.

Alejandro se pasó la mano por el cabello. Era muy difícil poner palabras en sus pensamientos tras el cúmulo de emociones que estaba viviendo.

—Ven aquí – le ordenó de una manera más brusca de lo que había querido.

—No –fue su respuesta mientras daba un paso atrás alejándose de él.

[15] Handfast: ceremonia utilizada en Escocia para sellar un contrato matrimonial temporal, con una duración de un año y un día, por medio de la unión de las manos de la pareja a las que se les enrollaba un trozo de tela para mantenerlas unidas, que se realizaba delante de testigos y sin necesidad de un sacerdote que oficiara la ceremonia, y que era legal en Escocia. Después de dicho periodo de tiempo, el contrato podía o bien disolverse, o bien hacerse efectivamente legal por los medios tradicionales.

Enfadado consigo mismo, la atrajo hacia sí y le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Lo siento bella, he elegido mal mis palabras cuando es mi corazón al que debería dejar hablar –suspiró–. Te amo muchacha; y me casaría contigo una y mil veces si eso te hace feliz.

Catriona abrió sus preciosos ojos verdes en señal de asombro.

—¿De verdad me amas, Alex?

—Claro que sí, tontina –dijo dándole un beso en la punta de la nariz–. Sólo que no te lo había dicho en voz alta hasta ahora.

Tras lo cual, la empujó hacia donde se hallaban los tres hombres esperando. En pocos minutos, con las manos unidas bajo una tela de tartán haciendo de lazo para ellas, juraron su amor ante Dios y ante los hombres que los rodeaban.

XVII

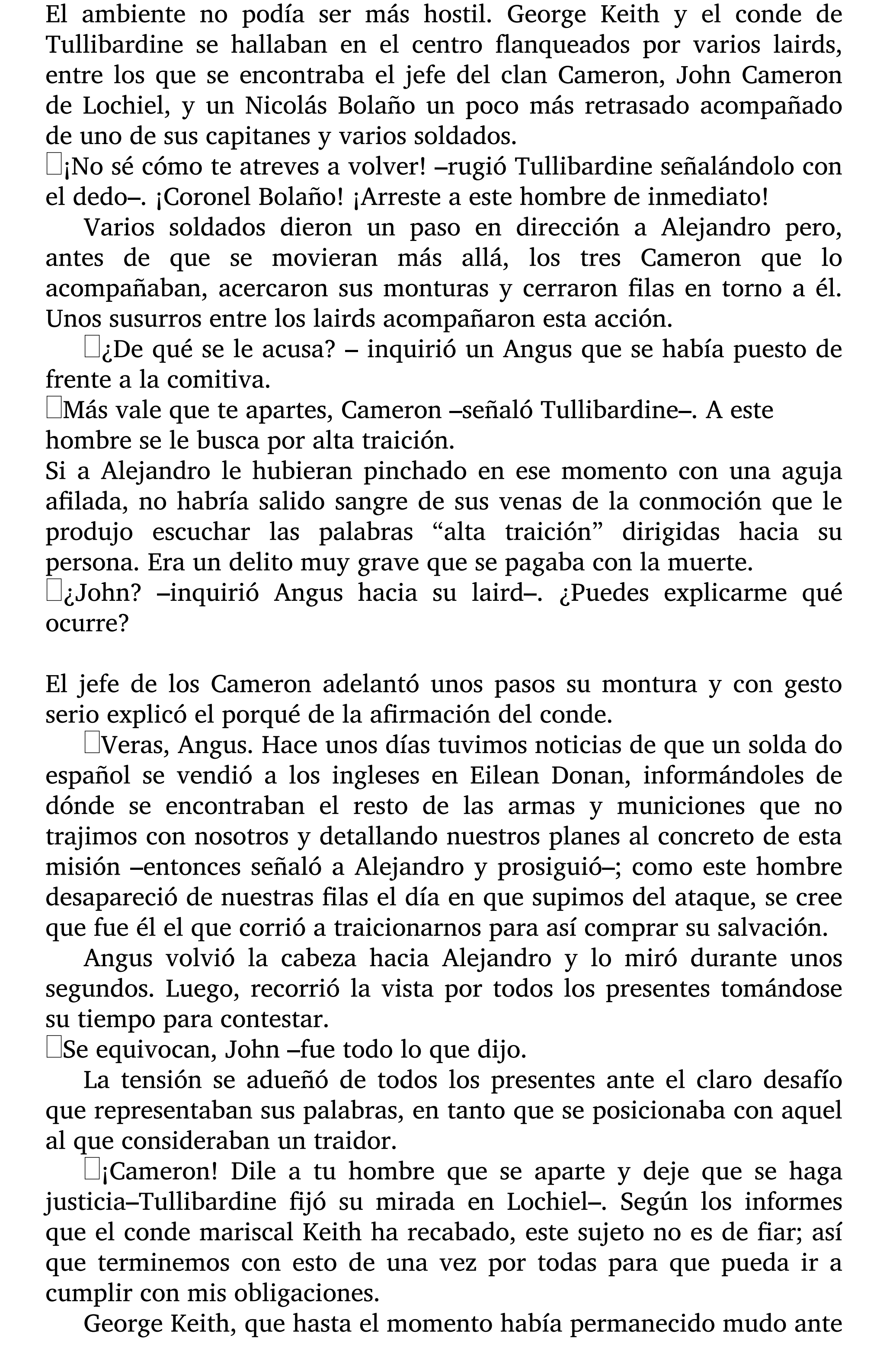
Era ya entrada la tarde cuando avistaron el campamento a poco menos de media milla de donde se encontraban, hormigueando de hombres que se afanaban en dejar todo dispuesto para el día siguiente. En cuanto repararon en su presencia, varios gritos se sucedieron y una pequeña comitiva de jinetes fue a su encuentro levantando una gran nube de polvo a su paso.

—Creo que es hora de que me dejéis sólo – dijo Alejandro al resto de sus compañeros al adivinar el talante de los hombres que venían hacia ellos en su forma salvaje de cabalgar.

—Ni hablar, español –negó Angus–, ahora eres uno más de la familia y nosotros no abandonamos a los nuestros.

Alejandro asintió agradecido mientras la nube de polvo se hacía cada vez más grande.

Unos minutos más tarde, el grupo de jinetes frenaba sus monturas frente a ellos y Alejandro observó uno por uno los rostros que, con miradas enfurecidas, no le quitaban la vista de encima.



El ambiente no podía ser más hostil. George Keith y el conde de Tullibardine se hallaban en el centro flanqueados por varios lairds, entre los que se encontraba el jefe del clan Cameron, John Cameron de Lochiel, y un Nicolás Bolaño un poco más retrasado acompañado de uno de sus capitanes y varios soldados.

□¡No sé cómo te atreves a volver! –rugió Tullibardine señalándolo con el dedo–. ¡Coronel Bolaño! ¡Arreste a este hombre de inmediato!

Varios soldados dieron un paso en dirección a Alejandro pero, antes de que se movieran más allá, los tres Cameron que lo acompañaban, acercaron sus monturas y cerraron filas en torno a él. Unos susurros entre los lairds acompañaron esta acción.

□¿De qué se le acusa? – inquirió un Angus que se había puesto de frente a la comitiva.

□Más vale que te apartes, Cameron –señaló Tullibardine–. A este hombre se le busca por alta traición.

Si a Alejandro le hubieran pinchado en ese momento con una aguja afilada, no habría salido sangre de sus venas de la conmoción que le produjo escuchar las palabras “alta traición” dirigidas hacia su persona. Era un delito muy grave que se pagaba con la muerte.

□¿John? –inquirió Angus hacia su laird–. ¿Puedes explicarme qué ocurre?

El jefe de los Cameron adelantó unos pasos su montura y con gesto serio explicó el porqué de la afirmación del conde.

□Veras, Angus. Hace unos días tuvimos noticias de que un solda do español se vendió a los ingleses en Eilean Donan, informándoles de dónde se encontraban el resto de las armas y municiones que no trajimos con nosotros y detallando nuestros planes al concreto de esta misión –entonces señaló a Alejandro y prosiguió–; como este hombre desapareció de nuestras filas el día en que supimos del ataque, se cree que fue él el que corrió a traicionarnos para así comprar su salvación.

Angus volvió la cabeza hacia Alejandro y lo miró durante unos segundos. Luego, recorrió la vista por todos los presentes tomándose su tiempo para contestar.

□Se equivocan, John –fue todo lo que dijo.

La tensión se adueñó de todos los presentes ante el claro desafío que representaban sus palabras, en tanto que se posicionaba con aquel al que consideraban un traidor.

□¡Cameron! Dile a tu hombre que se aparte y deje que se haga justicia–Tullibardine fijó su mirada en Lochiel–. Según los informes que el conde mariscal Keith ha recabado, este sujeto no es de fiar; así que terminemos con esto de una vez por todas para que pueda ir a cumplir con mis obligaciones.

George Keith, que hasta el momento había permanecido mudo ante

la escena que se desarrollaba ante sus narices, se acercó a John Cameron de Lochiel.
—Dime, Lochiel –le preguntó–, ¿crees que tu hombre miente?
Desde su montura, Angus bufó enfadado.

—Este hombre siempre me ha sido leal, Lord Keith, y jamás pondría en duda su palabra–después, volvió a centrar su mirada en Angus y le dijo–. Yo te creo Angus, pero tendrás que dar una buena explicación por su repentina marcha el día que supimos del ataque de los *sassenachs*.

Todos los presentes miraron a Angus. Éste, a pesar de ser el centro de atención, esbozó una irónica sonrisa bajo su tupida barba rojiza y contestó.
—Alejandro –dijo señalándolo–, fue en busca de su mujer, que da la casualidad que es mi hermana.

Los sujetos allí reunidos se quedaron atónitos ante la respuesta. A la vez, fijaron sus ojos en Alejandro y registraron la melena roja que se sentaba tras él en el caballo y que, anteriormente, les había pasado desapercibida.
Entonces, John Cameron rompió en unas estruendosas carcajadas distendiendo, así, el ambiente.

—¡Por Cristo, Angus! Veo que tus plegarias han sido escuchadas y has encontrado un hombre para la salvaje de tu hermana–rió John y Alejandro notó como Catriona apretaba los puños contra su espalda dispuesta a defenderse de las burlas de que era objeto. Por lo visto, todos los Cameron conocían el carácter de Catriona y los esfuerzos de Angus para hacerla sentar la cabeza. Alejandro la tranquilizó dándole una palmadita en la pierna.

—Que nadie diga que esto no es un buen motivo para tomar unos tragos esta noche–siguió celebrando–. Bueno señores, creo que el asunto queda zanjado –dijo con un movimiento de su mano–. En cuanto a ti, muchacho, tendrás que dar cuentas a tu coronel por abandonar a la tropa sin avisar–en sus ojos chispeaba el regocijo cuando miró a Alejandro–, aunque yo no sería muy severo pues bastante castigo tendrás ya cuando ella utilice su lengua afilada contigo.

Desde la parte de atrás del caballo, Alejandro escuchó un reniego que habría hecho enrojecer al más pintado y, sonriendo, siguió a los hombres que ya marchaban hacia el campamento en busca de esos tragos prometidos.

Sólo el coronel Bolaño se había quedado retrasado esperándolo. Cuando se puso a su altura, éste echó una rápida mirada hacia la pelirroja figura que lo acompañaba y, levantando una ceja, lo interrogó con la mirada.

Alejandro le hizo un gesto con la mano de que tuviera paciencia

pues, primero, quería instalar a su esposa, antes de enfrentarse a la batería de preguntas que le esperaban y al justo castigo que le impondrían por haberlos abandonado.

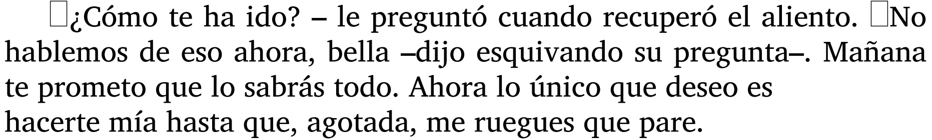
Era ya noche cerrada cuando pudo volver a la tienda donde lo esperaba Catriona acurrucada junto a un fuego del que sólo quedaban unas ascuas brillantes. Pasmado, se quedó admirando la cabellera roja de su esposa que enmarcaba su fino rostro de alabastro, otorgándole un aura de misterio y fascinación que hacía que su cuerpo se tensara de expectación al saber que le pertenecía.

Necesitaba sentir el contacto de esa mujer cerca de su cuerpo tras varias horas de contestar preguntas. Primero, había satisfecho a los comandantes de aquella empresa, narrándoles, con todo lujo de detalles, lo que había presenciado en Eilean Donan; luego, tas abandonar la tienda de los dirigentes, el coronel Bolaño y sus capitanes, le esperaban para saciar su curiosidad sobre los motivos que le habían hecho abandonar sus filas para después, imponerle el castigo que consideraron oportuno. Nada menos que diez latigazos. Y, aunque Alejandro podía darse por satisfecho por la benevolencia del castigo, ya que el coronel se había mostrado indulgente a pesar de la gravedad de su falta, sabía que pasaría unos días postrado y sin poder moverse.

Catriona no tendría que saberlo hasta que ya hubiera ocurrido, así que pensaba pasarse toda lo noche satisfaciendo a su esposa en compensación por los días venideros.
Se acercó al fuego sigilosamente y levantó a la muchacha en volandas.

□¡Ay, Alex! Déjame en el suelo, bruto –rió Catriona. □¡Ni hablar, mujer! No sabes las ganas que tenía de abrazar a mi esposa –dijo, y la besó salvajemente.

Catriona se hizo de rogar al principio, pero luego le devolvió el beso con toda la pasión que albergaba su menudo cuerpo. A Alejandro le volvía loco su entrega y despertaba sus instintos más primitivos, por lo que tuvo que parar para no poseerla allí mismo, junto a la hoguera.
Catriona abrió los ojos aturdida.



□¿Cómo te ha ido? – le preguntó cuando recuperó el aliento. □No hablemos de eso ahora, bella –dijo esquivando su pregunta–. Mañana te prometo que lo sabrás todo. Ahora lo único que deseo es
hacerte mía hasta que, agotada, me ruegues que pare.

Catriona abrió los labios formando una perfecta o de sorpresa.

□Se tiene usted en muy alta estima, señor –le desafió burlona. □Puede ser, mi señora. Pero espero que mañana, cuando despiertes, me des la razón.

Dicho lo cual, la llevó cogida en brazos hacia el interior de la tienda.

Catriona se desperezó lánguidamente entre los pliegues que formaba la manta de un catre deshecho. Antes de abrir los ojos al nuevo día, rememoró, con todo lujo de detalles, la maravillosa noche que había pasado junto a su esposo y se ruborizó. Nada de lo que había oído en su vida se parecía a lo que experimentó entre los brazos de aquel salvaje hombre que la llevó a la cúspide del placer una y otra vez. Le dolía deliciosamente el cuerpo en sitios que ni siquiera sabía que existían y se sentía colmada más allá de toda expectativa.

Estiró un brazo pero sólo encontró vacío en el lado de la cama donde él debiera estar.

Suspiró. Posiblemente había salido para dejarla dormir un rato más.

Tras hacer sus abluciones, salió de la tienda y avivó los rescoldos de la hoguera para preparar algo para llevarse a la boca. Estaba hambrienta y la visión de un cuenco lleno hasta arriba de gachas le pareció el plato más maravilloso del mundo.

Tras un rato de acarrear leña para la hoguera, cocer la avena y sazonarla con algunas hierbas, se sentó dispuesta a terminarse entero el cuenco lleno que la esperaba.

Cuando metía la cuchara en él para dar el primer bocado, la distrajeron los movimientos de unos hombres que se acercaban acarreando un gran bulto.

Catriona dio un grito ahogado y corrió al encuentro de los soldados, derramando por el suelo, todo el contenido de su cuenco.

Esos hombres, traían a un Alejandro medio desmayado con la espalda ensangrentada sujetándolo de brazos y pies.

–¡¿Qué le habéis hecho, bastardos?! –gritó Catriona a los cuatro hombres que portaban a su marido.

Pero ellos, sin inmutarse, la apartaron de un empujón y entraron en la tienda donde depositaron al herido en el catre. Luego, se marcharon sin mirar atrás.

Catriona, sollozando, apartó el pelo que se había adherido al rostro de Alejandro y acarició su frente sin dejar de pronunciar su nombre.

Al momento, sus hermanos entraron. Ella se volvió furibunda, taladrándolos con la mirada.

–¿Qué le ha pasado? – espetó con los brazos en jarras.

–Ha recibido el castigo que ayer se le impuso –contestó un Angus circunspecto–. Ha sido azotado por abandonar su puesto sin dar explicaciones.

–¿Azotado? –y miró la espalda de su marido que estaba cruzada por unas delgadas líneas que sangraban profusamente–¿Por qué no habéis hecho nada para impedirlo?

–No estaba en nuestra mano, Cat. Fue la pena que se le puso para dar

ejemplo a los demás hombres de lo que puede ocurrir si alguno quiere imitar su comportamiento. Además, él lo consideró justo y aceptó.
—Malditos hombres orgullosos –dijo ella entre dientes—¿Por qué no me lo dijisteis? ¿Por qué no me lo dijo él?
Ambos hombres se encogieron de hombros.

—Deja en paz a tus hermanos, Catriona –surgió una voz ronca y débil tras ella–. No sabían nada.

Catriona se volvió hacia un Alejandro que la miraba por el rabillo de un ojo.

—¡Oh, Alex! ¿Qué te han hecho, amor mío?
—Chist, bella, estoy bien. Sólo son unos rasguños que sanarán pronto.
—Pero, tu espalda… –dijo arrodillándose junto a él–. Deberías de habérmelo dicho, podría haberte dado unas hierbas para mitigar el dolor.

—Ha sido todo muy rápido y casi no me he enterado. Además, necesitabas descansar y no quería preocuparte–le dijo tratando de ocultar los gestos de crispación por el dolor de su rostro.

—No vuelvas a hacerme esto, por favor Alex – le rogó Catriona muy seria–. Soy tu mujer y tengo derecho a conocer todo aquello que afecte a mi esposo.

—De acuerdo, Cat. La próxima vez que vayan a azotarme te lo diré.
—¿Esperas ser azotado de nuevo?–inquirió con sarcasmo. —¡Diablos, no! –sonrió Alejandro–, por una vez creo que basta.

Después, asistida por sus hermanos, ella limpió y administró ungüentos a las heridas de su esposo y, a pesar de su tozudez, logró que bebiera una infusión que lo adormecería para mitigarle el dolor por unas horas.

XVIII

Tras varios días sin casi poder moverse, Alejandro se levantó dispuesto esa mañana a desentumecer sus anquilosados músculos con unos lances de espada. La piel de su espalda estaba cicatrizando bastante rápido gracias a los constantes cuidados de su esposa y necesitaba entrar en acción para comprobar el estado de sus fuerzas.

Había salido muy temprano, casi de puntillas, para no despertar a Catriona y que ella lo obligara a seguir guardando cama hasta que considerara oportuno. Su mujer era un cielo, pero intransigente en todo lo relacionado con el cuidado de su salud; en esos temas, ella mandaba y él obedecía, y pobre de él si no acataba todas sus órdenes a rajatabla, porque, entonces, comprobaba el genio de los hermanos Cameron en todo su vigor.

Sonrió para sí, recordando el fulgor de la mirada de su esposa cuando intentaba hacerle tragar alguno de sus brebajes y él se negaba.

Al final, acababa tomándoselos, pero no podía evitar pincharla para que sacara todo su carácter antes de ceder para que ella, contenta por su pequeña victoria, se dedicara a mimarlo hasta la saciedad.

Perdido en los placenteros pensamientos que le inspiraba su pelirroja mujer, no oyó que lo llamaban hasta que alguien le dio unos golpecitos en el brazo.

El coronel Bolaño requería su presencia en la tienda del conde mariscal tan pronto como fuera posible.

A regañadientes, pues veía como sus planes de entrenamiento se esfumaban con el aire, dio la vuelta y se dejó guiar por la intrincada disposición de las tiendas, hacia aquella que ocupaba George Keith en el campamento.

Aún no estaban todas las personas requeridas cuando él llegó, por lo que se contentó con mantenerse en un rincón apartado a la espera de que alguien le informara del asunto por el que había sido llamado tan temprano. Tullibardine, Lord Keith y el conde de Seaforth, jefe del clan MacKenzie, se hallaban absortos contemplando lo que parecían ser unos mapas de la región, apoyados en una mesa que ocupaba gran parte de la estancia.

Al levantar la vista de aquellos papeles, el conde mariscal reparó en su presencia y lo llamó aparte del resto de los congregados. Sus pequeños ojos azules lo evaluaron antes de hablar.

—Señor Andía, querría pedirle disculpas por tener que dar mis informes sobre su persona al conde de Tullibardine, pero entienda que su repentina marcha y las posteriores noticias de una traición, nos hicieran recelar. Era mi deber informar de usted a nuestro comandante.

—Lo entiendo –dijo Alejandro quitándole importancia al hecho con un ademán de su mano–. Y no tiene que disculparse; yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—Se lo agradezco, Alejandro –hizo una pausa–. Por cierto, ¿cómo andan sus heridas?

El conde mariscal conocía el castigo que le habían impuesto.

—Prácticamente están curadas.

—Por lo que veo, su esposa es tan buena curandera como dicen. —Sí, gracias señor.

—Si necesitan cualquier cosa, no tienen más que pedírmelo –se ofreció Keith antes de volver a sus deberes junto a los hombres que formaban la cabeza de ese ejército.

Un rato después, cuando ya todos habían llegado, el conde de Tullibardine procedió a explicarles el grave motivo por el que los había reunido esa mañana. La noche anterior, una partida de highlanders se habían unido a ellos portando noticias que llegaban desde Inverness. El mayor general Joseph Wightman, gobernador

militar de la capital de las Highlands, conocedor de las maniobras del ejército hispano-jacobita por las tierras de Kintail, se había puesto en marcha para cerrarles el paso allí donde los encontrara, con unas fuerzas considerables: más de ochocientos soldados de infantería, la mayoría ingleses, ciento veinte dragones de caballería, doscientos granaderos, cuatro baterías de morteros y, aproximadamente, unos ciento treinta highlanders partidarios de la casa real inglesa.

Aires de una batalla inminente recorrían ya las mentes de todos los presentes. Se desplegó un gran mapa que comprendía desde la zona donde se encontraban hasta el lago Ness, lugar de leyendas sobre un monstruo marino que habitaba en las profundidades de sus aguas.

El conde de Tullibardine habló sobre las cabezas de aquellos hombres reunidos para decidir el futuro de esa empresa tan arriesgada que habían acometido.

—Señores, éste es el punto donde estamos ahora –dijo señalando con

su dedo en el mapa –; desde aquí, es imposible retroceder ni acercarnos a la costa, pues las fragatas inglesas acabarían con nosotros antes de que nos diéramos cuenta. Según veo yo, la única opción posible es costear los lagos Duich y Long, dividiéndonos en dos columnas, hasta el río Shiel –fue siguiendo la línea en el mapa al tiempo que hablaba–. Una vez en el Shiel, el conde mariscal, el conde de Seaforth y yo pensamos en buscar un lugar adecuado para plantar cara al general Wightman en un terreno que nos sea favorable.

—Así es – interrumpió Lord keith–, según los cálculos sobre las tropas inglesas y contando con los hombres que se nos han ido uniendo en los últimos días, los superamos en número. Y eso, señores, unido a que preparemos el encuentro en un lugar con más poder estratégico, haría que nuestras ventajas aumentaran.

—¿Alguna idea de qué lugar sería más favorable? –preguntó John Cameron de Lochiel.

Mientras los hombres hablaban, Alejandro iba traduciendo para el coronel Bolaño todo lo que allí se decía.

—Sí – contestó Tullibardine siguiendo allí donde lo habían interrumpido–. Si observan aquí –señaló una forma irregular en el mapa que denotaba la presencia de una serie de montañas–, veremos las montañas Five Sisters, las cinco hermanas de Kintail, y, un poco más a la derecha, el lugar elegido. Se trata de la cañada de Glenshiel.

—Si tomamos las colinas que existen en ese lugar, podríamos atacar y defendernos desde lo alto, lo cual, desde el punto de vista estratégico, nos convierte en candidatos a la victoria–volvió a interrumpir el conde mariscal.

—La conozco – dijo el conde de Seaforth– y podemos posicionarnos en la zona más angosta, entre el río Shiel y un camino de pastores que

asciende, para nuestros fines.

□¿Y si las cosas, Dios no lo quiera, son desfavorables a nuestra causa?–inquirió Alejandro a requerimiento del coronel Bolaño. Se veía muy optimistas a los escoceses allí presentes, pero Nicolás era un hombre pragmático y gustaba de conocer la salida a todas las posibilidades–. ¿Habría alguna vía de escape?

□Aquí – señaló el conde de Seaforth en el mapa–, en esta colina, existe un paso estrecho, un corredor abrupto que asciende, por el que sería muy fácil escapar. Pero, para ello –confirmó– debemos llegar antes que los ingleses y tomar esas posiciones para nosotros.

Unas horas después, tras debatir los pros y contras del lugar elegido, fue acordado por todos los presentes allí reunidos el esperar a las tropas del general Wightman y plantarles cara en la cañada de Glenshiel.

Alejandro, preocupado por la inminente batalla, fue en busca de sus cuñados para darles la noticia y buscar con ellos una posible solución a la angustia que le embargaba.

Esa noche, Alejandro rodeaba con su brazo a su esposa que yacía tumbada a su lado y que jugueteaba, lánguidamente, con el vello de su pecho tras haber hecho el amor. Sabía que esos momentos pronto iban a terminar y se negaba a dormirse para no desaprovechar cualquier ínfima oportunidad que la vida le diera, antes de enfrentarse a la muerte y el dolor que eran consecuencia del irracional afán de poder de los hombres y que se plasmaba en los sonidos de una batalla. Él bien lo sabía tras haber pasado gran parte de su juventud relacionado con estos menesteres.

Suspiró mentalmente en busca de la forma en que le diría a su esposa que pronto se separarían.
Catriona acarició el colgante dorado que descansaba en su cuello interrumpiendo así sus tribulaciones.

□¿Cuál es la historia? – le preguntó.

□¿De qué?

□De este colgante que nunca te quitas –y levantó los ojos hacia él–;

es raro ver en un hombre esta clase de adornos.

□¿Por qué es raro?

□Pues, porque es una flor; o más bien una rosa, y tan dorada que hace daño en los ojos –le contestó–. Se diría que parece más un colgante de mujer.

Alejandro notó un deje irritado en la voz de su mujer.

□¿Acaso está celosa, señora Andía? – sonrió Alejandro al pensar en la clase de pensamientos que tendría Catriona en ese momento acerca de la procedencia del colgante.

□¿Yo? No, ni por asomo –sacudió la cabeza.

Alejandro se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y bien? – volvió ella a la carga.

—¿Qué? –Alejandro se hizo el despistado.

—¿Vas a contármelo o no? –su voz sonó enfadada–, porque si es que no, dímelo y me daré la vuelta para dormir.

Dicho esto, Catriona intentó darse la vuelta en el desvencijado catre que compartían, pero, él, más rápido, la atrajo con su brazo hasta que ella quedó encima de él y pudo mirarla a los ojos.

—Era de mi madre, muchacha –su tono se había vuelto melancólico–. Es lo único que me queda de ella.

A Catriona se le encogió el corazón. Unos días atrás, mientras él se hallaba convaleciente por las heridas de su espalda, le había contado la triste historia de la muerte de sus padres y sus posteriores años, primero en la dura vida del hospicio que regentaba un monasterio en España, su liberación por un cardenal que, por lo que supo era un vil interesado, y su tiempo como soldado obligado en guerras que mantenía su rey para hacer prevalecer sus derechos en el amplio imperio que controlaba. No imaginaba lo difícil que había tenido que ser la infancia de ese hombre que ahora se hallaba a su lado. Ella, que había tenido una infancia feliz, admiraba la valentía con la que Alejandro administraba su vida a pesar de todas aquellas cosas adversas con las que se había encontrado y que le habían golpeado en una edad tan tierna. Y que le seguían golpeando, pues la desconfianza naciente hacia su mentor, aquel cardenal ávido de poder, lo mantenían sumido en una honda tristeza aunque él no quisiera demostrarlo.

A Catriona le hervía la sangre de furia sólo de pensar que llevara toda una vida siendo objeto de engaños por parte de seres sin moral ni escrúpulos.

—Me lo regaló unos días antes de morir – siguió Alejandro–, y, muy a mi pesar, me hizo aprender una cancioncilla, de unos pocos versos, sobre él.

—¿La recuerdas?

—Mas o menos.

—Podrías cantármela, Alex.

—Ni hablar –le contestó–. Odio cantar; mi voz no es, que digamos, muy afinada.

—Oh, vamos Alex –le instó.

—No.

—Por favor, me gustaría escucharla –dijo poniéndole una carita de pena que hacía que él quisiera complacerla por encima de todo. Luego, levantando la mano con la palma hacia fuera, le dijo–; prometo que no me reiré.

Alejandro claudicó y rebuscó en su memoria aquellos versos perdidos

por el paso de los años.

*Voy a contar una historia: En los albores del siglo una princesa encantada llegó a la capital de España de un rey, enamorada.*

Entre guerras y fantasmas de ambiciones y traiciones, en una tierra sombría pervivieron dos corazones.

Antes de ir a la batalla, rindiéndose a su belleza, él conquistó su corazón, en forma de rosa dorada.

Así dio al amor su ofrenda,
entregó su alma, su recuerdo más preciado, dio la llave que encerraba el corazón de un rey enamorado.

Tras poner fin a los versos, Alejandro abrió los ojos que había mantenido cerrados por los dolorosos recuerdos que evocaban dicha canción. Su esposa, a escasos centímetros de su cara, lo observaba profundamente mientras, con los dedos de su mano, le acariciaba los labios que habían desgranado esas notas.

—Es una canción preciosa, Alex; y no lo haces tan mal – le dijo susurrando–. Me gustaría saber que significa.

Alejandro tradujo las palabras del español al idioma de Catriona para que entendiera su significado.

—El amor de un rey por su esposa – constató evocadora–; es muy romántico.

—Según mi madre, nuestro rey Felipe estuvo profundamente enamorado de su primera esposa, María Luisa Gabriela, y se decía que cuando tenía que abandonar a la reina por razones políticas o bélicas, se convertía en un hombre abúlico y melancólico que sólo parecía renacer en el momento en que se volvían a encontrar.

Alejandro apreció mentalmente la ironía que encerraban sus propias palabras con la situación personal que estaba a punto de vivir. Por muchas vueltas que le había dado al tema, la única solución factible que haría que se sintiera totalmente tranquilo, era llevar a su mujer a un lugar seguro. Tras discutirlo con los hermanos Cameron, la idea de llevar a Catriona a Lochaber y dejarla protegida por su clan, era, sin lugar a dudas, la opción más acertada. Esa misma tarde, se le había concedido el permiso para hacerlo teniendo que jurar, bajo palabra de honor, que volvería para luchar con sus compatriotas tan pronto como hubiera acomodado a su mujer lejos de la batalla que se avecinaba.

Sabía que sería duro dejarla, y que sus pensamientos volarían una y otra vez hacia su amada esposa, pero no se consideraría moralmente un hombre si no hiciera todo lo que estuviera en su mano, para preservar a Catriona de todo peligro.

Y el primer trago amargo era decírselo.

—¿Alex? – reclamó su esposa, antes de que tuviera tiempo a abrir la boca para hablar.

—¿Sí, bella?
—¿Tú me echarías tanto de menos como los reyes de los que me hablas?
—Ya te echo de menos todas las mañanas cuando tengo que abandonar tu lecho para ir a atender mis obligaciones –contestó Alejandro apretando más contra su cuerpo a aquella maravillosa mujer.
Catriona, dejando escapar un suspiro lo miró adoptando un semblante pensativo que hizo que sus labios se apretaran en un dulce mohín.

—Yo nunca te dejaría irte de mi lado – confirmó sacudiendo la cabeza en señal de confirmación.
—¿Y, cómo lo harías mi pequeña seductora?
Una sonrisita maliciosa cruzó el semblante de Catriona.

—Pues…, te ataría a los postes de la cama si fuera menester –dijo retándole con la mirada.

Alejandro estalló en carcajadas por las ocurrencias fantásticas de su esposa.

—Y yo me dejaría atar – le contestó ahogándose en su verde mirada mientras, con un movimiento preciso, le subía las caderas y se enterraba profundamente en ella, relegando, al rincón más lejano de su mente, la noticia de su marcha. Bien podía esperar hasta el día siguiente el traicionar el corazón de su bella esposa.

## XIX

Catriona cabalgaba compungida entre las monturas de los dos hombres que la acompañaban. En menos de una hora, llegarían a su destino, donde sería abandonada, como un bicho molesto, para que ellos pudieran volver a hacer la guerra sin que les estorbara con su presencia. No sabía muy bien como se sentía. A ratos, la ira la embargaba ahogándola con rencor; otros, la tristeza hacía que llorara durante horas seguida por la preocupación de dos pares de ojos que no cesaban de vigilarla; a veces, incluso podía llegar a comprender sus razones; pero, sobre todo, sentía que el destino se empeñaba en poner trabas a lo largo del camino de su existencia.

Dos días atrás, cuando Alex le explicaba las razones por las que era más seguro para ella permanecer en Lochaber, flanqueado por sus dos hermanos, quienes ahora, parecía que se hubieran aliado con su marido para fastidiarla, había gritado, sollozado y blasfemado hasta que, agotada, tuvo que rendirse a lo evidente: nada les haría cambiar de opinión.

Ella quería permanecer junto a ellos pasase lo que pasase. Le hubiera gustado encontrarse cerca por si las cosas no iban bien, Dios no lo quisiera, y, en el lance con los ingleses, resultasen heridos. Pero

se habían mostrado inflexibles. No podían arriesgarse a que, por cualquier maldito error y aunque se encontrara a unos centenares de metros de la batalla, pudiera ser herida o apresada. La guerra, decía Alex, era un caos, una danza salvaje de muerte y destrucción, y nada podría garantizarle que ella se hallaría a salvo si se quedara por los alrededores, distrayéndole, por la preocupación que sentiría y que le impediría centrarse en la lucha lo cual, corroboró muy serio, le pondría en la situación de acabar muerto por no tener la cabeza puesta en la batalla.

La imagen mental de su marido muerto fue lo que, al final, la hizo aceptar que él y Liam la acompañaran hasta su hogar para estar bajo la protección del clan, mientras ellos volvían raudos a unirse a sus compatriotas.

Desde entonces, apenas habían hablado y cruzaban, sin apenas reparar en ello, la salvaje y agreste foresta de los caminos y los valles de singular belleza que los rodeaban.

Lo único que la mantuvo distraída montada sobre un caballo, durante aquellas largas horas, fueron los infructuosos intentos de su marido de aprender el lenguaje de señas con un Liam que, paciente, trataba de hacérselos entender. Varias veces, Alex había vuelto la cabeza para mirarla rogándole ayuda con la mirada, pero ella, a pesar de que admiraba aquel intento de su marido por formar parte de todos los aspectos de su vida, se sentía demasiado enfadada para socorrerlo. Y ello había derivado en situaciones muy graciosas, al confundir Alex unas palabras por otras, que le habían hecho tener que morderse las comisuras de los labios para no estallar en carcajadas y dejar su orgullo a un lado.

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta hasta que estuvo a escasos metros, de que se hallaba en la puerta del que había sido su hogar desde que naciera. Resignada y dolida, desmontó y entró en la cabaña sin mirar atrás.

Unos minutos más tarde, escuchó unos suaves golpes en la puerta.

—¿Cat? –la voz de Alex le llegó desde el exterior de la cabaña.

Ella no contestó. Tras un denso silencio, la puerta se abrió y la figura de su marido entró y se acercó al banco donde ella se hallaba sentada, entre las sombras de una vivienda deshabitada durante largos meses.

—Tu hermano ha ido a avisar a los miembros del clan de que has vuelto –hizo una pausa esperando alguna reacción por su parte que no llegó–. Cuando regrese, nos marcharemos de inmediato.

De nuevo el silencio hizo acto de presencia.

Catriona, sin levantar la vista del suelo de madera, sintió el malestar que acuciaba a su esposo por la forma en que movía los pies en el

suelo produciendo un sonido rasposo.

Tras unos instantes en que lo notó vacilar, Alex se agachó sobre sus talones para ponerse a la misma altura que ella. Con un simple gesto, le apartó unos mechones rojos que velaban su rostro y la miró fijamente.

□No me lo hagas más difícil, bella – le rogó–. Si existiera una forma en la que pudieras estar a mi lado y, al mismo tiempo, fuera de peligro, no dudes en que hubiera hecho todo lo que estuviera en mi mano para cambiar esta situación. Pero no la hay. Y, en el fondo, sabes que esto es lo mejor.

□Me prometiste que nunca me dejarías –sollozó Catriona. □Y no lo hago, mi amor. Esto es sólo por unos días –dijo apoyando su fuerte mano en la de ella.

Catriona la apartó con un gesto más brusco de lo que hubiera deseado.

Unos tenues golpes en la puerta les avisaron de que Liam lo esperaba para emprender el camino de vuelta.

Alejandro suspiró. Acarició la mejilla de Catriona y se levantó hasta quedar de pie frente a ella.

□Adiós, Cat. Volveré para buscarte – le dijo y ella oyó sus pasos alejándose hacia la puerta mientras las lágrimas corrían libres por sus mejillas. Antes de abandonar definitivamente la cabaña, su voz bronca le golpeó allí donde más le dolía–, si me aceptas.

Escuchó los ruidos amortiguados de los hombres mientras preparaban sus aparejos para el viaje que les esperaba y el piafar de los caballos que los aguardaban. Tras unos angustiosos minutos, oyó cómo el golpear de los cascos de los animales iba perdiendo intensidad conforme se alejaban de allí.

Presa de remordimientos, reaccionó, y corrió hacia la puerta para abrazar a su marido una última vez, antes de que sus pasos se perdieran en el último recodo del camino que los había traído hasta allí. Pero cuando salió al exterior, sólo pudo observar cómo giraban para perderse entre la densa foresta de su tierra.

Se quedó inmóvil durante un largo momento mirando la curva por donde habían desaparecido. Luego, volvió a entrar en la casa y quedó sumida en la penumbra de un hogar, al que no consideraría como tal, hasta que su esposo volviera junto a ella.

Habían dado un largo rodeo para evitar posibles patrullas inglesas en la zona. Liam conocía cada palmo del terreno que pisaban y Alejandro, se dejaba llevar por los expertos ojos de su cuñado, demasiado aturdido por la despedida tan fría de su esposa como para tomar él alguna clase de iniciativa. Liam, al notar su sufrimiento el día anterior tras abandonar la región de Lochaber, había intentado tranquilizarlo haciéndole ver, mediante las pocas palabras gestuales

que Alejandro conocía, que Catriona lo esperaría. Pero su estado de ánimo era sombrío, impidiendo, con una negra nube, el paso a cualquier pensamiento esperanzador que pudiera albergar. Su esposa no le había perdonado en los dos días que tardaron en llegar al hogar de los Cameron y, su intento de protegerla, aunque fuera lo más acertado que hubiera hecho nunca, le alejaba de ella por más que quisiera retenerla.

Perdido en estas ensoñaciones, casi chocó contra el caballo de Liam que se había detenido a escasos metros de él. La actitud corporal de su cuñado lo espabiló inmediatamente; Liam, con el puño en alto junto a su cabeza, le ordenaba frenar su montura y mantenerse en silencio. Así lo hizo.

Observó con precaución a su alrededor buscando, entre los árboles y la maleza, algún indicio de emboscada. Con los oídos bien abiertos, trató de identificar los sonidos del bosque para separar aquellos que le parecieran sospechosos de los que eran el orden natural de la vida que fluía en la naturaleza. No oyó nada fuera de lo normal y se preguntó cómo, con aquella tara física que le impedía oír, su cuñado podía estar atento a los peligros que le rodeaban en aquella salvaje patria.

Tras unos tensos segundos, Alejandro acercó su montura a la de Liam para preguntarle el motivo de su interrupción de la marcha, confiando en que todo hubieran sido imaginaciones de sus mentes cansadas por el largo viaje. Al ponerse a su altura, su cuñado lo miró con los ojos desorbitados y, acto seguido, lo empujó del caballo con todas su fuerzas haciendo que Alejandro, diera con sus huesos en tierra. En el momento en que caía, un estampido de una detonación sonó a su derecha y, a la altura del tronco del árbol donde antes había estado su cabeza, saltaron unas esquirlas de madera por el impacto de una bala de mosquete.

Su caballo huyó despavorido por el metálico sonido del impacto mientras él, perplejo aún por lo ocurrido, permanecía paralizado en el mismo lugar que había caído. Por su mente, pasaron mil y un pensamientos unas décimas de segundo antes de reaccionar, entre los que se hallaba el dar las gracias a Liam por salvarle la vida si conseguía salir vivo de ésta.

Se levantó de un salto y se ocultó tras el árbol del impacto; su cuñado, aún a lomos de su montura, escudriñaba la densa foresta con la pistola en la mano parapetado tras un grupo de árboles que había más adelante de donde Alejandro se encontraba. Nuevos disparos de mosquete recibieron sus pesquisas sin hallar ninguno el blanco deseado. Alejandro, por su experiencia en combates donde, para sobrevivir, había que captar hasta el último detalle, contó dos armas distintas que hacían fuego contra ellos y, por la trayectoria, dilucidó que se hallaban muy próximas una de la otra; craso error para tratarse

de una emboscada. Aunque ello no significara que sólo dos hombres los acechaban; alguno más podía estar escondido, vigilante, esperando el momento propicio.

Alejandro sacó su pistola. Al tiempo, su cuñado pareció que captaba algo en unos arbustos a unos treinta metros de su posición pues, su arma, disparó y un grito de dolor surgió de aquella compacta masa de ramas enredadas. Uno menos, pensó Alejandro, y se dispuso a amartillar la pistola para usarla en caso de necesidad cuando estuviera seguro de que no iba a errar el tiro.

De repente, atacaron. Tres hombres, con plaids de vivos colores que Alejandro no pudo identificar, surgieron de entre la maleza, espadas en alto, y profiriendo unos gritos espeluznantes que le herían los oídos.

Apuntó. Liam, a unos metros de él, sacó su claymore y arremetió con fuerza hacia ellos, surgiendo de sus labios unos sonidos entrecortados que bien podían parecer la respuesta a los gritos que daban sus atacantes. Cuando tuvo certeza de que no fallaría, con manos firmes, disparó su pistola y uno de los hombres se desplomó hacia atrás con una herida humeante saliéndole del pecho.

Liam, por su parte, había alcanzado a los otros dos y chocaba su inmensa espada con la de ellos. Alejandro admiró la fluidez de sus movimientos y la fuerza que confería a cada golpe y dio gracias por haberse enfrentado a Angus, y no al menor de los Cameron, aquel día en el campo de entrenamiento. Liam lo hubiera machacado.

Con un golpe preciso, desde el lomo de su caballo, atravesó a uno de los atacantes y luego, echando pie a tierra y tras unos mazazos demoledores, cercenó, de un solo tajo, la cabeza de aquel pobre diablo. Sucio por la pólvora gastada y cubierto de sangre, parecía más un guerrero vikingo de antaño, con la espada en alto en una mano, el targe[16] en la otra y una mirada gris que relampagueaba de ira, que el highlander silencioso que había conocido.

Inmediatamente, nuevos gritos se escucharon tras un montículo de tierra negra cerca de los arbustos. Nuevos individuos surgieron tras él y Alejandro echó mano de su espada para enfrentarse a lo que tuviera que venir. Pero una sombra se interpuso entre él y los hombres que bajaban sedientos de sangre por sus colegas muertos; Liam, había vuelto a montar su corcel y tendiéndole la mano, le instaba a subir a la grupa.

No se hizo de rogar. Cogió su mano y montado tras su cuñado, abandonaron a todo galope el escenario de la emboscada recibiendo, aún, a su estela, algún que otro disparo furtivo de aquellos hombres que, más adelante, supo que pertenecían al clan Munro, enemigos de ellos en la contienda que se avecinaba y que, probablemente, se dirigían a unirse a los ingleses de Wightman cuando toparon con ellos.

Llegaron a la cañada de Glenshiel un día más tarde de lo previsto al tener que parar más a menudo para que la montura descansara por el peso de los dos hombres; el otro caballo, posiblemente, se perdió por el bosque o fue presa de aquellos que los habían atacado. Era nueve de junio, y ya anochecía cuando avistaron al contingente de tropas instalado en un improvisado campamento cerca del río.

Cuando se separó de su cuñado para dar parte de su llegada, observó las barricadas que se habían instalado en la base de la colina para repeler los posibles ataques que pudieran acontecer, formadas por troncos y ramas de árboles serrados, con largas cañas y brezo entrecruzándose entre ellos, barro y sacos de tierra, haciendo, en conjunto, unos muros tupidos por donde difícil sería alcanzarles con el fuego de los mosquetes.

Su coronel lo aguardaba ansioso.

—Te has retrasado –le espetó nada más verlo. [16] Targe: escudo de combate de madera, de forma circular y recubierto de piel claveteada, utilizado tradicionalmente en Escocia.

Alejandro tuvo que referirle el desafortunado encuentro del bosque para tranquilizarlo.

—¿Alguna novedad? – le preguntó Alejandro tras dar las explicaciones y haberse tomado un vaso de vino para calentar su cuerpo que se estremecía por el frío viento de la noche escocesa.

—Se sabe que Wightman no anda lejos. Posiblemente, mañana a mediodía, a mucho tardar, estará a nuestras puertas reclamando la rendición –le respondió Bolaño, quien, aliviado por la vuelta de Alejandro, se congratulaba por haber confiado en él y que, quizás por la inminencia del conflicto que ya tenía fecha y, prácticamente hora, se sentía más dado a charlar por haberse quitado la incertidumbre de encima. Él era un hombre de acción, y tantos meses de ir de acá para allá sin objetivo fijo, le comían la moral y le crispaban los nervios. Ahora, las cartas estaban ya puestas sobre el tapete y la partida a punto de comenzar.

—Entonces, ¿cuál es el plan a seguir?

—Esta mañana se han acordado las posiciones de cada cual en el campo de batalla y, como supondrás –dijo Nicolás hastiado–, han surgido de nuevo las viejas rencillas entre nuestros buenos amigos Keith y Tullibardine. El conde, se ha adjudicado el flanco derecho de la formación, al sur del río, y ha comandado a su hijo, un joven imberbe sin experiencia en la batalla, la gestión de no menos de ciento cincuenta hombres que marcharán a sus órdenes.

—El lord mariscal se habrá subido por las paredes al escuchar la noticia –refirió Alejandro–. Yo lo hubiera hecho. Pienso que es un error comandar un escuadrón a un joven sin experiencia, aunque

siempre podría equivocarme y resultar un dechado de virtudes en el campo de batalla–hizo una pausa–. Y, por nuestro bien, espero equivocarme.

El coronel Bolaño le dio la razón asintiendo con un movimiento pausado de su cabeza.

□Keith ha intentado razonar con el conde, pero, al final, ha aceptado la voluntad de su superior y creo –bajó el tono de voz– que está perdiendo parte de su espíritu de lucha por culpa de todas estas discusiones a las que se ha visto abocado en numerosas ocasiones desde que pisamos esta tierra.

Ahora fue Alejandro el que asintió pensativo.

□¿Y dónde ha sido situado? – preguntó al coronel.

□Lo han relegado al flanco izquierdo de la batalla, en el lado norte del río, con los hombres del conde de Seaforth, los Mackenzie de Kintail, con los Cameron de Lochiel, los MacGregor, los MacKintosh y los hombres del general rebelde Campbell de Ormdale.

□¿Dónde nos deja eso a nosotros?

□Nuestros efectivos, doscientos setenta y cuatro infantes de marina españoles, se medirán en el centro de la formación. Ocuparemos esa colina–dijo señalando la elevación en cuestión, cuajada de verde hierba y brezo por doquier–, y estaremos acompañados por algunos highlanders que se han prestado a ello.

□¿Qué opina de nuestras posibil idades?–dijo Alejandro interesado al respecto.

□A pesar del optimismo de los condes, pues calculan que los ingleses cuentan con unos mil cien efectivos y nosotros superamos los mil seiscientos, el golpe dado a nuestros suministros allá en la fortaleza de Eilean Donan, nos deja con menos municiones y provisiones con las que hubiera sido mejor contar. Pero no me quejo, poseemos los mejores puntos geográficos y estratégicos dentro de esta desolada cañada.

Y ambos hombres, pasearon la vista por la zona que los circundaba, calculando, cada uno por su lado, las mejores opciones de cara a los acontecimientos del futuro más inmediato.

Tras un rato de silenciosas reflexiones, se despidieron quedamente para tratar de dormir unas horas, antes de que los preparativos de la jornada que se avecinaba, comenzaran a desarrollarse.

XX

El día había despuntado con el cielo cubierto de nubes de un gris plomizo que hacía que la atmósfera que se respiraba fuera más opresiva de lo normal. Hacía ya un rato, el silencio que los embargaba se había roto por el lejano eco de los tambores ingleses que, poco a poco, se acercaban al encuentro del enemigo. En respuesta, las chirriantes gaitas escocesas, habían dado la réplica desde la cañada,

desinflando sus cuerpos con notas dignas de proceder del inframundo, electrizando el espíritu de todos los presentes.

Alejandro nunca había escuchado nada igual al sonido de aquellos peculiares instrumentos, propios de las Tierras Altas escocesas, que desgranaban su canto al ritmo que le imponían los hombres orgullosos que los manejaban. Un canto que ponía el vello de punta y martilleaba los corazones con la furia de sus notas.

Cada hombre de aquel grupo heterogéneo, hacía rato que ocupaba sus posiciones junto a sus hermanos de sangre; familias enteras habían venido a luchar por su fe en la restauración del trono para el que consideraban su rey: abuelos, padres e hijos, incluso nietos, unían sus armas en momentos como aquellos, sin miedo a perder sus vidas por lo que consideraban el honor de su raza y, valientemente, aguardaban el momento crucial en que todo se dirimiría favoreciendo a un bando o a otro. El orgullo era su credo y la lucha su plegaria.

Alejandro dirigió su vista hacia el ala en la que se encontraban sus cuñados. Los Cameron, formaban un grupo numeroso dentro de la formación y mantenían una postura desafiante con la mirada perdida allí donde aparecerían los ingleses. No pudo distinguirlos entre aquella pequeña multitud, pero les envió sus mejores deseos con toda la fuerza de su alma. Luego, cerrando los ojos unos segundos, perfiló en la mente el rostro de su amada y rememoró aquellos momentos que atesoraba de ella en el fondo de su corazón, para que le dieran fuerzas para sobrevivir a lo que se avecinaba y volver junto a ella lo más pronto posible. Si estaba en su mano, los brazos de aquella mujer se convertirían en su hogar para siempre.

Después de esos breves momentos de introspección, la práctica militar volvió a él y evaluó, desde su posición, las fuerzas con las que contaban. Sus compatriotas, en perfecta formación, iban bien pertrechados de pólvora y municiones y formaban una definitiva estampa de orden y control. Bajo la bandera blanca con dos anclas doradas en el centro sobre un fondo azul pálido, propia de la infantería de marina, los españoles presentaban unos uniformes de estilo francés, con una chaqueta blanca sin solapas y camisa de lino y polainas del mismo color; el cuello, los puños y el revestimiento estaban confeccionados en un azul parecido al de la bandera; y el chaleco, combinaba ambos colores, dándoles una apariencia de limpieza y pulcritud que contrastaba con los colores vivos de la tela de tartán que vestían los escoceses. Todos portaban mosquete, pistola y la espada colgada al cinto.

Pero, en los flancos, la escasez de armas y municiones se hacía patente en la visión de algunos highlanders que sólo portaban sus tremendas claymores y los targes, los escudos de piel claveteados; nada de pistolas ni, menos aún, mosquetes. Alguno de ellos, ni

siquiera eso: en sus manos, sujetaban unas largas guadañas, propias de aquellas tierras, que utilizarían como armas. Por otro lado, su formación en el campo hacía prever una falta grave de coordinación y organización entre sus filas.
Se lo hizo ver al coronel Bolaño.

Me doy cuenta, Alejandro – dijo tras echar una rápida mirada a ambos lados de su posición–. Ojalá contáramos con algo de artillería pesada para reforzar los flancos.

Y tras el dictamen, ambos hombres, preocupados, dirigieron de nuevo la vista al frente a esperar la llegada del enemigo que, por el retumbante sonido de los tambores, se hallaba ya a poco tiempo de ellos.

El mayor Wightman no se hizo esperar. Antes de mediodía, las tropas inglesas y sus aliados escoceses fueron arribando al lugar elegido para la batalla, desplegándose en una formación coordinada y bien dirigida, hacia los flancos. Alejandro observaba todos los preparativos e iba informando al coronel sin pausa. Reconoció, de luchas anteriores en otros tiempos y lugares, la enseña del Regimiento Clayton, quienes se dividieron entre los dos flancos; también, al Regimiento Montagú que, al igual que el Regimiento Holandés Huffel, se colocó en el ala derecha de la contienda. Entre todos ellos, algunos clanes escoceses que Alejandro no supo identificar a excepción de aquellos que los habían agredido a él y a Liam cuando volvían de dejar a Catriona en Lochaber, a quienes sí reconoció por los colores de su plaid, y que se posicionaron tras el Montagú.

Los dragones ingleses, con sus flamantes uniformes y monturas, se quedaron algo más retrasados, señal de que Wightman no iba a utilizarlos a no ser que fuera inevitablemente necesario y, por último, pero lo que él más temía, las cuatro baterías de morteros instaladas de tal manera que cubrían cada zona de tierra donde hubiera enemigos para la corona inglesa.

Desde el lado contrario, el mayor Wightman hacia lo propio junto a sus asesores. Escrutando el campo de batalla milímetro a milímetro, apreció, al igual como anteriormente había hecho Alejandro, la falta de coordinación en los flancos del ejército enemigo y dio órdenes precisas de que fueran barridos cuanto antes. Los morteros harían su trabajo derribando toda defensa que hubieran podido crear para, después, dejar camino libre a sus regimientos. Los españoles eran otro cantar, pensó el mayor, la fama de entrega que tenían en el campo de batalla y la perfecta formación que presentaban, le decían que serían un hueso más duro de roer. Formaban la cabeza de ese ejército y, por una vez, el mayor supo que en vez de cortar la cabeza, como sería lo más lógico, iba a destrozar los brazos para minar la fuerza y la moral de ésta.

No obstante, tenía que mantenerlos a raya de alguna manera mientras elaboraba su estrategia.

Tras varias horas de repasar con sus oficiales el plan de ataque una y otra vez para que no quedara ni un cabo suelto, mandó preparar a los hombres y, tras tomarse su té, a poco más de las cinco de la tarde, ordenó abrir fuego y comenzaron las hostilidades.

Empezaron los morteros, rugiendo por sus bocas con un sonido ensordecedor, escupiendo fuego por sus fauces y llevando el temor a los corazones de los que allí se hallaban por su semejanza al ruido que harían las puertas del infierno al abrirse para engullirlos. Al tiempo, los tambores marcaban la cadencia de tiro en esa especie de orquesta de destrucción.

Alejandro, firme en su posición junto al coronel, vio cómo paulatinamente, tras los primeros tiros de prueba, la puntería de aquellas máquinas cada vez se aproximaba más a las posiciones de sus aliados quienes, parapetados tras las barricadas, esperaban con paciencia y rezaban para no ser alcanzados. De momento, los cañones ingleses se centraban en los flancos y, ellos, se encontraban relativamente a salvo.

Unos cambios en la cadencia del ritmo de los tambores, le llamó la atención. Por el flanco derecho, comenzaron a marchar en dirección a las fuerzas del hijo de Tullibardine, Lord Murray, cuatro secciones del Regimiento Clayton y aquellos highlanders pertenecientes al clan Munro. La salva de tiros de mosquete no se hizo esperar desde aquella parte, frenando durante unos segundos el avance del enemigo, mientras los más de cien hombres al mando de Murray, cargaban contra los ingleses colina abajo con un grito demencial que le puso los pelos de punta.

Tras esta primera escaramuza, los enemigos parecieron retirarse y nuevos gritos, esta vez de júbilo, llegaron hasta sus oídos a pesar del estruendo de los morteros que, durante toda la escena, no habían dejado de disparar, causando ya alguna que otra baja y, por lo que Alejandro pudo apreciar, tres barricadas incendiadas.

Alejandro apretó los puños. Sin esa protección, los hombres que allí luchaban, serían blanco fácil para los ingleses.

Tras unos momentos en los que el caos se adueñó del ejército en retirada, volvieron a agruparse y se acercaron de nuevo a las posiciones de los highlanders de Murray. Al tiempo, unas detonaciones en el lado norte del río hicieron que Alejandro cambiara de lugar su atención. El Regimiento de Montagú al completo, cargaba hacia los hombres de Seaforth quienes, en una mezcla horrenda de gritos, colores y humo, se abalanzaron hacia sus adversarios para acabar con ellos en una orgía de sangre y pólvora. Tras los primeros tiros de mosquete, los escoceses se desembarazaron de ellos y, sacando

sus espadas, arremetieron contra el bando inglés, golpeando, sajando y rebanando, todo aquello que encontraban a su paso. Los ingleses, presa de una especie de pánico inicial, calaron sus bayonetas e hicieron frente a aquella horda de bárbaros con falda y, la lucha, se volvió más encarnizada si cabía pues, el combate cuerpo a cuerpo, hacía que el suelo por donde pisaban se tiñera de la sangre de los caídos.

Una nueva cadencia en los tambores hizo que a Alejandro se le secara la boca y le sudaran las manos. Ahora era su turno y el de los hombres que le acompañaban.

Los morteros, sin dejar de lado su destrucción de los flancos, se dirigieron entonces hacia ellos y comenzaron a bombardearlos sin tregua para evitar que socorrieran a sus aliados. Bolaño ordenó que cada soldado se mantuviera en su puesto y preparó a la línea de vanguardia para que, rodilla a tierra, dispararan sus mosquetes contra el enemigo.

Mientras, la lucha seguía en ambos flancos creando imágenes grotescas que nunca abandonarían las retinas de los que lograran sobrevivir.

Alejandro se dio cuenta de que algo iba mal cuando centró su atención en el ala que comandaba el jovencísimo Murray. Los ingleses les estaban ganando la partida, forzándolos a retroceder para no perecer bajo sus descargas, y muchos de ellos ya corrían para ponerse a salvo. Con las barricadas prácticamente calcinadas, eran un blanco fácil para los soldados del Regimiento Clayton y el fuego de los morteros, y, pronto, no tuvieron más opción que salir huyendo para escapar de esa fuerza destructora que los superaba.

Nervioso, Alejandro informó a su coronel quien, apenas le prestó atención, ocupado como estaba en dar las órdenes precisas para aguantar el embate de sus adversarios.

La situación se estaba volviendo cada vez más desfavorable para ellos; con el flanco derecho en franca retirada y la defensa del izquierdo resquebrajándose lentamente, sus posibilidades se tornaban cada vez más escasas.

Un revuelo llamó la atención de Alejandro al norte del río. El conde de Seaforth parecía que había sido alcanzado por una bala de mosquete mientras luchaba junto a sus hombres, y los MacGregor, con Rob Roy a la cabeza, lo retiraban del campo de batalla. Ansioso por la suerte de sus cuñados, Alejandro no quitaba la vista de la zona donde la lucha era más patente, sabiendo que ellos se hallarían allí donde sus fuerzas fueran necesarias, buscándolos entre toda aquella algarabía de cuerpos, colores y armas, pero el humo de la pólvora y el polvo que surgía del constante machacar de los pies en la tierra, le impedía distinguir nada más allá del remolino de telas que danzaban al son de

la muerte.
El coronel Bolaño pareció intuir su preocupación y, saltándose cualquier manual de guerra y combate, le instó a que fuera a comprobar aquel flanco y que volviera lo más rápido posible. Alejandro, amartillando su mosquete, se escabulló entre las filas de sus compatriotas y comenzó a correr hacia su destino, encorvado para hacerse más pequeño y ocultar el máximo de su figura a las balas enemigas, y parapetándose tras cualquier elevación natural que le proporcionara el terreno por el que pasaba.
La situación que contemplaron sus ojos hizo que su ánimo se resintiera. Tras marcharse el conde de Seaforth por su herida, la defensa se había desintegrado completamente. Muchos highlanders, al igual que ocurriera en el flanco contrario, corrían colina arriba para salvar sus vidas y, sólo unos pocos, mantenían sus espadas en alto haciendo frente al enemigo. Entre ellos, sus cuñados, quienes luchaban encarnizadamente con todo aquel inglés que se les pusiera por delante. Alejandro corrió para acercarse a ellos, pero, cuando una bala furtiva pasó rozando su oreja, tuvo que lanzarse entre el brezo para asegurar su recorrido de ahí en adelante.
A escasos veinte metros de donde sus cuñados luchaban, Alejandro hizo fuego con toda la munición que tenía sobre los enemigos que seguían ascendiendo en busca de la victoria final, matando a alguno e hiriendo a otros, engrosando así su cuenta particular de muertes en combate que hacía años que cosechaba y que no le reportaban ningún beneficio a su espíritu. Pero así era la vida; así era la guerra.
Cuando se le terminó la pólvora, sacó su espada de la vaina y, dirigiendo por unos segundos sus ojos al cielo, elevó una plegaria para que Dios le favoreciera ese día manteniéndole sano y salvo.
De nuevo, centró su atención en sus cuñados y se dispuso a acercarse hasta su posición.
Corría hacia ellos, cuando sus ojos fueron testigos de la más horrible visión. Liam, que en ese momento mantenía a raya con su claymore a dos soldados ingleses, dando mandobles a derecha e izquierda, no captó la figura de un tercero que se le acercaba por uno de sus flancos. El inglés, aprovechando un giro del cuerpo del highlander que realizaba para imprimir más fuerza a sus golpes, tiró de su bayoneta hacia adelante, clavándola hasta la empuñadura entre las costillas del escocés. Liam, con los ojos desorbitados por el impacto, giró su espada y acabó con la vida de aquel soldado con un certero tajo en el cuello, antes de reparar en la gravedad de su herida. Alejandro, que veía todo aquello con el corazón martilleando en su pecho, aceleró más sus pasos y en unas cuantas zancadas, se plantó delante de su cuñado, con la espada en alto, para protegerlo con su cuerpo. Frenético, con dos certeras estocadas, acabó con los otros dos soldados que pretendían

rematar a Liam, haciendo que la sangre de sus enemigos le salpicara las ropas.
Giró la cabeza.
Con las manos taponando la herida, Liam lo miraba con ojos incrédulos y caía de rodillas al suelo. Como pudo, Alejandro lo levantó y apoyó el peso en sus hombros, arrastrándolo hacia un lugar seguro mientras de sus labios surgían palabras de aliento que no serían escuchadas. Paso a paso, fue alejándolo de la contienda, mientras el sudor le bañaba los ojos enturbiándole la visión por el esfuerzo considerable que estaba realizando. De pronto, el cuerpo de Liam pareció más liviano y, limpiándose la frente con el dorso de su manga, vio a Angus que traspasaba a su cuerpo el peso de su hermano.
Tras una inacabable ascensión, junto a un recodo formado por unas rocas, Angus echó la rodilla a tierra y depositó a su hermano en el suelo, apoyándole la cabeza en su regazo. En ese momento, David Cameron hizo su aparición y, tras hacerse cargo de la situación, arrancó un trozo de tela de su plaid para taponar la herida del hombre que descansaba con el rostro crispado, en los fuertes brazos de su hermano.
Alejandro, viendo que Liam se encontraba en buenas manos, decidió que era hora de marcharse para seguir la lucha junto a sus compatriotas. Arrodillado frente a Liam, hizo amago de levantarse cuando una mano de acero rodeó su brazo. Su cuñado, con un hilillo de sangre que surgía de la comisura de su boca, abrió los ojos y le miró fijamente. Sus pupilas, dilatadas por el sufrimiento, no presentaban a su alrededor ya el color acerado característico de su mirada; ahora, el gris se deslavaba como una prenda de ropa que se pudría al sol. Observó su herida. Un pulmón había sido perforado y el oxígeno se mezclaba con la sangre en su órgano encharcado.
Alejandro puso su mano sobre la de él y notó que el pulso se debilitaba. Liam se moría y, a él, no se le ocurría ninguna palabra para paliar su dolor. Su cuñado, leyendo en sus ojos como si de un libro abierto se tratara, le apretó con sus últimas reservas de fuerza el brazo, esbozó una sonrisa de despedida y le soltó. Luego, le vio girar la cabeza hacia su hermano para acabar su vida perdido en los rasgos de su familia.
Alejandro se alejó cabizbajo mientras el grito desgarrado de Angus, sonaba por todo el valle haciendo que, un pedazo más de su alma, volara con aquel sonido.
Cuando llegó, no había mucho más que hacer. Con los dos flancos destruidos y el fuego de los morteros centrados ahora en ellos, los españoles, viendo que las llamas sembraban el brezo que los circundaba, comenzaron a retirarse tras la orden de Bolaño, eso sí, dada a regañadientes.

Los infantes de marina españoles, fueron ascendiendo por la cima de la colina siguiendo el estrecho pasaje, poco más que un abrupto agujero cortado por el hielo de las montañas, y al que darían nombre con su paso, mientras abandonaban los residuos del ataque que habían sufrido en alrededor de tres horas.
Alejandro mantenía el paso totalmente desmoralizado, a la vez que una honda tristeza se apretaba en sus entrañas impidiéndole respirar con normalidad. Maldijo a los hados, aquellos que destruían o favorecían según su capricho y que, en ese devenir de acontecimientos, no eran sino los hombres quienes elegían el camino a seguir para encontrar su fortuna o su fin más allá de un Dios ausente a lo que ocurría en el plano mortal.
Deseó, con todas sus fuerzas, ser niño otra vez, en aquella época feliz en que nada conocía de lo miserable que podía llegar a ser la existencia en su paso por la tierra, y permanecer en esa inconsciencia por unos momentos para recuperar esa inocencia perdida. Acurrucarse en los brazos de su madre mientras ésta le entonaba viejas canciones de su patria o, cogido de su mano, pasear con su padre admirando cada nueva maravilla de la ciencia que le mostraba.
En un mundo perfecto, ellos seguirían a su lado y, con su aliento, barrerían de un plumazo el malestar que le embargaba, y podría visitarlos con su esposa, a la que querrían igual que él, y, posiblemente, dentro de unos años, ver a sus nietos correteando y arrancándoles sonrisas de puro regocijo.
El dolor le embargó y tuvo que detenerse a recuperar la cordura; no podía hundirse ahora en la desesperación y en la autocompasión. Tenía que luchar, si ya no por sí mismo, sí por la nueva familia que había encontrado en aquellas tierras y que ahora, tras el golpe duro de una muerte, necesitaban que estuviera entero. Determinado, miró al frente y, apretando los dientes en una mueca de rabia, siguió el paso de sus compatriotas.
Caía ya la noche cuando, exhaustos, llegaron al lugar donde ya descansaban los restos del ejército de highlanders. Los uniformes de los españoles, antaño de un blanco inmaculado, denotaban su ascensión por el brusco camino en forma de manchas de barro, polvo, sudor y sangre, presentando así una imagen de desolación entre el frío y la llovizna que volvía a empapar aquella tierra salvaje de leyendas celtas.
Con la espalda envarada y semblante serio, dando a su porte una imagen gallarda, el coronel lo esperaba escudriñando la noche con actitud fiera. En cuanto llegó a su lado, le instó a que lo siguiera y se dirigieron al lugar donde se hallaba el conde de Tullibardine departiendo con alguno de los hombres bajo su mando. A George Keith, el conde mariscal, no se le veía por ningún lado.

Tullibardine, al verlos llegar, despachó con un ademán al resto de la comitiva y se centró en ellos.

—Dile que me ofrezco para cargar colina abajo contra el enemigo – le refirió Bolaño.

Alejandro, asombrado, se quedó mudo y alzó las cejas formando una interrogación.

—Pero, Nicolás no debemos …

—¡Hazlo! –le gritó exhibiendo su garra de líder natural.

Alejandro podía entender que la rabia por lo acontecido calentara el corazón del coronel pero, valorando la aplastante derrota de sus flancos y el potente despliegue de fuerza del enemigo, consideraba que era un suicidio plantear dicha opción. Aún así, informó al conde de las intenciones de su compatriota.

Tullibardine, tan asombrado como él, negó con la cabeza tal posibilidad.

—Mi querido coronel, agradezco su ofrecimiento y valoro su coraje, pero, en estos momentos me veo en la obligación de rechazar su oferta. Con nuestros flancos derrotados y los hombres desmoralizados por la falta de suministros y municiones, el riesgo de una nueva carga sólo haría que pusieran en peligro sus vidas –argumentó–. Sin embargo, le planteo otra opción que espero que usted tenga a bien considerar: retrocedamos adentrándonos en las Tierras Altas y esperemos a ver cómo se desarrollan las negociaciones que mantuvimos con las gentes del sur. Quizás, si contáramos con su apoyo en un futuro, podríamos volver a hacer frente al enemigo.

Bolaño se quedó pensativo unos minutos mientras valoraba la posibilidad de una marcha por suelo escocés con todas sus tropas.

—Lo siento, conde – le dijo–, no puedo arriesgar a mis hombres en una aventura de esas características forzando una marcha por un territorio que nos es hostil debido a sus agrestes parajes y a su climatología.

—Lo entiendo, coronel, y sepa que valo ro en mucho su entrega en este asunto. Pero, le ruego encarecidamente que no haga una locura y negocie una rendición honrosa para ustedes con los ingleses.

—¿Y ustedes?

—Ser considerados rebeldes nos convierte en carne de horca –le refirió–. Nuestra única opción es escapar y ocultarnos como hemos hecho siempre. Ya llegarán tiempos mejores y volveremos a levantarnos en armas por nuestro rey; como el ave Fénix, el buen escocés siempre renace de sus cenizas dispuesto a todo para preservar su forma de vida y sus costumbres.

Tras un rato de buenos deseos y despedidas por ambas partes, Alejandro abandonó la compañía para buscar un buen fuego donde

calentarse y recibir algo de comer.

## XXI

Arrebujado bajo una manta junto al fuego, Alejandro miraba las llamas en espera de un nuevo día. Aunque cansado, no había podido pegar ojo tras el cúmulo de sentimientos que lo embargaba, y dejaba la mente en blanco en un intento de paliar el hondo agujero que se abría en su alma.

De pronto, una figura envuelta en sombras se dejó caer pesadamente a su lado. Angus lo había encontrado. Se giró hacia él y en su rostro, crispado y surcado de finas arrugas, pudo ver su estado de ánimo.

—Lo siento –fue lo único que pudo decir.

Angus, con la mirada perdida, se lo agradeció con una leve inclinación de cabeza.

Pasaron minutos envueltos en un lúgubre silencio contemplando los troncos lamidos por las llamas. Por fin, Angus habló.

—Debo regresar a casa–le dijo–, Liam…, mi hermano aguarda para reposar sus huesos en la tierra que lo vio nacer.

Alejandro notaba el dolor en cada palabra que pronunciaba.

—Ven con nosotros, Alex. Catriona te espera – hizo una pausa–. Le aguarda una dura prueba que superar y sería mejor que contara con tu apoyo.

—Lo sé, Angus, y te lo agradezco – pensar en la honda tristeza que embargaría a su esposa al enterarse de la muerte de su hermano hacía que su corazón se encogiera. Por un momento, dejó de lado su sentido del honor y del deber, y estuvo presto a aceptar la oferta. En esos momentos, no había nada en el mundo que deseara más que abrazar a Catriona y olvidar todo lo relacionado con su vida anterior. Suspiró. Y con ese suspiro la realidad volvió de golpe para enfrentarlo a su sino–. Pero no puedo.

—¿Por qué, español? –dijo un Angus dolido–. Ahora somos tu familia.

Alejandro asintió y puso en orden sus pensamientos.

—No puedo abandonarlos –e hizo un ademán que abarcaba al resto de españoles que dormitaban alrededor de la hoguera–. ¿Lo harías tú? ¿Abandonarías a los tuyos cuando la situación se volviera contraria para ir a refugiarte en los brazos de una mujer? Si lo hiciera, jamás me perdonaría a mí mismo, me llamaría cobarde cada día de mi existencia

y no descansaría en paz. Así que dime, Angus, ¿podrías tú hacerlo?

—Sabes que no –confirmó–, es sólo que tenía que preguntártelo. Era mi deber como hermano de Catriona. Y ninguno de nosotros te hubiera considerado un cobarde si hubieras accedido.

—Pero yo sí –contestó Alejandro.

—Lo sé, Alex, y te respeto por tu decisión –le sonrió–. Eres igual de orgulloso que un escocés, ¿seguro que la sangre de Escocia no corre por tus venas?
Alejandro rió y negó con la cabeza.

—A ser cabezotas no nos gana nadie – le respondió jocoso–, es nuestra característica más común. Los españoles tenemos fuego en las entrañas y la cabeza más dura que una piedra y es por eso, por lo que jamás nos han doblegado.
Tras este breve lapsus donde, por unos instantes, habían olvidado sus penas, sus rostros volvieron a ponerse serios.

—Ve, Angus; ve y entierra a tu hermano. Prometo que me reuniré con vosotros en cuanto me sea posible.
—De acuerdo, español –dijo solemne–. Ve con Dios y cuídate. Si no lo haces, mi hermana me arrancará la piel a tiras por no haberte arrastrado conmigo a Lochaber.
—Dile que pronto estaré con ella–le pidió.
—¿Algo más?
—Dile que la amo.
Y tras darse un fuerte apretón de manos, Angus se perdió en la oscuridad para recorrer el camino de vuelta a casa.

Al despuntar el día, se hicieron patentes los vacíos dejados por los hombres que, durante la noche, habían abandonado el improvisado campamento para volver a sus hogares, con sus familias. Sus jefes, ya habían marchado para evitar el cadalso y ellos, sin ningún aliciente ni garantía, debían ocultarse antes de que el enemigo les capturara.

Se quedaban solos.
Pero Bolaño no se daba por vencido y había reunido a sus oficiales para pensar en un plan de ataque contra los ingleses. Alejandro, preocupado, le instaba a que reconsiderara su decisión tratando de mostrarle la lógica de negociar una rendición que les permitiera volver a España sanos y salvos. Poco más de doscientos hombres no iban a poder mantener a raya durante mucho tiempo a un ejército enemigo ayudado por mortíferos morteros.
La salvación vino en forma de casaca roja.
Un oficial de los ingleses, con bandera de tregua, venía a hacerlos desistir de su intención de atacar ofreciéndoles, tal y como mandaban las Leyes de la Guerra, conocidas pero no escritas, unas condiciones en las que se les aseguraba un trato digno y correcto.
Tras los minutos de negociación, un tira y afloja sin nada loable que mencionar, el coronel Nicolás Bolaño ordenó deponer las armas y rendirse a lo inevitable. Su misión, sólo había sido la de distraer a los ingleses en el norte mientras el grueso de las fuerzas arribaban capitaneadas por el duque de Ormonde; tras la consabida mala suerte de la flota, ya no tenía sentido tirarse de cabeza contra una muerte

segura. Alejandro así lo veía y dio gracias a Dios cuando, al final, Bolaño, siendo el hombre cabal que él sabía que era, aceptó la situación.

Fueron conducidos a la capital de las Tierras Altas, Inverness, y encerrados provisionalmente en las celdas de la cárcel de la ciudad, hasta que la orden de ser conducidos a Edimburgo para, desde ahí, negociar su repatriación a España, llegara a manos de los vencedores.

Otra nueva prueba que superar aguardaba a Alejandro tras las rejas de la cárcel. Su espíritu libre, comenzaba entonces a resentirse por la obligada estancia entre cuatro paredes y, a pesar de que eran bien tratados, a los pocos días de su confinamiento, ya comenzaba a sentir los síntomas de claustrofobia que lo embargaba en esos lugares haciendo que su humor, cambiara radicalmente. Lo peor, las noches. Alejandro se despertaba con el corazón latiéndole muy rápido y una sensación de ahogo que lo sumía en un hondo terror. En silencio, se dejaba llevar por sus miedos y las imágenes mentales que creaba no ayudaban en nada a su estado de ansiedad. La pesadilla de la muerte de sus padres le golpeaba una y otra vez en sueños y, por las mañanas, su mutismo comenzó a preocupar a un Nicolás Bolaño que hacía de compañero de celda.

Una noche, viendo el estado de agitación en el que se encontraba Alejandro, Nicolás se decidió a hablarle.

—Por tu bien, debes superar esto.

Un silencio mudo acompañó a sus palabras.

—Pronto marcharemos a Edimburgo y allí me han asegurado que gozaremos de más comodidades hasta que acaben las negociaciones con España.

Pero sus palabras de aliento no encontraron hueco en el profundo vacío en que se había convertido su compañero. Así que, Nicolás, en un intento de rellenar ese vacío, hizo lo que nunca había hecho: cada día y cada noche, relataba sus aventuras y desventuras en el periplo que era la vida y mantenía a Alejandro entretenido con su incansable cháchara de hombre experimentado en todos los lances de la naturaleza; desde su más tierna infancia, pasando por el primer amor, la primera borrachera, las malas y buenas decisiones que había tomado, su llegada al ejército, sus años sirviendo a la patria, hasta desvelar emociones y sentimientos que guardaba bien encerrados bajo siete llaves. Todo, para hacer que ese hombre olvidara sus temores y se sirviera de él para superarlos.

Al principio, Alejandro no había reaccionado pero, conforme los días se sucedían, una leve esperanza se abrió entre la oscuridad al verlo sonreír cuando lo que narraba lo requería o atisbar en sus ojos la pena o el enfado cuando se trataba de un hecho triste o de una

injusticia acaecida.

Así, poco a poco, las horas pasaban y el encierro se hacía más llevadero, hasta que llegó el día en que Alejandro, relegando su mutismo a un lado, también comenzó a narrarle sus propias experiencias y, ambos, acabaron desgranando y analizando cada aspecto de su existencia al son de una nueva amistad que florecía tras un largo invierno.

En la región de Lochaber, Catriona también padecía el dolor de la pérdida; no ya por su libertad, sino por la muerte de su hermano y las noticias que habían llegado situando a su marido preso en Inverness. Sumida en sus pensamientos al amor del fuego que calentaba la cabaña, las lágrimas de nuevo volvían a agolparse tras sus párpados al recordar las imágenes del día de la vuelta de sus dos hermanos.

Aquella mañana, se había sentido ansiosa. Los hombres volvían proclamando su derrota pero ninguno le traía noticias sobre la suerte que habían corrido las personas que ella quería. De tanto en tanto, dejaba sus quehaceres diarios y salía fuera de la cabaña a vigilar el recodo por el que debieran aparecer, rezando por su pronta vuelta al hogar. Imaginaba el rostro de su marido cuando ella se echara en sus brazos y le pidiera perdón por la despedida tan fría que le dispensó días atrás y de cómo él, contento, la cogería en sus brazos y la mimaría hasta la saciedad.

Muy despacio, las horas fueron pasando y el frío del ambiente, la obligó a entrar dentro de casa y sentarse a esperar.

Unos ruidos de cascos que se acercaban la sacaron del trance en el que había caído. Rauda, salió al exterior y contempló con alegría al primer jinete de la comitiva. Angus, nada más verla, saltó del caballo y corrió hacia ella, fundiéndose ambos en un abrazo fraternal.

—¡Oh, Angus! Me alegro tanto de que hayáis vuelto –dijo mientras le acariciaba la poblada barba.

Entonces reparó en los rasgos desencajados que mostraba su hermano. Miles de pequeñas arrugas rodeaban sus ojos; su tez, presentaba un color pálido amarillento y, su boca, se mantenía en un rictus apretado haciendo que sus labios se volvieran blancos. No dijo ni una palabra. Sólo la miró. Y Catriona, se estremeció como si un viento helado hubiera traspasado el umbral de su carne para congelarle los huesos.

—¿Angus? –le interrogó mirándole a los ojos.

—Lo siento, Cat –las palabras surgieron como un susurro sombrío.

Y Catriona entendió. Ríos de lágrimas se desbordaron de entre sus pestañas y un dolor, más fuerte del que jamás hubiera sentido, hizo que sus rodillas se doblaran y, si su hermano no hubiera estado para sujetarla, se habría desplomado desmayada en el suelo.

Su voz, trabada en el fondo de su garganta, se negaba a salir para desgarrar con un grito la pena que iba formándose como una gran bola de tela negra en su interior, ahogándola e impidiéndole cualquier forma de expresión.

Tras respirar varias veces seguidas, una palabra salió como un susurro.

—¿Quién?

Su hermano, con ojos doloridos, se apartó un poco de su campo de visión, mostrando un bulto tapado con un plaid que descansaba atravesado en su silla de montar.

—Liam –respondió.

Y Catriona, explotando por fin, gritó con todas sus fuerzas mientras su hermano la abrazaba y lloraba con ella.

Lo enterraron esa misma tarde. Catriona, una vez recuperada del shock inicial, se recompuso para mostrar una imagen digna en la última despedida a su hermano querido, aquel al que había confiado desde niña todas sus tribulaciones y sus secretos, y que le había servido de puente para la unión familiar.

Después, con el canto de las gaitas que sonaron en el funeral aún clavado en su cabeza, escuchó, de boca de su hermano, la suerte de su esposo y, por un momento, maldijo ese sentido del honor que, aunque había sido una de las cosas que la enamoraron de él, ahora se convertía en su principal enemigo pues le negaba la posibilidad de que Alex estuviera a su lado en aquellos instantes.

Ahora, mientras cosía acompañada de un Angus taciturno que se calmaba bebiendo vaso tras vaso de *uisge beatha*, esperaba ansiosa las noticias que traería David Cameron desde Inverness.

La noticia de que en los próximos días serían trasladados a Edimburgo, les había planteado un largo debate en el que canalizar las horas muertas que pasaban encerrados tras aquellas paredes. La posibilidad de una cercana vuelta a España creaba interrogantes sobre los próximos movimientos de Alejandro en torno al asunto pendiente con su mentor. Nicolás, al que ya con plena confianza le narraba sus desvelos, le había aconsejado prudencia en cuanto pisara las ruidosas calles de Madrid pues, sus cuitas con el cardenal Alberoni, tendrían que revestirse de tiento y paciencia para no desatar la furia de uno de los hombres más poderosos en la villa en esos momentos. Alejandro, sin embargo, pensaba llegar hasta el fondo de aquel asunto costara lo que costara y no iba a dejarse intimidar pues, en justicia, merecía una explicación del que había considerado como su único amigo en su corta vida.

Pero Nicolás había insistido, haciéndole ver que, con un poco de paciencia por su parte, y los hilos de los que él iba a tirar para averiguar la verdad, harían que tuviera una visión más clara del

conjunto antes de aventurarse a enfrentarse a Alberoni y destapar su juego.

□Necesitas de todas las armas de las que dispongas – le decía Nicolás–, y, si esperas a que yo recabe aquella información que necesitas, podríamos ponerle en un serio apuro. Hay que ir con tiento al meter la mano en el cubil de una víbora para robarle los huevos, pues, si prevé tu movimiento, atacará.

Y aunque Alejandro agradecía el interés del coronel por ayudarlo, mentalmente, ya tenía pensados los pasos a seguir una vez pisara su patria.

En esos pensamientos estaba cuando se abrió la puerta de la celda e hizo su aparición el carcelero con un invitado inesperado.

□El sacerdote que habíais pedido –les dijo–. Tenéis cinco minutos.

Alejandro y Nicolás se miraron perplejos. Ninguno de ellos había solicitado la presencia de un sacerdote en sus dependencias.

□Si has venido a que confesemos nuestros pecados necesitará s más de cinco minutos–dijo Alejandro observando a la figura que se mantenía en las sombras de la celda con el rostro prácticamente tapado por un amplio sombrero.

□Dios me libre de conocer tus pecados, español. Con los míos tengo más que suficiente.

Tras lo que, con un movimiento teatral, se desembarazó de su sombrero mostrando una gran sonrisa en el rostro.

□¡David Cameron! – gritó Alejandro mientras se levantaba de un salto del catre en el que se hallaba recostado.

□No grites muchacho –dijo bajando la voz–. Mi cabeza pende de un hilo en estos momentos.

Alejandro asintió ante la velada alusión a la horca que esperaba a todos los rebeldes que se habían enfrentado al ejército inglés. La verdad es que no lograba salir del estupor y de la alegría que le había producido ver a alguien relacionado con su esposa, y admiraba el valor que demostraba colándose en territorio enemigo disfrazado de religioso.

Se preguntó qué le habría llevado a hacer tamaña locura.

□¿De dónde has sacado ese disfraz?

□No es ningún disfraz, español –le refirió–. Me debían un favor en un monasterio cercano y me lo han dejado prestado. Uno para mí–y sacando un fardo atado de debajo de su hábito, se lo tendió–, y otro para tí.

□¿Qué quieres que haga con esto?

Póntelo bajo tus ropas pasado mañana. Sabemos que es el día que os trasladan a Edimburgo y será muy fácil arreglarlo para que vuelvas a casa con tu mujer–le explicó.

Pero Alejandro parecía que no acababa de entender a lo que se refería.

¿Cómo está ella? – preguntó.

Ahora no tenemos tiempo para hablar de eso –le urgió Cameron.

Dímelo –Alejandro necesitaba saber que Catriona se encontraba bien para calmar su atribulado corazón.

Ella está bien. Triste, como comprenderás dadas las circunstancias, pero con el mismo genio que antaño. De hecho, me ha prometido la más cruel forma de tortura si no te decía que te ama y que desea con toda su alma que vuelvas a su lado –dijo David azorado por tener que transmitir las palabras de amor de una mujer.

Alejandro sonrió. Su bella esposa le había perdonado el que la dejara en Lochaber al amparo de su clan y reclamaba su vuelta. Después, la sonrisa se le hizo amarga en la boca al recordar que se había prometido a sí mismo acabar de una vez por todas con el problema que acuciaba su descanso y para ello, pensó apesadumbrado, tendría que decepcionar a su mujer una vez más. Luego, se prometió, nada volvería a hacer que se alejara de sus brazos.

Gracias, Dave.

¿Podemos seguir con el plan? –preguntó preocupado mientras miraba la puerta de la celda. El tiempo se acababa y faltaba pulir los detalles de la fuga de Alex.

¿Qué plan?

El de tu fuga, maldita sea. Llevo rato queriendo explicarte que Angus y algunos hombres haremos que ese día, en un descuido de la guardia que, por supuesto, nosotros prepararemos para que ocurra, escapes de tu confinamiento y vuelvas a casa.

¿Cómo? – preguntó interesado Alejandro.

Cuando estén descuidados, te desembarazarás de tus ropas y, al llevar el hábito debajo, te tomarán por un sacerdote papista que acompaña a los presos. En cuanto dobles alguna esquina, te escabulles entre el gentío que acudirá a veros desfilar hacia Edimburgo y te reunirás con nosotros en el punto que luego te diré. Nadie reparará en tu fuga hasta que no se haga el recuento horas más tarde–le narró entusiasmado.

No quiero que os arriesguéis por mí –fue su única respuesta al plan del Cameron.

Pero….

Alejandro no lo dejó continuar.

Tu sola presencia aquí ya os pone en serio peligro – negó con la cabeza mientras se pasaba una mano por el rostro en busca de las

palabras más acertadas para que su interlocutor no se sintiera dolido–. Dios sabe que os lo agradezco con toda mi alma. Ahora sois mi familia y tendréis mi lealtad hasta el día en que dé mi último suspiro en este mundo. Pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento.

□¿Por qué, Alex? – su entusiasmo se había difuminado dando paso a la más absoluta sorpresa.

□Tengo que volver a España. Existe una deuda pendiente que necesito saldar sin demora.

David Cameron, mudo, lo contemplaba con los ojos muy abiertos.

□Nada me gustaría más que aceptar y volver a estrechar entre mis brazos a mi esposa. Sería tan fácil… –por unos instantes, imaginó su vida en Lochaber y el corazón se le encogió. Luego, disipó esos pensamientos con un ademán brusco–. Pero no puedo.

□¿Estás seguro ?

Alejandro no se sentía seguro en esos momentos de nada, aún así, su férrea determinación se impuso a todo lo demás.

□Sí, Dave.

□De acuerdo, Alex –le dijo compungido–. Acepto tu decisión.

□Gracias. Sólo hazme un favor ¿vale?

David aceptó asintiendo.

□Dile a Catriona que no se preocupe y que volveré a su lado en cuanto solucione el problema. Sé que le hice una promesa y, tarde más o menos, siempre cumplo lo prometido.

□¿Es todo?

□No. Dile –Alejandro hizo una pausa– que la amo más que a mi vida y que la llevo en mi corazón.

Y como si desde fuera hubieran intuido la firme despedida, la puerta de la celda se abrió y David Cameron abandonó el lugar tras calarse de nuevo el amplio sombrero que ocultaba sus facciones.

Un lúgubre silencio se condensó en la reducida celda tras la marcha del highlander. Nicolás quien, desde el rincón del cuarto había asistido mudo a la conversación entre ambos hombres y que, a pesar de no entender muy bien el idioma había captado el significado gracias a los largos meses que llevaba conviviendo con los habitantes de aquellas tierras, miró a un Alejandro pensativo que apoyaba la frente contra las frías paredes del habitáculo.

□¿Por qué no has aceptado, Alejandro? – le preguntó haciendo que su compañero de celda saliera de su ensimismamiento y se volviera hacia él–. En sólo un par de días podrías haber sido libre para vivir tu vida como te placiera.

□Sabes bien por qué – le contestó.

□¡Oh, por Cristo, Alex! Has tenido la oportunidad en tus manos y has dejado que volara por una cuestión de orgullo personal –le reprendió–.

Tus padres querrían que fueras feliz y no que rebuscaras en cosas del pasado que, a lo mejor, no querrías o no deberías saber.

–Pensaba que me entendías –le reprochó Alejandro.

–Claro que te entiendo –le dijo preocupado–, pero quizás deberías plantearte la posibilidad de que nunca descubras lo que realmente pasó. Alejandro no contestó empecinado en sus razonamientos.

–Y entonces, ¿qué harás? ¿Negarte la posibilidad de ser feliz y hundirte cada vez más en un pozo de rencor?–Nicolás, entonces, suavizó su tono–. Sabes que te aprecio, Alex, y me preocupa tu suerte en todo este asunto. Te aconsejo que recapacites y no hagas cosas de las que luego te puedas arrepentir. Como amigo tuyo, sentiría sinceramente que tu vida acabara siendo más cárcel para ti que aquella en la que nos encontramos.

Y, mientras Nicolás y Alejandro volvían a abismarse en el mismo silencio lóbrego de antes, David Cameron galopaba con furia hacia Lochaber para darle las nuevas a un Angus Cameron que, tras escucharlas boquiabierto, maldecía a Alejandro y juraba entre dientes que si alguna vez se lo encontraba cara a cara, las explicaciones que le diera debían de ser lo suficientemente convincentes para que no lo moliera a palos por tener que ser siempre él, como pájaro de mal agüero, el portador de las malas noticias que entristecían a su hermana. XXII

*Madrid. España. Octubre de 1719.*

El cardenal Giulio Alberoni contemplaba tras las modestas cortinillas de su carruaje el trasiego de las gentes que poblaban la villa que tanto había apreciado a amar, aunque, en esos momentos, sintiera un nudo apretándose alrededor de su querido cuello. Le dijo al cochero que diera vueltas sin rumbo fijo pues necesitaba pensar sobre los últimos acontecimientos sin nada que le entorpeciera su discurrir y nada más relajante que observar aquella muchedumbre que se afanaba en sus quehaceres diarios ajenos a las intrigas en las que él, habitualmente, se movía.

Su situación era, cuanto menos, precaria. Los acontecimientos de los últimos meses le habían hecho perder el favor del rey y, aunque siempre le quedaba la reina, pues ella le debía el ocupar el trono de España, su preocupación en esos instantes estaba orientada a conseguir los mayores beneficios posibles para su país, Parma, que le estaban prometiendo a cambio de desentenderse paulatinamente de su amistad con él.

El desastre de la flota capitaneada por el duque de Ormonde, la derrota de los infantes de marina en Escocia y las negociaciones para su vuelta al país, acabaron minando definitivamente la fe que Felipe le tenía y, en los últimos tiempos, hasta el mismo populacho cantaba coplillas en su contra. Aparte, desde Inglaterra se habían recibido

presiones que tenían que ver con su participación en los acuerdos para hacer regresar a las tropas. Un ministro de Jorge I llegó incluso a asegurar que ambos países tendrían la paz si él abandonaba el país para no volver jamás.

Demasiadas presiones para que alguna no acabara afectando a lo que con tanto esfuerzo se había labrado en tierras españolas.

Por más vueltas que le daba buscando una solución para no caer en desgracia definitivamente, sólo una se consideraría su tabla de salvación. Si lograba, de una vez por todas, el dichoso documento que tantos años llevaba buscando, sus problemas se solucionarían. Quizás perdiera definitivamente el favor de la corona, pero lo que conseguiría a cambio sería más que suficiente para que no le preocupara ni eso ni ninguna otra cosa durante el resto de su vida.

Por ello, necesitaba fervientemente que Alejandro cooperara.

Gracias a su red de informadores, tuvo constancia del fin de las negociaciones y la inminente llegada a España del barco que transportaba a los hombres desde Escocia. En pocos días, Alejandro pisaría suelo español y, con él, la esperanza de conseguir lo que tanto ambicionaba.

Desde que conoció las últimas palabras de Ignacio Andía, su ansiedad había tomado visos de convertirse, algunas veces, en ataques de nervios agudos. Tampoco había ayudado la desaparición de aquel bastardo mercenario de melena leonina quien, tras tantos años trabajando para él, consideró jugar a un doble juego y, después de la última reunión en sus aposentos, fue en busca de sus enemigos para venderles la misma información. Según llegó a sus oídos, aquel maldito, había atado cabos de sus conversaciones con él sobre el tema Andía, y, en un ataque de codicia, destapó la caja de Pandora permitiendo que los hombres que, supuestamente, aparecían en aquel documento, conocieran la posible implicación de Alejandro en el asunto. Ahora, tras mantener a la bestia dormida muchos años, veía como despertaba para urdir de nuevo la destrucción del portador de la lista que les llevaría a la ruina.

Alejandro, en cuanto pisara España, sería un hombre marcado por la muerte. Y él tenía que evitarlo, por lo menos hasta que su deseo se viera satisfecho; luego, la suerte de su pupilo, sería ya cuestión del propio interesado. Pero mientras, tenía que encontrar una fórmula para que permaneciera con vida. Desde luego, su casa no era lugar seguro, ni tampoco cualquier posada, tugurio o almacén, ya que, al igual que él estaba informado de los movimientos de sus enemigos, ellos lo estaban de los de él. La red de espías e informadores con la que contaban, no era nada despreciable.

Necesitaría un lugar inexpugnable al que no les fuera fácil acceder para cumplir sus propósitos y, al mismo tiempo, poder tener

controlado a Alejandro.
Una hora más tarde aún seguía recorriendo el polvoriento suelo de Madrid cuando, tras salir de una de las calles con innumerables posadas y tabernas, el carruaje se detuvo bruscamente. Molesto de que alguien interrumpiera el hilo de sus pensamientos, instó al cochero a que continuara. Éste, tras haber tenido que frenar en seco para no atropellar a los guardias que cerraban el paso de la calle, le dijo a su amo que iba a averiguar qué pasaba y raudo volvió con noticias: un hombre había sido asesinado a puñaladas por la espalda a plena luz del día y los guardias trataban de averiguar, interrogando a los testigos, la identidad del agresor o el lugar por donde había escapado.
Unos minutos más tarde, cuando por fin lograron continuar la marcha, Alberoni cavilaba sobre lo inseguras que eran las calles de la villa y el descontrol del sistema penitenciario y, en esos instantes, encontró la respuesta al dilema que llevaba todo el día tratando de resolver. Con un brillo fugaz que chispeó en el fondo de sus ojos, supo que la suerte de Alejandro estaba echada y dependería, en mayor o menor grado, de su completa colaboración.
Antes de dejar atrás la calle en la que se habían detenido, observó, entreabriendo la cortinilla que lo resguardaba de las miradas indiscretas del exterior, el motivo de su espera. Un hombre con ropajes oscuros yacía boca abajo en el suelo y de su espalda, refulgiendo por la luz del sol, sobresalía una daga de gran tamaño.
Cuando el cardenal cerró la cortinilla y se arrellanó en su asiento, una sombra de regocijo poco cristiano cruzó su semblante. Aquel hombre asesinado presentaba una melena leonina que se enmarañaba por la sangre coagulada que la había salpicado y, a su costado, colgando de su cinto, una espada con el pomo dorado era testigo mudo de la muerte de su amo y señor.
Su suerte parecía que cambiaba, pensó, y dio órdenes al cochero para regresar a casa.

Desde la cubierta del barco se apreciaba ya la costa española. Un sol plomizo, a pesar de la época del año en que se encontraban, teñía de color oro la fina línea que separaba la tierra del mar.

Alejandro no cabía en sí de gozo al contemplar su tierra, contando los minutos que faltaban para que pudiera recorrer, como un hombre libre, sus caminos y lugares para así estirar las piernas tras tantos meses de confinamiento.

Desde que los trasladaron de Inverness a Edimburgo, muchos meses habían pasado. Las negociaciones con España habían sido lentas y desquiciantes, por lo que se habían visto recluidos en la prisión de la capital de Escocia más tiempo del deseado, matando las horas a base de juegos de cartas, recuerdos del pasado y, cuando se lo permitían, cortos paseos por un patio interior de la cárcel que desprendía un olor

nauseabundo a efluvios humanos y humedad.

Cuando por fin los embarcaron con dirección a España, Alejandro se había puesto loco de contento y, desde el primer día de travesía, se pasaba el tiempo en cubierta, aún cuando la lluvia azotaba con todas sus fuerzas, respirando el aroma del mar, llenando sus pulmones a grandes bocanadas y dejando que el viento envolviera su cuerpo para purificarlo de los largos meses sin apenas notar su aliento. Alejandro respiraba libertad.

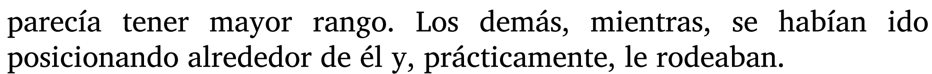
Aún así, cuando el barco comenzó a alejarse de las abruptas costas escocesas, una punzada de nostalgia le pinchó en el corazón al recordar, de pronto, todo lo que dejaba allí. Hasta que las líneas de aquel país se desdibujaron en la lejanía y se ocultaron tras el horizonte, él estuvo observando su contorno y repitiéndose asimismo la promesa de volver lo más pronto posible. No se despidió con un "adiós", de sus ojos no fluyeron lágrimas amargas pero, el fondo de su alma, se llenó de las brumas de la nostalgia y, por un momento, por sus sesos pasó la descabellada idea de lanzarse al agua y nadar hasta sus costas para buscar todo aquello que le había hecho feliz en aquel lugar. Repuesto ya de esa fugaz impresión, mandó un abrazo con el pensamiento a su esposa para que no olvidara que él siempre cumplía sus promesas y deseó que, a pesar de la distancia, le llegara hasta Lochaber.

Desembarcaron rozando ya el mediodía. Una vez con los pies bien asentados en el puerto español, se estabilizó tras la larga travesía en barco y, con un apretón de manos se despidió de Nicolás, aquel amigo inesperado que encontró en tierras extranjeras y que, con su valentía, raza y pundonor, se acabó convirtiendo en una persona muy importante para él. Lo vio alejarse esquivando a la multitud que trasegaba en el puerto, en busca de la familia que venía a buscarle para llevarle a casa, con paso firme y marcial, de un hombre avezado en el campo de batalla, hasta que fue engullido por la marea de gentes que atestaban aquel lugar. Luego, respirando hondo unas cuantas veces para calmar los nervios que sentía al estar de nuevo en su país, se giró para emprender la marcha hacia la meta que se había marcado en sus meses de cautiverio. Tenía un asunto que arreglar con cierto cardenal.

No había dado ni cinco pasos, cuando se topó de frente con una patrulla de guardias que debían de rondar por el puerto para asegurar la zona de bandidos y pillastres. Se hizo a un lado para darles paso sin apenas fijarse en sus gestos y actitud.
Una voz le hizo detenerse.

—¿Alejandro Andía?

Levantó la cabeza y se encontró con la mirada del guardia que


parecía tener mayor rango. Los demás, mientras, se habían ido posicionando alrededor de él y, prácticamente, le rodeaban.

Sí – contestó, recelando instantáneamente por su extraño acercamiento.

Debe acompañarnos –le dijo con tono autoritario y ojos vigilantes, mientras su mano derecha descansaba sobre la pistola que llevaba colgada al cinto–. Queda usted detenido en nombre de la Corona.

Unas zafias manos le agarraron por detrás sujetándole los brazos para evitar su fuga a la vez que otros dos guardias, sacando las espadas, se apostaban a los laterales de su cuerpo y le instaban a caminar. Alejandro, aún sin asimilar lo que le estaba ocurriendo, dejó que le maniataran las manos a la espalda sin oponer resistencia y, perplejo y resignado a un mismo tiempo, se dejó arrastrar hasta un carromato techado y con rejas que, una vez que él se encontró en su interior como único ocupante, avanzó durante largo tiempo.

Siendo ya noche cerrada, un Alejandro que seguía sumido en el más absoluto estupor, fue bajado a empellones del carro y, sin darle unos instantes para que pudiera comprobar dónde se hallaba, lo sumergieron en un hondo agujero que apestaba a excrementos humanos, con largos y lúgubres pasillos sólo iluminados por las débiles llamas de las teas que cada ciertos pasos se apoyaban en la pared y, tras doblar algunas esquinas, fue lanzado a un oscuro habitáculo y encerrado allí.

Poco faltó para que la cordura abandonara la mente de Alejandro. Agotado, humillado y dolorido por las horas pasadas dentro del carro, sólo pudo enroscarse en posición fetal en el viejo catre lleno de chinches de su nueva celda y llorar hasta que el sueño lo alcanzó sumiéndolo en una vorágine de imágenes y pesadillas propias de las más abyectas mentes que, en más de una ocasión durante esa triste noche, lo hicieron gritar hasta desgañitarse.

XXIII

Perdida la noción del tiempo y del lugar en el que se hallaba, Alejandro se mantenía en la misma posición desde que lo habían traído a ese infecto lugar, donde la luz del sol nunca alcanzaba y cuyos únicos compañeros eran las ratas que se oían corretear por el frío suelo y los lamentos de aquellos que, a pesar de no verlos, compartían su mismo destino.

Nada había comido desde su llegada. La escudilla abollada con sopa aguada y el mendrugo de pan agusanado que le traían, volvía intacto a las manos de sus carceleros quienes, rezongando, le insultaban por despreciar tan ilustre manjar. Pero él no cruzaba palabra con ellos; ignorando su presencia y fijando la vista en el mismo punto de la pared, día tras día, dejaba volar su mente tal y como le había aconsejado Nicolás en una ocasión cuando estaban

presos en Edimburgo, hacia las cosas maravillosas que le habían ocurrido en la vida, relegando así, a un lugar profundo de su cabeza, la situación de encierro en la que se encontraba de nuevo. La mente es libre, Alejandro–le había dicho el coronel y, desde entonces, cuando la ansiedad del encierro le encogía la garganta, cerraba los ojos, relajaba los músculos y dejaba que su imaginación corriera libre por los recuerdos más agradables que poseía. Ni que decir tiene que el rostro de su esposa se presentaba en numerosas ocasiones donde, tras una de sus miradas verdes moteadas de oro, le hablaba hasta dejarlo sumido en la más exquisita duermevela y a su alrededor, todo se difuminaba permaneciendo sólo la imagen de ella se aparecía tan nítida y real que le hacía creer que, si alargaba la mano, podría acariciarla.

Y el tiempo pasaba sin que ningún estímulo externo llegara a sus sentidos: no sabía si en el exterior podía ser de día o de noche, si llevaba horas o meses en su encierro; ni siquiera conocía el motivo por el que había acabado dando con sus huesos en ese lugar infecto. Sólo respiraba, se concentraba e imaginaba; solamente su mente vivía, relegando así al cuerpo material, a un simple envoltorio donde yacer en sus delirios.

Pero, la primera vez que fue golpeado, creyó que moriría en aquel agujero.

Unos días antes, tras abrirse la puerta de su celda, fue levantado del catre y arrastrado por dos hombres hacia el interior de otra habitación. Allí, tras una desvencijada mesa de madera, se hallaba sentado un hombre, que presentaba un tamaño más bien diminuto, con un fino bigote castaño que, sujetando una pluma, trazaba laboriosamente en un pliego las preguntas y respuestas que allí se fueron diciendo.

—¿Es su nombre Alejandro Andía Brighton?

Alejandro asintió con la cabeza pues la voz se había quedado olvidada en el fondo de su garganta. Pero aquel hombrecillo no se conformaba con un asentimiento.

—¡Contésteme! – le instó furibundo.

—Sí –se extrañó Alejandro del sonido cavernoso de su propia voz. —¿Hijo de Ignacio Andía y Elizabeth Brighton?–prosiguió. —Sí –volvió a contestar.

Una vez satisfecho al corroborar la identidad del preso, el hombrecillo pasó a enumerarle los cargos que se le imputaban y Alejandro conocía así, estupefacto, las razones de su encierro.

—Señor Andía, se le acusa de traición a sus majestades los Reyes de España en el desempeño de las funciones que le llevaron a Escocia la primavera pasada–le refirió mientras rebuscaba entre el fajo de papeles que llevaba–. Es decir, se le acusa de haber mantenido conversaciones y correos con el enemigo a espaldas de sus superiores

y, como consecuencia de ello, sobrevino la derrota que les infligieron los ingleses el día diez de junio del año de nuestro Señor 1719 en un lugar llamado Glenshiel.
Hizo una pausa para, después, fijar sus ojos inquisitivos en él.

—¿Reconoce los hechos que se le imputan?

Alejandro cerró la boca de golpe tras la sorpresa de aquellos cargos.
—No – dijo.
—¿Tiene algo que decir en su defensa?
—Soy inocente –contestó escuetamente mientras aquel individuo tomaba frenéticamente notas en los pliegos.

—¿Algo más que añadir?

Alejandro negó de nuevo.
—Bien, en ese caso, ya hemos terminado – dijo echando una mirada a los dos hombres que, durante todo el proceso, se habían mantenido a su lado vigilándolo.
Éstos, como movidos por un resorte, lo cogieron de nuevo de los brazos y lo llevaron a la celda, dejándolo sumido en la densa oscuridad que poblaba sus pensamientos.
Luego vinieron los golpes.
La puerta se abrió con el típico chirrido de goznes oxidados y dos corpulentas figuras se acercaron a donde él se encontraba tumbado y, sin ningún miramiento, lo levantaron hasta apoyar su espalda en la pared del fondo. Lo hicieron levantar los brazos por encima de la cabeza y unos fríos grilletes metálicos se cerraron en torno a sus muñecas produciéndole una repentina sensación de mareo que le hizo dilatar las fosas nasales para dejar que el aire entrara mejor a sus pulmones.
Miró hacia arriba y observó las dos garras herrumbrosas que, clavadas a la pared de la celda, cosa de la que no se había percatado, parecía que emergían con fauces hambrientas para engancharse a su carne y, poco a poco, devorarlo.
Entonces sintió verdadero pánico.
El momento en que llegó el primer golpe lo pilló completamente desprevenido observando sus manos engrilletadas. Fue un golpe fuerte, duro, en el estómago, que le hizo contraer el cuerpo y, si hubiera podido, se habría doblado en dos para mitigar su dolor.
—Bien – dijo el hombre que más cerca se encontraba de él y que, probablemente, había sido su castigador–, parece que ahora tenemos tu atención.
Alejandro, resentido aún por el increíble mazazo que le habían

propinado, los miró sin decir palabra.

—Esto – prosiguió aquel individuo con pinta de marinero fornido y al que varias cicatrices desfiguraban el rostro–, puede acabar en un suspiro si sólo contestas a lo que aquí mi amigo –y señaló al otro hombre, más bajo de estatura pero igual de fornido– te quiere preguntar.

El “amigo” en cuestión, dio dos pasos hasta ponerse frente a sus ojos y le sonrió.

—Dinos donde guardas el documento con los nombres –su voz melodiosa sorprendió a Alejandro.

Él se quedó en silencio. No sabía de qué documento le hablaban.

—Mala respuesta – al decirlo, se apartó de nuevo unos pasos, y el tono melodioso de su voz cambió convirtiéndose en un sonido reptante que le produjo una suerte de escalofrío en la columna vertebral.

Un puño se estrelló, esta vez, en las costillas y, seguido, recibió varios golpes más, uno de ellos en el esternón que consiguió dejarlo sin respiración.

Mientras boqueaba en busca de aire y luchaba para no perder la conciencia, la voz melodiosa volvió a imprecarle.

—El documento con la lista ¿dónde está? – Alejandro seguía sin comprender y mantenía la misma actitud silenciosa al tiempo que intentaba hacer desaparecer de su mente la nube negra que parecía querer engullirlo–. Vamos Andía, sabemos que lo tienes. No perdamos más tiempo con este juego. Tarde o temprano sabes que hablarás y, cuanto antes lo hagas, menos sufrirás nuestra presencia.

Hizo una pausa y se acercó hasta que casi sus narices se tocaron. Despedía un olor intenso a vino barato e inmundicias que hizo que su estómago se contrajera en una arcada.

—¿No querrás acabar como tu padre, verdad? – el acre dulzor con el que pronunció esas palabras consiguió enfurecer a Alejandro. Una nube roja, como la sangre, se condensó en el fondo de sus ojos y, sin pensar en las consecuencias, levantó las piernas y le propinó una fuerte patada en el pecho a aquel asqueroso individuo que se atrevía a mentar a su padre. Sólo pudo ver, con satisfacción, como la cabeza del sujeto chocaba contra la pared de enfrente, antes de que los golpes en su dolorido estómago se reanudaran con más crudeza. Un último mazazo, dirigido esta vez a su cabeza, consiguió envolverlo en sombras mientras sus piernas dejaban de sostenerlo. Antes de perder la consciencia, notó que le soltaban de los grilletes y que ambos individuos se alejaban hacia la puerta y se detenían. De una de las esquinas pobladas de sombras del lado opuesto de la celda, una figura,

de la que antes no se había percatado, envuelta en una túnica negra y con una capucha tapándole el rostro, se unió a los otros dos para precederles en la salida de aquel infecto lugar. En cuanto el chirrido de la puerta se desvaneció como un eco lejano, Alejandro se dejó llevar y se sumió en las tinieblas del olvido que da el desvanecimiento.

Estos episodios se repetían cada cierto número de días. Venían, le preguntaban, le golpeaban, para después marcharse abandonándolo a su dolor. Alejandro veía el paso de las horas con temor y, cualquier chirrido proveniente de los goznes de una puerta, lo sumía en un estado de nervios cercano a la locura. Su mente, embotada por el pánico, no le permitía razonar sobre las preguntas que una y otra vez le repetían: el documento, la lista, los nombres; todo se embarullaba en su cabeza. Y, a ello, había que añadir las constantes referencias a su padre que mentaban mientras lo golpeaban.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué querían de él? –se preguntaba una y otra vez–. Dos energúmenos violentos que lo machacaban y otro, embozado para no dar a conocer su identidad, que aguardaba en las sombras las migajas de sus respuestas.

Alejandro siempre había sentido que controlaba en mayor o menor medida lo que le sucedía, pero ahora, un nuevo sentimiento llamado desesperación se había introducido en su cuerpo y se aferraba a él cual garrapata al cuello de un perro. Ya no le importaba la vida, ya no temía la muerte, solamente quería que todo aquello acabara y su maltrecho cuerpo dejara de sufrir.

En esos pensamientos lúgubres estaba cuando, el sonido de los goznes oxidados al girar, se oyó más cercano y más pronto de lo que hubiera deseado. Se encogió en el catre.

¡He venido en cuanto lo he sabido! – una voz familiar, conocida, que no esperaba oír en ese lugar y ese momento, hizo que gimiera mientras lágrimas de agradecimiento se agolpaban tras sus ojos sin llegar a derramarse.

Unas manos lo sacudieron por los hombres haciendo que se incorporara, mientras con su mirada recorría el guiñapo humano que tenía ante él.

¡Por Dios, Alejandro! ¿Qué ha pasado?

Nicolás Bolaño, con semblante preocupado, se ponía en cuclillas frente a él para buscar su mirada.

Alejandro sonrió, pero no dijo nada.

¿Estás bien? –le preguntó ahondando más en el semblante su preocupación –. Háblame, Alex, cuéntame qué ha pasado.

Por fin se decidió a hablar y su voz pronunció las palabras de

forma muy entrecortada, como si hubiera estado a punto de olvidar cómo hacerlo.

□Me… me acusan de… traición – fue todo lo que dijo.

□Lo sé. En cuanto me he enterado he visitado los despachos para informarme sobre el asunto –pareció enfurecerse–; los muy idiotas basan su acusación en supuestos testimonios de testigos que han visto cómo cruzabas de bando y hablabas con los ingleses. ¡Patrañas! ¡Son todo patrañas!

Sus gritos hicieron eco en aquel exiguo cuarto en el que se hallaban.

□Ni siquiera conozco los nombres de los que te acusan. ¿Cómo no iba a conocerlos si se supone que estaban en Escocia con nosotros?– se levantó y comenzó a pasear por la habitación cavilando–. Sabes Alex, esto me suena a trampa.

□¿Trampa?

□Sí. Alguien ha querido quitarte de en medio por algo. Si no, ¿cómo explicas que te estuvieran esperando nada más desembarcar? Si hubiera sido alguno de mis hombres el que quisiera acusarte, habrían tardado más tiempo en prenderte mientras le tomaban declaración.

Alejandro pensó en la lógica de aquel argumento. Si cualquiera de los soldados que navegaron junto a él hubiera querido acusarlo, mientras desembarcaba, buscaba a las autoridades y contaba su historia, habría pasado, al menos, un par de horas y él no se encontraría en las inmediaciones del puerto para ese entonces. Todo era muy extraño.

□¿Lo ves? – le dijo Nicolás cuando vio la chispa de la duda relampaguear en los ojos de Alejandro–. No tiene sentido. He intentado sonsacar al oficial que me ha atendido la identidad de la persona que dio la orden de tu captura sin ningún resultado. Ha buscado en sus papeles una y otra vez el origen de la orden de detención, pero no ha habido resultado y se ha sorprendido tanto como yo. Aunque, claro, ya sabemos que nuestro sistema judicial está algo obsoleto y que las cosas nunca se hacen como es debido.

Ambos hombres se quedaron en silencio unos segundos valorando la información.

□De todas formas – Nicolás rompió el silencio–, he pedido un informe de todo para tratar de buscar una vía de escape. La acusación es muy seria y, antes de que se te haga el juicio, necesitamos contar con todos los datos para lograrte una defensa que desmienta este ultraje.

Alejandro, agradecido por la total confianza que le dispensaba ese hombre que, ni por un segundo, había dudado de su inocencia, se levantó del catre y le apretó el hombro para captar su atención.

□Necesito que hablemos del otro tema, Nicolás –le dijo muy serio.

El coronel Bolaño, le miró perplejo sin acabar de entender a lo que él se refería. Alejandro, a pesar de que la condena a muerte pendía sobre su cabeza, necesitaba conocer el resultado de las averiguaciones que Nicolás prometió hacer sobre la cuestión que le había hecho volver a España. En esos momentos, sólo eso le importaba; a pesar de encontrarse en la cárcel, a pesar de las palizas, necesitaba hallar las respuestas que tanto le importunaban la existencia.
—¿Qué has averiguado? –le espetó sin mucha delicadeza.

Nicolás, meneando la cabeza, clavó su mirada en los ojos de Alejandro.
—Deberíamos dejar este tema a un lado hasta que consigamos sacarte de aquí.
—No. Necesito hablar de ello ahora o me volveré loco por la incertidumbre.
—De acuerdo, Alex –suspiró resignado–. He contactado con algunos conocidos, de los que no voy a mentar nombres, que me han hablado con reticencia, tras mucho insistir por mi parte, del cardenal y sus propósitos.
Hizo una pausa y Alejandro se retorció las manos de la ansiedad que tenía por conocer el resultado de sus pesquisas.
—Siento decepcionarte, amigo – le dijo–, no he averiguado nada que no supiéramos de antemano. Hay mucho secretismo en torno a la figura de Alberoni y, muchos, le temen y guardan silencio.
Para Alejandro, las palabras sencillas del coronel fueron como un mazazo en el centro del estómago. Cansado, decepcionado y desesperado, se dejó caer de nuevo en el catre y dejó vagar la mirada por las paredes rezumantes de humedad de la celda. Nicolás, viendo su abatimiento, se sentó a su lado para darle ánimos con su cercanía.
Alejandro pensó con ira en la pérdida de tiempo que había supuesto su vuelta a España y las consecuencias que ello tendría. Podía morir ejecutado, acusado del más abyecto crimen, sin poder hacer nada; ni tan siquiera, despedirse de la persona a la que amaba, y, todo ello, pensó, por su maldito empecinamiento en una causa que estaba más allá de su competencia en este mundo.
Nicolás volvió a hablar.
—Aunque creo que te gustará saber que los días de hacer y deshacer a su antojo del cardenal en España están contados. Se rumorea que ha perdido el favor de Felipe y que la reina le ha dado la espalda en privado.
—Pobre consuelo para mí.
—Lo sé, Alejandro; pero no olvides que si pierde ese privilegio, será más fácil nuestro camino en desenmascararlo. Sin gente poderosa que le apoye, se verá atado de pies y manos para continuar con sus

intrigas. Muchos le darán la espalda.

Aún así, pensó Alejandro, Alberoni volverá a levantar cabeza tan pronto como encuentre el hueco por dónde hacerlo. Era un superviviente nato y, más tarde o más temprano, su influencia volvería a dejarse ver en cualquier otro campo de acción.

Alejandro sabía que era ahora el momento para averiguar su juego.

—Necesito que me hagas un favor, Nicolás.

—Lo que esté en mi mano. Sabes que tienes mi apoyo en esto. —Existe cierta dama –continuo Alejandro– que podría darnos la

información que necesitamos. Habría acudido yo en su busca; de hecho, lo tenía en mente antes de que me apresaran. Pero como puedes comprobar –dijo, abarcando con un gesto de la mano el lugar donde se encontraba–, me es imposible hacerlo.

—Lo haré yo –corroboró el coronel –. Dime quién es la dama en cuestión y acudiré en su busca tan pronto salga de aquí.

Alejandro no dudó de su palabra, pero lo que estaba a punto de pedirle, no sería plato de buen gusto para él ni para nadie.

—Ana María de la Trémoïlle –dijo en un susurro.

—¡Te has vuelto loco, Alejandro! – gritó Nicolás levantándose como un resorte del catre donde se había sentado.

—No. Es la única que puede ayudarnos.

—¿Me estas pidiendo que recorra Europa y me presente en la puerta de la propia Princesa de los Ursinos a pedirle una entrevista?–fue una pregunta más bien retórica–. No creo que estés en tus cabales, Alejandro, y yo tampoco si no te hiciera desistir de tal locura. ¡Por todos los santos, si hasta podría estar muerta!

—No lo está. Alberoni me habló de ella en alguna ocasión.

Nicolás lo miró boquiabierto.

—Lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

—No te lo pediría si no fuera necesario –asintió Alejandro–. De sus conocimientos depende que alcancemos o no el final de esta pesadilla.

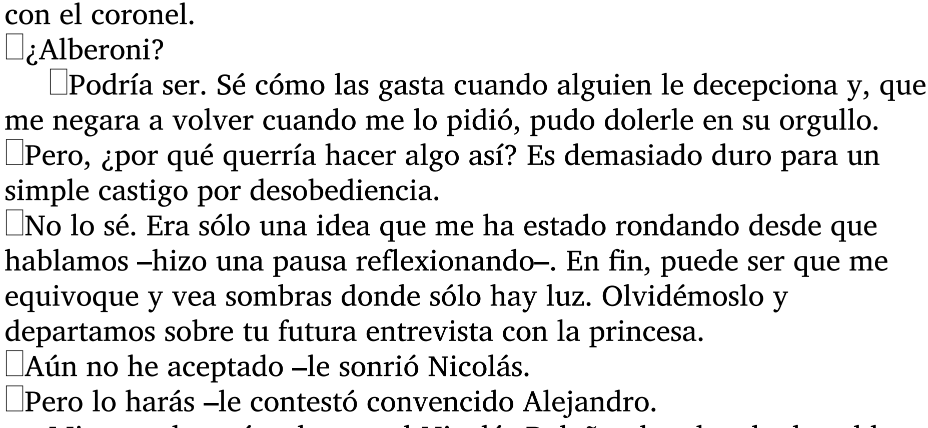
—Pero… ¿Cómo lo haré? ¿Qué le diré?

—La verdad –le dijo–; y si ella no consiente, prometo que olvidaré el asunto, por lo menos, hasta que haya conseguido salir de aquí. Nicolás lo miró a los ojos.

—No puedo marcharme ahora – negó Bolaño con la cabeza–. No podría dejarte aquí a tu suerte sin saber cuándo te van a juzgar y qué saldrá de todo ello.

—Sí puedes. Y lo harás – le ordenó–. Mi suerte ya está echada desde que puse el pie en España. Dime, Nicolás, ¿no se te ha ocurrido pensar quién puede ser la mano negra que me ha impuesto este encierro?

A Alejandro, ahora que lo decía en voz alta, le parecía mucho más factible que cuando lo había pensado minutos antes mientras departía con el coronel.



—¿Alberoni?

—Podría ser. Sé cómo las gasta cuando alguien le decepciona y, que me negara a volver cuando me lo pidió, pudo dolerle en su orgullo.

—Pero, ¿por qué querría hacer algo así? Es demasiado duro para un simple castigo por desobediencia.

—No lo sé. Era sólo una idea que me ha estado rondando desde que hablamos –hizo una pausa reflexionando–. En fin, puede ser que me equivoque y vea sombras donde sólo hay luz. Olvidémoslo y departamos sobre tu futura entrevista con la princesa.

—Aún no he aceptado –le sonrió Nicolás.

—Pero lo harás –le contestó convencido Alejandro.

Minutos después, el coronel Nicolás Bolaño abandonaba la celda y, con paso decidido, iba en busca de su nuevo destino. Alejandro, durante la conversación, había obviado contarle lo de las palizas que recibía. Si lo hubiera hecho, el coronel se hubiera negado tajantemente a separarse de él, y eso era algo que no podía consentir. La mano del demonio estaba apretándole el gaznate y si él no era capaz de buscar una palanca para evitarlo, el crujido de su cuello se oiría por todo Madrid. XXIV

*Región de Lochaber. Escocia. Noviembre de 1719.*

Hacía semanas que discutían sobre el mismo asunto una y otra vez; cada vez que compartían unos momentos a solas, las palabras se interponían entre ellos y terminaban enzarzados en agrios debates que no llevaban a ninguna parte. El problema era que la postura de ambos era, en su misma esencia, razonable y, aunque cada cual encontraba la lógica del otro, no se podían permitir dar su brazo a torcer.

Caía ya la tarde cuando Angus entró en la cabaña y vislumbró a su hermana hecha un ovillo junto al fuego del hogar mirando las llamas fijamente mientras gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas; a un lado sus útiles de tejer, descansaban hechos un lío en un viejo taburete de roble, sin que hubiera una puntada de más desde hacía tiempo.

Cansado, suspiró pasándose la mano por el alborotado cabello rojo, fruto de la incursión que venía de realizar junto con algunos hombres de su clan, en las tierras cercanas de los Campbell y, en la que con mucha pericia, habían sustraído unas vacas que les servirían de alimento en el duro invierno, propio de las Highlands, que se avecinaba. Robar ganado de los clanes vecinos era el pan de cada día para su subsistencia en aquellos inhóspitos lugares y se podría asemejar más a un deporte, que a un robo en sí. La mayoría de clanes lo practicaban y, desde muy jóvenes, los hombres eran alentados a

ello. Pero también consistía en un pasatiempo peligroso ya que, si alguno era capturado, podía acabar pendiendo de la rama de cualquier árbol que sujetara el peso de su cuerpo.

Con los años, Angus se había convertido en todo un experto en estas lides y trataba, por todos los medios, que ningún joven de su clan perdiera la vida por entusiasmarse demasiado en este tipo de correrías, mostrándoles la mejor manera de hacerlo con mínimo riesgo para sus preciosos cuellos. Y gracias a ello, hacía años que ningún Cameron colgaba de una cuerda en territorio Campbell.

Aunque, ahora, este tipo de actividades habían perdido parte de su atractivo para él; Liam, quien con sus ojos de halcón era su mejor vigilante, lo acompañaba siempre en estas actividades y ambos disfrutaban de su compañía mutua. Pero él ya no estaba y Angus sentía cierto vacío interior que ya nada podría compensar.

Dejó sus armas encima de la mesa y se acercó al fuego junto a su hermana. Se le encogía el corazón verla en ese estado de abatimiento y, para sus adentros, maldecía la causa de esos desvelos.
Le acarició la larga melena suelta.

—Och, Cat, no puedes estar para siempre en este estado –le dijo suavemente.

Ella alzó los ojos brillantes de lágrimas hacia él.

—No puedo evitarlo – susurró–. No creas que no lo intento. Por algunas horas casi consigo olvidarlo pero, cuando menos lo espero, de pronto, todo vuelve a mí y me ahogo si no lo saco fuera de mi cuerpo.

Angus se quedó callado. Deseaba echarle encima las manos a ese bastardo español que tanto hacía sufrir a su hermana. Desde el día en que Dave Cameron había vuelto de Inverness con la respuesta de Alejandro, su hermana, primero rota por la furia, luego por el dolor, no había dejado de llorar. Y el estado en el que se encontraba, tampoco ayudaba nada a su alma atormentada. Sabían, por la red de informaciones que cruzaban las Tierras Altas de Norte a Sur y viceversa, que hacía dos meses que las tropas españolas habían vuelto a su patria y, desde entonces, esperaban. Él esperaba y Catriona esperaba, pero la espera, ya de por sí larga, se estaba haciendo eterna.

Angus dudaba ya de las palabras de Alejandro y así trataba de hacérselo ver a su hermana; sin embargo, ella seguía mirando cada día el recodo del camino con la esperanza de verlo volver prendida en sus ojos. Cuando al final de cada día la esperanza moría, sus bellos ojos verdes se ensombrecían por la decepción y él, viéndola, sentía una rabia sorda subiéndole desde el estómago que le hacía pensar en las distintas muertes que le daría si alguna vez se cruzaba en su camino.

Pero ella seguía teniendo una fe inquebrantable en él y decía que

algo le había impedido estar a su lado. Creía en la promesa que le hizo y sufría por la posible suerte que estuviera padeciendo.
Esta era la raíz de sus discusiones y, esa noche, parecía que se avecinaba tormenta.

—¿Y si no vuelve, Cat, qué harás entonces? ¿Te pasarás la vida llorando por él?–Angus, por enésima vez, le repitió estas preguntas.

—Lo hará. Me lo prometió y siempre cumple lo que promete – dijo empecinada.

—Meras palabras.

—Te equivocas y, en el fondo, lo sabes. Tú le conoces tanto como yo y no deberías planteártelo siquiera.

—Pero lo hago, Cat; lo hago. En estos momentos, dudo de que no fuera todo una farsa y ese canalla se esté riendo de nosotros bajo el sol caliente de su país –le dijo hirientemente, tratando de que su hermana reaccionara ante el dolor que le ocasionaban sus palabras. Prefería una
Catriona furiosa a la mujer que, últimamente, se paseaba como un espectro por toda la casa.

—Jamás creeré eso sobre él –le dijo con rabia–. Algo tiene que haberle pasado que le impide volver a mi lado. Lo sé, lo siento aquí dentro –dijo posando su mano encima del corazón–. Es por ello por lo que tienes que ayudarme. Tienes que ir a buscarlo y traerlo a casa.

Ahí estaba de nuevo el quid de la cuestión. Catriona le insistía una y otra vez en que viajara a España a buscarlo, pero él, no estaba dispuesto a acometer semejante viaje por un presentimiento de su hermana.

—¿Y si no quiere volver? Sabes de sobra que los votos que pronunciasteis no son vinculantes en su país. ¿Y si lo encuentro arropado en los brazos de otra mujer?–Angus no quería ser hiriente pero Catriona se tenía que enfrentar a una posible realidad que le haría mucho daño–. Dime, entonces ¿qué hago? ¿Lo saco a rastras de la cama donde se encuentre y lo traigo para que te haga infeliz?
Catriona, dolida, volvió a dirigir la vista al fuego mientras un mohín de determinación fruncía sus labios.

—Eso no oc urrirá–negó tajantemente–. Lo sé y eso me basta. —No es suficiente.

—¿Crees que yo no he tenido los mismos pensamientos que te rondan
a ti en la cabeza? He tenido muchos días para plantearme las más descabelladas suposiciones pero, cuando el dolor me atenaza el estómago, recuerdo su mirada sincera y las cosas que hizo, a riesgo de su propia salud, para mantenerme a salvo y, entonces, toda duda se desvanece y vuelvo a creer en sus palabras –Catriona tenía de nuevo el rostro surcado de lágrimas–. Además, prefiero saber la verdad aunque

duela a pasarme la vida soñando con un imposible y preguntándome, cada día, el motivo de que no regresara.
Angus valoró su coraje y llegaba a entender su razonamiento, pero había algo que le impedía marcharse.

—Escúchame, Cat, no hay nada que alegraría más a este viejo tonto que verte feliz y, si para ello tuviera que cruzar medio mundo, sabes que lo haría. Eres la única familia que me queda y haría lo que fuera para mitigar tu pena–se sinceró–. Pero no puedo dejarte en tu estado; no sin antes saber que ambos estáis bien. Me atormentaría constantemente durante el viaje.

—Estaremos bien, Angus. Hay comida de sobra para pasar el invierno y las mujeres del clan estarán atentas por si necesito algo –dijo Catriona con la esperanza rondando en los rasgos de su rostro–. Por favor, hermano, necesito que busques por mí al padre de mi hijo.

Angus observó el vientre abultado de su hermana mientras ésta, distraídamente, lo abarcaba con sus brazos como dándole calor. Algo en su interior se fue resquebrajando poco a poco haciendo añicos su determinación.
—No me iré hasta que sepa que ambos estéis bien –zanjó categóricamente.

Catriona levantó la mirada hacia él y una amplia sonrisa apareció en su cara. Y, a pesar de querer aparentar que estaba molesto por la concesión que acababa de hacer, no pudo evitar imitarla cuando ella, con pasos parecidos a los de un pato, se acercó a abrazarlo.
—Gracias, hermano; sabía que podía contar contigo –le dijo mientras hundía el rostro en su pecho.

Angus la abrazó durante unos instantes y luego la apartó para que lo mirara.

—Pero escúchame bien, Cat. Me marcharé después de que hayas dado a luz y no sin antes haber comprobado que todo va según lo previsto. Porque si dudo de que algo amenaza tu seguridad o la de mi sobrino, cancelaré el viaje hasta que todo quede a mi gusto –insistió para reafirmar su postura–. ¿De acuerdo, hermana?

Catriona asintió con la cabeza alegremente y volvió a fundirse entre sus brazos. Angus, resignado a la inevitable aventura que le esperaba, la dejó hacer, notando, entre sus cuerpos, el peso de la nueva vida que crecía en el vientre de su hermana y del que esperaba que, solamente, lágrimas de felicidad empañaran su existencia.

## XXV

*Ciudad de Roma. Italia. Finales de noviembre de 1719.*

El coronel Nicolás Bolaño esperaba en el vestíbulo de la inmensa casa señorial, la cual debía de haber conocido tiempos mejores pues se notaba la dejadez y la suciedad de tiempo que anidaba en los

rincones, para ser recibido por aquella que, una vez, fue la persona más poderosa en España tras los reyes y que, hoy en día, pasaba sus últimos momentos en la más absoluta soledad.

Paseaba nervioso de lado a lado de la estancia aguardando una respuesta que tardaba en llegar. Sus esperanzas pendían de un fino hilo que sólo la princesa de los Ursinos podía llegar a sujetar con su recibimiento. Si ella se negaba a tener una entrevista con él, las manos de Alejandro quedarían vacías de cualquier promesa de desentrañar la verdad de todo aquel turbio asunto.

Al principio, al no tener carta de presentación que le avalara, el sirviente de la princesa se había negado a anunciarle a su ama, pero, la insistencia del coronel acabó dando sus frutos tras largos minutos de utilizar su mejor retórica para convencerlo. *Alea jacta est*, que decía Julio Cesar, se dijo Nicolás retorciéndose las manos de puro nerviosismo.

—Señora – dijo el sirviente mientras presentaba una bandeja de plata con una nota encima–, hay un caballero abajo que desea hablar con su alteza.

Ana María de la Trémoïlle, sentada en un amplio butacón mientras contemplaba por la ventana del cuarto los tejados de las casa vecinas, hizo un ademán desinteresado.

—¿Quién es el sujeto que llama a mi puerta a estas horas? ¿Acaso desconoce que el horario de visitas es por la tarde?–dijo la princesa dándose importancia ante un sirviente que sabía de las pocas visitas que recibía su alteza.

—Su nombre es Nicolás Bolaño – hizo una pausa entregándole la tarjeta–. Coronel Nicolás Bolaño y viene desde España.

—¿España? –preguntó sorprendida.

—Sí, señora.

—Nada tengo yo que ver ya con ese país de desleales –aún le dolía en su orgullo la salida de España tan poco honrosa que tuvo que realizar el mismo día que, la nueva esposa de Felipe V, la rechazara y ordenara que la escoltaran a la frontera sólo con lo puesto. Pero lo que no perdonaba es que, el rey, al que tan bien había servido durante la vida de María Luisa Gabriela, se desentendiera de ella olvidando que alguna vez lo había ayudado en el gobierno del país–. Deshazte de él. Nada quiero saber de los españoles.

—Pero el sujeto insiste en verla, señora. Dice que tiene asuntos que tratar con su excelencia que le interesarán.

—No creo que haya ningún asunto de ese país que ahora pueda interesarme–dijo categórica. Aunque, picada en su curiosidad, acabó preguntando–. ¿Y sobre qué dices que quiere hablarme?

—No me lo ha referido con detalle, alteza. Pero sí habló de que le interesaría conocer lo que venía a referirle por tratarse de algo

relacionado con un viejo conocido suyo de sus años en España.
—¿Conocido mío? N o sé a quien puede referirse.
—Si me lo permite, señora, no dijo el nombre pero sí que comentó, y cito sus palabras, algo sobre un "eclesiástico maestro de intrigas que campaba a sus anchas por las calles de Madrid".

Ana María de la Trémoïlle notó que la sangre huía de su ajado rostro al escuchar esas palabras. Lívida, recordó con desagrado la trampa que aquel sucio embustero le había tendido. Confió en su buen criterio para que buscara la mujer más adecuada para ser reina de España, tras la muerte de la de Saboya, y la engañó vilmente porque, mientras ella esperaba una muchacha sumisa y obediente, la realidad vino en forma de arpía lista e interesada que, de una patada, le quitó todo aquello que había conseguido con sus muchos años de trabajo y sacrificio.

La princesa odiaba a Giulio Alberoni, no ya por haberla engañado, sino por saber jugar y ganar la partida más eficazmente que ella; y eso, le dolía en su orgullo.

Si el hombre que esperaba abajo le abría una vía por la que vengar aquella afrenta, la princesa no dudaría en agarrarse a un clavo ardiendo a pesar de que se encontraba en las postrimerías de su paso por el mundo de los vivos.
—Hazle pasar –ordenó a su sirviente–, y trae un poco de té para nuestro invitado.

Nicolás miraba de reojo el rostro de su anfitriona que, a pesar de ser ya una anciana, conservaba una reminiscencia de belleza serena por la que había sido famosa en sus tiempos jóvenes. Su porte, su rostro y su saber estar la habían convertido en la mayor confidente de María Luisa Gabriela de Saboya los años que estuvo a su lado como Camarera Mayor. En España, se decía que gracias a ella y la red de informadores que la rodeaban, los reyes consiguieron que un país que, prácticamente, estaba cerca de la ruina, saliera a flote, y no había movimiento que se hiciera en la Corte del que ella no estuviera al tanto. De hecho, varias veces, avisó del peligro de atentados preparados para acabar con la vida de los monarcas lo que le valió su gran ascendiente para con la reina. Hasta que Alberoni se cruzó en su camino, ella era reina y señora de las decisiones que se tomaban en el palacio real gracias a su seguridad y aplomo en resolver ciertas cuestiones de Estado molestas para el monarca, más interesado en vivir su amor que en otra cosa.

De ella, seguramente, había aprendido el cardenal en su periplo para alcanzar el poder dentro de palacio. Astuto, inteligente y taimado, caía en gracia a muchos de los nobles y, poco a poco, con su inestimable amistad con éstos y con la nueva reina de España, Isabel de Farnesio, supo encontrar el verdadero camino para controlar la

marcha de un país y de un rey tocado por la ignominia que le suponía la pérdida de territorios por el Tratado de Utrecht, firmado a regañadientes. Aún así, había que reconocerle a Alberoni una cosa: gracias a su visión de futuro se había ganado a pulso la estima de la Corte, saneando la economía del país; reformó la hacienda, redujo los gastos, desarrolló el comercio e, incluso, hizo resurgir la fuerza naval de la nación. Todo ello bajo el auspicio de un rey, en ocasiones abúlico, y de una reina que le consultaba las cuestiones más arduas sobre el gobierno de la nación.

Tras charlar durante un rato de cosas intrascendentes mientras tomaban un té con pastas delicioso, la princesa decidió, por fin, adentrarse en las razones de su visita.

—Dígame, coronel, ¿a qué debo el honor de esta visita? –preguntó zalamera.

—En España es usted una leyenda, alteza –refirió él no menos zalamero.

La princesa sonrió ante el halago mientras se quitaba importancia con un ademán.

—Hice lo que tenía que ha cer por amor a María Luisa y a Felipe, y a un país que antaño fuera el más grande de toda Europa.

—Su sabiduría ayudó mucho en aquellos tiempos de gobierno difícil por la guerra con el archiduque Carlos –le dijo Nicolás–. Probablemente, gracias a sus consejos, la casa de Borbón sigue reinando en España.

—No exagere coronel, yo solamente era una humilde servidora de la reina más amable y valiente que tuve la suerte de conocer. No puedo decir lo mismo del resto–dijo como puntilla final–. Pero, insisto, no creo que haya venido hasta aquí sólo para halagar a esta pobre anciana; sospecho que hay algo que quiere saber y cree que yo le puedo ayudar.

Nicolás admiró la perspicacia de la que aún hacía gala a pesar de sus muchos años retirada de intrigas y cotilleos de la Corte. Todo lo que fue, todo lo que hizo, se examinó a conciencia en su época y hubo muchos que se alegraron con su desaparición de aquel mundillo falto de escrúpulos. Primero, rechazada por la nueva reina de España con la complacencia de un Felipe indiferente a su suerte y, luego, asentada en París, tuvo que abandonarlo tras la muerte de Luis XIV, al ocupar la regencia uno de sus más enconados enemigos, el duque Felipe II de Orleáns. Ya en Italia, languidecía en aquella casa acompañada de unos pocos sirvientes y de los recuerdos de una vida muy peculiar.

—¿Recuerda a Ignacio Andía, alteza?

Su rostro, a pesar de estar bien entrenado para no mostrar lo que

pensaba, dejó entrever una chispa de furia al oír el nombre del que fuera uno de sus supuestos espías.

—Sí, lo recuerdo a él y a su inglesa esposa. El izabeth, creo que se llamaba. Pero quisiera olvidar que alguna vez lo conocí –su tono fue muriendo mientras perdía la mirada más allá del vano de la ventana que se abría a la brisa fresca de Roma–. Sabe, cuando uno es traicionado, por más que pasen los años y se trate de olvidar, siempre queda un poso que anida en el fondo del alma y que surge para martirizar tus sueños. Hacía largo tiempo que ese nombre no se mentaba en mi presencia y quisiera que siguiera de esta manera, por lo que le pido encarecidamente que no lo haga o me veré obligada a terminar con nuestra, hasta ahora, agradable charla.

Nicolás, por unos instantes, pensó que lo tenía todo perdido. Quizás, su manera de abordar el asunto no había sido la más adecuada. Pero, testarudo como era, decidió no darse por vencido y enfocó el asunto de otra manera menos invasiva para los sentimientos de la anciana que lo escrutaba, con su glacial mirada, desde el otro lado de la mesa.

—No se trata de él, sino de su hijo Alejandro.

En los ojos de la princesa brilló una chispa de reconocimiento.

—Ah, el pequeño Andía. Lo recuerdo. Vino con su madre varias veces a palacio en sus años mozos. María Luisa tenía en alta estima a Elizabeth y la recibía a menudo en su sala favorita; a veces, el niño la acompañaba y se quedaba en un rincón sentado, muy seriecito, esperando a su madre mientras ésta departía con la reina. Sabe–le refirió–, ambas se llevaban muy bien e, incluso yo, la tenía en gran aprecio. De hecho, fue una de las pocas personas que, sin solicitárselo, se acercó a Burgos en aquellos momentos difíciles que la reina tuvo que vivir allí. A causa de la guerra, el dinero escaseaba y Felipe, tras su derrota en Barcelona, tuvo que refugiarse en Francia, por lo que María Luisa y algunos de sus más fieles, nos trasladamos a Burgos y vivimos en un austero palacio sin ninguna comodidad. La reina, desprendida como era, quiso empeñar sus joyas para hacernos la vida más fácil, pero al enterarse Elizabeth de la situación, viajó a Burgos y puso a su disposición parte de sus rentas. Fue un gesto maravilloso que la reina agradeció, a pesar de las reticencias de la inglesa, con un colgante, regalo del rey por su compromiso.

La princesa volvió a quedarse absorta en las vistas de la ventana hacia la ciudad de Roma. Por unos instantes, cerró los ojos en remembranza de esos tiempos pasados y su semblante se relajó atenuando, así, sus arrugas. Cuando volvió en sí, se acercó distraídamente la taza de té a los labios y recuperó la compostura.

—Perdone, coronel, a estas alturas de mi vida, mis recuerdos son lo

último que me queda. Pero de eso hace ya 13 años –hizo una pausa–. Dígame, ¿qué fue del niño?

—Ya sabe que tras la muerte de sus padres, se perdió todo en un incendio. Alejandro tuvo una dura infancia en un hospicio madrileño –le refirió mientras ella asentía condescendiente–, hasta que, unos años después, alguien lo sacó de su encierro y pasó a convertirse en su mentor.

El coronel la observó, en busca de las palabras que, para bien o para mal, harían que se desencadenara una reacción en la mujer que tenía en sus manos, sin saberlo, el futuro de Alejandro.

—El cardenal Alberoni lo acogió en su casa y, desde entonces, ha cuidado todos los detalles de su educación.

Ana María de la Trémoïlle, lívida, apretó los puños contra los reposabrazos del sillón en el que se hallaba acomodada. Tras sus ojos, casi se podía ver cómo su mente procesaba la información que acababa de recibir. Varias veces, abrió la boca para decir algo pero, las palabras, murieron en su garganta antes de ver la luz.

Nicolás decidió seguir con su argumento.

—Veo que ha quedado sorprendida de la suerte de Alejandro. De hecho, seguro que, al igual que muchos otros, en este momento se está preguntando por qué el cardenal acogería bajo sus faldas al hijo de Ignacio Andía. Dígame, alteza–le preguntó–, ¿me equivoco?

—No. No lo hace – respondió con un hilo de voz.

—Es un secreto a voces en la capital que Andía guardaba un secreto capaz de encumbrar a quien lo poseyera a las cimas más altas de poder. Durante años ha sido uno de los misterios más perseguidos y codiciados, unos para apropiarse de él y conseguir sus beneficios y, otros, para destruirlo; el mismo cardenal, ha dedicado gran parte de sus esfuerzos a buscarlo. Alejandro, ha sido ahora cuando se ha enterado de lo que se rumoreaba en torno a la figura de su padre. De hecho, a pesar de los rumores que constantemente ha escuchado, no creía en la posibilidad de que su progenitor fuera el más avezado informador de la princesa de los Ursinos –dijo mirándola retadoramente–; para él, su padre era un hombre de negocios que comerciaba con artículos de lujo. Sin embargo, ahora la verdad llama a su puerta y ha comenzado a descubrir, muy a su pesar, un rostro que no conocía del hombre que ha cuidado de él todos estos años.

—Alberoni jamás ha dado puntada sin hilo – constató la princesa.

—Lo sabemos. Alejandro ahora lo sabe. Y es por ello por lo que ruega a su alteza que nos ayude–dijo mirándola de frente, a los ojos–. Habría venido él, pero las circunstancias se lo han impedido y yo, como amigo suyo que soy, he consentido en hacerle este favor que
espero que de sus frutos.

Dicho lo cual, Nicolás pasó a relatarle a la princesa todo lo

acaecido a Alejandro en estos últimos meses. Ella, le escuchó interesada durante los largos minutos de exposición de hechos y conjeturas y, tras acabar su relato, un silencio prolongado creó una barrera entre las dos personas que ocupaban aquella sala.
Por fin, Ana María de la Trémoïlle, habló.

—No veo en que puedo yo ayudar – dijo pausadamente–; y que conste que, si estuviera en mi mano, haría lo posible por hundir a aquel que me engañó miserablemente para ocupar mi puesto en palacio.

Nicolás sintió que se desvanecían todas sus esperanzas. La historia de la traición contra Alejandro, no había logrado conmover el duro corazón de aquella anciana maestra de intrigas. Para sus adentros, el coronel pensaba de ella lo mismo que de Alberoni. Ambos, carentes de escrúpulos, jugaban con las vidas de las personas de las que se rodeaban; ambos, taimados e intrigantes, merecían que la vida les pagara con la misma moneda.

—Sí puede, princesa – apeló a su conciencia–, lo que usted sabe, todo aquello que conoce, puede ayudar a desagraviar una injusticia muy grande cometida contra un hombre bueno que sólo quiere volver con su esposa y olvidar, de una vez, el pasado. Sólo tiene que contarme qué fue aquello que Ignacio Andía halló y que motivó su muerte y los hechos posteriores.

—¡Andía fue un traidor y pagó las consecuencias de su traición! –se sulfuró la princesa–. Si sólo me hubiera escuchado, aún estaría con vida. Se lo pedí una y mil veces, le rogué que me entregara lo que, al fin y al cabo, había yo pagado por encontrar; pero él se negó, y decidió, por su cuenta y riesgo, que aquello no debía ser revelado y, con ello, me traicionó a mí, a la que fue su mejor valedora. ¿De dónde crees si no que, un pobre comerciante como él, pudo sacar el dinero y las influencias para convertirse en el proveedor más importante de la Casa Real y la nobleza de Madrid?

La de los Ursinos, aturdida por su discurso vehemente, no se daba cuenta de que sus palabras empezaban a revelar todo aquello que quería ocultar. Nicolás trató de aprovechar el estado de agitación de la dama.

—¿Qué era, alteza? ¿Qué fue aquello por lo que la traicionó?

Y, Ana María de la Trémoïlle, desatada la lengua ya por su arrebato colérico, comenzó a referirle, con todo lujo de detalles, el contenido del secreto más codiciado en España.

XXVI

*Madrid. España. Principios de diciembre de 1719.*

Hacía días que Alejandro no recibía la visita de sus torturadores. La última vez que estuvieron, fueron especialmente crueles en su trato; lo demostraban las quemaduras que presentaba en las plantas de

los pies, producto de una antorcha encendida que le habían acercado a esa zona de su cuerpo para hacerle hablar. Pero Alejandro seguía ignorando aquello por lo que le preguntaban y conjeturaba sobre la posibilidad de que aquellos malditos se hubieran equivocado de hombre.

Se negaba a pensar en lo que podrían hacerle la próxima vez que vinieran. Varias veces, había intentado llamar la atención de la persona que le traía la comida una vez al día, pero aquel hombre, hacía oídos sordos a sus explicaciones y, Alejandro, acabó dándose por vencido. Seguramente, pensaba, le pagaban para que se desentendiera de su situación y, de esta manera, desde aquel sucio agujero en el que se hallaba encerrado, le era imposible denunciar los abusos cometidos contra su persona.

De repente, la puerta se abrió revelando una sombra embozada en una capa. Alejandro se estremeció pensando en lo que estaba por venir hasta que, el sujeto se desembarazó del pesado manto y pudo verle el rostro. El coronel Bolaño le dedicó una amplia sonrisa y Alejandro, presa de una inconmensurable alegría, se levantó para abrazarlo.

—¿Estás bien, Alejandro? – le dijo Nicolás preocupado por la cojera que había notado en los andares vacilantes de su amigo.

—Sí, Nicolás, no tienes de que preocuparte –dijo soltándose del abrazo y mirándolo a los ojos con un ansia apenas contenida–. Pero, cuéntame amigo, ¿qué tal te ha ido en Italia?

El coronel se tomó su tiempo mientras doblaba la capa y se sentaba sobre ella en el catre de Alejandro.

—La princesa, a pesar de sus años, sigue teniendo la cabeza muy bien amueblada y no resultó nada fácil hacerla hablar. Aún así –sonrió Nicolás a un Alejandro que, nervioso, se comía las uñas sentado en el suelo frente a él–, conseguí al final que me dijera lo que necesitábamos saber.

Y, tras una pausa dramática que hizo que Alejandro estuviera a punto de abalanzarse sobre él por la ansiedad que lo consumía, le relató, con gran detalle, cada uno de los puntos de la conversación que había mantenido en Roma con dicha dama.

Cada palabra que pronunció fue procesada minuciosamente por la mente de aquel oyente interesado que jamás se sintió más despierto que en esos momentos de su vida. Lo que iba escuchando, le ayudaba a perfilar más nítidamente un pasado que, hasta hace poco, había negado que existiera: su padre, su madre, el cardenal Giulio Alberoni, todo se iba presentando desde un enfoque nuevo y Alejandro intentó dejar sus sentimientos a un lado y analizar, con la cabeza fría, cada detalle que se le revelaba.

Cuando por fin llegó el momento de conocer el contenido del secreto, contuvo la respiración para que nada enturbiara el sonido de

las palabras desgranadas por el coronel.

—Tu padre, Alejandro, era el mayor informante de la princesa en los años de la guerra que enfrentó a Felipe con el archiduque Carlos por los derechos de sucesión al trono de España. Gracias al renombre que obtuvo en sus tratos comerciales en Madrid, representando la figura de un respetado importador y exportador de artículos de lujo para la Corte, fachada que mantuvo casi hasta el final, en uno de sus viajes por supuestos negocios a Barcelona, el archiduque requirió de sus servicios para amueblar el lugar donde se alojaba con todo su séquito. Tan maravillados quedaron por su trabajo que, pronto, fue llamado a las casas más importantes de la ciudad abriéndosele así todas las puertas de ese lado de la contienda. Esto, fue muy bien aprovechado por la princesa para recabar de tu padre cualquier tipo de información que la beneficiara a ella y a la causa del rey Borbón– Nicolás hizo una pausa para recobrar el aire perdido durante la exposición de los hechos; luego, continuó–. Un día, tras una serie de rumores que escuchó en Barcelona, aprovechando que se hallaba sólo en el despacho que utilizaba el archiduque para sus reuniones, mientras esperaba su presencia, rebuscó los cajones del escritorio que allí había y halló un documento que debió ponerle el vello de punta de puro entusiasmo.

Hizo una pausa pidiéndole perdón a Alejandro con la mirada por la falta de respeto que acababa de cometer para con el padre de su amigo.

—Continúa – le instó Alejandro sin darle importancia.

—Pues bien, en él se hallaban los nombres de aquellos nobles de Madrid que, en secreto, apoyaban la causa del archiduque. Imagínatelo por un momento: una larga lista con nombres, apellidos y títulos nobiliarios de hombres que, jurando su lealtad a Felipe, conspiraban a sus espaldas para derrocarlo. Hombres que asistían a sus fiestas, a sus cacerías, le aconsejaban sobre los mejores movimientos en el campo de batalla, comían su comida y degustaban sus vinos, sonreían a su esposa y mandaban a sus mujeres para que la acompañaran, sin olvidar que se golpeaban el pecho con rabia cada vez que oían nombrar al pretendiente de Austria. Todos ellos, amparados tras sus fachadas de respetabilidad, apuñalaban la confianza del rey y conspiraban con el enemigo.

Alejandro, boquiabierto, bebía de las palabras de su amigo.

—Y, ahora, imagina lo que conllevaría conocer ese secreto – argumentó Nicolás–. Imagina el poder que tendría la persona que poseyera el documento.

—Chantaje – confirmó Alejandro con un susurro.

—¡Exacto! Cada noble que apareciera en esa lista, pagaría con lo que

fuera, dinero, tierras, títulos o, incluso, influencias, con tal de que el secreto no fuera revelado o, aún mejor, que fuera destruido. □Pero –dijo Alejandro dudoso–, la guerra hace años que acabó. ¿Por qué seguiría siendo todavía tan importante?

□No seas ingenuo, Alejandro. Felipe sigue siendo el rey de España y, esos nobles, continúan a su lado como si nunca hubieran pensado en traicionarle. El documento con esa lista, seguiría teniendo tanta fuerza hoy como ayer para la persona que lo poseyera. Y convertiría a su poseedor en la persona más poderosa del reino; puede que, incluso, más que el propio rey.

□Y mi padre lo quería para sí –dijo Alejandro decepcionado ante lo inevitable.

□Te equivocas. Tu padre no era mala persona, Alejandro, y, cuando pensó en las consecuencias que podía tener dicho documento, se negó a entregarlo o a hacer uso de él. Pero antes, cometió el error de contarle, a grandes rasgos y sin mencionar nombres, el contenido del mismo a la princesa de los Ursinos, la cual, al saber luego que tu padre se negaba a entregárselo, ávida de poder y ciega de codicia, contrató a espías para seguir a tu padre quienes, a su vez, corrieron la voz sobre lo que buscaban, llegando todo esto hasta oídos de Vendôme, del propio Alberoni y de aquellos nobles interesados de que esa lista no viera la luz–volvió a hacer una pausa–. Por eso murieron tus padres, Alex, por eso incendiaron tu casa y todas vuestras posesiones y, por eso, el cardenal se agarró a lo único que quedó de todo aquello: tú. La princesa, por otro lado, niega su participación en el asesinato de tus padres ni conoce quién puede ser su autor, pero dice que la noche que murieron venían de Barcelona, tras hacerse con unos documentos falsos de identidad y tres pasajes para un barco que zarpaba en pocos días para las Américas, para recogerte y llevarte con ellos –suspiró–.

Y esto es todo lo que he podido averiguar.

□Gracias, Nicolás –dijo Alejandro con un hilo de voz mientras su cerebro procesaba toda la información que acababa de recibir–. Has sido un buen amigo.

Nicolás aceptó con una inclinación de cabeza el agradecimiento que se le dispensaba y esperó unos minutos antes de volver a hablar para que Alejandro asimilara lo narrado esa tarde.

□Aún hay otra cosa que debo decirte.

Alejandro levantó la cabeza hacía él.

□Al pisar de nuevo la villa esta misma mañana, he escuchado unos rumores, que luego me han sido confirmados, sobre nuestro amigo el cardenal. Por lo visto, en estos últimos días, la presión de Inglaterra y sus aliados y así como del populacho madrileño que clama por su

destitución, han hecho tomar una decisión irrevocable al rey. Desde hoy mismo, se le ha cesado en sus funciones y se le ha dado un plazo de tiempo para abandonar la capital y el país y que, vistos los ánimos tan exaltados que la noticia ha generado, no creo que tarde mucho en producirse.

Alejandro se quedó de piedra. Maldita su suerte, pensó, viendo como, cual arena, el cardenal se le escapaba de las manos sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Ahora, más que nunca, sentía la urgencia de salir de la prisión para hacer lo que estaba deseando llevar a cabo desde que tomó la decisión de regresar a España: mirarlo a los ojos y saber la verdad.

□Necesito salir de aquí, Nicolás – afirmó con contundencia–. Ahora, más que nunca, el tiempo es vital para mí.

□Lo sé, lo sé, y voy a ponerme a trabajar en ello en cuanto salga por esta puerta. He concertado cita con un jurista amigo de nuestra familia y mañana va a recibirme. Aún así, Alex–se sinceró–, tu caso es complicado. Una acusación de alta traición no se dirime a la ligera en los tribunales y, por tu bien, debemos atar bien todos los cabos para que nada escape a nuestro control y consigamos que quedes libre de sospecha en este asunto. Hemos de averiguar quiénes son los supuestos testigos que han hablado en tu contra y, para ello, voy a tener que tirar de influencias para conseguirlo. Pero tú no te preocupes por nada, porque voy a hacer lo posible para acelerar el proceso.

□Jamás podré pagar lo que estás haciendo por mí –le dijo emocionado.

□El único pago que quiero es verte salir de esta inmunda prisión. Con eso ya sería feliz.

□Gracias, coronel. En mí siempre tendrás un devoto amigo.

□Sé que tú harías lo mismo por mí–dijo Nicolás quitándole hierro al asunto con un ademán mientras se levantaba y se ponía de nuevo la capa–. Me marcho y, durante unos días, no podré venir a visitarte pues aún queda mucho por hacer. Pero te enviaré de vez en cuando a mi cuñado, que es hombre de confianza, por si necesitas cualquier cosa durante la estancia que te quede entre estas cuatro paredes.

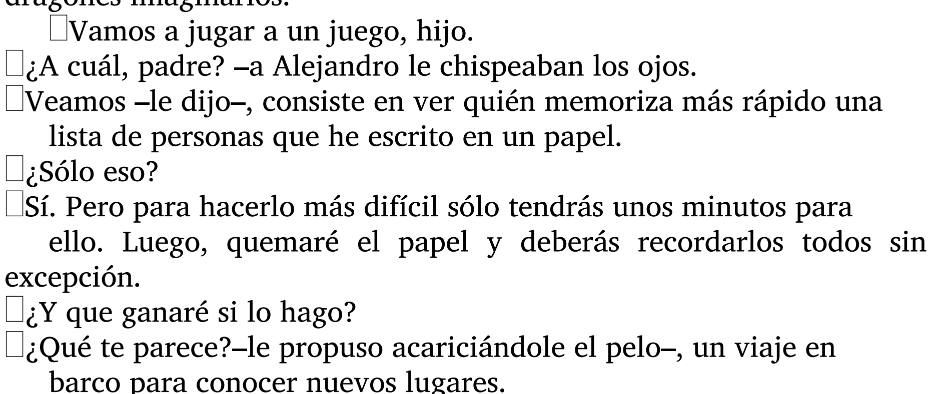
Alejandro se lo agradeció con un apretón de manos y dio gracias al cielo porque el destino hubiera puesto en su camino a ese honorable y desinteresado hombre.

La cabeza le iba a estallar de tantas vueltas que estuvo dándole a la información que había recibido del coronel. Abrumado, trató de serenarse y dormir unas cuantas horas para despejarse y poder analizar con minuciosidad cada detalle de la confesión de la princesa

de los Ursinos, pero el sueño se negó a socorrerlo esa noche. Había algo que se le escapaba. Durante el discurso de Nicolás, una especie de reminiscencia velada se había ocultado entre el resto de palabras que escuchaba y le dejó un mal sabor de boca porque, por más que intentaba hacer emerger ese pensamiento, éste parecía querer esquivarlo. El documento con los nombres y la consiguiente lucha por adquirirlo se presentaban en su mente como un nítido cuadro donde todas las partes encajaban. La codicia de Alberoni y su relación con él, también: le había utilizado, le había engañado apareciendo como su salvador para conseguir sus fines más oscuros y, tonto de él, estuvo ciego ante sus desmanes a causa del agradecimiento que sentía. Pero, cuando sus pensamientos se dirigían a sus progenitores, encontraba algo que, aunque a veces parecía que le faltaba estirar un poco los dedos para alcanzarlo, se escurría de su mente dejándole confuso y desorientado.

Trató de centrarse en los sentimientos de su padre cuando se vio poseedor de tan grave secreto. ¿Qué hubiera hecho yo en su caso?, se preguntaba una y otra vez. Probablemente, la primera reacción de Ignacio Andía habría sido la euforia hasta que, una vez pasados los momentos previos y serenado su ánimo, el miedo ante tal descubrimiento y las consecuencias que podría acarrear, habría anidado en el fondo de su pecho. Negarse a sí mismo el utilizarlo y negárselo a los demás lo habían convertido en un hombre perseguido. ¿Qué hacer? ¿Destruirlo? Pero romper el documento en mil pedazos tampoco hubiera sido su salvación ya que, por desgracia, muchos sabían ya que él era conocedor de los nombres que conformaban la lista. Sería perseguido y amenazado. La mejor opción era la huída.

Alejandro dio un respingo tumbado en el catre. Una imagen ya olvidada acababa de regresar a su consciencia: unos días antes de morir, su padre había ideado un juego para entretener a un revoltoso Alejandro que corría de un lado a otro de la casa persiguiendo dragones imaginarios.


–Vamos a jugar a un juego, hijo.

–¿A cuál, padre? –a Alejandro le chispeaban los ojos.

–Veamos –le dijo–, consiste en ver quién memoriza más rápido una lista de personas que he escrito en un papel.

–¿Sólo eso?

–Sí. Pero para hacerlo más difícil sólo tendrás unos minutos para ello. Luego, quemaré el papel y deberás recordarlos todos sin excepción.

–¿Y que ganaré si lo hago?

–¿Qué te parece?–le propuso acariciándole el pelo–, un viaje en barco para conocer nuevos lugares.

–¡Bien! –gritó el niño alborozado ante la posibilidad de realizar el

sueño de poder navegar por mar como hacía su padre.

Padre e hijo se pusieron a ello y, transcurridos los minutos, tal y como había prometido el mayor de los dos, rompió el papel con los nombres en pequeños pedacitos polvorientos y los lanzó al fuego del hogar.

Aquel recuerdo lo golpeó en el centro mismo de su sistema nervioso y, de un salto, se incorporó sobre la cama para recobrarse de la impresión mientras jadeaba sonoramente. Todo su ser pugnaba por gritar y golpear algo hasta quedarse sin aliento. Tantos años perdidos, tantos años de estar en la inopia, cuando lo único que tenía que hacer era rebuscar en el fondo de su memoria. Lo había tenido en la mano todos esos años y lo había ignorado. Quiso llorar, maldecir, rugir de impotencia; pero lo único que pudo hacer fue sentarse mudo en el frío suelo y rezar una plegaria por el alma de sus padres aferrándose al colgante de oro que brillaba en su cuello, mientras, sin soltarlo, los versos de la cancioncilla se mezclaban con sus rezos, mostrándole la herramienta que, esperaba, lo sacaría de su triste encierro.

*Así dio al amor su ofrenda,*
*entregó su alma, su recuerdo más preciado, dio la llave que encerraba*
*el corazón de un rey enamorado.*

XXVII

En un pequeño despacho cuya mesa rebosaba de libros y legajos, los ojos de Nicolás se afanaban en buscar, entre todos los testimonios que leía, los resquicios por donde preparar la defensa de Alejandro. El juicio se celebraría en unos pocos días y aún no había conseguido aclarar nada de todo aquel embrollo de mentiras bien orquestadas y, cada línea que leía y releía, confirmaba sus sospechas de una poderosa mano negra oculta tras esa cantidad ingente de legajos que tapaban, con una densa cortina de humo, la identidad del maquiavélico cerebro que lo había planeado. Desesperado, trataba de que su ánimo no desfalleciera pero cada vez se le hacía más difícil contener su angustia. Si no encontraba algo que desmintiera la sarta de calumnias que se habían vertido sobre su amigo, éste podría acabar condenado a prisión de por vida o, peor aún, encontrar la muerte a manos de un verdugo.

Si, como se temía, era cierto cardenal el artífice de dichas maquinaciones, sería muy difícil demostrarlo. Giulio Alberoni había abandonado el país una semana atrás y se decía que de una forma bastante rocambolesca. Según los rumores, el cardenal había tenido que disfrazarse para no ser reconocido en su huida, debido a la animadversión que surgió contra él en el pueblo llano por sus tejemanejes e intrigas cortesanas. Al final, pensó Nicolás, la verdad sale a la luz, y sintió una punzada de remordimientos por no haber informado aún de este hecho a Alejandro, pero creía que, dadas las circunstancias, de nada servía hundir más el ánimo del muchacho.

Unos golpes en la puerta le sacaron de sus cavilaciones.

—Con tu permiso, Nicolás – su cuñado, Matías, asomó la cabeza por el resquicio.

—Pasa, Matías –le hizo un gesto con la mano para que se acercara y hundió de nuevo los ojos en los párrafos del documento que estaba leyendo.

—Vengo de prisión –le informó.

—¿Qué tal anda nuestro amigo?

—Bien de salud, creo, pero lo he notado un poco agitado esta mañana.

—¿Y a qué se debe tal agitación? –inquirió el coronel.

—Nada me ha dicho sobre eso, pero me ha entregado una misiva para ti.

—De acuerdo, déjala encima de la mesa, Matías –le indicó con una mano el lugar donde debía depositarla sin levantar la vista del documento–; y, gracias por todo.

—Es urgente que la leas –apostilló Matías–; me ha urgido para que viniera volando a entregártela.

—No te preocupes, ahora mismo me ocupo de ello.

Y Matías, tras dejar la misiva de Alejandro en un hueco de la mesa que encontró milagrosamente vacío, abandonó el cubil del coronel.

Nicolás, inmerso en las líneas del documento, olvidó unos minutos la misiva que descansaba a escasos centímetros de su cara hasta que, por el rabillo del ojo, un brillo inusual captó su atención.

El sol, entrando a raudales por la ventana del estudio, incidía directamente sobre el papel enrollado que contenía las palabras de Alejandro; en torno a él, una fina cadena de oro se enroscaba varias veces para impedir que se abriera. Nicolás, interesado, cogió la misiva y observó la cadena. Fue grande su sobresalto cuando, al levantarla, el colgante que Alejandro siempre llevaba, se reveló ante sus ojos, colgando por la inercia de su peso, de la cadena dorada.

Nicolás, sacó el collar por un extremo de la misiva y lo contempló mientras se preguntaba qué mosca habría picado a su amigo para atreverse a enrollar su más preciado tesoro en una carta que podría haberse perdido por el camino y más, sabiendo lo que esa joya, aquella pequeña rosa cuyos perfectos pétalos de áureo metal proclamaban la pericia de quien la había fabricado, significaba para él.

Picado en su curiosidad, desenrolló el crujiente papel para leer sus palabras.

*¿Confías en mí, Nicolás?* Así rezaba el principio de la misiva, extrañando al coronel tan inusual comenzar. Se frotó los ojos que le escocían de puro cansancio y leyó atentamente el contenido. Alejandro le rogaba que le hiciera un último favor antes de que el tiempo jugara en su contra para acabar de perderlo. Le pedía, o más

bien le urgía, a que utilizara todas sus influencias para cerrar el círculo: debía hacer entrega cuanto antes, en persona, del colgante de su madre.

Cuando Nicolás leyó el destinatario de la joya casi se desmaya de la impresión. Aturdido, con manos temblorosas, leyó la misiva una y otra vez tratando de encontrar una explicación razonable a tamaña locura, pero las palabras concisas de Alejandro no dejaban lugar para las dudas. El nombre del destinatario había sido subrayado varias veces con la pluma y, pequeños borrones de tinta, adornaban formando extrañas figuras negras la escritura irregular de Alejandro, haciendo destacar irremediablemente la identidad del sujeto que tenía que recibir tan sorprendente regalo.

Alejandro llevaba mucho tiempo aguardando con la incertidumbre enroscada en su pecho y se preguntaba, por enésima vez, si no habría desgastado la suela de sus botas de tanto ir de un lado a otro de las paredes de su celda. Su salud, empezaba a resentirse por las horas pasadas en aquel agujero que rezumaba humedad de sus paredes y helaba sus huesos hasta la médula. Su cuerpo, antaño fuerte y vigoroso, parecía ahora una sombra de lo que fue por todo el peso que había perdido. Y, desde hacía unas jornadas, una insistente tosecilla surgía de sus pulmones afectados por el frío y el poco abrigo del que disponía.

Hacía días que no tenía noticias de Nicolás ni del encargo que le había hecho llegar; el cuñado, quien últimamente lo visitaba cada dos o tres días, no había dado señales de vida desde entonces. No quisiera mi mala suerte que se hubiera fugado con la joya o que, mientras cruzaba las calles de Madrid para realizar el encargo, hubiera muerto víctima de un robo, pensó Alejandro mientras seguía recorriendo incansable el perímetro interior de su prisión.

Para relajarse, últimamente, le había dado por recordar los paisajes de Escocia, que tan poco llegó a apreciar en su estancia allí por el incontable número de acontecimientos que le tocó vivir: la belleza de las colinas de un verde reluciente por las gotas de rocío salpicadas, aquí y allá, por el fresco color rosa púrpura del brezo, los lagos de aguas oscuras que, en días cubiertos, reflejaban las nubes del cielo como si de un espejo se tratara llegando en ocasiones, a confundir su visión, los bosques plagados de leyendas de hadas y elfos que desprendían intensamente un aroma de magia antigua, la salvaje y agreste naturaleza que alcanzaba en esas tierras su máxima expresión, y las abruptas montañas, centinelas que custodiaban el paso de la historia, cubiertas de una tupida neblina que les daba un aura de misterio irreal.

Si su plan funcionaba, y rezaba para que así fuera, pronto volvería a hollar los caminos de aquella tierra que se convertiría en su hogar;

dejaría de lado el pasado, olvidaría su vida en un entorno más civilizado para, poco a poco, volver a la primitiva esencia de la naturaleza que cada hombre poseía en su interior. Olvidaría que alguna vez hubiera conocido los salones de la Corte, con su aburrida falsedad encorsetada y representada por todos aquellos petimetres y damiselas cuya única meta en la vida era la de aparentar una seguridad que no sentían y una felicidad que esquivaban a base de cotilleos y mascaradas. Aquellas comodidades superfluas tan alabadas en la capital, serían relegadas por una humilde cabaña rodeada de sembrados y vacas, con una chimenea que calentara los fríos inviernos despidiendo un aroma a brezo y turba, y una mujer que daría calor a su corazón con su mera presencia junto a él. Nada más quería, nada más ansiaba.

Miró apesadumbrado la cinta azul que, pese a todo, y aunque había perdido el lustre por el paso del tiempo, aún llevaba alrededor de su muñeca.

Tan abrumado por la nostalgia se hallaba, que no sintió la corriente de aire que entró en la celda tras abrirse la puerta. De pronto, se encontró que dos pares de brazos lo agarraban por la espalda y, sin mucha delicadeza, lo engrilletaban a la pared. Trató de resistirse, pero sus fuerzas habían huido de su cuerpo junto con sus ganas de seguir luchando. Un estado de resignación lo invadió mientras pensaba que la mala fortuna de nuevo jugaba en su contra. Quizás unos días más y se hubiera encontrado libre de la pesadilla que suponía la inquina de aquellos que venían a torturarlo, del odio y la maldad que rezumaban por todos sus poros. Le esperaba un difícil momento ahora que conocía las respuestas a lo que le preguntaban y, sincerándose a sí mismo, sabía que si lo presionaban mucho, tarde o temprano sucumbiría a sus golpes y les acabaría revelando aquello que ansiaban tanto conocer.

Tan cerca la victoria y tan lejos de sus dedos. Apretando todos sus músculos, se preparó para recibir el golpe con el que le daban la bienvenida.

Esperó y esperó con los ojos cerrados, mientras sus oídos captaban el fru-fru del roce de las telas al pasar cerca de él. Pero el golpe no llegaba.

Entreabrió los párpados en un intento de averiguar qué demoraba a sus torturadores y observó, en el juego de luces y sombras que creaba el fuego de una antorcha, varios hombres que no le quitaban la vista de encima con las manos apoyadas en el pomo de las espadas que portaban. En el centro de ellos, un poco más adelantada, una figura que tapaba su rostro con capa y sombrero de tela fina, mantenía una postura erguida y autoritaria que denotaba poder por todos sus costados.

A un gesto vago de la figura, los demás sujetos, aunque de manera harto dubitativa como pudo comprobar a pesar de la escasa visibilidad, fueron abandonando uno a uno el pequeño habitáculo que había sido su morada los últimos meses. Tras salir el último, la puerta quedó firmemente cerrada y, Alejandro, se encontró de repente frente a la figura embozada que no había movido un solo músculo desde la salida de los demás.

El silencio se prolongó más minutos de los que podía prever mientras ambos hombres, uno postrado por los grilletes y el otro, escondido entre las sombras de sus oscuras ropas, se observaban calibrando una posible reacción de su oponente.

Por fin, el hombre embozado hizo un movimiento rápido al levantar su brazo derecho hacia él. Alejandro, pensando que el primer golpe venía, instintivamente, se retrajo todo lo que pudo contra la pared y encogió su cuerpo.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que el brazo de aquel sujeto se detenía a escasos centímetros de sus ojos y se quedaba parado allí. Con un movimiento de muñeca, algo pareció que caía de su mano y se quedaba suspendido en el vacío. Al fijar la vista en aquel objeto, el corazón le dio un vuelco y, por unos preciosos segundos, dejó de latir.

El colgante de su madre, la rosa de oro que días atrás había entregado al cuñado de Nicolás para que dispusiera de él, pendía ante sus ojos de la fina cadena dorada, en manos de un hombre del que desconocía su identidad.

Su mirada se alzó para encontrar la del sujeto. Éste, con un brusco movimiento de su otro brazo, se desembarazó de sombrero y capa mientras, con un tono de voz frío y cortante, desconocido para él, le hizo una simple pregunta.

—¿De dónde habéis sacado este colgante?

Alejandro, atónito y maravillado, sintió sus piernas flaquear al tiempo que, sin ningún reparo, miraba directamente a los ojos de uno de los hombres más poderosos de Europa. Con el ceño fruncido y mirada adusta, Felipe V de Borbón, rey de España, con la mano alzada y sosteniendo el colgante de su madre, le urgía a contestarle.

Y Alejandro, tras tragar saliva varias veces para que las palabras consiguieran llegar a su garganta y salir al exterior, comenzó a narrarle, con voz pausada y serena, la historia de sus desvelos durante el largo tiempo que pasaron a solas en la celda.

## XXVIII

*Sestrí á Levante. Italia. Enero de 1920.*

El cardenal Giulio Alberoni volvía a la modesta casa que ahora ocupaba tras asistir a los oficios religiosos de la pequeña iglesia del pueblo. Tras su intento de arresto en Génova, ordenado por el Papa Clemente XI quien no le tenía en gran estima a causa de las presiones

que antaño recibiera del propio cardenal y las que, en estos momentos, llegaban desde Madrid, había tenido que refugiarse en aquel lugar escondido y dejar atrás los salones de los nobles que tanto gustaba de visitar. Su vida de opulencia quedó relegada y tuvo que conformarse con una morada sencilla en un pueblo modesto y sin muchas distracciones en las que ocupar las tediosas horas que parecían no pasar, a no ser por las incontables cartas que escribía exculpando su comportamiento anterior en espera de que alguien le ayudara.

Tras sacudirse los zapatos llenos de barro en el escalón de la entrada de la casa, abrió la puerta y, justo cuando cruzaba el umbral, algo duro y frío se clavó en sus riñones haciendo que toda la sangre del rostro desapareciera.

—Entrad en silencio y nada os pasará – le amenazó una voz bronca desde detrás mientras sentía el filo de la daga apretarse contra su espalda.

Alberoni obedeció presa de un pánico creciente. Con manos temblorosas, consiguió hacer ceder el picaporte y avanzó en medio de la oscuridad del pasillo con aquel sujeto pegado a sus pies.

—Llevadme a un lugar en el que podamos hablar –le instó la voz en un susurro cuando él vaciló hacia dónde dirigirse a mitad del pasillo.

Tras unos segundos de indecisión, lo condujo al despacho que tenía al fondo de la casa; una estancia acogedora, con un escritorio de buena madera y una chimenea rodeada de amplios butacones forrados de terciopelo rojo en los que pasaba las horas leyendo y sorbiendo los buenos vinos de Italia.

Una vez allí, encendió unas velas sintiendo en la nuca los fríos ojos del individuo que le amenazaba con su mera presencia. Tras encenderlas, se armó de un valor que no sentía y, poco a poco, fue girando su rechoncho cuerpo para enfrentarse a lo que estuviera por venir.

Se le escapó un gemido ahogado al reconocer el rostro de su atacante.

—¡Alejandro! –gritó con los ojos muy abiertos por la sorpresa mientras abría los brazos en señal de bienvenida.

No le dio tiempo a acercarse ni un paso. Rápida y fulgurante como una estrella caída del cielo, la espada de Alejandro salió de su vaina y quedó suspendida a escasos centímetros de su cuello. Paralizado, Alberoni retrocedió un paso para ponerse a una distancia segura del hierro y de la mirada de odio que destilaba su pupilo desde sus profundos ojos marrones.

—Pero… ¿qué demonios…? – balbuceó con aire ofendido. —Dejad de hacer teatro, cardenal –le instó Alejandro enfurecido–. Sólo he venido porque quería oír la verdad de vuestros labios, así que no me

vengáis con argucias y triquiñuelas pues de nada os han de servir. Alberoni compuso una mueca de asombro e inocencia mientras no quitaba la vista del hierro reluciente que lo amenazaba.

—No sé de qué me estás hablando –le dijo.

—Oh, claro que lo sabéis, eminencia – anunció con un deje sarcástico que no pasó desapercibido para el cardenal.

—Creo que estás confuso, Alejandro. Lo que dices, no tiene sentido para mí.

—Lo que no tiene sentido es que aún penséis que podéis manipularme. Vuestra arrogancia no tiene límites –le escupió entre dientes–. He pasado los últimos meses encerrado, como bien sabéis aunque pongáis cara de sorpresa y, muy a mi pesar, he tenido muchas horas para pensar; sobre todo en vos y en la forma de haceros pagar por todo lo que me habéis hecho.

—¿Me estás amenazando? ¿A mí, a aquel que te sacó de ese inmundo hospicio y te dio la libertad? ¿Aquel que se preocupó de que fueras un hombre instruido y te llevó de la mano a los mejores salones de la nobleza para que te labraras un porvenir?

—Sí, pero ¿a qué precio? –le preguntó mientras bajaba la espada inconscientemente–. Decidme, cardenal, ¿acaso lo que hicisteis no fue por puro interés? Vos, eminencia, nunca habéis hecho nada sin una razón de peso que lo motivara. ¿Acaso me equivoco? Miradme a la cara y decidme que estoy errado.

Ambos hombres se miraban con furiosa intensidad. Uno, rígido por la tensión de la espera, el otro, con ademanes arrogantes propios de un hombre que siempre ha acabado triunfando.

—Estás loco, Alejandro. El encierro debe de haberte afectado los sesos.

—¿Loco? Ojalá fueran delirios de loco todo lo que he averiguado sobre vos. No podéis imaginar el dolor que se siente en el alma cuando, todo aquello en lo que creías, todo en lo que confiabas, se convierte en una puñalada a traición que os atraviesa el corazón –hizo una pausa y le clavó los ojos–; pero, claro, vos qué vais a saber si no tenéis corazón.

—¡Cuidado, Alejandro! Tus palabras me ofenden y no voy a permitir que se me insulte en mi propia casa o… – el cardenal optó por no continuar.

—¿O qué? –le urgió Alejandro–. ¿Volveréis a enviarme a prisión con el testimonio falso de unos hombres que se venden por oro? ¿Acaso creíais que no me enteraría?

Alejandro había apostado fuerte en este envite; no había conseguido reunir ninguna prueba ni testimonio que corroborara lo que acababa de decir pero, en el fondo de su alma, conocía la

respuesta y sólo necesitaba un leve titubeo del cardenal para comprobarlo.

Sin embargo, Alberoni no sólo no titubeó sino que le confirmó sus sospechas con una única frase.

□Lo hice por tu bien – se justificó el cardenal.

□¿Por mi bien? –le preguntó perplejo–. ¿Por su bien matáis a una gallina para hacer caldo? Conocéis mis fobias a permanecer encerrado y, aún así, no os tembló la mano para ordenar mi condena. Diréis que

fue por vuestro bien, eminencia, no por el mío.

□Te equivocas. Conseguí mantenerte a salvo de aquellos que te querían ver muerto. Deberías de estar agradecido por todos mis

desvelos para salvar tu apreciado cuello más de una vez.

□¿Muerto? ¿Quién tendría algo contra mí y por qué?–Alejandro trataba de cerrar el cerco para sacar la verdad de los labios duros del cardenal.

Alberoni, consciente de su error, obvió la pregunta de Alejandro y se mantuvo en un obstinado silencio.

Alejandro volvió a acercar la espada a su cuello.

□Vamos, eminencia, contestad a mi pregunta – le urgió.

□¿Vas a matarme si no lo hago?

□Puede –y pinchó con la punta de la espada debajo de la barbilla del

cardenal haciendo que un fino hililllo de sangre brotara de su carne. Alberoni, sintiendo el pinchazo, puso un gesto compungido y trató de justificarse de nuevo.

□Fue todo un error – le dijo suplicante–. Por favor, Alejandro, por la amistad que hemos tenido, aparta tu espada de mí.

□¿Si lo hago hablaréis?

El cardenal asintió con la cabeza varias veces. Y Alejandro dejó caer su tizona unos centímetros pero sin alejarla mucho.

□Adelante – le instó con un ademán brusco.

□Verás –hizo una pausa buscando las palabras adecuadas–, me hicieron creer que eras el guardián de un documento robado hace unos años, cuyo contenido afectaba en gran medida a algunos grandes de España, y por el que muchos estaban dispuestos a matar o a morir.

□¿Morir como mi padre? – quiso saber Alejandro.

□Yo no tuve nada que ver con eso. Si no me crees, quizás deberías buscar a esa princesa intrigante que fue la que más perdió por la

traición de vuestro padre, su mejor informador en aquellos entonces. □La princesa de los Ursinos niega haber ordenado su muerte. □¿Has hablado con ella? –preguntó Alberoni sorprendido–. Esa

mujer vendería su alma por recuperar su posición en la Corte aunque tuviera que inventar mil y una falacias para conseguirlo.

□Un amigo la visitó mientras yo me encontraba en prisión. Y,

según él, no mentía con respecto a mi padre. De hecho, fue muy explícita en sus explicaciones referentes al documento del que habéis hablado y vuestra participación en toda esta historia.

—Miente – los ojos del cardenal llamearon–. Esa mujer me odia desde que ocupé su puesto en palacio y, al contrario de lo que piensa, fue por mis logros en la renovación de un país que se hundía en la miseria por el que se me ofreció tal puesto.

—¿Negáis vuestra ambición de recuperar el documento? ¿Acaso no os ocupasteis de mí porque yo era el último eslabón de la cadena de acontecimientos?

Alberoni cerró los labios negándose a contestar. Alejandro lo miró a los ojos y no le hizo falta conocer la respuesta pues lo que había visto en ellos le bastó para confirmarlo.

—No hace falta que respondáis. Vuestra mirada no miente. Os conozco demasiado bien y sé que vuestro afán desmedido por alcanzar el escalafón más alto en la Corte, os llevaría a hacer todo lo posible, incluso, adoptar a un niño huérfano cuyos padres cometieron el error de jugar a un juego harto peligroso sin medir las consecuencias –dijo Alejandro aún dolido por todo lo que había averiguado sobre la equivocación de sus padres que, si bien no fue consciente, sí que hizo que murieran dejándolo sólo entre los lobos.

—Lo siento, Alejandro – fue la única concesión que salió de sus labios–, pero la importancia de ese documento hacía que los escrúpulos se dejaran de lado. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—¿Y creéis que un niño pequeño sería capaz de esconde r ese secreto sin revelarlo?–le preguntó mientras la sangre le hervía de nuevo por la furia–. ¿Creéis que entendería a tan corta edad su importancia?

—No lo sé – dijo confuso mientras se retorcía las manos–. Fue lo mejor que se me ocurrió en esos momentos. Si conocías algo sobre el tema, yo sería el primero en enterarme. Nada tenía que perder con esa acción.

—Me utilizaste – sentenció–. Aprovechaste mi gratitud, mi lealtad, para tus fines.

—No creo que fuera un precio tan grande si ponemos en una balanza lo que yo hice por ti –le desafió.

—Me enviasteis a guerras en las que podría haber muerto para recibir información de primera mano y haceros pasar por un hombre versado en todo tipo de asuntos en las reuniones cortesanas a las que acudíais.

—La política es así. Son necesarios sacrificios menores por el bien de una nación –le contestó con orgullo mal disimulado–. Gracias a las influencias que conseguí, tú tuviste una buena vida a mi lado.

—Hubiera preferido no tenerla. Siento que he vendido mi alma sin

saberlo a cambio de unas comodidades que nunca me han importado –contestó con un deje de abatimiento.
□Pero sí tu libertad ¿o no? Y ha sido gracias a mí, no lo olvides.
□Y no lo hago, pero no ha sido por pura bondad sino por obtener algo a cambio. Y, eso, sí que no lo olvidaré.
□Como quieras –le dijo Alberoni con rostro hastiado–. Ahora, que ya ha sido todo dicho, creo que deberías marcharte y dejarme en paz de una vez. Estoy cansado y me aburre sobremanera tu sentido del honor. Ya has demostrado que eres mejor persona y que yo me equivoqué, así que, ¿por qué no te vas y me evitas sufrir la penitencia de tus palabras?

Alejandro se enfureció por el tono insultante de las palabras del cardenal. Su arrogancia no tenía límites, pensó, y decidió no dejarle, esta vez, decir la última palabra.

□Sabéis eminencia, hubo u na cosa en la que no os equivocásteis.
□¿Ah, no? –preguntó interesado por el nuevo giro en la conversación.
□No –y, mentalmente, contó hasta diez antes de descubrir la verdad–. Estuvisteis en lo cierto al buscar en mí vuestra respuesta.

El cardenal abrió mucho los ojos. Una y otra vez abrió la boca para decir algo pero las palabras no terminaron de fluir.

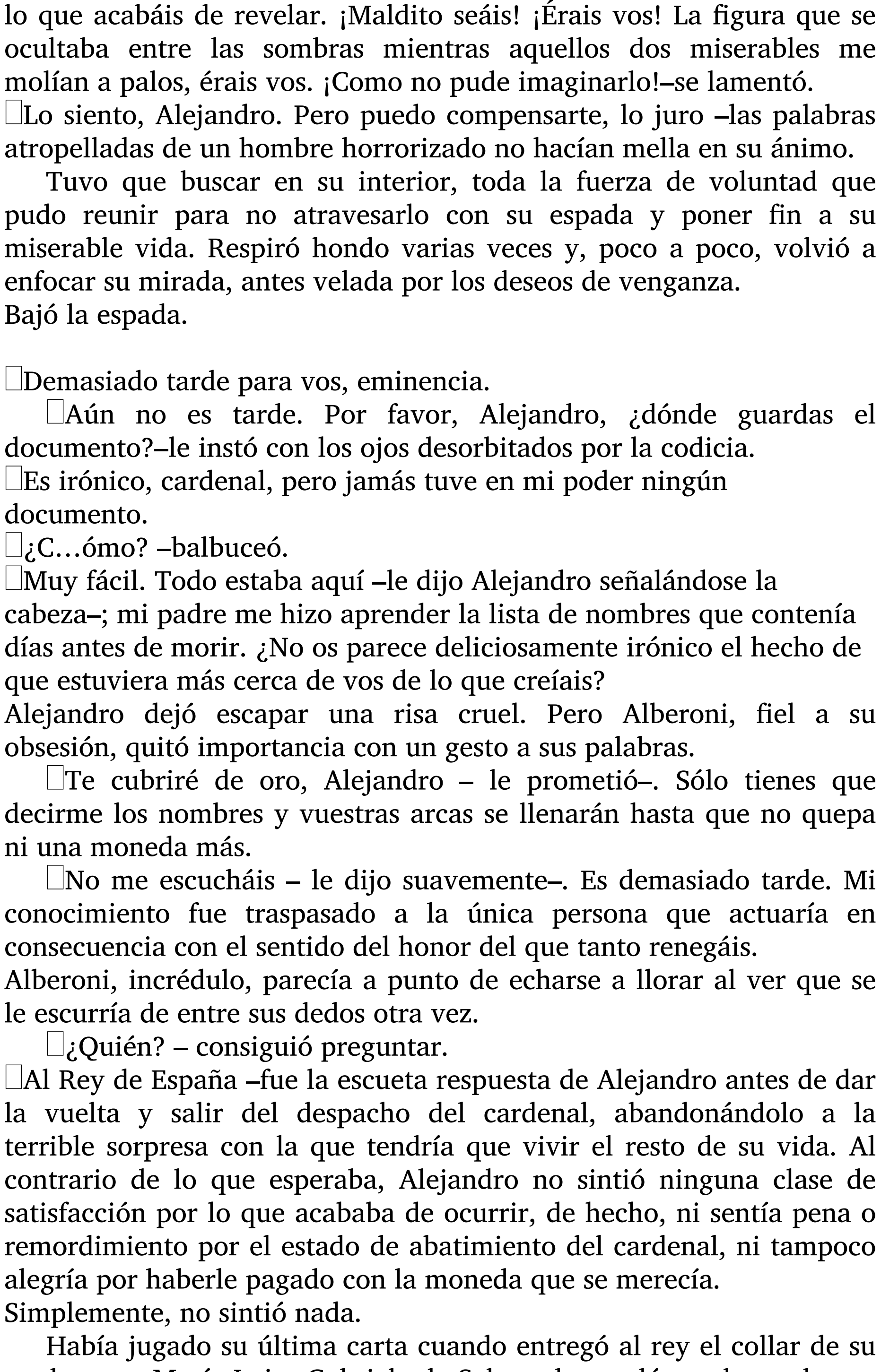
□Tenía en mi poder el documento –sentenció Alejandro, dejando a Alberoni anonadado por su confesión.

Vislumbró en su rostro toda la serie de emociones que sus palabras le habían causado. De la desconfianza, pasó a la certeza en un santiamén y los ojos, se le iluminaron pensando en las posibilidades, tanto tiempo negadas, que se abrían ante él.
□¡Dios mío, Alejandro! –abrió los brazos y le sonrió–. No te

imaginas lo feliz que me hace que hayas decidido por fin confiar en mí. Hice bien en velar por tu seguridad y, realmente, créeme, fuiste como un hijo para mí.
Alejandro sonrió, sin que el sentimiento llegara a sus ojos, y lo dejó continuar.

□No imaginas lo que podemos hacer con eso; las puertas que se nos abrirán, el poder que obtendremos. No sabes lo que he sufrido con toda esta historia, lo que he tenido que hacer y con quién he tenido que tratar–hizo una pausa para respirar–. Pero ¿cómo, Alejandro? ¿Cómo lo ocultaste a pesar de los golp…?
Alberoni cerró la boca de repente sabiendo que había cometido un desliz imperdonable.

□¿A pesar de los golpes, queréis decir? – Alejandro levantó la espada instintivamente y clavó la punta en el brazo del cardenal arrancándole un aullido de dolor–. Debería mataros ahora mismo por


lo que acabáis de revelar. ¡Maldito seáis! ¡Érais vos! La figura que se ocultaba entre las sombras mientras aquellos dos miserables me molían a palos, érais vos. ¡Como no pude imaginarlo!–se lamentó.
—Lo siento, Alejandro. Pero puedo compensarte, lo juro –las palabras atropelladas de un hombre horrorizado no hacían mella en su ánimo.

Tuvo que buscar en su interior, toda la fuerza de voluntad que pudo reunir para no atravesarlo con su espada y poner fin a su miserable vida. Respiró hondo varias veces y, poco a poco, volvió a enfocar su mirada, antes velada por los deseos de venganza.
Bajó la espada.

—Demasiado tarde para vos, eminencia.

—Aún no es tarde. Por favor, Alejandro, ¿dónde guardas el documento?–le instó con los ojos desorbitados por la codicia.
—Es irónico, cardenal, pero jamás tuve en mi poder ningún
documento.
—¿C…ómo? –balbuceó.
—Muy fácil. Todo estaba aquí –le dijo Alejandro señalándose la
cabeza–; mi padre me hizo aprender la lista de nombres que contenía
días antes de morir. ¿No os parece deliciosamente irónico el hecho de
que estuviera más cerca de vos de lo que creíais?
Alejandro dejó escapar una risa cruel. Pero Alberoni, fiel a su obsesión, quitó importancia con un gesto a sus palabras.

—Te cubriré de oro, Alejandro – le prometió–. Sólo tienes que decirme los nombres y vuestras arcas se llenarán hasta que no quepa ni una moneda más.

—No me escucháis – le dijo suavemente–. Es demasiado tarde. Mi conocimiento fue traspasado a la única persona que actuaría en consecuencia con el sentido del honor del que tanto renegáis.
Alberoni, incrédulo, parecía a punto de echarse a llorar al ver que se le escurría de entre sus dedos otra vez.

—¿Quién? – consiguió preguntar.
—Al Rey de España –fue la escueta respuesta de Alejandro antes de dar la vuelta y salir del despacho del cardenal, abandonándolo a la terrible sorpresa con la que tendría que vivir el resto de su vida. Al contrario de lo que esperaba, Alejandro no sintió ninguna clase de satisfacción por lo que acababa de ocurrir, de hecho, ni sentía pena o remordimiento por el estado de abatimiento del cardenal, ni tampoco alegría por haberle pagado con la moneda que se merecía.
Simplemente, no sintió nada.

Había jugado su última carta cuando entregó al rey el collar de su madre, que María Luisa Gabriela de Saboya le regaló en el pasado por su ayuda en tiempos difíciles. Mientras le explicaba la historia, Felipe de Borbón, lo escuchó atentamente mientras sus ojos iban y venían del

rostro del narrador al collar de su amada reina. No se inmutó cuando los nombres le fueron revelados y Alejandro, supo, en ese momento, que quizás no haría nada con dicha información o la olvidaría nada más salir. O quizás, ya conocía la traición de esos nobles de antemano y los había perdonado. Sintió una mezcla de rabia y alivio a la vez. Rabia por la muerte de sus padres, alivio por traspasar al interesado la información que le quemaba por dentro y que tanto sufrimiento había causado.

Finalmente, el rey se lo agradeció y dejó en su mano el colgante dorado de nuevo. Al día siguiente, un Alejandro libre se despedía de su amigo Nicolás con un fuerte abrazo y partía hacia su destino. XXIX

*Lochaber. Escocia. Finales de febrero de 1720*.

Una tupida cortina de neblina comenzaba a aparecer entre las verdes colinas que se divisaban más allá de la cabaña, cubriéndolo todo con un manto de seda blanca en el que miles de pequeñas gotitas de humedad hacían brillar la dura tierra de aquel lugar.

Aquel día había llovido y la humedad envolvía el ambiente, por lo que Angus, arrebujado en su plaid de lana, trataba de mantener el calor en su cuerpo expuesto a tales inclemencias. Hacía horas que aguardaba fuera de la cabaña; primero, nervioso, había paseado de un lado a otro trazando un sendero de hierba pisada en su divagar; luego, cansado ya, se apoyó contra el tronco de un árbol y así había permanecido desde entonces, dando de vez en cuando pequeños saltos para mantener su cuerpo caliente ante el frío del atardecer. No se encontraba de muy buen humor. Su preocupación por Catriona, desde que las mujeres habían llegado y lo echaran de la casa, no había dejado de aumentar con el paso de las horas y, por otro lado, la promesa que le hizo no muchos meses atrás, y que pronto tendría que cumplir, hacía que una pesada jaqueca se asentara en la parte alta de sus ojos.

Descansó el peso en la otra pierna cambiando de posición por el hormigueo que sentía subiendo por sus extremidades.

Escuchó un rumor de pasos que se acercaban. Sería Dave otra vez pensó, ya que su amigo se había acercado en busca de noticias cada hora durante todo la tarde de espera que llevaba.

Volvió la cabeza hacia el sonido pero sólo vislumbró varias siluetas que se recortaban entre el fondo blanco de la bruma. Dave Cameron fue el primero en aparecer con su eterna sonrisa colgada de los labios.

No te imaginas lo que hemos encontrado rondando por el bosque a un centenar de metros de aquí –Angus sabía que hoy, a su amigo y otros Cameron, les había tocado el turno de hacer guardia por los alrededores por si recibían alguna visita inesperada de cualquiera de sus enemigos. Era muy importante mantener vigilada la zona en previsión de un ataque de un clan enemigo o de un posible robo de

ganado. Cada día, un grupo de hombres hacía la ronda para mantener a los suyos a salvo.

□No estoy interesado en la pieza de caza que os hayáis cobrado en la foresta –dijo manteniendo fija la vista en la cabaña–. Hay otras cosas, como sabes, que requieren mi atención.

□Créeme, Angus. Esto te interesará – dicho lo cual, David Cameron estiró del brazo de la figura envuelta en niebla que se encontraba más atrás y la empujó hasta ponerla delante de los ojos de su amigo.

Angus, abrió mucho los ojos por el impacto de la sorpresa y se obligó a mantener la boca cerrada para que no siguiera los pasos de sus incrédulas pupilas. Por unos segundos, nadie dijo nada en espera de la reacción del pelirrojo highlander. Éste, una vez recuperado, cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño con enfado.

□Has tardado mucho, español.

Alejandro asintió con la cabeza y pidió disculpas con los ojos. Estaba exhausto tras recorrer durante días las intrincadas sendas de aquellos parajes. En más de una ocasión, se había desorientado y no cayó en la cuenta hasta que pasó dos veces por un mismo lugar. El clima, tampoco le había acompañado en su periplo por tierras extranjeras, haciendo que su cabalgar se volviera lento y pesado por el lodo acumulado en la tierra que pisaba.

Hambriento y lleno de barro, casi se desmaya de la alegría cuando, un grupo de hombres de aspecto fiero lo rodearon amenazándole con sus espadas y, entre ellos, vislumbró el rostro de David. Por fin había llegado.

□Un día más y habría viajado a España para arrastrarte hasta aquí – le informó con voz fría su cuñado.

□¿Por qué?

□Le hice una promesa a mi hermana–señaló hacia la cabaña sin dar más explicaciones.

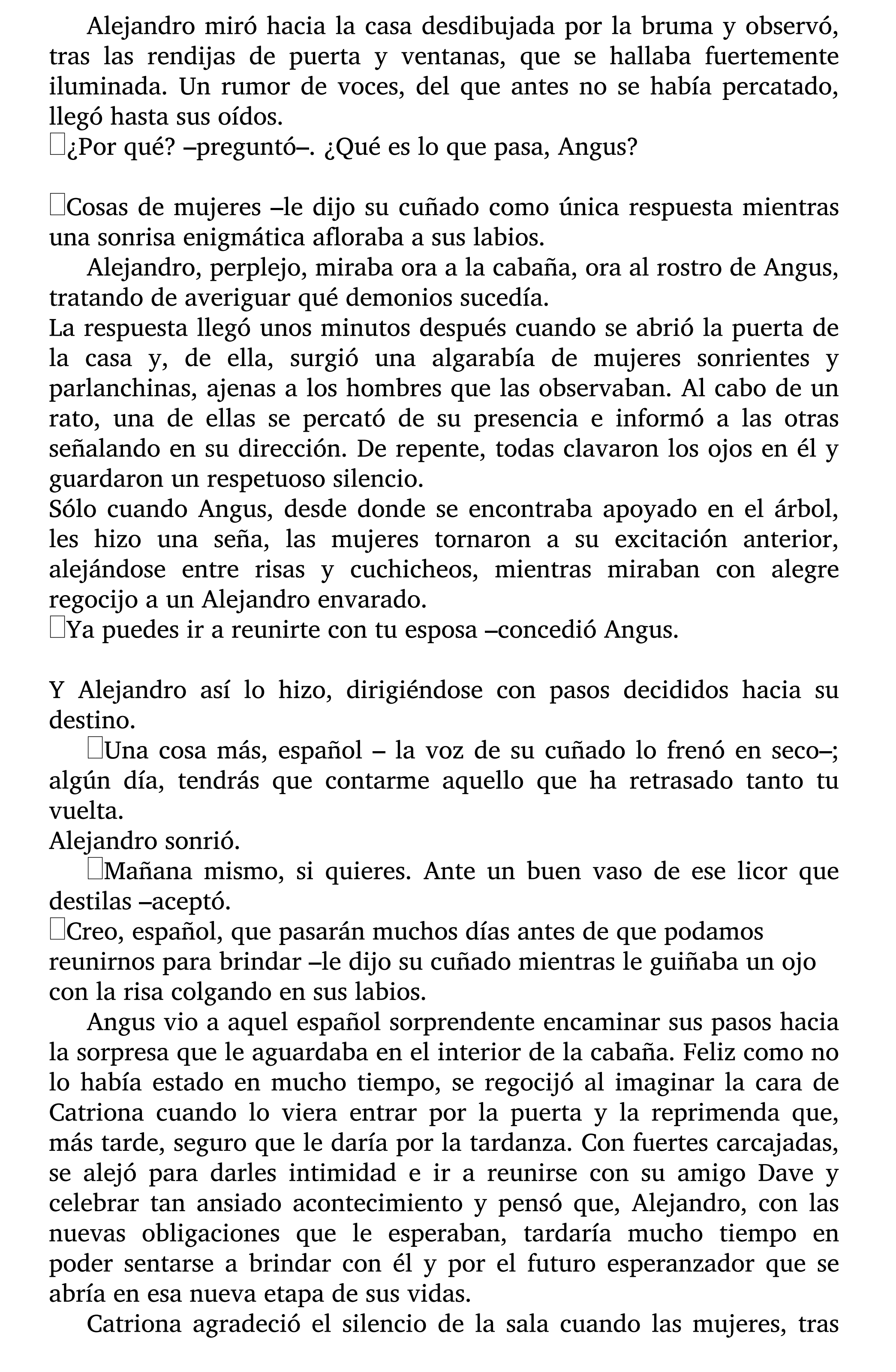
□Yo también se la hice. Y por eso estoy aquí –replicó Alejandro tocado en su orgullo.

Angus le dirigió una mirada torva. □Lo sé, Alex –concedió dibujando una tenue sonrisa en los labios–, y no sabes lo que me alegro. Mi hermana te ha echado de menos.

A Alejandro se le encogió el corazón al pensar en lo duro que habría sido para Catriona desconocer su paradero; el no saber si estaba vivo o muerto. Entendió la mirada de reproche que le lanzaba su cuñado quien, seguramente, había tenido que aguantar el peso de las incertidumbres de su mujer.

□¿Dónde está mi esposa? Me gustaría verla ahora.

□En la cabaña –dijo Angus lacónicamente–. Pero tendrás que esperar aún un rato para poder verla.



Alejandro miró hacia la casa desdibujada por la bruma y observó, tras las rendijas de puerta y ventanas, que se hallaba fuertemente iluminada. Un rumor de voces, del que antes no se había percatado, llegó hasta sus oídos.

—¿Por qué? –preguntó–. ¿Qué es lo que pasa, Angus?

—Cosas de mujeres –le dijo su cuñado como única respuesta mientras una sonrisa enigmática afloraba a sus labios.

Alejandro, perplejo, miraba ora a la cabaña, ora al rostro de Angus, tratando de averiguar qué demonios sucedía.

La respuesta llegó unos minutos después cuando se abrió la puerta de la casa y, de ella, surgió una algarabía de mujeres sonrientes y parlanchinas, ajenas a los hombres que las observaban. Al cabo de un rato, una de ellas se percató de su presencia e informó a las otras señalando en su dirección. De repente, todas clavaron los ojos en él y guardaron un respetuoso silencio.

Sólo cuando Angus, desde donde se encontraba apoyado en el árbol, les hizo una seña, las mujeres tornaron a su excitación anterior, alejándose entre risas y cuchicheos, mientras miraban con alegre regocijo a un Alejandro envarado.

—Ya puedes ir a reunirte con tu esposa –concedió Angus.

Y Alejandro así lo hizo, dirigiéndose con pasos decididos hacia su destino.

—Una cosa más, español – la voz de su cuñado lo frenó en seco–; algún día, tendrás que contarme aquello que ha retrasado tanto tu vuelta.

Alejandro sonrió.

—Mañana mismo, si quieres. Ante un buen vaso de ese licor que destilas –aceptó.

—Creo, español, que pasarán muchos días antes de que podamos reunirnos para brindar –le dijo su cuñado mientras le guiñaba un ojo con la risa colgando en sus labios.

Angus vio a aquel español sorprendente encaminar sus pasos hacia la sorpresa que le aguardaba en el interior de la cabaña. Feliz como no lo había estado en mucho tiempo, se regocijó al imaginar la cara de Catriona cuando lo viera entrar por la puerta y la reprimenda que, más tarde, seguro que le daría por la tardanza. Con fuertes carcajadas, se alejó para darles intimidad e ir a reunirse con su amigo Dave y celebrar tan ansiado acontecimiento y pensó que, Alejandro, con las nuevas obligaciones que le esperaban, tardaría mucho tiempo en poder sentarse a brindar con él y por el futuro esperanzador que se abría en esa nueva etapa de sus vidas.

Catriona agradeció el silencio de la sala cuando las mujeres, tras

asegurarse que todo estaba en perfecto orden, la dejaron bien arropada en un catre improvisado junto al fuego de la chimenea. Cansada y dolorida, cerró los ojos un momento para saborear esos instantes de paz tras todo el dolor y sufrimiento de las anteriores horas.

Se sentía exhausta pero feliz, con esa felicidad que daba el saber que todo lo pasado, se había hecho por un bien mayor. Sonrió con nostalgia. Si sólo él pudiera estar en esos momentos con ella, pensó, la felicidad sería completa.

Escuchó unos pasos que traspasaban el umbral de la casa y se detenían en seco. Posiblemente, Angus venía a ver cómo se encontraba.

Negándose a abrir los ojos por el intenso sopor en el que se hallaba inmersa por el calorcillo fragante que la envolvía, le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Pero los pasos no volvieron a oírse.

Catriona, molesta por tener que salir de su relativa inconsciencia, entreabrió los párpados para ver que ocurría.

Un gemido ahogado escapó de entre sus labios al ver la intensidad con la que aquellos profundos ojos marrones la miraban.

□¡Oh, Alex! –gritó Catriona incorporándose de un salto en el catre a pesar de lo dolorida que estaba.

Alejandro, mudo por la emoción, cruzó en dos zancadas la estancia y, arrodillándose junto a su cama, abrió los brazos para sumergirla en ellos. Catriona se aferró con todas su fuerzas al cuello de su amado mientras las lágrimas caían a borbotones mojándole el cuello. Con sonidos estrangulados de alegría, se pegaba a él todo lo que le permitía su posición medio recostada y, con pequeños hipidos y gemidos, le contaba lo mucho que lo había echado de menos. Alejandro, sin poder decir ni una palabra, pasaba los labios por su pelo, su frente, sus mejillas y su mentón, dejando un reguero de puro fuego a su paso. Cuando sus labios por fin se encontraron, un vértigo que nacía desde las entrañas se apoderó de Catriona y sucumbió a todas las sensaciones tan largo tiempo negadas. Sus bocas, trazaron con ansia el maravilloso momento del reencuentro luchando por saciar, en un solo beso, todo el tiempo perdido y, por fin, recuperado.

Tras lo que parecieron minutos, Alejandro se separó de su esposa a regañadientes y la miró a los ojos.

□Te amo, bella –le dijo acariciándole la mejilla.

□Yo también te amo, Alex – y nuevas lágrimas brotaron de sus enrojecidos ojos verdes.

□Lo siento, Cat, hubiera querido venir antes pero… –Catriona no lo dejó terminar poniendo su delicada mano entre sus labios.

□Ya habrá tiempo, Alex –le dijo cambiando, en un instante, la mano

por sus labios y arrastrándolo, de nuevo, a un torbellino de sensaciones placenteras.

En ese momento, Alejandro pareció darse cuenta de que algo raro pasaba al ver a su esposa acostada en un catre junto a la chimenea. Se separó de ella para preguntarle.

—¿Estás enferma? –le preguntó con mirada de preocupación y un nudo en el estómago.

—No, amor. Me encuentro perfectamente.

Alejandro dejó escapar un suspiro de alivio y su cuerpo pareció relajarse por la tensión acumulada.

—Entonces, ¿por qué estás en la cama? –preguntó suspicaz.

Catriona sonrió y le dio un beso en la mejilla. Luego, se giró hacia el otro lado y, de entre las sábanas, hizo aparecer un pequeño bulto envuelto en una gruesa tela de tartán y del que Alejandro no se había percatado.

Con gran delicadeza, lo puso en su regazo y esperó.

Alejandro, perplejo, sostenía en sus manos aquel lío de telas cuando notó que se movía. Sorprendido, miró hacia los ojos de su esposa y, ésta, sin decir palabra, destapó poco a poco el enrollado bultito.

Casi se le para el corazón cuando, una vez destapado, una carita arrugada coronada por una pelusilla oscura le miraba desde el fondo.

—Te presento a tu hijo, amor –le dijo Catriona con voz ahogada por la emoción del momento.

Alejandro se quedó sin respiración, maldiciéndose para sus adentros por todo lo que se había perdido. Un hijo, pensó, tengo un hijo. Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, lloró mientras estrechaba suavemente al bebé entre sus brazos y besaba su cabecita con toda la ternura de la que era capaz. Catriona, abrazada a él, los arrullaba a ambos con expertas caricias y sonidos en lengua gaélica para confortarlos.

—He pensado en un nombre – le dijo tras esos instantes de unión familiar–, si a ti te gusta, claro.

—Lo que elijas me parecerá bien –le concedió Alejandro.

—He pensado honrar la memoria de las dos personas que, con la pérdida de sus vidas, salvaron las nuestras –dijo de nuevo emocionada.

Alejandro, en ese instante, se enamoró aún más, si cabía, de su mujer.

—Liam John –dijo mientras evocaba, con el pronunciar de esos nombres, los rostros de su hermano y de Juanillo.

Alejandro, por unos momentos, sintió la tristeza de su esposa en el

fondo de sus ojos y la estrechó contra sí para animarla.

Liam John Andía Cameron – le susurró a la oreja–. Me gusta, bella; es el mejor nombre que podías haber elegido. Con ello honrarás la sangre de dos razas.

Sí, Alex –y le miró a los ojos muy seria–; nuestro hijo tendrá lo mejor de cada una: la fuerza de los highlanders y la entrega de los españoles. Y me encargaré de que siempre haga honor, mientras viva, al orgullo de tener esa sangre corriéndole por las venas.

Una hora después, Alejandro contemplaba el fuego del hogar recostado en el catre mientras, su esposa y su hijo, dormían acurrucados contra él. Minutos antes, un silencioso Angus, se había acercado a contemplar a su sobrino dormido y a Alejandro le pareció ver un destello de emoción tras sus ojos que, rápidamente se encargó de ocultar, al decirle el nombre que habían elegido. Luego, tan silencioso como había llegado, se fue, dejándolo sumido en una honda satisfacción que llenaba su alma antes vacía. Parecía que, cada trocito de alma que había perdido en el camino, se le había restaurado nuevamente y, aunque jamás podría olvidar a aquellas personas que hicieron que su vida fuera algo mejor, pues siempre habría un lugar para ellas en sus recuerdos más preciados, sentía que cada paso que había dado, cada error cometido, cada traición encajada y cada muerte ocurrida, fueron, en su momento, duros golpes de la fortuna que guardó en su pecho, y que, en el fondo, le dieron las fuerzas para continuar y luchar por la vida que quería tener y que por fin había encontrado.

Con un suspiro de honda satisfacción, miró a su familia y los acercó más a su cuerpo, sabiendo que, si bien la vida no sería un camino de rosas en aquellas agrestes tierras, con las fuerzas renovadas que da el luchar por lo que más se quiere, se enfrentaría a todas y cada una de las espinas del camino para hacer que se sintieran seguros y felices a su lado. Su cabeza, su brazo, su alma y su corazón, siempre estarían con ellos hasta que el último aliento, lo despidiera de este mundo. EPÍLOGO

*Escocia. En la actualidad.*

Sonia miraba las montañas, cubiertas de brezo y coronadas por una niebla ascendente que parecía provenir de las mismísimas entrañas de la tierra.

Entonces, lo vio.

Surgido de la bruma como una aparición legendaria, caminaba hacia la cumbre de una de las montañas con paso firme y decidido. Sólo era una sombra, pero, entornando los ojos, podía ver el tartán envolviendo su recio cuerpo.

El targe claveteado, colgado a su espalda, centellea bañado por las minúsculas gotas de rocío de esa brumosa mañana. Atravesando su

costado, una imponente espada, casi tan alta como su dueño, de puro acero y doble filo: una auténtica claymore de las Tierras Altas. Y de su cuello, asomándose entre los pliegues de su camisa, una estela dorada que refulgía, cegándola por su intensidad.

Lo siguió con la mirada intentando no perder su silueta que, a cada paso, se hacía más lejana. Percibió, con la certeza clavada en lo más hondo de su pecho, su fuerza, su innegable orgullo, el honor de un highlander, la entrega de la sangre Mediterránea, el más bravo de los guerreros.

¿Hacia dónde dirigiría sus pasos? ¿Qué destino le esperaría tras las purpuradas montañas de ese maravilloso lugar?, se preguntaba con el alma acongojada por esa visión.

Trazaron una curva y Sonia dejó de verle.

Su mirada melancólica volvió, con un breve parpadeo, a la realidad. Se hallaba en un autobús lleno de turistas que escuchaban atentos las explicaciones del risueño guía que los acompañaba en el viaje. Suspirando, se meció en el recuerdo de la preciosa historia que escuchó el día anterior, de labios de aquel rudo pastor. Ian Cameron había convertido un pequeño atisbo desconocido de la historia, en algo casi tangible para ella. Como un ser mágico, irrumpió en su vida esa mañana, subyugándola con su voz gutural y su relato de guerra, intrigas y amor; luego, al igual que un elfo misterioso, mientras ella saboreaba los instantes finales de la narración con los ojos cerrados y el corazón en un puño, desapareció sin dejar rastro, dejándola sumida en un puño, desapareció sin dejar rastro, dejándola sumida en una intensa aflicción por no haber podido darle las gracias por el maravilloso momento que le había hecho pasar.

Aturdida, sin saber si todo había sido consecuencia de un sueño motivado por las innumerables leyendas que plagaban el país, volvió al hotel con un denso pedalear.

Y, hacía unos instantes, mientras miraba por la ventanilla del vehículo, esa visión, ese sueño, la había transportado muy lejos de la realidad.

¿O había sido real?

De repente, Sonia se dio cuenta de que le daba igual. Lo único que le importaba era que, parte de su alma, había volado desde el refugio de su cuerpo para unirse a esa visión, mientras ascendía entre la bruma de la montaña para recorrer con ella el camino de la gloria.